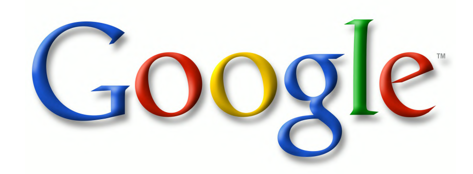
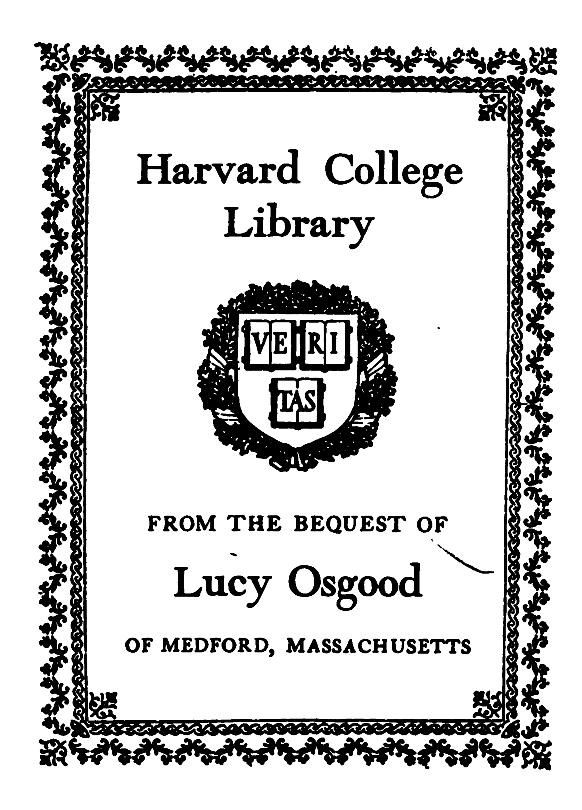
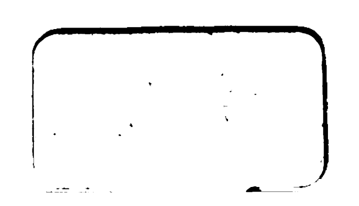



Harvard College
Library
VE RI
TAS
FROM THE BEQUEST OF
Lucy Osgood
OF MEDFORD, MASSACHUSETTS



POESÍA POPULAR

COLECCION

DE LOS

VIEJOS ROMANCES QUE SE CANTAN POR LOS ASTURIANOS

EN LA

DANZA PRIMA, ESFOYAZAS Y FILANDONES

RECOGIDOS DIRECTAMENTE DE BOCA DEL PUEBLO

ANOTADOS Y PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO

POR

JUAN MENENDEZ PIDAL

MADRID
IMPRENTA Y FUND. DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA
Calle de Campomanes, número 6
1885

AL LECTOR.

Todavía me complazco en recordar la hermosa mañana de primavera, cuando en un meson de la villa de Grado calzaba yo las altas botas, vestia la holgada anguarina impermeable y el fieltro de anchas alas, mientras un caballo, amarrado á un poste, aguardábame impaciente para ser mi inseparable compañero en la série de excursiones que iba á comenzar.

La atmósfera de la industria, el humo de las fábricas y el ambiente tibio y perfumado de los salones me ahogan. En las alineadas calles de las poblaciones y en sus artificiales paseos, donde la concurrencia numerosa se mueve monótona y automáticamente en una misma direccion, señalada por esa ley ridícula de *las conveniencias sociales,* padezco la melancólica nostálgia del desterrado. Para mi vida necesito aspirar los agrestes aires de la montaña y ese ambiente de libertad y honrada sencillez en que vive el campesino.

Cuando al paso por el mundo hallo un poeta, mi espíritu se regocija, pues creo hablar á un viajero que viene de mi Patria: si le oigo relatar alguno de sus cantos, figúrome escuchar algo de lo que pasa en ella.

Mi Patria es ese mundo que muchos creen ilusorio, donde el amor es puro; donde el dolor y la pena no son más que el santo perfume de un alma que se purifica; donde la dicha es el místico arrobamiento y el éxtasis ante las bellezas creada é increada, y donde moran esos séres de luz y esos fantasmas con quienes conversó en dulces coloquios mi espíritu durante los felices años de la niñez.

Yo no esperé orgulloso que la inspiracion viniera á mí; que se dignara llegar al ignorado rincon de mi gabinete, encerrado en cuatro muros que le aislan y apartan de la naturaleza bella: yo fuí á buscar la inspiracion humildemente donde quiera que ella se ocultase, peregrinando hasta merecer sus favores en los áridos caminos que conducen á sus santuarios. Tal era el objeto de mis excursiones por el antiguo Principado de Astúrias.

Y trepé á los altos puertos de la *Mesa* y *Somiedo*, en cuyas feraces vegas pacen los rebaños de ovejas desrabotadas: allí admiré los blancos vapores de la niebla dormidos en las cuencas de aquellos desfiladeros, como un mar sin murmullos y sin ondas, y sentí sobre mi frente el salvaje graznido del águila que batia sus combas alas con estruendo. Dormí en la cabaña de bajas paredes y empinado techo de yerba, palacio del pastor que allí con la soledad vive feliz en la estacion florida, cuidando de los hatos que giran y evolucionan obedientes á su capricho, siquiera oigan lejano el eco de su rústico silbido resonar en las llanuras de *Cerveriz*, en la lúgubre *Sebérnia* ó en las alturas de *Picos Albos*: y aprendí del rabadán que, en las largas y claras noches de verano, conversa con las estrellas como los Patriarcas de la antigua ley; mide el tiempo en los movimientos de la Osa Mayor, y adivina las variaciones atmosféricas, observando ya el zumbar de los insectos, ya el

cerco luminoso que envuelve en ocasiones á la luna, ó los giros y emigraciones de las aves; y cuando la *flor de espanta pastores* asoma sus violados pétalos en las ya mústias praderías, abrígase en su zamarra de pieles, y guiando los apretados rebaños, atraviesa los puertos y emigra á Extremadura huyendo de las nieves.

Por senderos abiertos en la roca y colgados sobre el abismo, descendí á los clivosos pedregales que conducen al valle de Éndriga, llevando del cabestro á mi caballo que alzaba la cabeza y dilataba sus grandes ojos al resbalar entre las guijas: y allá en la cumbre de la montaña opuesta, dormidos en las cuencas de calizos roquedales, sorprendí los lagos de *Camayor*, sobre cuyas aguas, verdinegras y brillantes como espejos mágicos, danzan los duendes la noche de San Juan, y las calvas montañas asoman, para mirarse, sus descarnados esqueletos.

Desde las alturas del *Pajares* oí estallar á mis piés la negra tormenta, mientras la luz del sol henchia los horizontes en que yo respiraba.

Subí á los *Picos de Europa*, habitacion del gamo corredor y del corpulento oso; y á cada cerro, á cada monte que iba ganando, asomábame á un nuevo precipicio, á uno de esos sombríos y medrosos abismos donde el más leve rumor despierta los gigantes ecos que duermen en las concavidades de las rocas y huyen, al despertar de improviso, con estruendo semejante al de un ejército en alarma; y ascendí adonde los vértigos giran tenaces en derredor de uno hasta que consiguen rendirle en el mareo; donde el precipicio, siempre abierto, le fascina y atrae como la boa al colibrí pintado, y donde las ventiscas invisibles danzan sobre la nieve cual desordenadas bacantes, levantando revuelta polvareda.

Llegué á las más apartadas montañas del Occidente, y, entre largas y tajadas cordilleras de negras rocas en

que las eternas nieblas rastrean, ví alzarse las adustas *brañas* del *vaqueiro de alzada*, ostentando en cada portal, como trofeo de todas sus empresas, el repuesto zurrón, el rústico colador de asta de buey y el amarillo odre puesto al sereno para cuajar la leche.

Atravesé el umbral de la mezquina puerta donde reposa tranquilo el despeluznado mastin que, armado el cuello con la carlanca erizada de férreas puntas, vela por el bien de las familias como el dios tutelar de aquellos lares; y hablé con el *vaqueiro*, tipo celta, de cabeza abultada, ancha frente, ojos azules y largos brazos; estudié sus costumbres singulares, sus raras tradiciones, y en la época para él de emigracion víle aprestar los ganados introduciendo en sus orejas gotas de cera con la *vela tenebraria* para librarlos de los maleficios; y precedido de los perros, acompañado de las tribus, llevando al tierno hijo en las astas del manso buey, que con monótono balanceo le presta en ellas blanda cuna, contempléle dirigirse á sus caseríos, envuelto en la manta de tosca gerga, cabalgando sobre el pequeño y andador caballo que recuerda al *Panchates*, célebre entre los célebres *asturcónes*, y distrayendo las horas del camino con agrestes cantares que acompaña el bronco esquilón de la res que guía la manada.

Atraido por las narraciones y el misterio, penetré en las grutas escondidas donde contínuamente se oye el gotear del agua en filtracion, albergues de *cuélebres* y mónstruos que la imaginacion se finge ver apegados á la dura roca durante las horas del desencanto, al observar las caprichosas formas de las estaláctitas que adornan la techumbre; y más adentro, allá en el ignorado fondo, oí retiñir las copas del perenne festin en que pasan su encantada vida damas y caballeros convertidos en fantasmas al mágico poder de los moros dueños de aquellas vanas soledades á que los relegaron los hé-

roes de la cruz despues de haberles arrancado el último quiñon de tierra castellana, obligándoles de nuevo á vivir en ella en el mundo de la fantasía, porque no dejaran de darles ocasion á heróicas empresas en que los vencieran nuevamente.

Me interné con la luna en las soledosas arboledas donde brotan escondidas fuentes, mansion de las *Xanas*, fantásticas lavanderas de madejas de cristal que enjugan al débil rayo del astro nocturno; templé mi frio en el ámplio hogar del labrador y oí á éste referir seculares narraciones y supersticiosas creencias; y en las prolongadas siestas del verano, amparado á la sombra proyectada por el ancho alero del *hórreo*, descansé al lado de la octogenaria anciana que, encorvada como una grulla, sombreada su arrugada faz por la blanca toca de lienzo y agitando en la descarnada mano un ramo de laurel para ahuyentar las moscas, iba deslizando en mi oido, con voz temblorosa y apagada, cuentos de reinas moras y hadadas infantinas; de nobles damas y princesas que en las fuentes del bosque tocaban con peine de oro sus cabellos, ó al dintel del palacio hilaban el albo copo de lino, torcian rica seda ó labraban finos paños.

Dias para mí felices y por mí nunca olvidados serán aquellos en que recorrí mi provincia en todas direcciones, estudiando sus costumbres inveteradas y sus legendarias tradiciones, descubriendo veneros de inspiracion inagotables. Disculpadme por ello tan larga digresion. Penoso me seria haber renunciado á haceros partícipes, siquiera por imperfecta manera, de tan gratas emociones como entonces regocijaron mi alma; que el espíritu humano, lo mismo en los grandes dolores que en las inefables alegrías, necesita hacer uso de la expansibilidad para completar su dicha ó amenguar su pena, librándose así de la tortura del secreto.

Entonces nació en mí la idea de escribir y publicar dos obras en que aún no se habian ocupado los escritores provinciales, y que juzgué de necesidad urgente, ya por estar próximos á desaparecer en el olvido los elementos indispensables á su formacion, ya porque tales investigaciones habian de esclarecer puntos, harto oscuros, en la historia particular del principado. Son las obras á que me refiero la *Historia de los mitos y supersticiones populares*, y este Romancero pecador que hoy sale á la luz pública.

Esas altísimas cumbres cuya cima jamás fué hollada por la planta del hombre; esos bosques llenos de misterio é impenetrables; esas grutas donde la mirada se abisma en las tinieblas; esas fuentes cuya oscura linfa se oculta en las grietas de un peñon salvaje; en el horror de la humanidad al vacío, á lo desconocido y al misterio, fueron poblados por la imaginacion popular de séres tambien vanos é ignotos, calmando así con el engaño de las ficciones su afan inagotable en conocer y adivinar lo que habia en tan inescrutados parajes. De esa manera se explica por la naturaleza del paisaje y la topografía de un país, el mayor ó menor número de mitos y personificaciones supersticiosas, y hasta sus formas y propiedades, como así bien la perpetuacion de las añejas prácticas y constantes tradiciones.

Aislada Astúrias del resto de la Península por dilatadas cordilleras de montañas, guardó incólume su independencia en otros siglos, como hasta hoy rasgos característicos de pasadas civilizaciones y usos de otras edades.

El que visite una de nuestras aldeas más apartadas, creerá hallarse aun en plena Edad Media. Todavía verá la casa del fidalgo con sus blasonados escudos; mujeres que visten blanca toca, y ancianos que aun peinan coleta, protestando no haber sido rasurados en señal de

servidumbre: oirá hablar la ruda é incipiente habla de Berceo y Lorenzo de Segura; verá los vecinos congregados á campana tañida reunirse en *concejo* para tratar del procomun; y oirá resonar en las cañadas y en los valles canciones romancescas, al moverse la tradicional danza en redor de la bizantina iglesia el dia del Santo Patrono.

¡Y qué tiene de raro que un pueblo como éste, apegado á las rancias costumbres y exento al influjo de las corrientes nuevas, como si las oleadas de la moderna civilizacion y los torrentes invasores de extraños pueblos fueran detenidos y se estrellaran contra los muros de granito allí levantados por la naturaleza; qué raro es, digo, que conserve ese pueblo en su memoria muchos de los viejos cantares, ecos lejanos de otras eras, cual si el verbo de la Media Edad, surgiendo en las ruinas de conventos, burguesías y castillos, aun gimiera en los siglos protestando contra la extincion del espíritu nacional y las virtudes caballerescas?

Hijos espúrios, esos cantares despreciados de los nobles y potentados, recorrieron los pueblos, envueltos en humilde traje, siendo compañeros inseparables de los menesterosos y alegrando sus horas de holganza despues de las rudas faenas del trabajo.

Y aun hoy suenan en labios de nuestros montañeses. El labriego, en tiempo de la siega, vuelve contento á su casa guiando la bizarra yunta; y miéntras la carreta rechina con monótono y prolongado gemido al peso de la yerba bien oliente, él la ahijada al hombro, y el alma adormida en gratos recuerdos, entona los amores de Gerineldos y la Infanta al són de *La bendita Madalena*. La vieja de atezadas carnes canta á media voz, en tanto que atiza el consumido fuego del hogar, la doliente historia de Delgadina, que desfallece de sed, prisionera en las torres de su perverso padre. El pastor

que á la puesta del sol recorre las sombrías callejas del monte, anima la infinita calma del crepúsculo con la monótona canturia de *El Galan d' esta villa*: y mozas y mozos en las ruidosas *esfoyazas*, cuando enristran la dorada panoja del maíz, ó en los nocturnos hilanderos mientras la nieve cubre vegas y cañadas y el viento silba en el ahumado cañon de la chimenea, conciertan en robusto coro el romance de *El Conde Flor*, ó el que narra la temprana viudez de la inocente *Doña Alda*.

Mas desgraciadamente, los rápidos y abundantes medios de comunicacion, y la idea de cosmopolitismo encarnada en el siglo décimonono, matan el espíritu provincial. Las oleadas de la *civilizacion* y las corrientes nuevas, salvan la barrera de montañas é inundan este rincon de la Península, borrando lentamente con su paso las venerandas reliquias que de antaño conservaba.

El pueblo se trasforma y nace á nueva vida; que todo le aparta de sus tradiciones, y apenas le quedan para alimentar su aficion perenne por lo sobrenatural y lo caballeresco, sino la vagabunda gitana que en la plaza del mercado público enseña, empinada en una tarima, *los pajaritos sábios*; el desvergonzado *ciego*, degenerado descendiente por línea recta del juglar, que llevando en el estandarte de hule pintadas las escenas de un crímen, las canta con voz descompuesta al unísono del desvencijado violin; y el almidonado charlatan, albardan y baratero en una pieza, que arroja por la boca lino incandescente y cintas de colores, para atraer la concurrencia milagrera que ha de comprar sus drogas hechas con *yerbas de la Arabia y grasa de leon del desierto*.

El dialecto *bable* entra en descomposicion lastimosa: las originales usanzas y los pintorescos trajes parecen ya ridículos á los mismos provincianos; la alemana *pol-*

ka y la *habanera* disputan sus derechos á la *danza prima* y á la *giraldilla;* la tropical *petenera* popularízase en todas las regiones y, cual débil flor trasplantada, languidece bajo el sombrío cielo del Norte en lábios del hijo de Astúrias ó Galicia; é insulsas cantinelas y picarescas tonadillas, sustituyen poco á poco á los tradicionales romances cantados en tono grave y melancólico.

Cinco lustros más, y estarán olvidados por completo.

Yo sorprendí los viejos cantos del cisne popular ya moribundo; y cábeme la honra, aunque inmerecida, de perpetuarlos, presentando en público este ramillete de silvestres flores crecidas en el olvido de apartados lugares y brotadas, sin cultivo y espontáneas, en tierra vigorosa y fértil.

Con los romances que hoy publico, completarase en gran parte y se enriquecerá sobre manera el inapreciable tesoro del *Romancero castellano*; que, en su mayor número, los contenidos en este volúmen no se hallan comprendidos en ninguna de las múltiples colecciones hasta la fecha publicadas: y á los que no son por completo originales, puede aplicárseles este calificativo si se tiene en cuenta que son variantes más antiguas unas, y otras más cabales y de mayor importancia.

Ya el perspicuo D. Agustin Durán habia fijado en ellos su mirada de lince, publicando dos solamente en su monumental *Romancero*: y Amador de los Rios, que en la *Revista Ibérica* dió á conocer algunos otros por él recogidos en un viaje que hizo por nuestra provincia, proyectaba, con nuevas excursiones, la formacion de una obra más completa.

Deploro con toda mi alma que hombres tan ilustres no hayan podido llevar á cabo, cual era su propósito,

empresa tan digna de sus talentos y laboriosidad; porque de tal suerte, mucho hubieran ganado la literatura y la historia pátrias.

Dándolos hoy á la luz pública, propóngome no solo arrancar al olvido documentos tan preciosos para la historia literaria, sino así bien contribuir con mis escasas fuerzas á despertar aficiones hácia la poesía popular, que encierra en formas rudas y triviales inextinguibles veneros de inspiracion, ajena siempre á retóricos y amanerados pulimentos.

Clarísimos poetas de todas las Naciones no se han desdeñado en beber de tan puros manantiales; y en sus imperecederas obras percíbese el sabor popular, ya en el fondo ó en la forma.

Goethe, Heine, Vogl y muy especialmente Augusto Hoffmann y Uhland en Alemania; Walter Scott y Campbell en Inglaterra; Gerard Nerval en Francia; Almeida Garrett y Herculano en Portugal; y en España Balaguer, Augusto Ferrán, Becquer, Silió y entre todos Verdaguer, se inspiraron en aquella poesía, adivinando sus ocultos resortes y misteriosos encantos, y eligiendo sus fábulas y novelas como base y pauta para nuevas creaciones.

Unid al candor del niño la más fiel expresion del lenguaje secreto de las almas; los más íntimos recuerdos de la existencia á la manifestacion más ruda de las emociones de un espíritu apasionado; el dolor mal reprimido de un corazon lastimado por la pena, que se desborda en copioso llanto; la franca y no afectada alegría de un sér noble y sencillo, ageno á fingimientos cortesanos; figuraos que todo esto os lo narra una voz desconocida vibrando en vuestro oido sin que podais averiguar quién la modula, y tendreis la poesía del pueblo que ora relata, ora interrumpe su narracion con naturales diálogos y rie, cuando rie, á boca llena, y si-

llora lo hace á grito herido, como el ingénuo campesino que jamás disimula sus afectos.

Y esto son los romances que doy á la estampa; historias sencillas, tiernas *baladas* de amores y leyendas místicas, representantes de las tendencias, la historia y las costumbres de una edad pasada. Ellos son del humo de sus ruinas los últimos restos que vagan en el espacio, próximos á extinguirse; el espíritu errabundo de la Edad Media aprisionado en este libro como en mágica redoma, donde pueden estudiarlo, cada uno bajo prisma diferente, el historiador, el filósofo y el artista.

Y deben fiar sin escrúpulo en la autenticidad de esta coleccion; que al convertir en escrita la tradicion oral, tuve muy en cuenta la necesidad de que los romances aquí publicados fueran irreprochables documentos de estudio, presentándolos, por tanto, íntegros y descarnados, ni más ni ménos que como el vulgo los conserva; y aunque uno de mis propósitos es tambien hacer propaganda en pró de la belleza de sus formas literarias, como creo inútil añadir pulimentos y adornos á lo que, si bien entre imperfecciones, los ostenta con arrogancia, he prescindido de preocupaciones originadas por el refinamiento del gusto literario, no queriendo seguir las huellas ni del Vizconde Almeida en cuanto á los romances portugueses, ni de Amador de los Rios respecto á los de Astúrias, quienes los retocaron y pulieron, ora llenando vacíos con amanerados conceptos, ó sustituyendo arcaismos y palabras anticuadas á otras más modernas. Únicamente de vez en cuando me permití refundir en una dos ó más versiones de un romance, si estas eran de importancia escasa y publicadas todas ellas pudieran dar extension demasiada y un tono algo monótono á esta publicacion.

En la precision de ordenar y metodizar los romances aquí coleccionados, he creido conveniente no seguir

las clasificaciones adoptadas por los que me precedieron en trabajos de igual índole, sino respetar la que dan hecha esos cantares, si atendemos al fondo de sus narraciones. De otra manera sería imposible marcar á todos ellos el lugar correspondiente. Grimm, Depping, Ochoa Durán, Wolf, Almeida, Braga, etc., etc., hicieron clasificaciones generales y *à priori*, yo establecí *á posteriori* un órden exclusivamente para las leyendas recogidas, y adecuado á la índole de los asuntos que tratan; bueno ó malo, es el único que les conviene.

Algo debo decir de la mayor ó menor moralidad de estas leyendas, ya en cuanto á la forma de expresion que algunos juzgarán poco recatada y digna, ya en relacion al argumento, fábula ó asunto.

No hay que confundir la ingenuidad candorosa de la mujer campesina con la desenvoltura licenciosa de la cortesana. La moralidad y la perversion más se revelan en la forma que no en el fondo de las acciones; porque en aquella es donde se trasparentan la malicia y la intencion, manifestaciones de la voluntad necesarias para que un acto pueda ser imputable.

En los romances á que hago referencia no se vé sino la rústica franqueza de los pueblos patriarcales y la sencillez de los relatos bíblicos. Tal es el sentimiento que despierta su lectura, bien distinto del que se apodera del ánimo con la de esas novelas que álguien dirá más cultas, donde los puntos suspensivos, las deshonestidades veladas por retruécanos y las malévolas reticencias dan un tinte más que pernicioso á semejantes obras.

Réstame, para concluir, hacer pública manifestacion de gratitud á todas cuantas personas han coadyuvado en algo á la formacion de este libro, ya franqueándome sus bibliotecas, ya auxiliándome en la recoleccion de los romances; y muy especialmente al Sr. D. Rodrigo Amador de los Rios y Villalta, que, con desprendimiento y

generosidad dignos del mayor encomio, no ha tenido inconveniente en facilitarme copia de algunos romances inéditos [1] últimamente adquiridos en las montañas de Astúrias por su padre el insigne literato D. José Amador de los Rios, á quien sorprendió la muerte sin dejarle poner en práctica la idea que yo, humilde discípulo suyo, realizo de la manera que es dado á mis escasas fuerzas.

Pajares del Puerto 6 de Octubre de 1883.

---

1 Los que publicamos con los siguientes títulos: *La Infantina*, *El Caballero burlado*, *Los Cautivos*, *Toros y Cañas* (núm. LV), *La muerte del impío*, *El Cuetu Lloro*, *El Aguinaldo* y *La Pastorcica*.



ESTUDIO DE LOS ROMANCES CASTELLANOS.

I

Breve reseña histórica de los romances populares.

Poesía popular en general.—Escasez de fuentes para el estudio de esta poesía.—Nacimiento de los romances con el idioma vulgar.—Comercio de las literaturas en la Edad Media.—Los juglares y su alta mision en aquella sociedad.—Los eruditos abandonan la lengua culta y ensayan sus producciones en la vulgar.—Postergacion de los juglares y constante favor que el pueblo les dispensa.—Extremada popularidad de los romances.—Renacimiento de las letras clásicas, é influencia italiana en el siglo XVI.—Decadencia de la literatura del pueblo.—Jácaras rufianescas y romances de bandidos y perdonavidas.—Reaparicion de los héroes romancescos en el teatro.

En todas las edades y en todos los paises ha expresado el pueblo las más gratas emociones de su ánimo por medio de espontáneos cantares exornados con las más ricas preseas de la imaginacion; manifestaciones literarias á que se conoce comunmente por el nombre de cantos populares.

En sus formas rudas é imperfectas va envuelta siempre la que podemos llamar alma del pueblo: como el espejismo en las nubes reproduce la imágen de ciudades y montes, así aquellos reflejan el espíritu que animaba á las sociedades que los crearon, las crísis porque hubieron de pasar y hasta el cuadro más fiel de sus costumbres públicas y privadas.

Ya es la prepotente voz de un pueblo que como el griego pregona las hazañas de sus héroes, echando así los cimientos de la gran epopeya que ha de inmortalizar más tarde á Homero, ó la Nacion que en los albores de su vida pide á los dioses todo género de gracias en

rústicos cantos á que apellida Arbales y Salios. Ora es el himno libre del ibero, que exalta sus últimos titánicos esfuerzos contra el poder de Octaviano; el del cántabro feroz, que sucumbe, amarrado en la cruz por su enemigo, modulando entre tormentos y dolores la cancion de la Patria, ó el bélico conjuro con que el germano hace vibrar el borde de su broquel al avanzar en el combate.

Otras veces se inspira la musa del pueblo en las amarguras del dolor, y entonces palpita su melancólica terneza en la gemebunda voz de las plañideras griegas, de los *vocerí* de Córcega, ó de los soldados de Atila que, en fúnebre cabalgada y acuchillando el rostro en señal de duelo, rondan en torno al cadáver de su señor, publicando las hazañas de su vida.

Ya, buscando ocasion en impresiones más suaves y apacibles, es el idilio pastoral del rabadan suizo, que entretiene largas soledades repitiendo el *Ranz de las Vacas*; la balada amorosa que una larga ausencia inspira al mareante que surca el apartado piélago; ó ya, por fin, adopta esa forma monótona, vaga é indefinida del *alalá* de nuestros montañeses, que nada dice, y sin embargo es como el sutil efluvio en que se aspira toda la melancolía de un alma que languidece.

Tal es la poesía popular. Himno, canto heróico, plañido elegiaco, idilio: intérprete de todas las pasiones y de todos los afectos, es como el perenne libro en que el poeta anónimo vincula todos sus recuerdos y esperanzas, tristezas y alegrías.

Suelta en sus formas, ingénua en la expresion de los conceptos, de fecunda y poderosa inspiracion, adopta por instinto, que no por estudio ni regla, variados tonos y sones en su lira, adecuados á la naturaleza del pensamiento que concibe y se propone revelar; como el torrente que riñe eterna lucha con las rocas muge con áspero son al despeñarse, como el ave vierte dulces silbos en el bosque solitario al pintarse las arreboladas tintas de la aurora en el horizonte.

Tosca y desmañada comunmente en sus atavíos, tiene un encanto misterioso en su misma sencillez y espontánea frescura inimitables, porque atesora su rústica envoltura la verdadera inspiracion. Que no es la del

pueblo facticia á la manera de la que el erudito forja en el silencio de su gabinete, sino la que brota en la imaginacion herida en sus fibras más sensibles al estímulo de una pasion que la conmueve, y no cabiendo ya en los estrechos límites del secreto, afluye naturalmente á los labios y se desborda en manantial de palabras cadenciosas, intérpretes de una idea bella.

Pero la poesía culta ha mirado en todo tiempo con indiferencia y hasta con desprecio á estas manifestaciones tan humildes como valiosas de la literatura, calificando de pueril pasatiempo y nímio estudio el que algunos les dedicaban en largas vigilias y constantes investigaciones.

Merced á tal desdén doctrinario, débiles en resultados fueron las tareas de los amantes de tal género poético; y por ende, espesas las sombras que envuelven la historia general de la poesía española en relacion á sus primeros tiempos. De ahí se sigue la falta de bases sólidas y documentos patentes en que apoyar nuestros trabajos acerca de los romances.

Por ventura va pasando de moda tan infundada preocupacion; y de pocos años á esta parte, muchas é ilustres fueron las plumas que se dedicaron á esclarecer, en lo posible, puntos por demás oscuros en tal linaje de conocimientos.

Al dar hoy á conocer algunos romances que hemos recogido de la tradicion oral en las montañas de Astúrias, y que, en nuestra opinion, deben figurar al lado de los más estimables en el por todo extremo grande Romancero español, como parejos suyos, nos hallamos en la inexcusable necesidad de bosquejar la historia de esos genuinos representantes de la musa nacional, antes que ocuparnos en el detallado análisis de los que hoy arrancamos al olvido.

Con tal designio, creemos muy oportuno, y hasta imprescindible, dedicar unos renglones á la época que marca la decadencia en la lengua latina y el nacimiento de las llamadas vulgares; pues desde entonces es verosímil, y más que verosímil cierto, que data el abolengo de aquellos inapreciables tesoros de las letras castellanas.

En la capital del vasto Imperio romano, que en la

plenitud de su poder extendia el de sus dominios á todo el mundo, tenian representacion cuantas razas y Naciones á él estaban sometidas, segun fiel testimonio de los historiadores coetáneos; y aunque el latin fuese proclamado lengua oficial, era imposible evitar que el extranjero hablase al compatriota en el idioma de su Patria, ropaje de que se habian adornado sus primeros pensamientos, fiel confidente de sus goces y pesares, y el único resto quizá de su perdida independencia.

Este hecho innegable era ocasion de que los extranjeros, aun valiéndose del lenguaje de sus conquistadores, lo mezclasen á las veces con palabras del suyo propio, adicionando algunas otras con terminaciones varias, mermando, en fin, la pureza del idioma de Lacio con vocablos bárbaros y modismos y giros extraños á la sintáxis peculiar de ésta; obra á la cual tanto como los ajenos, contribuian los propios, hablando y escribiendo segun la usanza griega, en su afan de imitar y seguir en todo los pasos de la cultura helena.

Así desde la capital se extendió la corrupcion á las provincias, y paulatinamente fué alterándose aquella lengua hasta ser sustituida por otras que, aunque distintas, conservaban bien marcado el sello de su ascendencia.

Por lo que hace á España, no lograron los romanos en la conquista implantar su idioma de un modo tan exclusivo que no quedasen como dialectos, en más ó ménos uso, el ibero, el celta y demás maneras de expresion peculiares á los primeros habitadores de la Península; circunstancia que favoreció bastante á la perversion del latin, allegándole elementos bien heterogéneos.

Con la invasion de los pueblos bárbaros, precipitóse, sin género de duda, este acontecimiento; pues si bien aceptaron con la cultura y civilizacion el lenguaje de los vencidos, lo modificaron amoldándolo á las reglas de su prosódia, é introdujeron en el verso la rima que empleaban en el suyo, la cual oponia, como es consiguiente, hartas dificultades que eran salvadas siempre en mengua de la castidad del habla, como podemos ver repetidos ejemplos en los himnarios de la Iglesia goda.

Algo más tarde que otros pueblos sintió España la influencia de los septentrionales, debido á que los que

vinieron á hacer mansion en nuestro suelo llegaban ya aleccionados en el latin, merced á su anterior permanencia en Italia. Sin embargo, ya en el siglo de San Isidoro se hallaba en un estado tan lastimoso de decadencia, como puede juzgarse por repetidas atestaciones del santo Obispo hispalense.

Pero el latin, aunque corrompido y viciado cual digimos, continuó largo tiempo en uso; y es muy difícil, sino de todo punto imposible, señalar el momento en que cede por completo al romance castellano.

Que en los últimos años del siglo X existia ya éste, nos consta de un modo cierto y claro por las palabras de Virgilio Cordubense, que aconseja á los clérigos no echen en olvido la lengua romana, y eviten el empleo de la rústica y vulgar.

Muy antes de la centuria á que acabamos de referirnos, en los siglos VIII y IX, colúmbrase ya la degeneracion rápida de la una lengua y el creciente progreso de la otra, bastando para convencerse analizar algunas donaciones reales, inscripciones votivas y otros documentos análogos de aquellas Eras.

La escritura de fundacion del Monasterio de Obona por Adelgastro, hijo de Silo (año 780), está escrita en un latin perverso, y á cada momento encuentra el lector palabras castellanas, tales como hoy las hablamos; en sustancia, se adivina al escritor que piensa en castellano, más ó ménos rudo, y escribe en la lengua oficial.

Y tanto en este documento cuanto en otros, como en el de donacion de Alfonso el Católico á Covadonga, como en el otorgado por el Abad Fromistano y el Presbitero Máxino al fundar la iglesia de San Vicente, nótase con curiosa extrañeza que los nombres de lugares que hay en ellos son ya romanceados en todo y por todo, lo cual hace sospechar que las masas populares, que son las que mas uso hacen de semejantes denominaciones y á quienes se deben la mayor parte, hablaban un romance que si no era el de la traduccion del *Forum judicum* ordenada por San Fernando, tampoco podia ser con propiedad apellidado latin. Y los empleados públicos que redactaban las escrituras, creíanse obligados por una parte á hacerlo en el idioma de las leyes, y por

otra á aceptar las denominaciones vulgares, para el perfecto deslinde de las donaciones[1].

Aquí viene como de molde lo que, tratando del mismo asunto, aunque refiriéndose á tiempos posteriores, decia D. Pedro José Pidal en el discurso de su recepcion en la Real Academia Española[2].

La lengua latina dejó de existir cuando acabó la nacionalidad romana y nacieron otras que necesitaban diferentes medios de expresion en armonía con sus nuevos usos, costumbres é instituciones.

Porque la historia y sucesion de las lenguas son, por decirlo así, el barómetro de las variaciones y vicisitudes de las nacionalidades.

Entonces era cuando comenzaba á tomar solidez el naciente reino asturiano, levantado sobre las ruinas del imperio gótico, y entonces germinó tambien aquella habla ruda é imperfecta, orígen del romance, como un nuevo estado social surgía de los elementos del arrollado por las falanges agarenas; lenguaje incipiente que debia, á no dudarlo, parecerse bastante á nuestro *bable*, si tomamos en cuenta las abundantes reminiscencias latinas de éste y la notable afinidad de sus voces con las empleadas por el autor del poema del Cid, por Gonzalo de Berceo, Lorenzo de Segura y en la version vulgar del Fuero Juzgo[3].

Entonces mismo debió haber hecho en la nueva lengua sus ensayos la poesía vulgar, compañera inseparable de las nacientes civilizaciones. La *danza prima* conservada aún hoy en Astúrias teatro de semejantes acontecimientos, acompañada desde tiempo inmemorial con heróicos cantares y revestida de bélico aparato, confirma nuestras sospechas, segun más adelante y en el discurso de este ligero estudio tendremos ocasion de apreciar con mayor exactitud.

Fortalecen nuestra opinion las autorizadísimas de

---

1 Lo mismo que hemos observado en las escrituras de donacion, es aplicable á los cronicones.

2 Leido en 22 de Febrero de 1844, y publicado en la *Gaceta de Madrid* el dia 5 de Marzo de igual año.

3 Largo es el catálogo de voces entresacadas de los primeros monumentos escritos de nuestra lengua, idénticas á otras del *bable*, que hemos recogido y pensamos publicar en algunos artículos, ampliando las ideas aquí expuestas.



D. Agustin Durán[1] y Rosseeuw Saint Hilaire[2] que creen á los romances españoles originarios de las montañas asturianas. Y el P. Sarmiento[3] con la inflexible crítica que, al juzgar por los hechos, le distingue, parece inclinarse á esta aseveracion.

Pocos años despues de los doce Pares, dice, Bernaldo del Carpio, del Conde Fernan Gonzalez, D. Fernando el Magno, del Cid y de otros se compondrian varios romances en su elogio; y serian los que los copleros, trobadores y juglares ó joglares y generalmente todos los plebeyos cantarian en sus fiestas. Estos se perdieron porque no se escribian, y los que pudo conservar la tradicion oral y la memoria, estarian ya tan alterados cuando se comenzó á escribir el vulgar castellano, que no se parecian á los primitivos en el lenguaje, pero muy conformes en lo sustancial.

Hemos copiado íntegras las palabras del sabio benedictino é insigne literato del siglo XVII, porque ellas son como síntesis y apoyo de cuanto llevamos dicho.

El pueblo, ignorante de suyo, y más el de aquella época en que las letras estaban relegadas al olvido hasta por los clérigos ó doctos, que se curaban de reconquistar la Patria más que de otra cosa, no es posible recurriera al estudio de los gloriosos pasados hechos para cantarlos; y lógico es refiriese únicamente aquellos de que era testigo presencial, ó los que la pública voz hacia llegar á sus oidos cada dia, pocos despues de haberse verificado, y embargaban la atencion de las gentes por sus circunstancias de actualidad.

Esta y no otra es la causa de que las canciones de gesta y los romances hayan adoptado desde sus orígenes la forma narrativa, única que les conviene por su naturaleza.

Pero no quedan en clase de conjeturas las que hemos apuntado: documentos escritos de respetable antigüedad deponen en favor nuestro.

La *Crónica general*, y muchas de las particulares, mencionan á cada momento los dichos de los juglares

[1] Prólogo al *Romancero general.*
[2] Etudes sur l'historie de la langue et des romances espagnoles.—Paris, 1838.
[3] Memorias para la hist. de la poes. y poets. españoles. Obr. póst. Madrid, MDCCLXXV.



en sus *fablas* y *cantares de gesta*, como bastante anteriores á ellas. En la de D. Alfonso el Sabio (la *General*), al reseñar la vida de Bernaldo el Carpio, leemos: *E algunos dizen en sus cantares de gesta que fué este D. Bernaldo fijo de Doña Tiber hermana de Cárlos el grande de Francia*; y así en muchos otros pasajes que fuera prolijo enumerar.

Abundantes son los de estas crónicas é historias que no tienen otro fundamento que el de tan añejos cantares. El Marqués de Pidal [1] descompone alguno de los capítulos de la *Crónica del Cid* en verdaderos romances octosilábicos, como prueba de que el cronista se valió de algunos tradicionales para escribir su obra. Los episodios del juramento en Santa Gadea, de las querellas posteriores del Monarca al Cid y del cerco de Zamora por el Rey D. Sancho, son verdaderos romances de ocho sílabas, si se exceptúan insignificantes palabras añadidas ú omitidas por el autor de la *Crónica* al reducir á prosa lo que habia tenido en un principio formas de rima y cuento.

Lo mismo que el ilustre literato asturiano observó de la *Crónica del Cid* puede aplicarse á la *Crónica rimada*, de que son principal elemento esas narraciones poéticas del vulgo, su único depositario durante largos años. Nos afirma en esta creencia el que en dicha *Crónica* se repita el fenómeno de aparecer glosados en su texto viejos cantares donde se leen giros, modismos y expresiones de los que aun conservan muchos de los romances tradicionales que corren de boca en boca de nuestros campesinos, como herederos que son de aquellos.

En varios lugares hace clara referencia la *Crónica rimada* á esos inveterados documentos á que aludimos:

...del qual disen Benabente, segunt dise en el romanze.

Y el episodio, inserto en ella, donde se relata el encuentro del Cid con el Gafo, yendo aquel en peregrina-

---

1 En una nota al *Estudio de la poesía castellana en los siglos XIV y XV*, con que encabeza la publicacion del *Cancionero de Johan Alfonso de Baena*.



cion á Santiago de Galicia, es paladinamente uno de esos romances á que el juglar, autor de la *Crónica,* hace más de una vez citacion.

El llamado *Poema del Cid* no es otra cosa que la reunion de cantos de esta laya; romances escritos en una cada dos de sus estancias, considerando como hemistiquio lo que es por sí un verso completo.

No llegaron á nosotros sino fragmentos de éste á manera de centon de romances, pero suficientes para formar idea del conjunto y asignarle el carácter que no vacilamos en concederle, por creer es el que solo le cuadra.

Los poetas cultos, como Berceo y Segura, escribian por la *quaderna vía y á sillabas cuntadas*; en el *Poema del Cid*, como en los demás cantos primitivos de juglares, á saber el *Libro de los Reyes de Oriente*, el de *Santa María Egipciaca* y la *Crónica rimada,* no se sigue aquella regla; son mezcla de octosílabos y sexasílabos monorrimos, que no obedecen á otro cuento ni número que el del compás del canto á que habian de amoldarse. Y en conclusion, dejando aparte la estructura eminentemente popular de la gesta del Mio Cid, llega á su plenitud nuestro convencimiento al leer despues de algunas hojas de relato, y al comenzar la narracion de la toma de Valencia por el héroe, los siguientes versos:

Aquis conpieça la gesta
de Myo Çid el de Biuar,

que son la introduccion de uno de los romances allí zurcidos: y más adelante, terminadas las bodas de las hijas del *Campeador*, y muy antes de la conclusion del llamado poema:

Las coplas deste cantar
aquis van acabando:
el criador nos valla
con todos los sos sanctos.

Por último, así como la generacion trasmite de padres á hijos los rasgos fisonómicos de familia, así tambien nuestros romances, aunque afectando en general las formas del siglo XV, conservan en su hechura tra-

zas comunes con el *Poema del Cid* y la *Crónica rimada*, ostentando por tal manera la ascendencia legítima de éstos, y evidenciándonos de que algunos de los modismos, fórmulas de expresion, ó si se quiere frases sacramentales adoptadas desde un principio por la poesía romancesca, se perpetuaron en los *cantos vulgares* aun á través de las modificaciones y reformas porque la tradicion oral los hizo pasar, como tendremos ocasion de ver bien á las claras en lugar oportuno.

Hé aquí ya algunos monumentos anteriores á los siglos XIV y XV, que acercan los comienzos de la poesía vulgar á los del idioma castellano. Y una razon filosófica es bastante para llenar el vacío que existe, sin la prueba de los hechos, entre el uno y los otros: la lógica presuncion de que así hubiera sucedido.

Todos los pueblos en su infancia son poetas: los idiomas todos se desarrollaron al compás del canto, y fueron vaciados en el molde del ritmo y la armonía métrica: las primitivas formas del culto religioso fueron los *himnos* sagrados, y las primeras leyes fueron escritas en verso; pues no en vano se las creyó inspiracion divina, y se apellidó á la poesía *lenguaje de los dioses*.

¿Qué más natural entonces que á la constitucion de la nueva nacionalidad y á la generacion de la lengua acompañasen esos cantos, nuncios unas veces y pregoneros otras, de los ideales populares; que ni un momento estuviera ocioso el incipiente dialecto; que éste se desarrollara al servicio de la inspiracion heróica, y que ella, exuberante en la imaginacion del pueblo, encarnara desde luego en las rudas formas de aquel rústico lenguaje!

Quizás á esto debe el castellano la sonoridad y energía de sus voces; pues quien se educa desde tiernos años en servicio de los héroes, no puede tener el ánimo cobarde, ni ser pusilánime y afeminado.

Conservamos algunos ejemplares de esos remotos ecos de la musa del pueblo; pero ¡cuántos no se habrán perdido en poder de la tradicion oral antes del siglo XVI, en que empezaron á escribirse! Otros, abandonando su forma rimada, por haberla olvidado poco á poco la memoria de las gentes, vinieron á convertirse en prosas tradicionales, muchas verdaderas y otras invencion de

la fantasía, que engalanaba con los paramentos de lo preternatural y extraordinario la vida de los paladines que reñian por la doble causa de la Patria y la Religion, creyendo que ésta debia rodear necesariamente con nimbo milagroso á todos los más nobles caballeros, como premio de su esfuerzo y bizarría.

Alguna de esas tradiciones, formando parte de crónicas y anales, empañaron la verdad histórica [1]; y otras desechadas de los sábios, no dejaron de vivir hasta el presente, legadas de abuelos á nietos y cantadas por ciegos y músicos andariegos, que las esparcen y difunden en ciudades, villas y caseríos.

Si á pesar de haber tenido orígen en Astúrias, como creemos, el prototipo de los romances españoles no se conserva entre los tradicionales de estas montañas ninguna de las gestas de sus héroes, en cambio cada pardal y cada labriego sabe al pormenor episodios de la vida del Infante [2], y enseña el lugar donde se dieron memorables batallas entre moros y cristianos, y recuerda hazañas de tan aguerridos campeones como los Alas, los Solís, los Cienfuegos y Bernaldo el Carpio, que no son escritas en ninguna historia y no tienen seguramente procedencia distinta que el de aborígines cantares perpetuados por la tradicion, y por la tradicion trasladados en sencillas narraciones.

La aversion con que los literatos miraban esta poesía, calificándola de rastrera y peculiar á gente baja y de servil condicion, como lo hace el Marqués de Santillana en su famosa carta al Condestable de Portugal, y el rutinario desprecio con que en general se miró á la Edad Media, creyéndola edad de hierro, bárbara é inculta, incapaz de producir nada laudable, cayendo hasta hombres de talento en la vulgaridad de ver en ella solamente el sombrío castillo adornado en sus almenas con cadáveres de pecheros y habitado por un hombre semisalvaje, arbitrario y caprichoso, á que se llamaba señor, fueron la causa, repetimos, de que hayan pasado desapercibidos preciosos documentos, y los escasos que nos

1 La *Crónica general* está plagada de estos *romances en prosa*, especialmente en lo que hace referencia á Cárlos Maynete, Galafre, Galiana y Bramante, Bernaldo el Carpio, etc., etc.
2 Así llaman al Rey D. Pelayo.



restan para juzgar de cuestiones intrincadas de suyo se hallen envueltos en sombrías nieblas que en vano la crítica pretende disipar.

Nacieron, pues, espontáneamente en el pueblo los romances en los primeros tiempos de la Reconquista, y fueron, por decirlo así, las primeras ideas que tartamudeó la lengua rústica de aquellos montañeses. Exclusivamente heróicos en el principio, á medida que la Patria iba creciendo y quedando pueblos y comarcas rescatados del invasor y á seguro de sus algaras y correrías, adoptaron trazas diferentes, segun mejor les cuadraba, para amoldarse á uno ú otro de los múltiples sentimientos de la vida.

Entonces germinaron los romances novelescos y amorosos en que al primor se retrata el estado civil de sociedades aún sin firmes cimientos y sus costumbres sencillas y patriarcales, al par que austeras y crueles.

Cada época tiene literatura propia, fiel espejo de sus aspiraciones é ideales. La en que hoy nos empleamos era peculiar no solo de España, sino tambien de Francia y toda Europa; que toda Europa atravesaba por análogas circunstancias, aspirando más ó ménos la atmósfera del régimen feudal.

Este es el motivo por que vemos á estos cantos traspasar los aledaños de un país y echar raíces en otros de ellos muy distantes; bien así como las semillas que el huracan trasiega fructifican donde encuentran tierra fértil y propicia. Por eso hallamos en regiones apartadas consejas parecidas y héroes comunes de igual condicion, símil vida y equivalentes virtudes.

Tan singular comercio literario fué debido en parte á las frecuentes empresas militares, y en parte á esos poetas que, errantes é ignorados, trashumaban relatando hazañas y aventuras.

La institucion de los juglares es antiquísima.

No eran distintos los rapsódas de Grecia. Entre los galos habia cantores que perpetuaban la memoria de los héroes, y los altos dignatarios los hospedaban en sus palacios, porque halagaban sus oidos con frases de encomio y alabanza[1].

---

[1] Appian. De reb. gall.

Igual fué la mision de nuestros juglares, que apoderándose del tesoro luengos dias de la pertenencia exclusiva del pueblo, devolvianselo mudado en otra guisa y acrecido, aumentando á su modo escenas y episodios á la fábula ó inventándolos por completo.

No habia mesa franca, ni fiesta, ni boda, ni toma de armas, ni cabalgada en que no apareciese el juglar deleitando á la concurrencia con dichos agudos y juegos de entremes, gestas y fablas. Ellos pululaban por plazas y ruas, siempre relatando alguna nueva. El valor de un caballero en los torneos, juegos de cañas y bofordos, una batalla, un paso honroso, las cuitas de una dama malmaridada, ó el milagro de un santo.

Su llegada al solitario castillo era un fausto acontecimiento. Al divisarlo desde el adarve el centinela tocaba el *olifante*, bajábase el puente, y todos le recibian con una sonrisa. Allí permanecia dias, y hasta meses, distrayendo los ócios del mesnadero, que no estando en combate gustaba de oir menciones de ellos, ó alegrando con cuentos de amor y encantamiento las tristezas de la castellana, allí prisionera durante la ausencia del señor en el fonsado ó en la caza.

De estos juglares, habialos *de boca* y *de peñola*; unos que de viva voz recitaban sus composiciones, y otros que las daban escritas. Y entre los primeros, quienes las cantaban al unisono de instrumentos músicos como la *chirimia*, la *cítola* ó la *vihuela*; y quienes sin acompañamiento de música ni canto, los relataban con fingimientos de voz y ademanes. Así se desprende de la *Crónica general*: «Magüer que los juglares *cantan* en sus cantares *e dicen* en sus fablas que Cárlos el Emperador conquistó en España muchos castellos etc.:» y en el *Libre de Apollonio* leemos de la juglaresca Tarsiana:

Quando con su viola houo bien solazado,
A sabor de los pueblos, houo asaz cantado,
TORNOLES Á REZAR *hun romançe bien rimado....*

Pero entre los romances juglarescos y los puramente populares hay una diferencia bien marcada; más largos, monótomos y pesados aquellos, recargados de mi-

nuciosos pormenores en la exposicion, mermaron la natural galanura de éstos, más cortos, animados á cada instante con diálogos llenos de interés y exuberantes de sencillez é inspiracion.

El pueblo, en los suyos, trazaba con cuatro rasgos un asunto; apoderábanse los juglares de este esbozo, y diluyendo sus colores, apagaban la valentía de sus toques y ocultaban entre empalagosos detalles bellezas de primer órden: bien que otras veces las realzaban con interesantísimos episodios llenos de gracia y donosura.

Aparte de estas ligeras consideraciones, grande fué la mision de los bardos ambulantes en los tiempos medios: fomentaban el espíritu caballeresco y de hidalguía, daban pábulo al sentimiento religioso, reformaban las costumbres, y hasta cooperaban al triunfo de las armas cristianas, acompañando á los ejércitos.

Dos poetas populares, Pedro Abad y Nicolás de los Romances, dícese que siguieron á las huestes de San Fernando [1] en el sitio de Sevilla, contribuyendo no poco á dar alientos á los combatientes con himnos y canciones guerreras.

Justa por más de una parte era la importancia que los juglares alcanzaron en aquellos siglos, favor que de buen grado les prodigaban, sin distincion de clases, debido á que para todos tenian sones en sus instrumentos, y á que cultivaban un género tan preciado de todos, como nacido al calor de instituciones y costumbres que constituian la esencia y la vida de los pueblos.

Y era tan grande el éxito alcanzado por estas manifestaciones primeras de la poesía en lengua vulgar, que los eruditos, ciegos imitadores de la antigüedad clásica, viéronse precisados á abandonar el empleo de la lengua latina en sus escritos; y adoptando las mismas formas que antes motejaban, hicieron ensayos en el romance [2] ya rehaciendo algunos de los viejos ó

---

1 Pablo de Espinosa, *Historia de Sevilla*.—Ortiz de Zúñiga, *Anales Eclesiásticos y Seglares de Sevilla*. El P. Sarmiento (loc. cit.) entre los poetas del siglo XIII tambien menciona á Nicolás de los Romances, con referencia á Zúñiga, que le hace figurar en el Repartimiento de Sevilla y le atribuye la copla que empieza: *Hércules me edificó* etc., inscrita en las puertas de la ciudad: copla bastante posterior y traduccion de otra latina que en el mismo sitio estaba.

Aunque el hecho que comentamos no tuvo, generalmente hablando, lugar hasta el siglo XV, ya antes de esta fecha algunos escritores cultos



trovándolos nuevos, pero siempre procurando darles cierto sabor arcáico.

Desde entonces se marca el período decadente de los juglares, á quienes en otro tiempo los mismos escritores de *mester de clerecia* daban alguna de sus producciones para que la popularizasen [1] y ahora los persiguen sin descanso hasta conseguir arrojarlos de los palacios, haciéndoles valer en la opinion tan poco como los truhanes y bufones, y relegándolos á vivir únicamente del favor constante con que *la gente baja y de servil condicion* los acogía.

Cuánto fuera el creciente apogeo en que estuvieron los romances hasta el renacimiento de las letras clásicas en el siglo XVI, fácilmente se comprende. Ellos servian de solaz y esparcimiento á mozos y ancianos en sus fiestas y solemnidades, y de instruccion útil y enseñanza á proletarios y ricos-homes [2]. Publicados primeramente en *pliegos sueltos*, coleccionáronlos despues los editores, siendo alguno de aquellos reimpreso más número de veces que ninguna de las obras de mayor estima; muchos fueron glosados y parafraseados por los poetas posteriores; y hasta los niños en sus juegos, remedo siempre del espíritu social, entonaban estas canciones, tal como las oian unas veces, y parodiadas otras, poniendo en práctica su argumento en inocentes y sencillas farsas, que bien pueden ser reputadas como uno de los orígenes del arte dramático [3].

Así vivió el romance en creciente estima y florecimiento hasta que la influencia italiana y aficiones clásicas del siglo XVI, sacando del olvido las reliquias de la literatura pagana, llegaron á matar el espíritu na-

escribieron en lengua vulgar y pretendieron dar al romance una direccion y forma distintas de las que tenian, si bien echando mano de asuntos que secundasen las aficiones singulares de la multitud.

El *Libre de Apollonio*, es, entre otras obras, un comprobante de nuestra aseveracion. El autor nos dice ademas bien claramente su propósito:

«En el nombre de Dios é de Santa Maria,
Si ellos me guiassen estudiar querria,
Componer *hum romance de nueua maestria*, etc.»

1 El Arcipreste de Fita y Villasandino declaran haber hecho canciones para ciegos, juglares y rondadores nocharniegos.

2 Véase lo que dicen las *Leyes de Partida* respecto de las canciones que los señores debian oir á los juglares.

3 Muchos de estos cantares llegaron hasta nosotros, conservados por los niños en sus danzas, ruedas y pantomimas, sirviéndonos de dato curiosísimo para juzgar de la popularidad que alcanzaron en todas las clases sociales. Véase acerca de esto nuestro apéndice número II.



cional y con él la poesía de los romances; y el mal gusto y amaneramiento que inspiraba las obras de nuestros retóricos y preceptistas invadió tambien las obras populares.

Entonces se escribieron largas piezas de romances mitológicos é históricos, en que aparecen en ridículo consorcio la forma popular por excelencia y la erudicion aparatosa.

A los héroes de la caballería reemplazaron los de la navaja y el trabuco. Francisco Estéban y Doña Juana de Acevedo, acompañados de una turba de guapos, jaques, marimachos y rufianes, poblaron con sus malos hechos el campo abandonado por los Bernaldos, Cides, Palmerines y Roldanes, llegando con su malévola influencia á causar hondas perturbaciones en el órden moral de la sociedad [1].

Bien es cierto que todos ellos al terminar su vida en el patíbulo hacian pública confesion de sus culpas y pecados, aconsejando *á las madres que tenian hijos* velasen por su educacion para no verlos en tan duros trances como en los que ellos se veian; pero el pueblo ya no se deleitaba sino con semejantes liviandades y lacerias, y disgustábanle otras hazañas que no fueran las de una moza libertina que á hurto de sus padres, y cambiando el traje femenil por el calzon ó la botarga, salia á vengar injurias unas veces, y á causarlas otras; ó las arriesgadas empresas de un bandido á quien casi divinizaban, llegando en su delirio hasta concederle el grado de virtuoso á pesar de sus maldades.

Culpa, y no poca, de este desvío y degradacion del gusto, tuviéronla algunos poetas cortesanos que más de una vez prostituyeron su pluma engendrando tan ridículos héroes mata-sietes y perdonavidas, y dando pasto á las aficiones del pueblo por todo lo sobrenatural y maravilloso, inventando extraños sucesos en que intervenian espantables mónstruos, como la *Correpia* y

1 Para cerciorarse de esta verdad, léase el «Discurso sobre la necesidad de prohibir la impresion y venta de las jácaras y romances vulgares por dañosos á las costumbres públicas, y de sustituirles otras canciones verdaderamente nacionales, que unan la enseñanza y el recreo, pronunciado en la Sala primera de Alcaldes de Corte por D. Juan Melendez Valdés, con motivo de verse un expediente sobre ciertas coplas mandadas recoger de órden superior, y remitidas á dicho tribunal para las averiguaciones y providencias convenientes.»



la *Harpía americana*, que si lo son para las gentes crédulas y sencillas, más excitan la irrision é hilaridad que no el terror y sobrecogimiento de ánimo.

La poesía de los romances nació, pues, y murió con la Reconquista; germinó al calor de aquellos ideales, y dejó de existir cuando ellos se borraron de la mente de los pueblos.

No fueron, sin embargo, olvidados por completo; aún siguieron las muchedumbres viendo con simpatía los tipos, usanzas y caractéres que tantos años les habian sido familiares. Así se explica fácilmente cómo, de las rapsodias y hojas volantes, pasaron los héroes romancescos á la escena donde nuevamente promovieron el entusiasmo de la multitud.

Nuestros más insignes dramaturgos, aprovechando la parte dramática que da vida á muchos de los romances viejos, llevaron sus asuntos al teatro, y alcanzaron un éxito fabuloso, porque eran intérpretes del sentimiento nacional; y aquella sociedad caduca sonrió de satisfaccion y sintió reanimarse su lánguida existencia, como el anciano con los recuerdos de sus mejores dias. Juan de la Cueva inspiróse en los romances del *Rey Don Sancho*, *Los Infantes de Lara* y *Bernaldo del Carpio;* Mira de Amescua en el altamente trágico del *El Conde Alarcos*, que sirvió tambien de pauta á Lope de Vega para su *Fuerza lastimosa;* el mismo Lope en el de *Mudarra*, y en el de *Gaiferos* para el entremés titulado *Melisendra;* Guillen de Castro en los del *Cid* para su famoso drama; y muchos otros, así nacionales como extranjeros, siguieron desarrollando en la escena asuntos parecidos [1].

Tal es, en resúmen, la historia de este género de poesía verdaderamente nacional, creado por el vulgo, despreciado de los poetas cortesanos, olvidado por el pueblo, redimido de la abyeccion despues por ingenios preclaros como Góngora y el Duque de Rivas, y siempre grande y respetado con veneracion por los amantes de lo bello.

1 Tanta fué la influencia que los romances ejercieron en el género dramático, que de la comedia ó drama que no estaban en ellos inspirados, raro era el en que uno de los personajes no cantaba alguna de aquellas tradicionales composiciones.

II

Elementos que constituyen la literatura caballeresca.

Los romances como interesantísimos documentos para el estudio de la Edad Media. Ideales que en ellos se descubren.—Nacimiento de la literatura cristiana en los escombros de la pagana, y su emancipacion de ésta.—Influjo de la Iglesia en todos los actos de la vida social.—En el arte en general y en particular en la literatura. Vidas y leyendas de santos.—Misticismo; ejemplos morales.—La reconquista como causa de afirmacion del espíritu religioso, del patriótico y del de consideracion á la mujer.—Sus exageraciones con la invasion de pueblos extraños.—Los bárbaros. El Edda y los Nibelungos.—Lo maravilloso en la poesía popular española.—Contradícense las opiniones de Almeida Garret y Ludwig Clarus 1, referentes á este punto.—Influencia de las literaturas orientales en la formacion de la caballeresca.—Cómo se verifica este fenómeno.—Participacion que en él tienen los germanos y los árabes.—El contacto con los franceses aviva las germanas tradiciones.—Alcuino y Carlomagno.—Invasion de normandos, sajónes y daneses.—Peregrinaciones y romerías.—Las Cruzadas.—Escasa participacion de la literatura clásica.

Hemos dicho en el capítulo anterior que la poesía en general, y en particular la poesía del pueblo, eran la representacion genuina de las tendencias nacionales, el claro espejo en que se retratan las costumbres de una Era, y el fiel indicador de su cultura, de sus vicios y de sus aspiraciones: y nada mejor que el estudio de los romances para convencernos de esta, incontrastable verdad.

Vanamente pretendiéramos echar mano de documentos más auténticos y valiosos para el conocimiento histórico de la Edad Media; filósofos é historiadores que no á estos, sino á otros bien distintos recurrieron, muy poco pudieron penetrar con su mirada en aquellos siglos que decian hallarse envueltos en la sombra de lo desconocido, contentándose con darles la calificacion de *siglos bárbaros y de hierro.*

1 Exposicion de la literatura española en la Edad Media.

La atenta lectura de esos cantares del vulgo, es muy bastante á disipar las tinieblas que impiden ver la marcha social de tales generaciones. Por ellos, como al poder de un conjuro misterioso, trasládase nuestra alma á los dias aquellos á la par venturosos que infelices, y escruta con curiosidad y sorprende con asombro hasta los nímios detalles de su vida íntima.

Cuando repasamos con avidez las innúmeras fablas, rondallas, gestas y tradiciones del grandioso *Romancero castellano*, antójasenos hallarnos discurriendo por las plazas y calles de una ciudad desenterrada despues de muchos siglos de olvido, y donde todo está muerto y arruinado, pero en todo palpita el invisible génio de los últimos séres que habitaron en ella: donde el ánfora todavía arrimada al brocal de la fuente pública; el templo con sus ídolos, presentallas y amuletos; las mómias de humanos cuerpos inmóviles y encerradas en voluptuosos palacios; los pasquines en los muros llamando al pueblo á los juegos y fiestas; todo, en fin, nos trasporta á otras Eras y nos hace conversar en mudas pláticas con los que fueron moradores de aquella soledad.

De entre los varios elementos que animan la especie poética en cuestion, destácanse tres principales, y como generadores de otros secundarios, que constituyen el triple ideal de las sociedades en la Edad Media.

Religion, amor y patria: hed aquí los caractéres que sellan y distinguen á esas poéticas creaciones.

Escritores subyugados al espíritu de escuela, y por ende apasionados al juzgar de las cosas, viéndolas siempre por el prisma exclusivo de sus aficiones, han querido despojar nuestra nacional literatura de rasgos en ella tan genuinos, atribuyéndolos, en todo y por todo, á extrañas influencias. No las negaremos nosotros en absoluto; pero si recordamos la historia del pueblo ibero desde los albores de su vida, llegaremos á no dudar de que en todo tiempo vivió influido por esos tres grandes ideales que explican y dan razon y cuenta de muchos acontecimientos registrados en los anales de la Patria, y para los cuales sirvieron aquellos de eficaz móvil y poderoso estímulo.

Aparte de ser tales ideas innatas en los pueblos, ha-

bremos de convenir, y esto es lo importante, que hubo una época en que llegaron á su colmo, y otra en que traspasado éste, frisaron con la exageracion y el refinamiento, convirtiéndose el espíritu religioso en supersticion, el militar y patriótico en aventurero, y el amor y acatamiento á la mujer en extremada y ridícula galantería.

Procedamos con método en su estudio, de la manera breve que por la índole del presente trabajo nos es permitido.

La santa revolucion que en el órden de las ideas realizó el cristianismo, no podia ménos de alcanzar á las artísticas manifestaciones, tan íntimamente enlazadas á las ideas religiosas. Con la redencion del género humano, verificóse tambien la redencion del Arte, imágen material de la idea.

Los dogmas de la inmortalidad del alma y la existencia de una vida futura; los preceptos morales de la Ley nueva y el severo ascetismo evangélico, dieron al Arte una direccion provechosa, haciéndole más espiritual y más grande, y acercando sus producciones al tipo bello, al combinar las formas agradables á los sentidos con la idea de bondad encarnada en ellas.

Entonces nace una literatura completamente nueva, que emancipándose poco á poco de la pagana, llega en la Edad Media á formarse por completo.

Confamiliarizadas las gentes con ciertos ritos y costumbres, era muy difícil, sino del todo imposible, prescindir de ellos al instante y desarraigarlos en absoluto. Por tal, la naciente Iglesia no solo toleró determinados hechos, si que tambien valióse en ocasiones de símiles gentílicos para exponer su doctrina, vistió á sus ministros con insignias y ornamentos paganos, á bien que mudándoles el nombre para hacer olvidar gradualmente el recuerdo de su orígen, y adoptó rúbricas y ceremonias del culto idolátrico, contentándose con cristianizarlas, en la imposibilidad de hacerlas olvidar por completo en la memoria de los pueblos.

No pocas de estas reliquias fueron propagadas dia por dia hasta el presente siglo, ya en forma de vulgares creencias, añejas ignoradas prácticas, ó imágenes y representaciones, sin que los constantes esfuerzos de

la Iglesia lograran arrancarlas de raíz. De ello dan fé hasta los cláustros de las catedrales que en la ornamentacion de las arcadas y en el feston que remata los haces de columnas, ostentan junto á escenas del Paraíso, del Tabor y del Calvario, una turba de sátiros, tritones, fáunos y divinidades mitológicas, clara prueba de que aún vivian en el recuerdo de las gentes los dioses de la antigüedad al par del Unico verdadero.

Así nació el arte cristiano sobre los escombros del de la Edad Antigua, pero regenerado por la idea santa de Nuestro Salvador.

Aquella idea que congregó á sus creyentes en los lóbregos huecos de las catacumbas, de donde salian ante los tribunales romanos para ser conducidos al suplicio más cruel antes que arrojar un grano de incienso en el altar de los ídolos: que educó los espíritus en la penitencia y la mortificacion, engendrando así los solitarios del yermo, quienes vivian dichosos en éxtasis sublimes y coloquios íntimos de su espíritu con el espíritu de Dios que poblaba las soledades del desierto: que santificó la muerte como el primer paso hácia la vida eterna de la inmortalidad; pero enseñando al mismo tiempo cómo únicamente el justo podia sonreir á su presencia, y recordando de contínuo al hombre, ya mediante ceremonias, cantos ó imágenes, el terrible decreto que pesa sobre su frente en cuanto él abre los ojos á la luz del mundo: que dignificó á la mujer levantándola de la abyeccion donde gemia hasta hacerla compañera del hombre; pero á él sujeta, aunque por las dulces cadenas del santo amor: aquella divina idea amamantó á las nacientes sociedades, haciéndolas creyentes y adornándolas por ello de todas las otras virtudes que en ellas resplandecen. Ella fustigó sus vicios, ora en las predicaciones de los monjes ó con las penitencias públicas á que se humillaban, para purgar sus liviandades, hasta los Monarcas y Emperadores; ya con el ejemplo, levantando cenóbios y casas de oracion en frente á los castillos donde el lujo y la disipacion se ostentaban arrogantes: legisló en los Concilios amparando al débil contra las tiranías del poderoso: consagró el amor de la Patria armando á los Obispos en defensa de ella; y animó é hizo arraigar en el corazon de los vasallos la leal-

tad acrisolada, interviniendo con su sagrado ministerio aun en las ceremonias militares.

Y la Iglesia prepara al caballero con oraciones y ayunos á recibir las armas, en tanto que las vela; ármale en el templo con litúrgicos ceremoniales; le advierte los graves deberes que se impone, de fidelidad á la Patria, al Señor y á la fe de sus mayores, como tambien de amparo y respeto á la mujer, al débil y al oprimido; hácele jurar sobre los Santos Evangelios la promesa de guardar siempre aquellas obligaciones; si no cumple la palabra empeñada, fulmina sobre el fementido las más terribles maldiciones de los salmos; y para moderar los abusos de la *caballería* y moralizarla con el buen ejemplo, la imprime un carácter sagrado, creando las *órdenes religiosas de caballería* con organizacion medio monástica y medio militar.

Esta soberana direccion y bienhechora influencia que la Iglesia tuvo en todos los actos de los pueblos, alcanzó tambien al arte y á la ciencia, cuyo desenvolvimiento presidía, y en especial á la literatura, que se hizo intérprete de los sentimientos en que las Naciones eran educadas.

La Iglesia encaminó sus primeros pasos dando participacion al pueblo en los cantos litúrgicos, envolviendo en el ropaje cristiano las más extendidas leyendas del mundo antiguo, coleccionando de aquí y de allá las tradicionales narraciones en que se conservaba la vida de los Santos, exornada á menudo con las galas de la imaginacion, y divulgándolas en los pueblos, siempre propicios á todo lo sobrenatural y maravilloso, quienes las adoptaron como tipos de sus creaciones, les dieron nueva forma, no pocas veces les aumentaron milagros por su cuenta y sustituyeron la figura de un Santo por la de un rico-home.

Ya en el siglo VI, Cerano, Obispo de París, Juan Mosch, Gregorio de Tours y otros varones ilustres, recogieron esas tradiciones y las recopilaron. Los monjes en la soledad del cláustro escribian las referentes á los canonizados y beatos de su órden; y de los santorales y de los breviarios de las iglesias las tomaban las gentes para desleirlas en sus romances ó vaciarlas en el molde de los cantares de gesta.

El maestro Gonzalo de Berceo, llevado por las corrientes del gusto, dió forma rimada á las vidas de Santo Domingo de Silos, San Millan, San Laurencio y Santa Oria, todas matizadas con extraordinarios acontecimientos, auténticos los unos y otros de dudoso orígen, como apoyados únicamente en la tradicion, segun él mismo indica al exponer uno de los milagros de Santo Domingo:

Si era de linaje, ó era labrador,
non lo diz la leyenda, non so yo sabidor, etc.

Por tales medios, se presentaban las gentes á sí mismas sanos ejemplos de rectitud en el obrar, considerando la terrenal existencia como tránsito á la inmortalidad y trayendo á la memoria á cada instante el recuerdo de la muerte, con sus sombras, sus dolores y sus amarguras, cual paso inevitable para llegar á la bienaventuranza: tendencia ejemplar que se nota en todas las manifestaciones del arte, haciéndonos columbrar la terrorífica imágen de la muerte pesando con horror sobre las sociedades de los tiempos medios, imágen que aparece esculpida en los relieves de sus templos y en las simbólicas estátuas yacentes de sus panteones; que palpita en las dolientes notas del canto llano; da vida á la leyenda de la *Danza Macabra*; inspira á Dante su *Comedia* y se resume en la prediccion del *milenario*, que tantos campeones llevó á la conquista de los Santos Lugares.

En otras ocasiones no eran los varones santos protagonistas de los que muy bien pudiéramos llamar ejemplos morales poéticos, aunque siempre destellaban estos igual fondo de virtud. Y bien se proponian enseñar la hospitalidad y la limosna, y presentaban el modelo de hombres piadosos practicando la caridad con un indigente que topaban en el camino, ó que venia demandándola á puertas de su palacio, y resultaba luego ser un santo y quizás el mismo Jesús en apariencias de mendigo para probar la virtud de aquella alma, á la cual premiaban despues con creces el sacrificio; ó viceversa, referian de cómo soberbio prócer, negando con dureza albergue á un viandante, á quien los criados, más que su dueño com-

pasivos, hospedaban en un rincon de las caballerizas, hallábase al dia siguiente con la nueva de que el infeliz á quien negara su techo cruelmente era un hijo suyo recien llegado de lejanas tierras.

Ya pretendian avivar el valor de los guerreros y denigrar á los cobardes, haciendo á los más privilegiados héroes conversar en sueños con angélicos espíritus, ó vislumbrar en el firmamento signos milagrosos que, presagiando el triunfo, les infundian denuedo en recompensa de su fe y esforzada valentía.

Si trataban de inspirar veneracion á la castidad de la mujer, poníanla bajo el amparo de la Madre de Dios, que por ella vela con solicitud de madre; y narraban tremendos castigos que infames seductores sufrieran por atentar contra el pudor de indefensas vírgenes, en cuyo auxilio descendia la Reina de los Cielos á evitar con un milagro la consumacion de tan nefandos hechos.

Ya, por fin, daban á los pecadores la esperanza del arrepentimiento con los recuerdos de Dimas y María Egipciaca; coronaban la devocion de un paladin á la Vírgen María prestándole ella su visible proteccion en los peligros de una batalla ó de un torneo; y, por decirlo de una vez, ponian de relieve toda accion grande y toda empresa virtuosa, galardonando á sus autores con abundancia de bienestares y consuelos.

Hé aquí el espíritu caballeresco de las literaturas en los tiempos medios, germinado al calor de la idea religiosa. Circunstancias especiales hicieron que en España, más que en ninguna otra Nacion, se afirmaran y tomaran cuerpo los tres grandes ideales enunciados. Aludimos á la empresa de la Reconquista.

Los héroes de ella peleaban por su Dios, por su Patria y por su hogar. Ultrajada su fé; sus templos arrasados unos y profanados otros; los caballos de Almanzor haciendo resonar bajo sus cascos los mármoles de la Iglesia Compostelana; la oscura *zalá* del mahometano llenando las naves de la cristiana basílica; el *muezin* desde sus torres llamando en algarabía á los creyentes, á la salida y á la puesta del sol; é innúmeros cristianos sufriendo el martirio por confesar sus creencias, lamentables sucesos fueron todos que hicieron tomar á la guerra el carácter de religiosa; que los ejércitos pelea-

sen, con la insignia de la Cruz en sus pendones; que los Obispos empuñaran la lanza del soldado, y que el espíritu de Dios encendiese el corazon de los pueblos.

La Patria dominada por el invasor, no teniendo el ciudadano ni un palmo de tierra que pudiera decir suya, y viéndose convertido en extranjero dentro de su misma Patria, mirando el valle de su niñez y la casa de sus abuelos en poder de los conquistadores, fueron causa de que cada hombre llegara á ser un héroe en lucha hasta morir por su perdida libertad, é hizo confamiliarizarse á las masas con la vida militar y un tanto aventurera.

Finalmente, la ausencia de los hombres en las lides, y los comunes sufrimientos por todo género de torturas y penalidades, anudaron más y más los lazos de la familia que hallaba en el amor el único consuelo de la esclavitud, siendo consagrada la mujer con el título de ángel de la paz; y el amor y consideracion á ella, constituyeron un segundo culto religioso.

Cuáles fueran las causas que tiempo adelante exageraron tales sentimientos, originando así la llamada literatura caballeresca, es lo que ahora nos toca averiguar. Descúbrense en aquella rasgos y señales propios de bien distintas civilizaciones, efecto de la elaboracion constante de los siglos en que se realizó la fusion de heterogéneas razas, y con ellas la de sus aspiraciones, hábitos y creencias.

Agenos nosotros al criterio erróneo, por lo exclusivo, de aquellos que atribuyen á los pueblos del Norte únicamente, á los árabes tan solo, ó bien á las remembranzas clásicas, y puramente á ellas, el fundamento de la literatura caballeresca, damos á todos esos elementos la participacion que legítimamente les corresponde, é indagamos la direccion que trajeron esas corrientes civilizadoras, siguiendo los pasos á sus inconscientes apóstoles; pues todas las razas advenedizas que posaron su planta en tierras españolas no pudieron ménos de ejercer influencia en el órden moral, como de impregnar con el aliento de sus pulmones la atmósfera de nuestra Patria; y los efluvios de una civilizacion se respiran como el aire, sin darse cuenta de ello.

En los primeros años del siglo V ocuparon la Pe-

nínsula ibérica los hombres del Norte, trayendo consigo todas las usanzas y tradiciones que leemos en las historias de Tácito, en los cantos del *Edda* y en el poema de los *Nibelungos*.

Aventureros y valientes hasta el arrojo, creyentes y religiosos hasta rayar con la supersticion y el delirio, aficionados por extremo á los ejercicios de la caza cual simulacro de la guerra, esclavos de su dicho franco y leal y fieles guardadores del culto á la mujer, á quien investian con el carácter sagrado, como predilecta de los dioses; si analizamos los monumentos escritos de esa raza, no hallaremos diferencia sustancial entre ellos y los de nuestra literatura romancesca, amen de sorprendernos á las veces más de una rara semejanza, y más que semejanza equivalencia, entre episodios de aquellos poemas y otros de los romances castellanos [1]; analogías observadas tambien, no solamente en el fondo de sus invenciones, sino asimismo en la estructura de la forma, entre las *baladas* del Norte y los romances, como al fin y al cabo derivados unos y otras de las mismas fuentes.

Repasemos cualquier libro de *El Edda*, y nos parecerá estar saboreando un romance del Ciclo Breton ó del Ciclo Carolingio. El poema *Fioelsving*, por ejemplo, tiene con ellos una identidad tan grande, que vertido en rima castellana pasaria entre los otros sin dar ni aun lugar á la sospecha de que no fuese hermano suyo.

Las empresas de Sigfrido y demás héroes de su raza parecen la norma que para las suyas tuvieron presente nuestros caballeros. ¿Qué más? si Odin, el padre de los dioses, no lavó sus manos ni peinó sus cabellos hasta llevar á la pira al matador de su hijo Balder [2], ellos ju-

1 Son en un todo comunes, v. gr., el asunto del romance (núm. 25 de la Coleccion de Depping, t. II.)

En París está Doña Alda,
la esposa de Don Roldan,
trescientas damas con ella
para la acompañar, etc.

y la introduccion de los *Nibelungos*, donde Chrimilda sueña con dos águilas que, precipitándose sobre un halcon, tenido por ella en sus manos, lograron allí mismo darle muerte. Su madre despues interpreta el sueño diciendo que el halcon simboliza un noble de quien su hija ha de ser esposa y viuda, por dejar de existir el caballero víctima de violenta muerte. En efecto, el presagio se cumple; cásase Chrimilda con Sigfrido, y muere éste asesinado traidoramente por Agón.

2 *Prediccion de la sábia Wala: poema de Vegtam.*

raban no cortar la barba ni comer pan á manteles hasta tomar venganza de una injuria ó de un ultraje.

Los consejos dados por Sigurdrifa á Sigurd despues de haberla éste libertado del encantamiento en que Odin la habia recluido, son las reglas de conducta seguidas por los paladines en la Edad Media, y en las cuales resalta en primer término la veneracion y cortesía al sexo débil, y muy en especial á las mujeres huérfanas de amor.

No falta tampoco en las leyendas germánicas el barniz de lo maravilloso; antes bien, constituye uno de sus encantos principales, ofreciendo rasgos harto parecidos con los de nuestras vulgares consejas y con las gratas ficciones contenidas en los libros de caballerías, donde se halla condensado todo el cúmulo de preocupaciones á que vivió sujeto el siglo XV, época en que con más vigor se propagaron las supersticiones y delirios de las artes mágicas.

Allí hay sábios adivinos como Wala y Griper que vaticinan lo futuro, sueños présagos, decrépitas brujas que á un conjuro se alzan de la tumba, pájaros que hablan y hombres que descifran su lenguaje, bálsamos milagrosos [1] de igual calaña que el *Fierabrás*, cuya receta poseia el bueno de D. Quijote; enanos y gigantes, y doncellas encantadas por Odin al clavarles la espina del sueño.

Sigurd, despues de comer el corazon de la serpiente *Fafner* y de beber la sangre de ella, empezó á comprender las charlas de los pájaros; desconsolada Sigruna por la muerte de su bien amado Helge, levántase éste del sepulcro á calmar su pena [2]; Skirner trata de obtener el amor de Gerda por medio de la mágia [3], esto es, apelando á los filtros tan usados por dueñas y galanes para hacer olvidar desdenes amorosos y renacer querencias; Loke adopta la forma de ave para ir en busca del martillo robado á Thor [4], trasformacion corriente en los cuentos populares y membranza de la metempsícosis oriental; Sigfrido con un capacete que le habia donado

1 «Si derramo agua sobre un jóven para impedirle sucumbir en la batalla, no sucumbirá ante el acero.» *(Discurso Rúnico.)*
2 *Poema antiguo de los Voels.*
3 *Viaje de Skirner*
4 *Poema del Martillo.*

el enano Albrich tiene la facultad de hacerse invisible [1]; las sagas del Danubio aparécense á Agon, y una de ellas, llamada Siguelinda, le anuncia la muerte de todos los caballeros y soldados que Guntero llevaba consigo, exceptuando al capellan del Rey [2]; y para terminar, Chrimilda exige de Agon, que niega haber muerto á Sigfrido, se acerque al cadáver para cerciorarse de si es verdad ó no lo que asegura; lo hace así, y las heridas del muerto se abren nuevamente, hierve la sangre en ellas, y todos reconocen en Agon al asesino de Sigfrido [3].

Empero esta larga enumeracion sería inoportuna y nada importaria si tuviese fundamento la rotunda aseveracion hecha por tantos autores, así nacionales como extranjeros, de que los romances castellanos carecen de ese nimbo fabuloso de los encantamientos y las hadas; por cual motivo nos vemos precisados de hacer una digresion encaminada á rechazar con pruebas tan gratuitas opiniones.

Ludwig Clarus sustenta que los albores de la poesía española, épicos como en todos los pueblos, están destituidos de la aureola fantástica, limitándose á una simple histórica tradicion. Y Almeida Garret escribe: «O romanze castelhano, propriamente ditto, nunca se lançon no maravilloso das fadas é incantamentos qui á eschola céltica da França é Inglaterra, é mais ainda á neo-grega de Italia fizeran depois tan familiar na Europa; os severos descendentes de Pelaio ñao tinhan mythología nos seus poemas, cantados áo son da lança no escudo é a compasso das cutilladas.»

Extrañas nos parecen esas afirmaciones en los autores mencionados y en los demás que sostienen con ellos cual tésis indiscutible la de que los romances castellanos carecen del elemento maravilloso. El, que siempre fué el alma de las creaciones populares, no podia faltar en los primeros poemas de los descendientes de Pelayo, sin contradecir el hecho constantemente confirmado en las manifestaciones de la invencion vulgar [4].

1 *Los Nibelungos.*
2 Ibid.
3 Ibid.
4 Don Agustin Durán une su parecer al de esos escritores que niegan haya en los romances, y con particularidad en los históricos, ficciones maravillosas. La verdad del hecho es que la Iglesia iba trasformando en cristiano lo



Desconocemos cuáles fueran los balbuceos de la musa española, aunque nos atrevemos á sospechar, y no sin fundamento, que algunos llegaron á nosotros trasmutados, á causa de haberse olvidado por las gentes su forma poética, en simples narraciones, ó sea en prosas tradicionales. Si así fuese, segun creemos, en atencion á su forma literaria, á los asuntos históricos que algunas desenvuelven y á la parte rimada que aún conservan, basta estudiarlas con interés para deducir lo contrario que Clarus y el Vizconde Almeida.

Entre las tradiciones asturianas, por ejemplo, se cuenta de cómo el Infante, persiguiendo á un malhechor llegó á la cueva, mansion de un ermitaño, quien con sus ruegos salvó la vida de aquél, pronosticando á su perseguidor que allí encontraria tambien, en no lejano tiempo, refugio y amparo; prediccion cumplida cuando el héroe de *Cueva-fonga* alcanzó glorioso triunfo sobre las huestes de Al-Kama. Refieren otras en qué manera los fatales presagios de un sueño tenido por Froliuva, esposa de Favila, se realizaron el dia siguiente con la muerte del Rey, desgarrado por un oso: de cuáles eran los encantos prodigiosos atribuidos á la espada de Bernaldo el Carpio; con qué ocasion, ginete en su caballo, dió un salto gigantesco de una á otra montaña en las vertientes del Pirineo, y etc., etc.

Además, la que no vacilamos en apellidar mitología de los cántabros y astures, no podia permanecer ociosa sin intervenir muy directamente en las fábulas poéticas, segun nos lo dan á entender, sin género de duda, algunos romances insertos en esta Coleccion.

Ahora bien; prescindamos de hipótesis, siquiera por más de una parte tengan visos de verdad, é interroguemos á los escritos de antigüedad reconocida.

Los mismos cronicones y anales, casi coetáneos de los hechos que narran, envuélvenlos á menudo en el ropaje misterioso de lo sobrenatural, fenómeno nada

---

maravilloso del paganismo; y así aparece en la mayor parte de las obras literarias. En la misma *Crónica de Turpin*, que algunos creen de origen español, y fué base de un ciclo romancesco, se observa ya este fenómeno. Roldan al combatir con el gigante Ferragut, contrarresta el poder de sus encantos, no ya con supersticiosos conjuros ni mágicos talismanes, sino invocando el nombre de la Santísima Virgen: el sonido de la trompa de Roldan moribundo es llevado por un ángel hasta oidos de Carlomagno, que se hallaba á bastantes leguas de distancia, etc., etc.

extraño teniendo presente que el monje cronista no presenciaba los acontecimientos, y referíalos desde el retiro de su celda tal y como llegaban á sus oidos por lábios del viandante y del extranjero, y engalanados ya por la imaginacion popular.

En un pasaje de la *Crónica Rimada*, que és ciertamente de los viejos romances castellanos glosados en ella á la manera que otros muchos, conforme dejamos dicho, y en el cual fué calcado el posterior dél Romancero del Cid, se presenta á éste San Lázaro en trazas de *gafo* ó leproso: todos escupen al verle y le desprecian; solo el Campeador le acoge cariñosamente y hasta le acuesta al par de sí en su propio lecho. Recompensando tan caritativa accion, habla en sueños el santo á su huésped y le dice:

Sant Lásaro so, á tí me obo Dios embiaido,
que te dé un resollo en las espaldas que en calentura seas [tornado.
Que quando esta calentura ovieres, que te sea membrado
quantas cossas comensares, arrematarlas con tu mano.

Y pronto halló ocasion en que probar la eficacia de aquel anuncio; pues habiendo de sostener, apenas llegado de su peregrinacion á Santiago de Galicia, combate singular con un caballero navarro, iba á reponer las fuerzas perdidas en la jornada tomando una sopa en vino, cuando sintiò la calentura de que San Lázaro le hablara, y

en logar de tomar la sopa, tomó la rienda del cauallo.

Entró en lucha, y venció á su enemigo con la ayuda invisible de los poderes sobrenaturales.

Varios son los episodios que fortifican nuestra tésis, en el centon romancesco generalmente conocido por el nombré de *Poema de Mio Cid.*

Haciendo notar de pasada aquello de

á la exida de Viuar ouieron la corneya diestra,

y la siniestra á la entrada en Búrgos; así como que á

cada momento es apelado el Cid *el que en buen hora nació, el de buen ave*, etc., etc., las cuales expresiones y epítetos representan otras tantas maravillas de la superstícion, á poco de caminar desterrado el héroe, tiene una vision famosa en que oye decir al Arcángel San Gabriel:

Caualgad, Cid el buen Campeador,
ca nunqua en tan buen punto caualgó uaron:
mientra que visquieredes bien se fará lo tó.

Y esto sirve de comienzo á las hazañas *del más famoso castellano.*

Los Infantes de Carrion, antes de entrar en lidia con los caballeros del Cid,

Andidieron en pleyto, dixeron lo al rey Alfonsso,
que non fuessen en la batalla las espadas taiadores Colada [é Tizon;
que non lidiassen con ellas los del Campeador [1].

Y al emprender la batalla

Santiguaron las sielas è caualgan á vigor.

Pero llega el momento del combate, y Pero Vermudez blande su espada:

Quando lo vió Ferran Gonçalez, conugo á Tizon;
antes que el colpe esperase dijo: vençudo só.

El otro de los Infantes, al observar á Martin Antolinez con la suya en las manos y herido ya por ella, si bien levemente, convéncese de que á otro golpe *no escaparie el alma*, é invoca el nombre de Dios para contrarestar el invencible encanto del arma aquella:

Válme, Dios glorioso, Sennor, é curíam desta espada.

Juan Lorenzo de Segura, que no obstante ser poeta

1 Ambas espadas, que tenian, por lo que se deduce, algun secreto encanto, habian sido ganadas por el Cid la una al Conde de Barcelona y al Rey Búcar la otra, respectivamente.



erudito escribió en lengua vulgar (aunque como Berceo por la *quaderna vía*), conociendo la necesidad de seguir las aficiones corrientes, trasformó en su *Poema de Alexandre* al héroe macedón en un señor de la Edad Media, armóle caballero á la usanza de entonces, le rodeó de una corte feudal y tejió la fábula con las maravillas de que tan devotas eran las muchedumbres, si bien hay en ella un sabor clásico que denuncia la inspiracion del *clérigo* doctrinado con el estudio de los poetas griegos y latinos.

Alejandro el Magno, caballero en dócil mónstruo practica sorprendentes excursiones y acomete empresas descomunales. La espada del conquistador era encantada, pues se la habia forjado *don Vulcan*; el manto tenia tambien raras virtudes; igualmente el talabarte; y hasta la camisa y el brial habíanlos hilado y tejido dos hadas marinas que les concedieron el poder eximir á quien los vistiese, de toda casta de padecimientos físicos y de la traicion y la lujuria.

Tampoco nos desmentirán los romances si á ellos acudimos en demanda de irrecusable testimonio; pero no haremos mérito especial de los publicados en la presente obra, pues ya el discreto lector suplirá nuestro silencio.

El venablo del *Infante vengador*, protagonista en uno de los más antiguos,

siete veces fué templado
en la sangre de un dragon;

y conocido es el valor simbólico que el dragon tenia en los mitos de la antigüedad y, por consecuencia, el malévolo influjo que su sangre habia de ejercer.

En otros muchos romances intervienen las hadas y encantamentos, pongo por caso aquel de la *Infanta encantada*, donde ésta dice:

—Hija soy yo del buen Rey
y la Reina de Castilla;
siete fadas me fadaron
en brazos de un ama mia, etc.

En el III de *Gaiferos* se lee:

¡Tal fuerza de caballero
en pocos se puede hallare!
Debe ser el encantado
ese paladin Roldane...

y sin salir de él, pasadas algunas estrofas:

—Calledes, dijo Gaiferos,
Infanta, no digais tale,
por más que fueran los moros
no me podian hacer male,
qu' estas armas y caballo
son de mi tio don Roldane;
caballero que las trujere
no podia peligrare.

Oigamos lo que dice el romancista lamentando la *Muerte de Roldan*:

¿Qué es de tu fuerza encantada?
¿Qué es de tu valor, Orlando?

Y al pintar la rota funesta de Roncesvalles:

Solo Roldan ha escapado,
que nunca ningun guerrero
llegó á su esfuerzo sobrado,
y no podia ser herido
ni su sangre derramado...

pues únicamente llega á morir *de pena*, cuando vé á su señor Carlomagno sin corona y mal herido.

Vése tambien el poder de los encantos al principio de *Lanzarote:*

Tres hijuelos habia el Rey,
tres hijuelos, que no más,
por enojo que hubo de ellos
todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
el otro se tornó can..., etc.

Restos de la adivinacion por la astrología en *Espinelo*:

—Espinelo, mi Espinelo,
¡cómo naciste en buen dia!
El dia que tú naciste
la luna estaba crecida,
que ni punto le sobraba
ni punto le fallecía...

Asimismo de todas las artes adivinatorias. Belerma en un sueño lee la muerte de Durandarte:

—¿Qué es aquesto, amigas mias?
¡Algun mal se me acercaba,
que nunca mi corazon
aquestas muestras me daba,
sin que luego ciertamente
me ocurra alguna desgracia!...

El sueño de Doña Alda es semejante al de Belerma; como los dos al tenido por Grimaltos, de un águila á quien siete halcones perseguian, la cual yendo á refugiarse en una torre, y como

por el pico echaba fuego,
por las alas alquitran,

quemó la ciudad, las barbas del Conde y el brial de la Condesa, partiendo de esta noche infausta la série de amargas desventuras que cayeron sobre Grimaltos.
Espinelo en el romance susodicho

Fuerase á tomar consejo
con tan loca fantasía
á una cautiva mora
que sabe nigromancía.

Y Roldan dice á su sobrino Gaiferos:

Sacramento tengo hecho
allá en San Juan de Letrane
á ninguno prestar armas,
no me las hagan cobardes.

En suma, interminable fuera aducir todos los textos de romances en que aparece lo maravilloso de la su-

persticion en una ú otra forma, y adoptando este ó aquel vestido.

Ellos nos dirán que hay misteriosos pájaros que hablan:

Los cantos eran tan dulces,
que me ficieron parar;
vi avecicas, que por ella
no hacian sino volar.
Papagayo y ruiseñor
decian en su cantar:
«¿Dónde vas, el caballero?
Atrás te quieras tornar...» etc.

Mágicos cantares, como los del marinero de *El Conde Arnaldos* quien con ellos

...la mar ponia en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
las hace al mástil posar.

Gigantas al estilo de Rovenza con quien se bate Reinaldos, consiguiendo darla muerte; recuestas á los espíritus como las de Malgesí, en nombre de su primo el señor de Montalvan, para averiguar cual es la mujer más hermosa del mundo; y toda clase de hechicerías y peregrinas invenciones á la manera de las relatadas en el romance de *Floriseo y la Reina de Bohemia* y en el no ménos famoso *La Infantina de Francia*, reconstruido por el incomparable Duran, donde figuran una paloma que se convierte en dueña, un *aniellico* que cuanto le es demandado otorga, y replica á cuantas preguntas se le dirigen, un telar donde se labran paños

que á las viejas fase mozas,
é á las mozas mucho mase,

y una gallina de oro que

perlas ponia por huebos,
pollicos de oro sacaba.

Dos fines creemos haber alcanzado con la digresion que antecede: desvirtuar las afirmaciones gratuitas de Clarus, Almeida y demás autores que opinan en iguales términos, y poner de bulto bastantes analogías entre estas piezas poéticas y las canciones y poemas septentrionales.

Fijámonos además y nos detenemos en el estudio del elemento maravilloso, por ser en el que se conoce con mayor exactitud los materiales aportados por cada civilizacion á la obra de la literatura caballeresca, bien á pesar de aquellos que la ven proceder directa y únicamente de los árabes, sobre todo en cuanto se refiere al carácter que acabamos de examinar, fundados en la simple consideracion de hallar en él la imaginacion y fantasía de los orientales.

Las literaturas del Oriente penetraron en Europa por distintas maneras; y error craso es achacar con privilegio á los árabes su importacion, siendo así que tantas otras causas concurrieron á verificar aquel fenómeno.

Como la cuna de la especie humana, fué el remoto Oriente patria de la civilizácion y la cultura: las familias y las tribus en sus emigraciones llevaron consigo los gérmenes de ella, que sembraron despues en los países adonde fueron á establecerse, y prendiendo allí fructificaron, no sin conservar al través de los siglos y las revoluciones en el órden de las ideas rasgos bien característicos de su orígen, que descubren su comun procedencia [1].

Esas trasformaciones prodigiosas de hombres en animales y viceversa; de séres humanos en árboles, en fuentes y en espíritus, á que llamamos encantamentos,

---

1 El estudio comparado de las religiones nos confirma en esta verdad. En todas ellas, así sea entre las de pueblos más distintos y apartados, palpita y vive algo comun que las encadena; y no es, en suma, otra cosa que los recuerdos de la verdad revelada, lazo de union entre unas y otras; como el orígen de sus diferencias y aberraciones es hijo de la humana razon extraviada al apartarse de la fe y de la revelacion divina.



son derivadas de la metempsicosis india [1] que los druidas tambien profesaban [2].

Las fábulas de Hércules y Gerión entre los celtíberos, y en general, todas aquellas en que aparece el génio de las sombras representado por un dragon ó mónstruo opresor y tirano del bien en forma de una hermosa doncella ó de un tesoro, etc., etc., tienen su fuente en el simbolismo oriental y el dualismo religioso.

En el Rig-Veda una serpiente guarda las vacas aprisionadas por Pani; Apolo vence y mata á la serpiente Pithon; Perseo libra á Andrómeda del terrible dragon á que fué expuesta para salvar á Etiópia, y Sigfrido, el héroe de los Nibelungos, rescata á Chrimilda del poder de Fafner.

De este modo la cultura de los pueblos orientales fué lentamente dando cuerpo á la de los del Septentrion, manifestándose envuelta en las formas literarias.

Odino, de procedencia asiática, pasa al Norte estableciéndose en la Sajónia; de allí sigue á Jutlandia, y despues á Suecia y á Noruega, implantando su religion entre los escandinavos y denominando á sus divinidades *Asias*, cual en recuerdo de su orígen; idea religiosa que se propaga en toda la region del Norte, y cuyos mitos, análogos á los de griegos, indios y persas, denuncian tener como éstos sus raíces en el pueblo zendo.

Disculpable es, á pesar de todo, que se haya imputado sin vacilacion á los árabes la paternidad de ideas determinadas que se manifiestan durante algunos siglos en la literatura, sin tener para nada en cuenta la precedente invasion germánica; porque lo cierto es que

1 Hé aquí la idea de la transmigracion, expuesta en el libro duodécimo del *Código de Manú*. Concede tres facultades al alma: bondad, pasion y oscuridad. Segun la que domine en el hombre, transmiga éste á un ser de naturaleza divina, humana ó animal; y asimismo, cada uno de los órdenes tiene tres grados, inferior, medio y superior.

Tomando por base este sistema, en nuestra *Historia de los mitos y supersticiones de Astúrias*, próxima á publicarse, hemos clasificado las personificaciones supersticiosas del siguiente modo:

Génios.—Duendes. Atalayas, Diañu burlon, Espumeros, Huestia ó Santa Compañía, Nuberu, estrellas errantes, fuegos fátuos, ventolines, etc.

Humanos.—Busgosos, Xanas, Gigantes, la Guaxa, el Xuancu, Moros encantados, Lavanderas, Brujas, Ensalmadores, Saludadores, el Hombre-lobo, la Zamparrampa, el Tángano-mangano, etc.

Animales.—El Páxaru negru, Cuélebres, Espiritus familiares, pájaros encantados, sacaberas, mariposas, etc.

2 Véase en Diod. Sic. y otros.

más de un punto de contacto se advierte entre esas distintas razas invasoras. Señálanse ambas por su génio audaz y aventurero, por su hidalguía patriarcal, por su religiosidad supersticiosa y por su condescendencia con el sexo débil, que más de una vez se torna fuerte en los dos pueblos, dando fin á empresas y practicando hazañas propias de varones.

Gran parte de esa hidalga caballerosidad que distingue á los árabes españoles en sus costumbres y de ese culto de galantería que rendian á sus mujeres, tomáronlas seguramente de nosotros; solo que por efecto de su imaginacion ardiente y de su especial temperamento, al asimilar los árabes aquellos rasgos propios de los españoles, modificáronlos en consonancia con su modo de ser y los hicieron exagerados por extremo y, en cierto modo, originales al imprimirles un carácter nuevo.

El versado arabista D. F. Javier Simonet, en el excelente artículo «La mujer arábigo-hispana,» dado á luz en la *Revista de la Universidad de Madrid* (1875), sustenta la opinion de que «si la ley natural y la influencia cristiana produjeron entre los árabes anteriores al islamismo ciertos sentimientos de honor y galantería, todo aquello quedó extinguido con el triunfo del mahometismo, y no ejerció influjo alguno en la Europa cristiana.» Y como argumento de que, viceversa, los árabes españoles fueron influidos en gran manera por los usos y cultura de los cristianos, trascribe un párrafo de los prolegómenos á la «Historia universal» debida á la pluma del célebre Ibn Jaldun, de Túnez, que dice así: «Un pueblo vecino de otro que le sobrepuja en cultura intelectual, y á quien debe la mayor parte de la suya propia, no puede ménos de copiarle y remedarle en todo. Esto pasa hoy mismo entre los moros andaluces por sus relaciones con los gallegos (los cristianos castellanos y leoneses); pués tú les verás cuanto se les asemejan en los trajes y atavíos, en usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros, tanto en lo exterior como en lo más retirado de sus edificios, etc.»

Parécenme algo extremadas y absolutas las afirmaciones del Sr. Simonet; y de convenir así al propósito

que nos guía en este trabajo, dedicaríamos algunas líneas más á poner las cosas en su punto.

La mujer mahometana, constituida en una especie de servidumbre por las instituciones religiosas en órden á la familia, redímese en ocasiones á sí propia valiéndose, como poderoso medio, del amor que la eleva al rango de señora absoluta, dueña hasta de la vida de sus ciegos enamorados, la cual sacrifica á veces á un mero capricho, á una nonada.

Antar, en el poema de este nombre, por satisfacer femeniles antojos de Abla, su hermosa prometida, se encamina al desierto á luchar con los leones para presentar su carne en el festin de boda; y llega á las tiendas de Caled Eben-Moareb ambicionando darle muerte y conseguir así que su mujer, la incomparable Ida, sácie el desmedido orgullo de Abla, llevando del cabestro su hacanea que, adornada con la cabeza de Caled, ha de montar cuando lleguen los anhelados desposorios[1].

Este delirio de galantería influyó á su vez en nuestras costumbres caballerescas y se reflejó con vivos colores en la literatura por ellas alimentada.

El célebre caballero Ulrico de Lichtenstein fué herido en un dedo de la mano con que empuñaba el lanzon en el torneo dispuesto en honor de su dama; y como ella mostrase no creer lo sucedido, cortóse Ulrico el dedo y se lo envió por un paje. Suero de Quiñones rompe trescientas lanzas en el puente de Orbigo por aplacar los desdenes de la señora cuyo él era, pues habia prometido que hasta tanto no quitaria la férrea argolla que traia rodeada al cuello.

Amadis de Gaula hizo penitencias duras en las selvas y en la Peña Pobre por celos de su bien amada Oriana.

La infanta Sevilla pedia al moro Calaynos, como prueba de valor para casar con ella, las cabezas de tres de los doce Pares: Roldan, Oliveros y Reinaldos. La enamorada de Lanzarote exigió tambien á éste en arras de boda un ciervo de pié blanco que, por virtud de encantamento, daba la muerte á cuantos veia. Y en el romance que comienza

1 Véanse los fragmentos del *Antar* en Lamartine.—*Viaje á Oriente.*

Ese Conde don Manuel,
que de Leon es nombrado...

la bella Ana, con fingido estudio, deja caer el guante en una leonera para que lo recoja D. Manuel y someter así á dura prueba su amor.

Alguna parte debieron tambien tener los árabes en el movimiento literario de España[1], ya durante el gobierno de la dinastía Ommiada por el impulso que sus Reyes dieron á las letras, llegando á congregarse en la opulenta corte de los Abderrhamen los poetas más esclarecidos; ya, introduciendo los libros de la India, por cuyo medio los llegó, sin duda, á conocer el judío converso Pero Alfonso, quien en su *Disciplina Clericalis* (siglo XII) adoptaba el gusto oriental del *Sendabat* y del *Pancha-Tantra*, traducido despues al latin [2] durante el siglo XIII y romanceado más tarde con el título de *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*.

Pero la influencia arábiga debió haber obrado con lentitud, hasta las postrimerías de la dominacion, teniendo presente el estado de guerra pertinaz y la repulsion, y aun mengua, en que eran habidos los tratos y relaciones con los agarenos; aunque nosotros, que no gustamos de extremar afirmaciones, apreciando en lo que vale ese aislamiento, no lo reconocemos como causa que mantuviera en absoluto divorcio las dos civilizaciones, pues la realidad de los hechos atestigua lo contrario, enseñándonos que si en la arquitectura, como en el lenguaje y las costumbres, dejaron marcadas las hue-

1 Facilitaba la propagacion de la literatura arábiga entre nosotros, á lo que contribuyeron no poco mozárabes y judíos, la circunstancia de que muchos cristianos, por su roce constante con los muslimes, llegaron á comprender su lengua y á expresarse en ella hasta con elegancia al decir de Alvaro Cordubense. (Indc. Lum.)
Entre muchos romances que corroboran lo dicho, citaremos este:

Yo me era Moraima,
morilla de un bel catar;
cristiano vino á mi puerta,
cuitada por me engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que bien la sabe:
—Ábreme la puerta, mora,
si Alá te guarde de mal, etc.

2 Directorium humanæ vitæ alias parabolæ antiquorum sapientum.
El libro de los siete consejeros del indio Sendabat (Coleccion de cuentos) en el siglo XIII fué tambien vertido en lengua latina, y al francés con el título de *Dolophatos*.



llas de su paso, no podia suceder otra cosa en el campo de las letras.

Dos son, pues, hasta ahora las corrientes que traen á Europa el gusto literario de los orientales. Una, partiendo del Indostan y Pérsia, diríjese á Germania, de allí á Italia y luego á Francia y España; y la otra, con igual orígen, se extiende de Arabia al África, y atraviesa el Estrecho posesionándose de Iberia. Ambas á dos allegaron ideas generadoras de la caballeresca literatura, aunque en nuestro concepto, mayormente la primera, tanto por haber precedido á la segunda, cuanto porque al asimilarse los elementos orientales, amoldáronlos á su modo de ser, bastante más conforme á nuestras usanzas, carácter y tradiciones, de cuya observacion ofrecen irrebatible prueba los mitos y creencias supersticiosas de nuestros montañeses, análogos en su mayoria á los de los germanos[1]; que siendo advenedizos como los de que se trata, no viven en un país á no estar de acuerdo con los suyos peculiares y hasta con el clima y naturaleza del terreno.

El contacto que con los franceses tuvimos desde la primera época de la Reconquista, cuando en Cataluña y Aragon eran Señores los Monarcas francos, y más tarde, frecuentes los peregrinajes de romeros franceses á Galicia para visitar el cuerpo del Apóstol, y á Oviedo por venerar el *Arca de las reliquias*, fueron ocasion de que las leyendas carolingias, y con ellas la vida caballeresca de allende el Pirineo tomasen carta de natura-

1 Los *Leschyos y Polkans*, apellidados tambien *Berstuk* (especie de sátiros), entre los slavos, son, ni más ni ménos, que los *Buyosos* de Astúrias: el *Hombre marino* de las poblaciones costeñas situadas en el Occidente de la provincia, es el *Hombre de mar* que figura en las tradiciones danesas: las *Valkirias* del Edda, asemèjanse á las *Xanas*; viven como éstas en las de los bosques apartados, bajo el cristal de la fuente de Urd, cuyas aguas tienen el poder de tornar blanco cuanto se pone en contacto suyo, como blanca es la *flor del agua* que las *Xanas* custodian; unas y otras son émulas de la nieve en el color; si las *Xanas* al claror de la luna hilan madejas de cristal y oro, que devanadas en cierto sentido nunca se acaba la felicidad y con las cuales obsequian á sus favorecidos, las *Valkirias* en las noches de plenilunio; tejen el lino precioso del destino, que tambien, arrollado en cierta forma, concede felicidad eterna; mientras se bañan las *Valkirias*, dejan al borde de la fuente su anillo encantado, y quien se apodera de él consigue aprisionar á la *Valkiria* su dueña, al modo que el que logra asir la *flor del agua* en cuyo torno danzan las *Xanas* la noche de San Juan, rescata á una de ellas.

Finalmente, la historia de Sigurdrifa encantada por Odin en una cueva donde hay ocultos tesoros, la cual es guardada por el dragon Fafner, sin que falte la llama luminosa que cita á Sigurd á libertar la doncella recluida, es el relato vulgar de nuestras *Atalayas*.



leza en la literatura española, avivando, por efecto de su comun orígen, las germanas tradiciones arraigadas en el país, y haciéndolas fructificar nuevamente.

Alcuino y Carlo Magno contribuyeron á ello, haciendo surgir de entre el polvo del olvido y reuniendo los *bárbaros antiguos cantos* de los alemanes, que álguien opina fuesen los Nibelungos, y en los que se narraban los hechos de los Reyes con las memorables batallas [1]: no olvidándonos otrosí de normandos, sajones y daneses, que derramaron por la Francia innumerables cuentos de fantasmas, gigantes, mágicos y héroes rudos y emprendedores; cuentos á que llamaron *ságas*, conservados en las narraciones durante las noches de invierno á la luz abrevada con grasa de ballena.

Así Carlo-Magno y sus Pares, caballeros al estilo germano, de quienes la imaginacion de los cronistas acrecentó las hazañas verdaderas con otras fabulosas, llegaron á ser el espejo de todos los héroes de la caballería. El Monje de San Galo pintó con brillantez de colores la pompa y magnificencia de Carlomagno presentándose imponente y severo; el Arzobispo Turpin escribió la historia de su vida, mezclándola con extraordinarias leyendas: y estas crónicas y las *canciones de gesta* fueron el punto de partida para un ciclo de romances en que á porfía surgieron paladines que, como Bernaldo el Carpio, aventajaban á los de las crónicas y canciones francesas, atribuyéndoles no pocas veces las mismas aventuras.

Un hecho de suma trascendencia, que no puedo pasar en olvido, pues merced á él se puso en inmediata relacion Oriente con Europa y se realizó entre las naciones de ésta el sorprendente comercio literario á que ya nos hemos referido, fué el de las peregrinaciones y romerías. La fé y el espíritu religioso casi siempre, pero tambien el deseo de propios riesgos é impresiones nuevas, movió á multitud de peregrinos de toda condicion y alcurnia á abandonar su patria y su familia para vestir los arreos del viandante, y emprender jornada fatigosa ya á la Ciudad Santa, ora á los Lugares de Jeru-

---

1 Eginardo.—*Vita et gesta Caroli-Magni.*



salem, á la noble Compostela, ó á San Salvador de Oviedo.

Romeros y palmeros llevaban pendiente del cayado ó de la percha el bordon hueco á manera de flauta ú *ocarina* y acompañaban con sus sones los cantos de la patria, para que el dulce recuerdo de ella no se borrara de la mente, ya que con sus plantas pisaban por doquier tierra extranjera; para mitigar el cansancio del camino; ó bien para obtener en galardon la *gallofa* ó caridad de que les hacian merced en las casas de abadía y en los palacios de los señores.

De esta suerte, las canciones del aleman, el borgoñon y el franco, vulgarizábanse en Galicia y las Astúrias; y esas con las del catalan, el aragonés y el castellano sonaban en tierras de Palestina y Roma, entonadas por ellos, que al regresar traíanlas acrecidas con las galas de la fantasía oriental, ó sustituidas por otras nuevas.

Este acontecimiento, las Cruzadas y la influencia de las narraciones bíblicas con su estilo parabólico [1] abrieron de par en par las puertas al gusto oriental de que se impregnó nuestra literatura, á tantos cuentos de fantasía delicada que aun son el tesoro de la niñez; y muchas de las antiguas consejas y narraciones, tomaron un tinte místico y religioso, pues no desechando las añejas formas y haciéndolas conservar cierto sabor caballeresco, vaciaron en sus moldes piadosas leyendas referentes á la vida y muerte del Salvador, hondamente impresionados los autores de aquellas con el recuerdo de lugares venerandos que acababan de visitar.

Si fueron los judíos objeto de persecucion cruel y sañuda á poco de su establecimiento en España, algunas veces los monarcas dieron tregua á sus enconos, como por ejemplo Alfonso VII, que acogió en Toledo á los rabinos de la Academia de Lucena, perseguidos por los califas; y tanto tiempo entre nosotros permanecieron, que como el gotear contínuo del agua horada las más duras peñas, así ellos en su constante roce con los pueblos españoles comunicáronles mucho del elemento

1 El romance de *Espinelo*, v. gr., recuerda la azarosa infancia de Moisés salvado en las corrientes del Nilo por la hija de Faraon; y no es este solo el ejemplo que pudiéramos presentar.



hebráico–oriental que conservaban en sus tradiciones, desarrollando ellos al par su genuina literatura, no sin ceder al influjo de la nuestra y ser por ella modificada [1].

Al recibir el bautismo, adquirian casi todos los derechos civiles de que era capaz el hombre; y bastantes judíos se convirtieron al cristianismo, más que á impulsos de la fé, llevados de la necesidad y para poder dedicarse con libertad entera á los tráficos en que habitualmente se empleaban, especulando otros con el ejercicio de sortilegios y adivinaciones, á que eran muy dados por tradicion. Y debian recurrir con frecuencia á ellos en consulta los pueblos, llevados de su credulidad é ignorancia, si juzgamos por las repetidas leyes de nuestros códigos, los cánones de los Concilios provinciales y las sinodales de los obispados, en que se establecen severísimas penas como castigo de tales hechos.

En el reinado de Ramiro I fueron quemados en Astúrias muchos judíos por sortílegos y adivinadores: y sabido es el grado de cultura que alcanzaron en España, fundando renombradas escuelas en Córdoba, Toledo, Sevilla, Lucena, Granada y otros puntos; tomando parte tambien en la enseñanza de las academias árabes, donde, como en las de Toledo, Córdoba, Salamanca y Sevilla, segun añade el P. Martin del Rio (Disq. Mag.) al par que la filosofía, se explicaban astrología, nigromancia, piromancia, geomancia y todas las artes mágicas nacidas en la Bactriana con la religion naturalista de Zoroastro, y encarnadas en el Talmud, en el que además están contenidas infinidad de leyendas orientales.

Algo de las creaciones clásicas sobrevivió en la literatura que estudiamos. La civilizacion romana se impuso al pueblo godo, suavizando paulatinamente sus costumbres y llegando éstas al enervamiento en tiempos del malhadado Rodrigo, cuya corte ostentaba todo el lujo de Roma decadente.

---

1 Los judíos españoles residentes hoy en Viena aún conservan como medio de expresion nuestra *fabla* de los tiempos medios: y en ella, si bien escrita con caractéres del alfabeto hebreo, publican varios periódicos, y entre otros una revista literaria titulada *Ilustra Güerta d' Estorias*, de la que aun no ha llegado á nuestro poder más que un ejemplar, á pesar de haber pedido la coleccion hace ya bastante tiempo. Debe ser un precioso arsenal de curiosísimos datos para juzgar de las letras españolas en la Edad Media.



La tradicion clásica no llegó á romperse, conservada débilmente en la memoria de los pueblos y en sus inveteradas costumbres, aunque en una y otras se iba borrando, al explendoroso brillo de las ideas nuevas.

La Iglesia custodió en sus bibliotecas los tesoros de la antigüedad clásica, y trasmitió á la posteridad los despojos del arte pagano, pero cristianizándolos y poniéndolos al servicio de la doctrina salvadora, como el vencedor en la batalla unce á su carro triunfal á los monarcas que domeña. Olvidadas ó casi relegadas al olvido las creaciones clásicas, llegaron á ser patrimonio exclusivo de algunos clérigos y poetas cultos, tanto que en el siglo XI Homero y Horacio eran poco ménos que desconocidos, aunque no así el Mantuano incomparable.

Por tanto, si prescindimos de tal cual reminiscencia ó mito trasformado en armonía con los nuevos ideales, exígua debió ser la participacion de esa literatura para el desenvolvimiento de la popular en la Edad Media.

El infatigable y muy entendido bibliógrafo D. Pascual Gayangos escribe en su prólogo á los *Libros de Caballerías*, que en las ficciones de Diógenes, Heliodoro, Jamblico, Aquiles Tacio, Longo, Chariton y otros autores griegos, así como en las de Petronio y Apuleyo, encuéntrase ya muchos de los elementos que entraron más tarde en los libros caballerescos.

Si hubieran nacido estos, segun algunos afirmaron, en los últimos años del siglo XV, coincidiendo casi con la época del Renacimiento, pudiera no ponerse en duda la comunidad de orígen; pero ya en principios de aquel siglo se escribian en España la *Estoria del rey Guillelme de Inglatierra*, el *Cuento de Ottas* y el de *Charlos Maynes y Sevilla*; en el siglo XIV eran vulgares algunos romances basados en pasajes de libros de caballerías; nuestras Crónicas é Historias, como observa tambien el mismo Gayangos, en algunos de sus capítulos no se diferenciaban de los libros de aquel género; y en los albores de la poesía castellana los autores del *Poema de Alexandre* y el *Libre de Apollonio*, secundando las aficiones del pueblo, dejaron de escribir en el idioma latino y eligieron asuntos del gusto popular, conformes con los que se contienen en los libros de esa laya.

Derivados estos de la mitología germana, y ella á su vez en íntimas relaciones con la asiática, no es de extrañar que en tales libros se perciban dejos que á muchos pudieran antojarse clásicos, no siendo en realidad más que semejanzas propias de quienes reconocen un comun orígen.

La mayor parte de las que pudiéramos creer membranzas de la literatura griega en la caballeresca y muy especialmente en la comprendida en el ciclo breton, no dudamos en afirmar que son rasgos trasmitidos igualmente de India y Persia á griegos y germanos, y derivados directamente de estos á la poesía romancesca.

Bastantes ejemplos pudiéramos aducir; pero en honor de la concision, valga éste elegido al azar.

En la narracion del Arzobispo Turpin, combate Roldan con el gigante Ferragut, quien tenia todo el cuerpo encantado, excepcion hecha del ombligo, en el cual era vulnerable.

A cualquiera viene en mientes de seguida Aquiles griego, hijo de Tetis, el cual poseia la virtud de la invulnerabilidad á no ser en el talon, por donde le tuviera cogido su madre cuando al sumergirle en la Estigia, alcanzó para él tan estimable gracia. Y nosotros creeríamos tambien que este fuera el molde en que se habia vaciado el gigante Ferragut, á no sorprendernos la extraña analogía entre Aquiles y Sigfrido, el héroe de los Nibelungos, que con la sangre de un dragon logra que su cuerpo no pueda ser herido, si bien tal privilegio no alcanza á una parte entre los hombros donde la sangre del mónstruo no le habia rociado, por apegársele allí una hoja de tilo al dar el baño milagroso; paridad y equivalencia que tienen explicacion cumplida en lo que llevamos dicho respecto á la comunidad de procedencia en los mitos griegos y germanos, pues el prototipo de este personaje hállase entre los persas, en el Isfendiar del Shahnameh, tambien invulnerable, á no ser en los ojos, que tenia cerrados cuando sobre él derramó Zoroastro el agua encantada.

De este modo, pues, las creaciones orientales fueron infiltrándose poco á poco en Europa, traidas por unos y otros pueblos, y llegando á engendrar la que apellidamos literatura caballeresca; al modo que las nubes

del Setentrion y el Austro van caminando impelidas por invisible viento, y en un instante dado fúndense en una y derraman sobre la tierra la lluvia fecundadora que arrastra consigo los gérmenes de produccion y hace fructificar el árido terreno.

Así las emigraciones de los pueblos que hemos estudiado, importaron la semilla de esa literatura que nació y creció á un mismo tiempo en Europa, alimentada igualmente por las circunstancias políticas y sociales de sus estados y produciendo ese cúmulo de consejas y leyendas parecidas en un todo, pero á las que imprimian un sello especial, en conformidad con su peculiar carácter, los pueblos donde arraigaban; fenómeno que no dejó tampoco de verificarse en el pueblo zendo, cuna quizás de todas ellas, pues Ferdusi en el siglo XI refundia los cantos antiguos de la Persia, escribiendo el Shah-nameh [1], que por su leyenda y disposicion es uno de tantos libros caballerescos como forjó el gusto de aquella edad, que buscaba en lo insólito y en lo desconocido el medio de apagar la ardiente sed de sus eternas aspiraciones en pos de un ideal grande y sublime, aunque á él fuera dirigida á veces por extraviadas sendas.

1 En efecto, el *Shah-nameh* y las *Aventuras de Rustan* tienen muchos puntos de contacto con las obras de la literatura caballeresca. Como comprobante, expongamos á grandes rasgos el argumento del primero.

Concede, por fin, el cielo á Sam un hijo, Rustan; pero nace con canas, y su padre le aborrece y le abandona en una montaña de la India. Pasa por allí un águila, le ve, y le trasporta á su mismo nido donde tenia sus polluelos; y un dia sonó una voz en el aire que decia así: «Cuida en extremo de ese niño: de él nacerán héroes más valientes que leones.» Y el águila le atendió como á uno de sus hijos.

El niño creció gigante, llegando su fama hasta el mismo padre, que acosado por sueños de remordimiento y atendiendo á los consejos de algunos sábios, se decidió á ir en busca suya. Llegó á la montaña, y en una altura cerca de ella divisó á su hijo entre columnas de sándalo, áloe y ébano que el águila habia erigido para mansion de su adoptado, á quien ella misma enseñaba las antiguas ciencias y arcanos indescifrables.

Topó el padre con el águila en el camino y la rogó le enseñase el que hasta su hijo conducia. Ella remontó el vuelo y llegó al jóven, y le dijo: «Tu padre está ahí; voy á llevarte á él.» Mas como el jóven sintiera apartarse de su bienhechora, esta le replicó: «Vé á cumplir tu mision en los combates. Toma esta pluma de mi ala; si algo malo te acontece, échala en el fuego y volaré en tu auxilio.»

Condújole el águila hasta su padre, que le aguardaba ansioso, y hallóle éste tan bizarro, robusto y valiente, que le creyó digno de la corona de los cayanianos y le llevó en triunfo á la ciudad, entre músicas y fiestas.

III.

De la forma en los romances.

En qué manera el pueblo es autor.—Instinto poético de las muchedumbres.—Opinion de Th. Braga.—La inspiracion individual y la colectiva.—El anónimo en la poesía popular.—Texto de G. B. Depping.—La variante; su formacion.—Semejanzas que conservan los romances actuales con los primitivos.—Ejemplos de comparacion.—Forma bella de los romances.—Por qué los de Astúrias no son en su mayor parte históricos, y por qué no están escritos en el dialecto *bable*.—Carácter transitorio de las canciones heróicas.—La danza prima.—Relaciones entre la poesía y la música.—Metrificacion y rima.—Opiniones diversas.—Conclusion.

Hay quien niega en absoluto que sea el pueblo autor de esos romances de formas tan pulcras y delicadas en ocasiones, y en los que la inspiracion siempre domina en tal manera á la forma que hace olvidar su rudeza y abandono, como un espíritu generoso y grande embellece y comunica sus condiciones de simpatía y agrado al cuerpo ruin y hasta defectuoso que habita.

Cierto que las muchedumbres no se congregan en reuniones concejiles para inventar novelas, colaborando todos y cada uno de los individuos en el discurso de una relacion fabulosa; pero nadie pondrá en tela de juicio el instinto poético de que en grado superlativo es poseedor el vulgo merced á que el fango del egoismo no ha cegado aún en su corazon las fuentes del sentimiento y á la viveza de su imaginacion indocta no contrariada en sus vuelos por el peso de la erudicion.

Luego entre las multitudes hay inspiracion individual, y en tan alto grado, que nunca hubieron menester del poeta culto para exponer con belleza los pensamientos íntimos.

El hombre del pueblo casi siempre se expresa por metáforas que saca generalmente de la naturaleza, su

maestra constante; inclínase inconscientemente á la cadencia del ritmo en el lenguaje, acompañándolo de esa peculiar canturía que regulariza los períodos y diferencia á estos de aquellos los habitantes de diversas comarcas; usa á menudo en sus pláticas del estilo parabólico, y es, en suma, poeta sin darse cuenta de ello.

Ahora bien; por el concurso de los indivíduos va lentamente elaborándose la obra que nombramos popular, porque al pueblo es debida; como el ambiente en primavera se perfuma con el aroma que exhalan las campestres flores, sin que podamos extremar la parte que á cada una corresponde.

Theophilo Braga [1] nos da cuenta de este fenómeno con una claridad y precision incomparables: «Un pueblo, dice, no colabora á la vez en una cancion ó romance; el sentimiento ó el hecho le impresionan de tal modo, que tiene curiosidad de oir y saber, y comienza á formarse la accion en la generalidad.

Los juglares, como especuladores, vienen á narrarle lo que desea; sus cantos grábanse en la memoria de las gentes; mas la inspiracion personal no corresponde al ideal y profundidad de trazos con que la mente colectiva lo representara primero, y entonces comienza el proceso de la variante, de modo que pasado tiempo ya el canto nada tiene de personal y está enteramente asimilado.»

No negaremos que estos cantares y literarias ficciones son siempre debidos en su orígen á un indivíduo, ni que en ocasiones sea éste un poeta culto; pero es verdad que la invencion, haciéndose simpática á las gentes por coincidir con sus aspiraciones y sentimientos, se populariza en el segundo caso, y que en el primero la inspiracion personal generadora no es sino la voz primera del inmenso coro popular que se alza sirviendo de intérprete á las ideas que á éste preocupan é insinúa los conceptos que han de servirle de tema modificados y envueltos en la forma más en consonancia con sus recuerdos, tendencias é ideales.

Y esta apenas perceptible pero constante colaboracion de todos da por resultado que la obra lleve el mis-

[1] Historia da poesia popular portugueza.—Porto, 1867.



terioso cuanto interesante sello del anónimo, marco y señal que distingue á todo acto que la humanidad apadrina, como anónimo es el génio que produce las grandes revoluciones sociales y la idea que sin saber de donde parte y toma orígen, tiende en un momento dado sus invisibles vuelos por la tierra, anida secretamente en todas las inteligencias, y liga las voluntades para un determinado objeto.

En presencia del hecho social, magno y admirable siempre, desaparece el individuo que nada significa, y resalta en primera línea esotra colectiva individualidad que se llama pueblo.

Además, dice muy bien Depping [1] que "no eran conocidos los autores de los romances aun cuando quedasen estos intactos y sin reformas múltiples y sucesivas, porque era preciso tanto tiempo para divulgarlos, que ya se habia olvidado el nombre del autor al hallarse consagrada su obra por la fama."

De esta suerte los cantos populares no pertenecen á un autor, ni á una época, ni á un pueblo; entidades sin familia ni patria las recorren todas, adoptando el traje, idioma y usos de aquellas por donde pasan, al modo que el viajero para poder vivir en amigable compañía de extrañas gentes, sigue el consejo práctico del poeta: *Donec fueris Romae, romano vivito more.*

Hé aquí el fundamento de la variante, tono peculiar que imprime la inspiracion personal en la obra de la multitud. Quién añade una frase, juzgándola más expresiva y adecuada; quién adorna el relato con una imágen nueva; quién lo merma en parte que cree inútil ó enojosa: así, por tal modo, van haciendo pasar la creacion literaria por una série de trasformaciones que son, propiamente definidas, la metempsícosis de la idea bella que purga dia por dia el pecado de su orígen, purificándose lentamente, como el oro en el crisol, al calor de la imaginacion popular.

Debido á estas trasmutaciones, un romance histórico y por tal puramente narrativo, va perdiendo la austeridad de forma; su lenguaje rudo y parco se cam-

1 Preámbulo del Romancero Castellano por G. B. Depping.—Leipsique 1844.



bia en ameno, y el asunto, ajustado en un principio á la verdad, cede á los halagos de la fantasía y el romance pasa á ser novelesco: ó bien de novelesco que era reviste los atavíos de la mística leyenda, dejando entrever en las aventuras de amores que refiere las enseñanzas ascéticas bajo cuya influencia se reforma, y cierta mística melancolía que hace pensar al hombre en su finalidad; bien así cual jóven que ahito de un vivir disipado recuerda con pena los malaventurados dias de su mocedad como saludable ejemplo para bien vivir.

Pero ni aún acaba esa trasmigracion perpétua al pasar los romances del arbitrario capricho de oral tradicion á la escrita, pues cada editor ó glosador los enmendaba y corregia segun su parecer, al darlos á la estampa.

Á pesar de las alteraciones sucesivas que han tenido los romances, ocasionadas por los motivos expuestos y por el perfeccionamiento del idioma y las paráfrasis y remedos que de ellos hácian los poetas de escuela cuando se puso en moda aquella especie literaria, conservan hogaño bastante analogía con los de antaño sus progenitores.

Acaeció en este asunto lo que al hombre sucede con la edad; cambia hasta de fisonomía, mas no de tal modo que no resten en él membranzas de su antiguo aspecto y aun los ademanes y maneras de sus primeros años.

Tal y como han llegado hasta el presente, los romances, ostentan la mayor parte de ellos formas del siglo XV, época en que principiaron á fijarse al ser escritos en pliegos sueltos, pasando de estos á formar colecciones; y tanto en aquel siglo como en sus posteriores los XVI y XVII, imitados unos, glosados bastantes y restaurados no pocos por los poetas versados en la gaya ciencia, afectaron un sabor erudito que hoy observamos con alguna extrañeza por estimarlo impropio de la inspiracion vulgar.

Hasta aquí hemos hablado solamente de los romances á que llama Wolf *viejos propiamente dichos, viejos juglarescos y antiguos vulgarizados*; sin embargo, hay otros posteriores al siglo XV, que se distinguen por lo abigarrado de su forma entre retórica y vulgar, llana y pomposa, y pertenecen á la época literaria calificada

en otro lugar como decadente, á los que no habremos de referirnos, porque su estudio no importa mucho á nuestro intento.

Aunque los romances viejos aparecen casi todos con las maneras propias de la centuria dicha, no por eso deja de asomar en ellos á las veces la antigua forma, denunciando á las claras su mayor antigüedad. Vive todavía en sus relatos el espíritu de sencillez que un dia los animara, el carácter narrativo y algo de entonacion épica, el rudo abandono en la metrificacion, y hasta los giros y locuciones que, en fuerza de ser repetidos, llegaron á merecer el dictado de rutinas proverbiales. Y como hemos dicho que el poema de *Mio Cid* y la *Leyenda de las mocedades* ó *Crónica Rimada*, segun otros, tienen por fundamento romances primitivos y aun componen su texto alguno de ellos, vemos en tales reliquias el punto de comparacion indispensable para hacer las dichas afirmaciones y deducir las pruebas conducentes á nuestro designio.

Basten unos cuantos ejemplos, en gracia de la brevedad; y dejemos para más adelante hablar de la metrificacion, que tan varia aparece en ambos los documentos por causa del canto con que se acompañaba su relacion cuyos caprichosos tonos é inflexiones se veia forzado á seguir el romancista, ora llenando con sílabas, que si pasaban del número necesario al verso eran precisas para que viniera justo con la música, ó suprimiendo algunas de la cuenta si habia de ir á una con sus modulaciones varias: aunque en algunas piezas hay versos tan cumplidos y cabales que nada pueden envidiar en el número y acento á los depurados más tarde en el alambique de los retóricos:

Entonces dixo Rodrigo:—Por ende sea Dios loado;
ca vos envian pedir don,—vos devedes otorgarlo, etc.
Senos cavallos cavalgan—entre el Rey é el castellano,
amos lanças en las manos,—mano por mano fablando, etc.
(Crónica Rimada).

Pensemos de ir nuestra via,—esto sea de vagar:
aun todos estos duelos—en gozo se tornaran, etc. [1]
(Poema.)

1 Sin embargo, abundan mucho en el *Poema* los versos eptasílabos
Agora nos partimos,—Dios sabe el aiuntar:
Lorando de los oios—que non viestes á tal, etc.



Pero volvamos á nuestro objeto, examinando las semejanzas que se advierten entre los romances nominados viejos y los que suponemos glosados en el *Poema* y en la *Crónica.*

Convienen unos y otros en las descripciones pasajeras aunque gráficas, vivas y animadas. ¿Quién dirá, si lee la descripcion hecha en la *Crónica Rimada* de la hija del Conde Saboyano, entregada por rescate de su padre al Cid para casar con ella, que no es pareja de la de Moriana cuando el verdugo moro la va á degollar, ó de la de aquella hermosa protagonista en el romance que comienza:

Estase la gentil dama, etc. [1]

Héla aquí:

Ya van por la ynfanta—á poder de cavallo;
tráenla guarnida en una silla muy blanca,—de oro el freno, non
[mejor obrado.
Vestida va la ynfanta—con un baldoque preciado,
cabellos por las espaldas,—commo de oro colado;
ojos prietos commo la mora,—el cuerpo bien tajado.
Non ha rrey ni emperador—que della nos fues pagado, etc. [2]

Nada tan comun en la poesía del pueblo como el empleo de la hipérbole; y con singularidad en los romances, donde toma un carácter peculiar y exagerado. Si un caballero se lamenta, arguye ó desafía, de cierto dirá el poeta anónimo que sus voces

al cielo querien llegar:

Si se propone hacernos ver la fatiga y la tortura que sufre en penosa jornada el héroe de su novela, recurrirá á esta hipérbole:

Los piés llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.

1 Número 145. *Primavera y flor de Romances* por Wolf y Hofmann.—Berlin 1856.
2 Versos 926 y siguientes de la *Crónica Rimada.*

La riqueza de las vestiduras, el valor de una esclavina ó de un brial, por ejemplo, lo pondera de este modo:

Bien valía una ciudad.
En el mundo no hay su par.

Para decir el acerbo dolor que sufre una persona, echa mano de frases como esta:

Cabellos de la cabeza
por el uno los arrinca.

Y si es su designio pintar un caballo brioso y de poder, nos asegura que por donde pasa el bruto

las piedras quedan temblando.

Hipérboles de igual género, y aun las mismas y hasta enunciadas de semejante manera, verá el lector en las gestas con que comparamos estos romances:

Que priessa va en los moros,
e tornan se á armar.
Ante roydo de atamores
la tierra queria quebrar;
veriedes armar se moros,
apriesa entrar en az.

(Poema del Cid.)

Martin Antolinez
metió mano al espada:
relumbra tod el campo;
tanto es limpia et clara.

(Ibib.)

Por las crietas de los piés
correme sangre clara.

(Crónica Rimada.)

Ally movio Ruy Dias entre
las tiendas de los Franceses,
expoloneó el cavallo,
é feryan los pies en la tierra y va temblando, etc.

(Ibid.)

A todo diálogo precede comunmente en los romances un verso á manera de fórmula sacramental, ó por mejor decir, ripio con que los poetas conseguian llenar un hueco y ahorrar una asonancia:

Bien oireis lo que dirá.
Agora oireis lo que hablaba.

Estos piés de romance, ú otros así, llegaron á ser frases hechas ya formadas y admitidas en los cantares componentes del *Poema del Mio Cid*, *del de las Mocedades*, y aun de la *Crónica* del mismo héroe, ordenada por fray Juan de Velorado, abad en el monasterio de Cardeña. En ésta, v. gr. [1], hallamos el siguiente cantar, medio trasladado en prosa, donde el autor predicho, al trasformar en esta guisa lo que antes estaba sujeto á las leyes de la versificacion suprimió, como innecesario, el ripio aludido, no sin que se eche de ver su falta cuando intentamos restituir la asonancia y la rima á su forma anterior:

«*E por ende riepto á los de Çamora,—tambien al grande como al chico:—é al muerto como al viuo:—é ansí al nascido como al que es por nacer.—E riepto las aguas que beuieren—que corren por los rios,—é rieptoles el pan,—é rieptoles el vino:—é si alguno ay en Çamora—que desdiga lo q. yo digo,—lidiargelo he, é con la merced de Dios—fincaran por tales como digo.—Respondió D. Arias Gonzalo* [2]*;—si soy yo tal qual tu dizes,—non ouiera de ser nascido:—mas en quanto tu díces—todo lo has fallido*, etc.»

Pero lo que omite la *Crónica* se repite á cada paso en los otros mencionados documentos.

Ffabló Martin Antolinez,
odredes lo que ha dicho.
Quando esto ouo fecho,
odredes lo que fablaua.
Fferran Gonzalez en pie se levantó:
á altas voces odredes que fabló.

(P. del C.)

---

1 Capítulo LXVI—«De cómo D. Diego Ordoñez fizo el riepto á los de Camora sobre la muerte del Rey D. Sancho.»—Chrónica del famoso cavallero Cid Ruydiez Campeador.—Bvrgos 1593.

2 Falta el consabido verso:

Bien oiredes lo que dixo.

Una á modo de frase conjuntiva, que es bastante usual en los romances, lo es asimismo en esotras piezas poéticas:

Ellos en aquesto estando.

Ellos en esto estando
don auien grant pesar,
ffuerças de Marruecos
Valençia vienen çercar.

(P. del C.)

De todo lo expuesto se infiere que muchos romances conservan en la actualidad algo de las formas aborijines, las qué podemos columbrar en ellos, si admitimos que en el tantas veces citado Poema y en las no ménos repetidas Crónicas hay de esos venerandos cantares, pues estos nos servirán como término de referencia.

Veamos un canto tradicional entreverado en la Crónica ó Leyenda de las Mocedades:

Por esta rrason dixieron:

El buen Rey Don Fernando par fué de Emperador
mandó á Castilla vieja, é mandó á Leon;
é mandó en las Esturias fasta en Sant Salvador.
mandó á Galicia, onde los cavalleros son;
mandó á Pórtogal, esa tierra jensor, etc., etc.

Ahora bien; entre el cantar transcrito y el comienzo de este que vamos á copiar sacado del Romancero del Cid, ¿no sorprendemos una singular y extraña paridad, máxime si lo que uno de ambos atribuye á Don Sancho equivocadamente lo referimos al Rey Fernando en conformidad con la tradicion?

Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
cuando en Castilla reinó,
corrió á Castilla la Vieja
de Búrgos hasta Leon,
corrió todas las Astúrias
dentro hasta San Salvador, etc.[1]

[1] Núm. XXXVI del Rom. del Cid publicado por Carolina Michaelis en Leipzig 1871. Fué tomado, segun declara la autora, de la Coleccion de romances de la Biblioteca de Praga, y no lo inserta Durán en la suya.



En su virtud, aun pasando los romances de siglo en siglo por tantas vicisitudes y alteraciones como hemos apuntado, permanece en ellos un algo comun á los demás de su progenie, y no solo en el fondo, en el objeto de su inspiracion, sino tambien en la forma ocasionada de suyo á más sustanciales modificaciones, como las impuestas por la veleidad del gusto.

Ese molde del pensamiento que subsistió en las creaciones populares, es el que podemos llamar muy propiamente forma romancesca, bella siempre á pesar de sus asperezas y de sus imperfecciones.

Podemos decir de los romances lo que Heine del Poema *Nibelungen*: «son una obra nacional construida con piedras colosales toscamente talladas y entre cuyos intersticios crecieron hermosas y delicadas flores.»

El pueblo crea los personajes de sus leyendas y los pinta y define más que por su aspecto exterior por los rasgos psicológicos y el modo de ser su alma: les da vida real, habla por boca de ellos, y de sus palabras se deduce quiénes son.

Con el diálogo, y bastándole á veces el monólogo, desarrolla el asunto casi siempre dramático. No gasta fútil palabrería en vanos preámbulos: empieza el relato allí donde mejor conviene á la accion, y corta ésta cuando deja de ser interesante. Por manera que al leer muchos de los romances parece cual si oyéramos, sin ver á los interlocutores, frases de una conversacion por las que venimos en conocimiento del rango, situacion y hasta catadura de los que las dicen, dándonos al cabo cuenta exacta de lo acaecido entre ellos; pues de advertir es que aun en los diálogos sostenidos por los héroes de sus tradiciones, no da el pueblo á conocer más que lo únicamente digno de tomar en consideracion.

Y el no decirlo todo y dejar que adivine bastante parte el leyente, acusa un innato sentimiento estético de primer órden. Cuando no se deja nada por esclarecer, y se describe al por menor, por ejemplo, un paisaje, un episodio, una escena, no echando en olvido ni los nímios detalles y circunstancias, la imaginacion del que oye ó lee cíñese á lo dicho por el narrador y no se aparta de allí; podrá encontrar bello el relato por serlo este de suyo, pero no en tan alto grado como si de una

manera tambien bella el autor únicamente perfila los asuntos y ofrece tan solo aquellos rasgos más sobresalientes; porque así permite y aun estimula la creacion individual, que instintivamente completa en su pensamiento lo que falta, relacionando aquello que el poeta le hace ver ó sentir, con gratas impresiones semejantes que él mismo ha recibido alguna vez: lo subjetiva, en una palabra, y de este modo tiene para él mayor encanto, como lo tienen siempre para el hombre los recuerdos íntimos de su vida, máxime si los ve enlazados con las admirables manifestaciones de la divina inspiracion [1].

En consonancia con lo que llevamos dicho, las descripciones que la musa popular emplea son parcas, pero vigorosas. Al abarcar la vista el panorama inmenso de la naturaleza, lo presencia todo, y todo contribuye á la representacion que de aquel reproduce la facultad imaginativa auxiliada por la memoria; empero hay detalles y accidentes determinados, y quizás uno tan solo, que hieren con mayor viveza la vista y el alma en el momento de la percepcion del conjunto, y estos parece como que absorben y compendian los demás, grabándose ellos únicamente en el espíritu y formando la idea del conjunto que, evocado á su recuerdo, despierta en los recónditos abismos de la mente humana.

Aleccionado el vulgo por este fenómeno psicológico, pone en relieve los trazos más salientes de aquello que se propone pintar, y estos, por la asociacion de ideas, hacen surgir los otros secundarios, como la antorcha encendida en la oscuridad alumbra los objetos que la rodean.

Despues de lo dicho hasta aquí, conviene, aunque sea volviendo algo la vista atras, hacernos eco de la observacion que al estudiar los romances asturianos hubo

[1] La teoría expuesta es aplicable al arte pictórico, sobre el que lleva gran ventaja el de la poesía, precisamente porque no define ni limita tanto la expresion de la idea bella.

Los lienzos del Greco, Goya y Fortuny nos agradan más que los ejecutados por autores de otra escuela que delinean perfectamente los contornos y detallan con minuciosidad su obra, pues por muy perfecta que ella sea, nunca hermanará con la realidad. Aquellos salvan, hasta cierto punto, esa invencible defeccion del arte, con los rasgos indefinidos, los vagos contornos y las medias tintas y colores intermedios usados con abundancia y maestría. Ante un cuadro suyo, los ojos de la imaginacion no hallan circunscrito un paisaje ni una escena por líneas precisas y bien marcadas, de las que no se puede prescindir; y crean tonos nuevos, agrandan los lugares, ven efectos de luz sorprendentes, y columbran hasta vida y movimiento.



de preocupar á Amador de los Rios, quien así exponia su fundada extrañeza á D. Fernando José de Wolf, en carta fecha en Madrid á catorce dias de Setiembre de 1860, y publicada en la *Revista Ibérica* del propio año: »Debe llamar sériamente la atencion de los doctos cómo en medio del tenaz empeño con que se han adherido á la localidad las primeras leyendas de la Reconquista, han desaparecido de los valles asturianos los primitivos cantos guerreros de los soldados de Pelayo, y cómo á los ecos históricos de sus maravillosas victorias, han sustituido en el centro mismo de las montañas otras más recientes tradiciones, nacidas sin duda en lejanas comarcas, é hijas por tanto, originariamente, de muy diversa cultura. Y sube de punto la extrañeza que esta observacion produce, al considerar que ni aun siquiera ha sobrevivido en los cantares que hoy guarda la tradicion oral el dialecto nativo de las montañas asturianas.»

Parece, ciertamente, puesto en razon que los romances perpetuados en Astúrias por la tradicion hablada, no solo debian referirse en su mayor parte á las hazañosas jornadas de la Reconquista, sino que debieran aún ostentar en la forma cuasi su pristina pureza, ó por lo ménos mostrar, con más motivo que otros, restos de antigüedad considerable, así como el provincial dialecto.

Aunque no tan absolutamente cierta en ambos sus extremos la aseveracion de Amador de los Rios, notorio es que algunos romances de la presente antología tienen una estructura más moderna que no los escritos desde el siglo XV, con ser no pocos de mayor antigüedad que éstos.

Depende tal anomalía, en primer término, de la varia é inestable tradicion oral en que permanecieron.

Como el grito de libertad y reconquista, entonó Astúrias los primèros cantares que se extendieron resonando por toda España; y á la manera que el hueco del peñasco devuelve á los oidos de quien la pronunció la voz repercutida, voz ya alterada por las resonancias, así el eco de las canciones aquellas las restituyó en el país donde habian tenido origen, asaz modificadas y distintas de cómo en un principio fueron, y repitiéndose cada vez más débiles y varias hasta la época actual, en que poco falta para su extincion completa.

A vuelta de larga emigracion, y conducido por ventura en alas del acaso, llegaba una de esas canciones á playas de la tierra que la habia visto nacer y tomar cuerpo; pero llegaba ya desconocida, merced á su mayor desarrollo y perfeccion: y su habla más culta y sonora, la riqueza de sus atavíos y vestiduras provocaban la curiosidad de todos, que á ellos se aficionaban desde luego, olvidando con desprecio los otros cantares hermanos de estos nuevamente venidos, á quienes habia mecido igual cuna y amparado el mismo techo, pero que apenas si ya se recordaban.

Bastaria en ocasiones una pequeña variante que por circunstancias especiales halagara á las muchedumbres para que obtuviese preferencia el romance nuevo sobre el de tiempo atrás aprendido.

Por eso tambien los de nuestro Principado se dicen en lengua de Castilla y no en dialecto *bable*, segun era de esperar. Y téngase en cuenta que éste y aquella son una misma cosa, sin otra sustancial diferencia que la de ser el uno como el balbuceo de la naciente habla, y la otra el idioma ya perfeccionado y enriquecido con voces, frases, giros nuevos y de más exquisita correccion.

El *bable*, aunque lenguaje rústico y reducido á dialecto por el aislamiento en que vivió, merced al que llegó á un grado de estacionamiento relativo, no por ello dejó de progresar en cierto modo juntamente con el castellano, derivacion suya, y confundido con él bastante tiempo. Empero el *bable*, ínfimo en condicion como los burgeses que en él se expresaban, bajó con ellos la frente á la gleba, hizo, si vale la frase, vida de campesino, olvidó mucho de lo que aprendiera en tiempos mejores y quedó casi limitado á la apelacion de los enseres de labranza, de las faenas agrícolas y de las usanzas y accidentes proporcionados á la vida rural, careciendo punto ménos que en absoluto de expresiones adecuadas á ciertas ideas, afectos y pasiones.

Son los dialectos hojas desprendidas del mismo árbol que brotaron en él, alimentadas por la misma sávia; y derribadas ya en el suelo, todas en algo se asemejan; aunque entregando unas á la tierra, la fecunda semilla que arrastraron tras de sí, arraigan y remanecen, producien-

do nuevos idiomas; y cediendo otras á la corrupcion, se van desfigurando cada vez con accidentes distintos, y ora se arrugan, sécanse en parte y se marchitan, hasta que llegan á desaparecer.

Así en creciente desuso, aun por los hombres del pueblo, entró el habla vulgar en un período de arbitrario capricho y descomposicion, que no debe sorprendernos su ausencia en los romances aunque ésta no sea tan radical como pretende Amador de los Rios, pues las canciones de la tierra abundan en dicciones del dialecto, comunes con las de la antigua fabla, segun verá el lector que repase este volúmen; no escasean en giros, que si hoy nos causan novedad, son corrientes en el lenguaje de los tiempos medianeros, y por decirlo de una vez, guardan más en su pureza la huella del troquel en que se hacian los viejos romances.

Algo de lo que pasó con el dialecto, sucedió asimismo á los cantos históricos y gestas de los héroes. No cabe duda que existieron, por cuanto algunos de ellos aún persisten, y por las noticias fundadas en lógica presuncion que á su debido tiempo hicimos notar. Con todo, si lo dicho no fuera suficiente, recurriremos al testimonio de las artes plásticas, que representaron, tal y como les permitian los medios de expresion puestos á servicio suyo, las ideas que mayormente preocupaban el ánimo de los pueblos.

Las bellas letras no podian ser ménos que la escultura: mientras ésta grababa con el cincel en la piedra los hechos culminantes de aquella sociedad, valióse la otra de la palabra para eternizar las heróicas acciones y vilipendiar las ruines y menguadas.

Hay un notable acuerdo entre las historias de los romances y las esculpidas en las sombrías fábricas de los siglos medios, donde el artista ceñía el capitel de las columnas con el geroglífico de una leyenda.

El Monasterio de Villanueva, en Cangas de Onís, muestra la referente al desastrado fin del Rey Fabila: una mujer que llora á puertas del Palacio, viendo marchar á un Caballero que con el halcon en el puño y ginete en un cuártago asturcon, va de partida. En otro lado se ven las mismas figuras, aunque en distinta actitud: la dama, abrazada fuertemente al de á caballo,

parece como si quisiera detener su marcha con empeño; y finalmente aparece el Rey luchando con informe oso, escena repetida en las molduras claustrales de la basílica ovetense, donde está el Monarca combatiendo á la fiera mientras un Abad halaga uno de los perros de la jauría [1].

Los relieves inscritos en algunos medallones que ornamentan los macizos muros de la iglesia dedicada á Santa María en el monte de Naranco, cerca de Oviedo, figuran empresas de combate que muy bien pudieran referirse á célebres batallas habidas entre Ramiro I, fundador de aquellos palacios hoy mudados en templo, y los ejércitos musulmanes.

Al decir de las gentes, en el antiguo monasterio de Abámia están aludidos el traidor Opas y demás renegados que á ejemplo suyo batallaron de parte de los moros, por las humanas figuras que aparecen ardiendo en enormes calderos colgados sobre llamas, y designan especialmente como imágen del tornadizo Prelado una á quien el demonio da tortura sosteniéndola en alto prendida del cabello.

Así escribian aquellas generaciones la parte histórica y la novelesca de su vida. Por manera que al ingresar en los patios conventuales parécenos no estar solos ni en siléncio en medio de la quietud que llena sus recintos; porque desde sus oscuros esquinales, desde lo alto de las cornisas, y de entre los pliegues que forman las ojivas del ajimez, nos hablan en mudo lenguaje, de pasadas Eras cien y cien figuras, mónstruos y alimañas que se arrollan á las débiles columnas, ó bullen, trepan y descienden apegados á una arcada, é innumerable muchedumbre de gente que se agita en variedad de modos y posturas.

¡Cuántas veces, interrogando nosotros á tan extrañas representaciones en el cláustro de la catedral de Oviedo hemos adivinado en ellas trágicas aventuras,

1 Entre los muchos romances que se citan en el *Quijote*, está el siguiente, calificado allí de *antiguo*, y del que hoy no se conserva memoria:

De los osos seas comido
como Fabila el nombrado.

(El Ingenioso hidalgo.—Parte segunda, cap. XXXIV.)

emblemas místicos, tiernas baladas de amor, y hasta muy intencionados epígramas!

Juglares con cuerpo de asno; monjas con alas de murciélago; héroes venciendo á dragones en sangrienta lucha; caballos que pacen libres de sus dueños en tanto éstos platican con sendas damas; corzos y javalíes pastando descuidados, sin advertir el peligro con que les amenazan perros y lebreles que van en su acecho; bufones, enanos, tañedores de instrumentos, cabalgadas: hé aquí el conjunto.

A mano derecha de la entrada hay un capitel en el que se desarrolla una sátira en la siguiente forma: destácase Dios en primer término sacando de la costilla de Adan á Eva su mujer; Eva ofrece al primer hombre la fruta del árbol prohibido, y un angel arroja á entrambos del jardin deleitosó: triunfo primero de la mujer sobre el hombre. En otro de los ángulos un caballero armado arrastra por el cabello á una de tantas Evas para restituirla en el castillo que abandonó, sin duda aprovechando la ausencia del señor; por el lado opuesto de la fortaleza sale aquel á guisa de rocin y arreado en toda traza, llevando á lomos la tornada fugitiva, que con la diestra mano guia el rendaje y, símbolo de victoria, lleva una palma en la siniestra: eterna preponderancia de la mujer sobre el hombre, esclavo de su belleza y juguete de sus caprichos.

Ultimamente, para no fatigar con ejemplos al lector, en la ornamentacion de una ojival campan un ginete armado de todas armas que acaso va á la guerra, y una mujer que, á espalda suya, tambien va de camino; á seguida vése el combatiente llegando ya de vuelta á su palacio y dando muerte en el umbral á la infiel esposa.

El acuerdo perfecto que se advierte entre el asunto de estos geroglíficos y el de las canciones romancescas, obliga á creer que de ambos medios se valió el artista para manifestar el estado social de los pueblos y los hechos característicos de su vida, y que si los cantos heróicos han desaparecido, debió ser por efecto de alguna causa no imposible de conjeturar.

El romance histórico es de suyo ménos duradero que el novelesco y el religioso, pues se conforman éstos me-

jor con todas las épocas y arguyen la aspiracion constante de la sociedad. Son aquellos como la estela luminosa de los astros, la que dejan los héroes tras de sí en el mundo de la idea; se extingue á poco de pasar el meteoro, y únicamente llegan á tener más duracion cuando los personajes ó los hechos reunen condiciones de carácter universal; es decir, representan más que los móviles de época determinada, un ideal de la humanidad, ó la personificacion y resúmen de un afecto, de una pasion ó de una idea.

Aparte de lo dicho, el medio en que llegaron hasta nuestros dias los romances, es la causa que precipitó la desaparicion de los heróicos.

Úsase ya de antiguo en Astúrias una á que llaman *danza prima*, cuyo nombre indica bien á las claras cuán remoto es el orígen de ella [1]. No dicen otra cosa su forma circular, la práctica constante de acompañar sus pasos con heróicos cantares, los apellidos sagrados y guerreros en que prorrumpen los que toman parte en ella, y otros detalles merecedores de especial estudio.

En los grandes dias festivales, religiosos ó cívicos, alrededor de la monumental iglesia, ó en las noches del estío al claror de la luna y ante las puertas de las casas, forman un corro hombres y mujeres de toda condicion y linaje, trabados de la mano por el dedo miñique que estas traen ceñido con el aro de plata donde llevan engastada la misteriosa piedra del *alicornio*, sosteniendo aquellos erguido, entre los dedos de la diestra mano que les quedan libres, el garrote corto y nudoso erizado de clavos romanos á manera de maza de combate.

Al gemebundo eco de la gaita céltica muévese la danza de izquierda á derecha con andar quieto y reposado, adelantando primero los danzadores un paso con el pié derecho y retrocediendo dos. A este movimiento de vaiven acompaña otro igual del cuerpo y de los bra-

1 La palabra *danza* se deriva de un vocablo celta, *dancz*, que significa movimiento compasado del cuerpo.

El Sr. D. Joaquin Costa en su *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas* (Madrid 1881), conjetura que *danza prima* haya significado *danza guerrera;* que en *prima* se oculta la raiz *pra* (herir, matar) ó esta otra, *bhr*, de las cuales se ha derivado el sanscrit *pramatha* (homicidio, carnicería). Pero nosotros argüimos á esta hipótesis que así como de *danza* no hallamos la raiz en el latin, *prima* es una voz de pura latinidad y con ella se quiso expresar la remota fecha de orígen.

zos que extienden y dejan caer á una con los regulados tiempos de la marcha; y entonces, el ver los garrotes enhiestos ir y venir sin trégua, produce el efecto de una selva de lanzas que se agita.

Un hombre y una mujer, los más ancianos por lo regular, guian la danza diciendo en concertado son, alguno de los romances proverbiales cuya tonada es harto parecida al canto litúrgico; y á cada dos de los versos que repiten, exclama el coro una de estas diferentes invocaciones religiosas al tenor del asonante: *¡Válgame el señor San Pedro! ¡Nuestra Señora me valga! ¡Válgame Nuestra Señora la bendita Madalena!* etc.

En los compases de silencio no se oye más que el uniforme y monótono sonar de las pisadas, interrumpido á veces por el salvaje y druídico *hi-ju-ju*, [1] al que siguen los vítores de mozos pertenecientes á distintos concejos, que excitan la rivalidad aclamando aquél de donde proceden y menospreciando á otros. Los apellidos tradicionales suelen ser *¡Viva Pravia! ¡Muera Piloña!* ó viceversa, pueblos que por significacion histórica representan los bandos y antagonismos del país en épocas pasadas.

«Más romano el Occidente de la Provincia que el Oriente y éste más godo, que aquél, dice nuestro amigo y paisano el Vizconde de Campo-Grande, [2] acaso á tal circunstancia se ha debido la eleccion de Covadonga como punto de defensa en la Reconquista; y como Covadonga es Piloña, genéricamente hablando, acaso tambien por esto los Reyes disidentes que pertenecian á la restauracion goda han tenido la corte en Pravia, cuando antes estaba en Cangas de Onís; sin que la traslacion de aquella á Oviedo punto céntrico y como fronterizo de ambos territorios, acallase rivalidades continuadas en las contiendas de la Edad Media por los bandos de los Argüelles, Hévias, Quiñones y otros tantos» [3].

1 Grito que se supone una invocacion á Dios cuando los druidas celebraban su culto en los bosques sagrados. Consérvase casi en toda la region N. de España; y llaman á este modo de ulular, los de Santander *rijido* ó *richido*, los gallegos *atrujo*, é *irrinzi* los vascongados.

2 *La Ilustracion Española y Americana*, núm. 41, dia 8 de Noviembre 1881, «Una aldea en Astúrias.»

3 A causa de esta enemiga entre unos pueblos y otros, terminaban las danzas con reñidas luchas. Ni aun fuera de su provincia olvidaban esos inveterados rencores que, como heredados por tradicion, resurgian al recuerdo de la patria con ocasion de la *danza prima*. La ley XVIII, tit. XIX,



Reconocida la antigüedad de este baile, en que por igual, y sin perder la respetabilidad que dan los años, hacen coro el anciano octogenario y el lampiño jóven, la moza casadera y la adusta quintañona, no es sin embargo fácil inquirir de cierto su orígen, aunque hay barruntos de que debió ser religioso-guerrero.

Dicen unos que la *danza prima* es la *circular* de los griegos segun Homero la describe; hácenla otros proceder de la *Chorea*, de que habla San Isidoro en las Etimologías [1]; compáranla algunos con la *Pírrica;* y finalmente, hay quien no olvidando que la mayor parte de las antiguas danzas eran en los pueblos simbólicas, cómicas y aun dramáticas, vió en la de que tratamos una parodia del ceremonial empleado en el juramento de los Reyes godos [2].

Una interesante noticia de Estrabon pudiera darnos la clave de este secreto. Oigamos al historiador-geógrafo: «Los celtíberos y demás pueblos con ellos confinantes por el Setentrion (verones, cántabros y vascones) adoran á un dios innominado *y en los plenilunios recorren por la noche danzando delante de las puertas de sus casas.*» Y añade en otra ocasion: «En la Bastetania hacen esto mismo las mujeres, *agarradas unas de otras por las manos.*»

El P. Fita en nota de la pág. 312 de su *Epigrafía romana de la ciudad de Leon*, Leon 1866, dice:

«*Memoria histórica de Lancia y Sublancia* por D. Pedro Alba, 9-13; Leon 1865.—No solo son del género arquitectónico los restos que allí aparecen, sino tambien de otras clases, en especial monedas y joyas preciosísimas de plata y oro.

Nuestro ilustrado amigo D. Lupercio Alonso de

lib. III de la N. R. dispone: «Por haberse notado que los Asturianos, que se ocupan en ser mozos de cuerda, aguadores, apeadores de carbon, sirvientes y en otros exercicios, se juntan en quadrillas con palos ó estacones á baylar la *dansa prima* en el prado que llaman del Corregidor, inmediato á la fuente de la Teja, de que resultan quimeras, alborotos, heridos y otros escándalos: se prohibe que en cualquiera dia ó noche se junten en quadrilla los Asturianos ù otras personas con palos ó sin ellos, así en el citado prado del Corregidor, como en otro parage de las afueras de esta corte con el motivo de tener el bayle de la *dansa prima* ni otro alguno: ni susciten quimeras ó questiones, formando bandos en defensa de sus Concejos, ni sobre otro asunto: pena de que al que contraviniere, se le destinará irremisiblemente á uno de los presidios de Africa, por seis años, y se le tratará como perturbador de la tranquilidad pública.»

1 A. de los Rios.—*Historia crítica de la literatura española.*

2 Artículo de Incenga en *El Imparcial* del 31 de Diciembre de 1877.



Mansilla se halló allí volviendo de caza con un vaso primoroso, no recordamos si de metal ó tierra finísima, en cuyo cerco exterior estaba de bulto representada la célebre *danza asturiana.*»

Deducimos de aquí que tal danza era un rito del culto celta, y que guardaba semejanza bastante con la que llamamos *prima*, en la cual supervivieron rasgos bien acentuados de la procedencia que le atribuimos: esa parsimonia y lentitud del contrapás, las sacras invocaciones del *hi ju ju* y otras ya cristianas, la colocacion en rueda de los danzadores y la hoy inconsciente práctica de hacer el baile los dias señalados por fiesta religiosa, alrededor de la iglesia, como del ídolo en tiempos anteriores, ó en espaciosa *quintana* durante las claras noches de lunar.

Quizás tuvo asimismo algo de guerrera en un principio; y antes de partir al combate cuando estaban en lucha, ó sino celebrando simulacros de batalla para adiestrarse en ella, armados con los venablos y lanzas se unirian en el religioso coro para suplicar los favores del cielo, como despues de la batalla en accion de gracias á la Divinidad y en loor de los héroes muertos, publicando sus hazañas en bárbaros cantares.

Decimos esto, porque á creerlo nos induce la atmósfera militar que se respira en las actuales danzas del país.

No ha mucho, formaban las mujeres corro aparte del de los hombres, metidas dentro de este y como bajo su amparo y defensa.

Cuéntalo así un escritor conterráneo nuestro [1]: «El dia de un fasto religioso se reunen en su gran danza circular, ó sea *Prima* que llaman; como la que yo he presenciado el 14 de Setiembre pasado (1819) en Candás, de más de 500 mozos, *con otra dentro de mozas*, cantando el romance triste de la muerte de Porlier; composicion creo, del escribano D. Ramon de Miranda, hombre nada vulgar.»

Además denuncian su abolengo los garrotes de que van apercibidos los danzantes; las voces de reto que

1 *El Romancero de Riego* por D. Benito Perez, llamado el *Botánico de Oviedo*, publicado por D. Miguel Riego, Canónigo de la catedral ovetense.—En Lóndres por Cárlos Wood, 1842.



mútuamente se dirigen; la formacion de la danza recorriendo abierta en ala toda la vecindad para reclutar gente y engrosar las filas [1], como la hueste al batir tambor en apellido de guerra; y las tumultuosas reyertas habidas ya por costumbre, al terminar la ronda, entre la mocedad de unos y otros términos concejiles.

Por esto, á no dudar, se escogian de propósito como acompañamiento adecuado al baile canciones heróicas que cayeron en olvido merced al mismo medio en que vivieron, segun hemos dicho con anterioridad; pues tiempo andando no vió la gente ya en la *danza prima* más que una de tantas sin especial significacion; y la juventud desdeñó las gestas heróicas que no la interesaban como en otros dias, cambiados de tormentosos que eran, en suaves y apacibles, y dió lugar preferente á las coplas sagradas y de amores que regalaban con dulzura el oido de quienes acudian al festejo en busca de un requiebro amante.

Si bien es cierto que Alcalá Galiano, en sus *Observaciones á la introduccion y notas del Romancero de Depping*, desvanece algunos errores en que habia incurrido el sábio aleman, fomenta otros deplorables como que los romances no eran cantados para bailar; pues, en opinion suya, únicamente cuartetas, seguidillas y boleros son corrientes en estas diversiones.

Desconocia Alcalá Galiano, lo que, seguramente, no ignoraba el autor sometido á su censoria pluma, aun con ser extranjero.

Las producciones poéticas del vulgo van siempre acompañadas del canto, ambiente en que fluctúa el verbo de la inspiracion popular.

¿E quién dubda, interrogaba el Marqués de Santillana [2], *que asy como las verdes fojas en el tiempo de la primavera guarnesçen é acompañan los desnudos árboles, las dulces voçes é fermosos sones non apuesten é acompañen todo rimo, todo metro, todo verso, sea de cualquier arte, pesso é medida?*

La música y la poesía nacieron para vivir unidas en estrecho lazo; complétanse una á la otra en parte de lo que les falta, y participan ambas de propiedades equi-

[1] Así lo presencié el año de 1870 en la hidalga villa de Villaviciosa.
[2] Carta al Condestable de Portugal.



valentes. La música y la poesía expresan conceptos bellos valiéndose del sonido, y este en las dos es ritmo y armonioso.

La poesía revela claramente los conceptos emitidos por la música; y da ésta más color y mayor vida á las ideas poéticas, supliendo á veces con la vaguedad de sus tonos y modulaciones, que por misterioso arcano interpreta el alma del que escucha, la deficiencia de la poesía para traducir en ideas ciertos estados indefinidos del ánimo.

El poeta del pueblo improvisa sus versos cantando; y más de una vez, cuando está poseido de la alegría ó es víctima de la tristeza, no hallando frases para definír sus pensamientos, modula únicamente sonidos musicales, que sin decir nada con palabras dicen todo lo que el alma siente: asi encarna en el canto la idea; tal es el nexo que liga á la poesía con la música.

El elemento rítmico no es el que ménos avalora las gracias del género poético. Grata es al oido la asonancia acordada en los vocablos, la medida silábica en las frases, la regularidad numérica en los versos componentes de la estrofa, y la uniforme disposicion del conjunto.

Cantados siempre fueron los romances: la parsimonia y solemnidad en la música propia de ellos, denuncia su procedencia religiosa. A su compás entonaban acaso los guerreros sagradas preces antes de ir al campo de batalla, y loaban sobre sus frios despojos el valor de los combatientes allí muertos.

El canto romancesco es lento, melancólico y prolongado como un grito de amargura ó un ¡ay! de admiracion y asombro: la poesía ondula suavemente en la cadencia de sus notas, en las cuales es mecida con monótono vaiven. Desde remotas Eras llegó con muy leves variantes á nosotros; y por diferente que aparezca en cada region, ofrece el mismo tono y notas dispuestas de tal suerte que al cabo producen un resultado igual[1].

---

1 Miguel Leitam d' Andrada en su «Miscelánea do sitio de Nuestra Señora da Luz,» impreso en Lisboa por Matheo Pinheiro 1692, anota la puntuacion musical de un romance á la famosa batalla en que se perdió el Rey Don Sebastian, que *se cantaba por huna toada tristisima, et ainda, mais triste et sentida que isto que neste papel podeis ver de minha curiosidade*; tonada bien semejante a la de los romances asturianos, cuya uniformidad radica en el comun tronco de los cantos litúrgicos.

Acredita la belleza externa de estas composiciones una triple concordancia de la música, la idea y la estrofa.

Cada cuarteta encierra todo un pensamiento, y uno y otra se ajustan perfectamente á cada período musical, que se repite con pertinacia hasta la terminacion del romance; monotonía que hermanada á maravilla con la que produce la monorrima constante del verso, hace que á ella se acostumbren bien pronto los oidos y la imaginacion, y de este modo la atencion sea cautivada por la trama de la novela sin qué la distraigan á menudo tonos nuevos y notas diferentes.

Estas consideraciones nos fuerzan á decir siquiera algunas palabras de la metrificacion y de la rima, accidentes estéticos intimamente afines con la música.

¿Qué otra cosa es el metro sino la distribucion armónica de las sílabas sujetándolas al cuento, medida y número, como en el compás musical se combinan los sonidos y el tiempo? ¿No consiste la rima en la equivalencia de sonidos verbales, como la tienen los *unísonos* y *acordes consonantes* en la *armonía musical?*

La forma métrica en que se escribieran los primeros romances motivó reñidas polémicas entre los literatos.

¿Fué el verso octosílabo el empleado en ellos, ó una metrificacion parecida á la de las antiguas canciones francesas? La medida del pié de romance en ocho sílabas, ¿fué original de España, ó imitacion extranjera?

Discordes andan en este parecer los escritores; más que problemática es la cuestion debatida, y nadie de los que en ella terciaron ha salido de exponer hipótesis más ó ménos arregladas á la verdad.

¿Ni en qué manera podrá decirse la última palabra en el asunto, si no hay datos positivos ni documentos en qué apoyar el raciocinio con solidez?

Grimm, Dozzí, Milá y Fontanals y el Marqués de Pidal opinan que la métrica de los romances consistía en versos largos de diez y seis sílabas con rima consecutiva, y peregrino es el argumento en que apoya su tésis el autor citado en primer término: *Le podria parecer (al lector) más difícil disculparme de otra licencia, que me he tomado, y que es la de haber siempre contraido sendos versos ó líneas cortas en una lengua, reduciendo el verso*

asonantado, propiamente hablando, á su verdadera y pristina libertad. Para cuya inteligencia ó excusacion es suficiente aquí observar, que el género épico, á mí me parece, exige verso luengo y largo, y que le repugna todo cortamiento y entrelazo como que le destorbarían de su equilibrio y tranquilidad, etc. [1]. ¡Como si la gravedad épica que Grimm supone lastimada si al escribir se hacen dos versos de lo que no es más que uno en su opinion, estuviese vinculada en la escritura!

¡No parece sino que la entonacion heróica está sujeta al capricho del amanuense, y que en el momento de leer ó recitar los versos es posible hacer la distincion de éstos en octonarios y de diez y seis sílabas con censura!

Damas Hinard en el prólogo á su traduccion francesa del Poema del Cid se esfuerza en probar que nuestra metrificacion es debida á la influencia traspirenáica.

Conde y demás partidarios del orientalismo ven un trasunto de la versificacion arábiga, donde son tan comunes los piés de diez y seis sílabas, en los versos largos con rima constante á que algunos reducen los octosílabos, tomando por hemistiquio lo que es verso completo.

Creen otros que la combinacion métrica de que tratamos es imitacion de la empleada en los *Nibelungos*.

Presentan los celtófilos ejemplos de poesías celtas octosílabas y asonantadas.

El P. Sarmiento busca las raíces del octosílabo en la métrica latina, y aduce en testimonio varios finales de la Egloga Primera de Virgilio:

Inter viburna cupressi.
Tentabunt pábula foetas, etc.

Juan del Encina [2], Amador de los Rios y Teóphilo Braga hacen valer la opinion de que nuestra manera de trovar en versos de ocho sílabas rimados se deriva de los himnos eclesiástico-latinos, del tetrámetro yámbico

---

1 Silva de Romances viejos, publicada por Jacobo Grimm.—Vienna de Austria.—En casa de Schmide, 1831.

2 *Cancionero de todas las obras de Juan del Encina con otras cosas nuevamente añadidas.*—Zaragoza, 1516.

usado en la poesía hímnica de la Iglesia goda; parecer más verosímil que los otros, tanto por la proximidad del efecto á la causa, como por la popularidad que adquirieron esos místicos cantares al entonarlos la muchedumbre creyente en los templos, y por la analogía que se advierte entre la música litúrgica de los himnarios y la que da tono á los romances que aún el vulgo dice en sus danzas y públicos regocijos.

Hay, por último, otra teoría que puede concordarse fácilmente con la anterior, pues no es contraria á ella; la adoptada por Depping, Huber, Ticknor, Durán, Wolf y Conrado Hofmann, de que la forma comun octosílaba es la primordial en el romance como más sencilla y adecuada al carácter de nuestra lengua y al género narrativo.

Y para demostrar lo natural que es al castellano el verso octosílabo y la frecuencia con que, sin propósito del que escribe, resulta nuestra prosa distribuida en períodos de aquel número de sílabas, parécenos frívolo recurrir, como algun escritor partícipe en la opinion de los citados, al argumento de descomponer períodos en estancias rítmicas, prueba defectible muchas veces y ambígua en resultados, si aplicamos la experiencia á otros idiomas.

Mejor probanza escoge el P. Sarmiento con igual designio, y es la de notar que en aquel metro estan la mayoría de adagios vulgares, como los que trascribe de la coleccion de Santillana, ya tradicionales y viejos en dias del autor.

Ciertamente las manifestaciones más rudimentarias de la musa del pueblo debieron ser los refranes.

Don Joaquin Costa, en la obra ya dicha, pretende someter á cánones la formacion de la poesía anónima por excelencia, y la señala un *proceso genético* en esta forma: acontece un hecho social que por lo singular y típico impresiona profundamente la fantasía de una colectividad; gánase á la experiencia una regla de conducta de aplicacion universal, y por obra de un individuo recibe existencia corpórea aquel precepto de la experiencia ó aquel hecho histórico de que el pueblo queria dar claro y cumplido testimonio, individualizándolo primero en su fantasía, figurándolo despues en vivas y sen-

sibles imágenes, para concluir modelándolo en una, dos ó más fórmulas métricas.

No se detiene aquí la fantasía popular: llega un momento en que no la satisfacen yá esas microscópicas y rudimentarias manifestaciones del arte y de la ciencia; y ora sea dilatando el refran como desde dentro á fuera, mediante paráfrasis, ó un comentario ó glosa que hace más inteligible su interior esencia, y la enriquece con nuevos quilates de hermosura; sea refundiendo dos ó más refranes convergentes á un comun asunto, mediante una simple yuxtaposicion, ó acaso mediante una completa reduccion y amalgama de su contenido, hecha abstraccion de la forma, nace la cancion ó cantar. Y causas parecidas á las que motivaron el tránsito del refran á esta, determinan la aparicion del romance sobre la base del cantar, y así sucesivamente hasta elevarse á la epopeya.

Algun fondo de verdad hay en este sistema falso en cuanto tiene de absoluto, porque peca un tantico de fatalista y falla en no pocas ocasiones, pues en varias precede el romance á la copla, ésta al refran, y viceversa. Tan es así, que cabe la sospecha fundada de que algunos proverbios, puestos en metro y rima como están, son conceptos y sentencias segregados de composiciones cultas ó vulgares, como los pudiéramos entresacar del *Mio Cid*, de *Las Mocedades* ó de los romances mismos. Y algunos de aquellos revisten un carácter histórico tan marcado, que nos demuestran haber formado parte de gesta ó cantar quizás perdidos al presente; pongo por caso aquel que incluye el Pinciano en su Coleccion, alusivo á la desgraciada muerte de Sancho el Mayor cuando entraba en Astúrias:

Si la heziste en Pajarés,—pagástela en Campumanes [1].

Pero sea de esto lo que quiera, resulta de todos modos que los refranes en octosílabo son los más comunes;

---

1 *Refranes en romance* por el *Comendador Hernan-Nuñez.*—Salamanca, 1555.

«Casó el Rey D. Sancho á su hijo D. Fernando con la fija del Rey D. Alfonso, por el consejo é autoridad de su tio D. Ponce, Obispo de Oviedo, y yéndole á ver á Asturias fué herido mortalmente de una saeta en Cipomanes por haber muerto un peon asaetado ferozmente en Pallares, é Cipomanes fué arrasada por los homes del Rey, é su fijo, etc.» (Mosen Narcis Vinolis.—Crónicas.)

y así los consideremos primeras flores del arte poético, ó los conceptuemos fragmentos de antiguos cantares, ambas apreciaciones favorecen por igual la conjetura de que las primitivas canciones romancescas fueron trovadas en el metro á qué venimos refiriéndonos.

Tomando, pues, la de los adagios vulgares como prototipo de versificacion, y siendo esta en la mayoría de aquellos octosílaba con rima pareada, así ó semejante debió ser la del romance en un principio.

Sin otra ley ni medida que ajustarse al canto con más ó ménos precision, cortaban los romancistas el pensamiento en períodos que guardasen armonía con los musicales, siguiendo sus acordes y mudanzas; y como esto dependia del mejor ó peor oido de los cantadores, de ahí que unos creyeran, al efecto, necesarias ocho sílabas y otros nueve ó siete, resultando versos desiguales, aunque aproximados siempre al octonario latino de los himnos eclesiásticos, que les servia de páuta.

Y como la música era, digámoslo así, el marco de la versificacion, estrechada esta por él tuvo que acercarse poco á poco, conforme los oidos iban ganando en delicadeza, al metro octosílabo de los himnos entonados con el tono litúrgico.

Romances viejos de los que no hay noticia sino en las crónicas, aparecen ya glosados en la prosa de estas en forma octosilábica; donde se ve que los cronistas, al traer al cuerpo de la historia aquellas narraciones, no pudieron prescindir de la medida poética ni de la rima que recordaban á cada paso.

Es la rima otro ornamento esterno que tomó el romance de los himnos latino-eclesiásticos.

Usáronla en la primera edad los poetas del Lácio; y despues, aunque no en el siglo de oro, sino iniciada ya la decadencia, tambien la emplearon en sus versos otros poetas insignes, menospreciando, segun dice Juan del Encina, la sentencia de aquellos maestros «que tenian por vicio el acabar de los versos en consonantes y en semejanza de palabras» [1].

Pero cuando la rima se extiende y se propaga es con

[1] Cap. 1.º del Cancionero. Aduce el ejemplo de Virgilio en el epigrama *Sic vos non vobis*, etc.



la venida de los godos, quienes hacian de ella gala en sus poemas [1].

Durante la dominacion visigótica en España hubo una época en que se tuvo por summun de literaria perfeccion la cadencia de las rimas, no solo en verso sino aun en prosa, como lo atestiguan las de Cixila, Isidoro Pacense, Beato y Etherio. Entónces apareció el asonante, derivacion de la equivalencia en las sílabas finales del latin rimado de crónicas é himnos sacros; asonante que en la incipiente poética fué admitido á turnar con los consonantes de buena ley, pero que en tiempos de mayor cultura, si bien quedó consagrado por la práctica su empleo en la versificacion, no agradaba al esquisito gusto el conturbernio de ambas maneras de concertar vocablos, y lo rechazó como vicio armónico, extremando los dos rimas y llamando perfecta á la una y á la otra imperfecta [2].

Con estos datos podremos concretar aproximadamente cuál seria la primera forma en que los romances se escribieron.

Tránsito paulatino y bien marcado de la prosa al verso, no debió sujetarse la metrificacion de aquella inculta poesía más que á las modulaciones del canto, al cual nació apegada. En cuanto á la rima, la más conforme al estado de embrion era, ciertamente, el pareado sencillo de las *aleluyas*, base y fundamento de esas largas séries de monorrimas en que están escritas las primeras gestas de los héroes.

Los refranes y conjuros supersticiosos, manifestaciones primarias del arte métrico, aparecen versificados de este modo. Pero del abandono de los compositores, que poco escrupulosos no se curaban de repudiar los consonantes ó asonantes de un pareado si estos á su vez lo eran del anterior, fué originándose la monorrima, admitida luego como regla constante del verso y alterada despues por la moda de interpolar, entre cada dos de estos versos concordados, uno blanco intermedio.

[1] La procedencia de la rima está en la poesía oriental. La hebrea, una de las más antiguas, ostentaba la rima final de los versos.

[2] No es el asonante tan exclusivo de la versificacion castellana como algunos quieren. Conocióse en latin; y Andrés Bello (Repertorio Americano, Lóndres 1827) menciona el poema del siglo XII «Vita Mathildis» que cree generador del asonante. Tambien se halla alguno que otro ejemplo de este en poesías provenzales y canciones francesas de los siglos médios.



La regularidad no alterada, es la señal más cierta de que la poesía del pueblo va entrando en el dominio de los eruditos.

En la *Vida de Santa María Egipçiaqua* los versos son octosílabos mal medidos muchos de ellos, y riman en consonantes ó asonantes sin distincion, casi siempre de dos en dos los versos, pero á veces tambien de cuatro en cuatro y aun de seis en seis. Lo propio acontece en la *Adoracion de los Reys d' Oriente*, aunque ya se echa de ver mayor correccion en la medida silábica.

Varia y caprichosa es la métrica en el poema del Cid: recogidos por algun hombre estudioso desmañados romances de aquellos en que alboreaba el habla de Castilla, dióles novedad en la forma cediendo al influjo de las canciones francesas, ó escribiendo á imitacion suya versos largos en vez de los cortos, mas sin alterar la rima constante en tiradas seguidas de versos; y los que ciertos críticos califican de *leoninos* en este Poema y el de las *Mocedades*, no lo son evidentemente, aunque tales parezcan, sino que resultaron así de haber considerado hemistiquio lo que era de por sí verso cabal, cuando fueron zurcidos en el texto de aquellos poemas retazos de los viejos romances rimados en rima consecutiva.

Con relacion á la *Vida de Santa María de Egipçiaqua* y á la *Adoracion de los Reys* acusan los poemas mencionados un progreso, pues por tal debe tomarse el tránsito del pareado á la monorrima, como lo es asimismo respecto de esta la introduccion de versos libres intermedios y los llamados *leoninos* que marcan el momento de transicion entre los dos sistemas, cumpliendo esa inmutable ley por la que algo del pasado palpita en el presente.

Por eso los romances, tal y como hoy son, recuerdan en alguna de sus partes las formas de abolengo mecidas con esotras posteriores propias de los siglos XV y XVI, más galanas y pomposas que no las de los monumentos primitivos escuetas y sin adornos cual convenia á leyendas puramente narrativas en que sus autores constreñidos por la presencia real de los hechos se ceñian á contar la verdad á secas.

Tal es nuestro parecer, bastante conforme con el que Wolf sostiene, siguiendo á Huber, que en un prin-

cipio los romances, si octosílabos, no debieron tener la asonancia alterna ni blancos intermedios, sino ser monorrimos; despues la influencia de los cantares de gesta en los juglares hizo que éstos, para obtener versos más largos en conformidad á los asuntos y sin que dejasen de agradar á oidos españoles ni de servir á las danzas y cantos nacionales acostumbrados, tomaran dos versos octosílabos juntándolos de modo que el primero, quedando blanco, semejase al hemistiquio con censura de un verso largo, y que únicamente los versos segundos estuviesen copulados por la rima consecutiva.

Hemos terminado el diseño que nos propusimos hacer de la literatura romancesca, sino tan profundamente y con la amplitud que debiéramos, al ménos con la que permitian la naturaleza de un estudio preliminar y lo limitado de nuestro saber.

Antes de poner fin á este proémio, réstanos encarecer una vez más la importancia del asunto, que algunos tendrán por baladí y de puro pasatiempo. No es así ciertamente: todas las obras que viven luengos siglos entre la multitud, entrañan algo grande, acaso incomprensible, que las hace ser duraderas y acogidas con amor por los pueblos.

Y, ¡quién sabe el alcance y trascendencia de la más ligera copla popular desprendida de labios de un cantador ambulante! Ella, como pintada ave, llega volando á oidos de un alma que sufre, y entre las asperezas de amargos recuerdos canta quizás anunciando el albor de aurora deseada: por ventura cae como rayo de luz en el fondo tenebroso de un espíritu y le redime de la opresora duda: ó á la manera de viento sutil penetra en la conciencia, haciendo surgir como nieblas del valle gratos recuerdos que estaban adormidos y orea el ambiente en que el pensamiento vive mústio y seco por la melancolía y la nostálgia.

Por último, ella es la forma única del saber vulgar en toda su extension. En ella van envueltas el elemental concepto filosófico y la narracion histórica, el perfume de las creencias, el axioma médico, la experiencia astronómica y el anhelo perpétuo del amor.

JUAN MENENDEZ PIDAL.

Madrid 6 de Noviembre de 1883.



ROMANCES HISTÓRICOS.

ROMANCES HISTÓRICOS.

I

EL PENITENTE.

Yendo yo cuestas abajo,
volviera cuestas arriba,
y encontrara un ermitaño
que vida santa facía.
—Por Dios le pido. ermitaño,
por Dios y Santa María,
no me niegue la verdad
ni me diga la mentira;
si el que trata con mujeres
tiene la gloria perdida.
—La gloria perdida nó,
no siendo cuñada ó prima.
—Yo traté con una hermana
y tambien con una prima
y, para mayor pecado,
con una cuñada mía.—
Estando en estas razones,
se oyó una voz que decia:
«Confiésalo, el ermitaño,
por Dios y Santa María,
y dale de penitencia
conforme lo merecía.»
Confesóle el ermitaño;
pena grande le ponia,
y le diera penitencia
con una culebra viva.
La culebra era serpiente
que siete (*) bocas tenia;

(*) El número *siete*, tan repetido en los romances, encerraba un simbolismo misterioso, como otros números en diferentes teogonías.

Dice el anónimo autor del romance en que Gustios lamenta la muerte de sus hijos:

Si el ver muerto un hijo solo
la paciencia acaba á un padre,
ver siete y á traicion muertos,
la vida es razon que acabe.
Y pues el número siete
tiene excelencias tan grandes,
no hay trabajo como el mio
pues de siete causas nace.

(Núm. 684 del R. de Duran.)

con la más chiquita d'ellas
á la gente acometía.
—Quien le quiera ver morir
traiga una vela encendida.—
Por de prisa que llegaron,
ya el penitente moría.
Ya se tocan las campanas,
¡campanas, oh maravilla!
por l'alma del penitente
que para el cielo camina.

Y el Rey Sábio explica estas excelencias del siguiente modo, en su *Prólogo* á las *Siete Partidas*.

«*Septenario es cuento muy noble á que loaron mucho los sábios antiguos: porque se fallan en él muchas cosas é muy señaladas que se departen por cuento de siete; así como todas las criaturas que son departidas en siete maneras, ca segun dixo Aristóteles, é los otros sábios: O es esta criatura que no á cuerpo ninguno, ma es espiritual, como Angel ó alma; ó es cuerpo simple, que ni se engendra, ni se corrompe por natura y es celestial, assí como los Cielos é las Estrellas; ó es cuerpo simple que se engendra é se corrompe por natura como los elementos, ó es cuerpo compuesto de alma de crescer, é de sentir, é de razonar como home: ó á cuerpo compuesto de alma de crescer, é de sentir, é no de razonar, assí como las animalías, que no son hombres: ó es cuerpo compuesto de alma de crescer, mas no de sentimiento ni de razon, assí como los árboles é todas las otras plantas: ó á cuerpo compuesto, mas no á alma ninguna, ni sentimiento, como las piedras é las cosas minerales que se crian en la tierra. E otrosí todas las cosas naturales on movimiento de siete maneras... En este mismo cuento fallaron los sábios las siete Estrellas mas nombradas... Otrosí, los sábios departieron por este cuento las siete partes de toda la tierra á que llaman Climas.*» Y así continúa larga enumeracion de cuentos en siete, ya mencionando los dias de la semana, los Evangelistas, el Candelabro colocado por *Moysén* en el Tabernáculo, que tenia siete brazos *por gran significança*, hasta que por fin dice: «*Onde por todas estas razones que muestran muchos bienes que por este cuento son partidos, partimos este libro en siete partes.*»

II

EL PENITENTE.

Allá arriba en alta sierra,
alta sierra montesía,
donde cáe la nieve á copos
y el agua menuda y fria,
habitaba un ermitaño
que vida santa facía.
Allí llegó un caballero,
desta manera decia:
— Por Dios le pido, ermitaño,
por Dios y Santa María,
que me diga la verdad
y me niegue la mentira;
si hombre que trata en mujeres
tendrá el ánima perdida.
—L' ánima perdida no,
non siendo cuñada ó prima.
—¡Ay de mí, triste cuitado;
qu' esa fué la mi desdicha!
pues traté con una hermana
y tambien con una prima.
Confiéseme, el ermitaño,
por Dios y Santa María,
y déme de penitencia
conforme la merecía.
—Confesar, confesaréte,
absolverte non podia.
Estando 'n estas razones,
se oyó una voz que decía:
«Confiésalo, el ermitaño,
por Dios y Santa María,
y dale de penitencia
conforme lo merecía.»
Metiéralo en una tumba
donde una serpiente había
que daba espanto de verla,
siete cabezas tenía:
por todas las siete come,
por todas las siete oía.
El ermitaño era bueno,
y á verlo vá cada dia.
—¿Cómo te va, penitente
con tu buena compañía?

—¡Cómo quiere que me vaya,
pues que ansí lo merecía!
De la cinta para abajo,
ya comido me tenía;
de la cinta para arriba,
luego me comenzaría.
El que quiera ver mi muerte
traiga una luz encendida.—
Cuando llega con la luz,
ya el penitente moría.
Las campanas de la gloria
ellas de sou se tangnian (*)
por l' alma del penitente
que pra los cielos camina.

(*) Derivacion inmediata del latin *tango, is ere*. Esta forma castellana del verbo tocar, debió ser anterior á la de tañer.

III

GERINELDO.

—Gerineldo, Gerineldo,
paje del Rey más querido;
¡dichosa fuera la dama
que se casara contigo!
—Porque soy criado suyo,
cómo se burla conmigo!
—Non me burlo, Gerineldo;
advierte lo que te digo:
á las doce de la noche
echa á andar para el castillo,
desque mi padre y mi madre
estéan adormecidos.—
Aun no eran dadas las doce
ya llamaba en el postigo.
Mas la Reina, con ser Reina,
aun no se habia dormido.
—Levántate, buen Rey,
levántate conmigo;
ó nos roban la Infantina,
ó nos roban el castillo.—
Levantárase el buen Rey
con un camisón vestido;
cogió la espada en la mano,
y echó á andar por el castillo...
Topólos boca con boca
como mujer y marido:
alzó los ojos arriba,
y dixo: (*)—¡Válgame Cristo!
yo si mato á la Infantina
queda mi reino perdido;
y si mato á Gerineldo...
criélo desde muy niño!—
Puso la espada entre ambos:
—Esta será buen testigo.—
A otro dia de mañana (**)

(*) Amigo, *dixo* ella, faces gran couardía, etc.

(Libre de Apollonio).

(**) Esta expresion es ya antiquísima en castellano, y de constante uso en los más antiguos romances. Ejemplos:

Vino Myo Cid yacer—á Espinar de Can,
Otro dia de mannana—piensaan de Caualgar.

(Poema del Cid.)

Gerineldo aborrecido (*)
—¿Tú qué tienes, Gerineldo;
tú qué tienes, paje mio?
¿Hízote mal el mi pan,
ó te hizo mal el mi vino?
—Non me hizo mal vuestro pan,
nin me hizo mal vuestro vino;
falta un cofre á la Infantina
y á mí me lo habian pedido.
—Dese cofre, Gerineldo,
la mi espada es buen testigo!...
O te has de casar con *ella*,
ó la has de buscar marido.
—Señor, mi padre non tiene
ni para echarla un vestido.
—Echaselo de sayal
pues *ella* lo ha merecido.

Otro dia mannana—abrióme la portera,
Rezibiéronme, madre,—todos por compannera.
(Vida de Santa Oria.)

Otro dia manyana—quando fué levantado,
Gradeció al omne bueno—mucho el ospedado.
(Libre de Apollonio.)

(*) Triste, abatido, enfadado consigo mismo.

IV

GERINELDO.

—Gerineldo, Gerineldo,
paje del Rey más querido;
quién me diera, Gerineldo,
tres horas hablar contigo!
—Como soy criado suyo,
señora, os burlais conmigo.
—No me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo.
—Pues ya que me hablais de veras,
¿á qué hora vendré al castillo?
—De las once pa las doce,
al cantar del gallo pinto.—
De las once pa las doce,
Gerineldo fué al castillo;
zapatos lleva en la mano
sin ser de nadie sentido.
Anduviera siete puertas
hasta encontrar un postigo:
cuando al postigo llegaba,
Gerineldo dió un suspiro.
—¿Quién es ese que á mi puerta,
que á mi puerta dió un suspiro?
—Gerineldo soy, señora,
que vengo á lo prometido.—
Cogiérale por la mano;
para dentro le ha metido:
se acostaron los dos juntos
como mujer y marido.
Despertárase el buen Rey
de un sueño despavorido.
«O Gerineldo se ha muerto,
ó hay traicion en el castillo.»
Un paxarin respondiera,
que es de Gerineldo amigo:
«Ni Gerineldo se ha muerto,
ni hay traicion en el castillo;
Gerinelo va en el baile,
porque es hombre divertido.»
Buscaba el Rey las espadas,
las espadas de más filo:

cogiera el Rey la dorada
y echó á andar para el castillo. (*)
Topó con los dos durmiendo
como mujer y marido.
Alzó los ojos al cielo,
y dijo: «¡Válgame Cristo!
Yo si mato á la Infantina,
mi reinado está perdido;
y si mato Gerineldo...
criélo desde chiquito!!
Pondré la espada entre ambos,
y ella será fiel testigo.»
Con el frio de la espada
la Infanta ha espavorecido.
—Levántate, Gerineldo,
que los dos somos perdidos;
vé la espada de mi padre
que entre los dos la ha metido.
Márchate sin que te sientan
por el mi jardin florido,
y escóndete entre las ramas
para no ser conocido.—
Con el buen Rey se topara
en el medio del camino.
—¿Tú qué tienes, Gerineldo,
que vienes descolorido?
—Perdiera un cofre la Infanta,
y á mí me lo habian pedido.
—Dese cofre que tu dices,
mi espada será testigo...
O te has de casar con *ella*,
ó la has de buscar marido.
—Yo casárame con ella;
pero no querrá conmigo,
que mis posibles no son
ni para echarla un vestido.
—Cómpralo de paño pardo,
pues asi lo ha merecido.
—De paño pardo no tal;
de terciopelo... no digo!

*) Segun otra variante:

Corredor tras correder,
fórase onde están dormindo:
erguia las portas arriba,
por no hacer tanto ruido.

V

GERINELDO.

—Gerineldo, Gerineldo,
mi caballero pulido;
dichosa fuera la dama
que se folgara contigo!
—Se burla de mí, señora,
porque á su mandado vivo...
—Non me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo:
á las diez se acuesta el Rey
y á las once está dormido.—
A eso de las once y media,
Gerineldo se ha vestido.
Púso zapatos de seda,
porque no fuese sentido,
y al cuarto de la Infantina
sus pasos ha dirigido;
y llamando en la puerta
d'esta manera la dijo:
—Abráisme, señora mía,
abráisme, cuerpo garrido.
—¿Cuál es el hombre traidor,
cuál es el hombre atrevido
que deshora de la noche,
sube á rondar mi postigo?
—Gerineldo soy, señora,
que vengo á lo prometido.—
Juegos van y juegos vienen,
juegan á brazo partido;
juegos van y juegos vienen,
los dos se quedan dormidos.
Despertárase el buen Rey
con un sueño que ha tenido:
á eso de las cuatro y media,
el Rey pidió su vestido;
non se lo dá Gerineldo,
y él sólo se lo ha cogido.
Para el cuarto de la Infanta
sus pasos se han dirigido...
Hallólos boca con boca
como mujer y marido.
Alzó los ojos arriba,
y dijo: «¡Válgame Cristo!

Si matare á la Infantina
está mi reino perdido!»—
Desenvainando la espada,
entre los dos la ha metido.
  Recordado había la Infanta
y la espada conocido.
—Levántate, Gerineldo,
que los dos somos perdidos;
pues la espada de mi padre
ha servido de testigo!—
Levántase Gerineldo
muy triste y muy afligido;
para el cuarto del buen Rey;
sus pasos ha dirigido.
—¿Dónde vienes, Gerineldo,
tan triste y tan afligido?
—Vengo del jardin, señor,
de coger rosas y lirios.
—Non lo niegues, Gerineldo,
que con la Infanta has dormido.
—Déme la muerte, buen Rey;
ella la culpa ha tenido.
—Non te mato, Gerineldo;
que te crié de muy niño.
Para mañana á las doce
sereis mujer y marido.
—Señor, mi padre no tiene
ni para echarla un vestido.
—Échaselo de sayal,
pues ella así lo ha querido.
  —Yo iré á la guerra, señor,
para echárselo más fino.

  Grandes guerras se publican
Entre España y Portugal,
y nombran á Gerineldo
por capitan general.
—Adios, la Infantina, adios:
voime fortuna á buscar:
si á los siete años no vuelvo,
con otro podeis casar.—
  Los siete años han pasado
Gerineldo sin llegar.
Vistióse de romerilla
y comenzóle á buscar.
Siete reinos ha corrido,
sin que lo pudiese hallar:
en el medio del camino
encontróse un rabadan.
—Vaquerito, vaquerito,
por la santa Eternidad;

¿de quién son esos ganados
con tanto hierro y collar?
—De Gerineldo, señora,
que se está para casar.—
¡Cayó en suelo desmayada
las nuevas al escuchar!
—Buen dinero te daré,
si me llevas donde está.—
Cogiérala por la mano;
llevóla hasta su portal.
Ella pide una limosna;
Gerineldo se la dá.
—Romerita, romerita,
si hácia Francia caminais,
direis á la Princesina
que ya se puede casar.
—No está en Francia, Gerineldo,
que delante de tí está.
—Romera, ¿eres el demonio
que me vienes á tentar? (*)
—Gerineldo, no lo soy;
que soy tu esposa leal.
Las bodas y los torneos
por Doña Elvira serán;
la Princesa en un convento
su vida rematará.
—Non será asi, Princesina;
contigo quiero casar.—
Ya mandan á los criados
los coches aparejar;
desque aparejados fueron,
ya se parten, ya se van,
para celebrar las bodas
en Francia la natural.

(*) Otras variantes dicen:

—Gerineldo, Gerineldo,
una limosna dame.—
Mete mano en el su bolso
y dos maravedís dale.
—Gerineldo, Gerineldo,
¡qué poca limosna faces,
para la que en mi palacio
antaño solias dare!
—Pelegrina, ¿eres el diablo
que me vienes á tentare? etc.

VI

GALANZUCA.

—Galanzuca, Galanzuca,
hija del Rey tan galan,
¡quién te me diera tres horas,
tres horas á mi mandar!
te besara y te abrazara
y non te hiciera otro mal.
—Cárlos, eres muy ligero;
de mi te vas á alabar.
—Non lo quiera Dios del cielo,
nin su Madre lo querrá,
que mujer con quien yo holgara
della me vaya á alabar.—
A otro dia de mañana
al campo se fué á alabar.
—Dormí con la mejor moza
que habia en este lugar.—
Míranse unas para otras;
¿Quién será? ¿Quién no será?
¡Si será la Galanzuca
hija del Rey tan galan!
Su padre desde un balcon
escuchando todo está.
—Pues si con ella has dormido,
con ella te has de casar;
y si non casas con ella,
pronto la mando quemar.
—Tanto me dá que la queme,
ni la deje de quemar;
que mujeres en el mundo
para mí no han de faltar.
Si non lo tienen de guapas,
lo tendrán de habilidad.—
Siete criados tenia,
leña les mandó apañar
para quemar Galanzuca
hija del Rey tan galan.
Allí pasó un pajecico
que ya le comiera el pan.
—Escríbalo, Galanzuca,
á Cárlos de Montalvan.
—Escribir si lo escribiera;
¿pero quién lo va á llevar?

—Escríbalo, Galanzuca,
que yo se lo iré á llevar.—
Cuando va cuestas arribá
non se le puede mirar;
cuando va cuestas abajo
corre com'un gavilan.
—Aquí le traigo, Don Cárlos,
tres letras de mal pesar:
escribelas Galanzuca
que la díban á quemar.
Confesó con siete curas;
ninguno dijo verdad.—
Quitó su traje de seda,
se vistió de padre Abad;
arreó el caballo blanco,
tambien ensilló el ruan.
Jornada de cuatro dias
en uno la fuera andar.
....
—Confiese, Padre, confiese;
que Dios se lo pagará.
—Si tuvo que ver con hombres
casados ó por casar.
—Nin tuve que ver con hombres
casados nin por casar,
si non han sido tres horas
con Cárlos de Montalvan;
una ha sido de mi gusto,
las otras de mi pesar.—
Cogiérala entre sus brazos,
pusiérala en el ruan.
—Ahora con esa leña,
con ella quemar un can.
En quemando bien los huesos,
al Rey idlos presentar;
que Galanzuca es mi esposa
y yo la voy á llevar.
—Llévela, el Don Cárlos, lleve;
Dios se la deje lograr;
más quiero que se la lleve
que non verla aquí quemar.

VII

GALANCINA.

—Galancina, Galancina,
hija del Conde Galan,
¡quién me dejara contigo
tres noches á mi mandar!:
te abrazára y te besára,
y non t' hiciera otro mal.
—Cárlos, eres muy ligero;
de mí te vas á alabar...
—Non lo quiera Dios del cielo
nin la Vírgen del Pilar,
que mujer con quien yo duerma
della me fuera á alabar.—
A otro dia de mañana,
Don Cárlos se fué á alabar:
—Dormí con una muchacha,
la mejor de la ciudá.—
Dícense unos para otros:
«¿Quién será, quién no será?»
—Es Galancina, señores,
hija del Conde Galan.—
Su padre desque lo supo,
mandárala prisionar.
Caballeros de su casa
la diban á visitar.
—¿No hay quien le lleve la nueva
á Cárlos de Montalvan:
no hay quien le lleve la nueva,
que á su amor le van quemar?—
Allí hablara un pajecico;
tal respuesta le fué á dar:
—Escríbele, Galancina,
que yo se la iré á llevar.—
Las cartas ya son escritas,
el paje las va á llevar.
Jornada de quince dias
en ocho la fuera andar;
que por las cuestas arriba
corre como un gavilan,
y por las cuestas abajo
non le pueden divisar.

Ha llegado á los palacios
á donde el buen Conde está.
—Asómate ahí, Don Cárlos,
si te quieres asomar.
Tráigole malas razones;
que á su amor le van quemar.
—Si lo dijeras de burla,
mandárate prisionar;
si lo dijeras de veras,
yo te diera de almorzar.
—Coja la carta en la mano,
y ella dirá la verdad.—
Ya se partia Don Cárlos;
ya se parte, ya se va.
Jornada de quince dias,
en ocho la fuera andar.
Fuese para un monasterio
donde los frailes están;
quitóse hábitos de seda.
vistióse hábitos de fraile (*)

(*) Nótese que esta palabra altera el asonante que viene constantemente empleándose en el romance de *Galancina*: circunstancia que únicamente se explica, ó admitiendo que la *e* de fraile fuese muda, ó presumiendo que todas las demás palabras finales de los versos en que la asonancia se manifiesta tuvieran añadida la *e* llamada paragógica, como sucede en el romance de *El Conde Claros*, publicado en el *Romancero general* de Duran, el cual es en el fondo muy semejante al nuestro de *Galancina*.

Muy debatido fué este punto por los literatos, y singularmente por los Sres. Amador de los Rios y Wolf en interesante y continuada correspondencia epistolar.

El primero se adhiere á la opinion de Nebrija (Arte de la lengua castellana) que escribe: «Puede tener este verso una sílaba ménos quando al final es aguda... Los que lo cantan porque hallan corto y escaso aquel último espondéo, suplen, é rehacen lo que falta por aquella figura que los gramáticos llaman *paragóge*, la cual es añadidura de sílaba en fin de palabra; é por *coraçon* é *són*, dice *coraçone* é *sone*.»

Wolf asegura que tales *e e e* no fueron añadidas por otra causa que la arbitrariedad é ignorancia de los editores del siglo XVI.

Depping opina que son libertades del arte métrica; que con la *e* final completaban una sílaba cuando faltaba al verso, á cuyo argumento contesta Alcalá Galiano perfectamente que si la *e* llamada paragógica fuese puesta para aumentar una sílaba en los versos que resultaban cortos, seria inútil en los acabados en aguda; porque éstos, con una sílaba ménos, son tan cabales como haciéndolos llanos por medio de la *e* añadida.

A nuestro parecer es debido el uso de la *e* final al modo especial de hablar de una época. No bastante desligadas todavía de la madre comun, el latin, las lenguas vulgares incipientes, conservaron largo tiempo algo de las formas latinas y dijeron *amare*, del infinitivo latino, y *cibdade* del ablativo *civitate*, etc. etc., circunstancia favorable á la rima que aprovecharon los romancistas vulgares para facilitar su obra, extendiendo el uso de la *e* á palabras que no la tenian etimológicamente.

Si en el Poema del Cid aparecen suprimidas á veces las *e e e* en algunos vocablos, es por uno de tantos olvidos del copista, y se echa de ver su falta en cuanto se trata de rehacer la rima descompuesta. Ejemplo:

En Belleen apareçist, commo fué tu voluntad,
pastores te glorifficaron, ouieron de alaudare;
Tres Reyes de Arbaia, te vinieron adorar, etc.

¿Qué razon hay para que los infinitivos sean distintos?
Ninguna.
Que así se habló en algun tiempo, lo demuestran los siguientes textos que con otros muchos pudiéramos aducir:
«E si el siervo ficiere tal cosa sin *voluntade* de su sennor...»
(Ley XXI, tít. IV, lib. VIII del Fuero Juzgo. Edicion de la Acad. Esp., 1815.)
«Nin tome cebada de *cibdade*, nin de la tierra...»
(Ley II, tít. I, lib. XII)

y llegóse á las prisiones
donde Galancina está.
Cuando Don Cárlos llegaba,
ya la díban á quemar.
—Quítense de ahí, señores,
que la quiero confesar.
Dime, Galancina, dime;
dime por Dios la verdad:
mira que van á matarte
y te vengo á confesar;
y en tanto que te confieso,
un abrazo me has de dar.
—Apártese allá el traidor,
que á mí non ha de llegar;
que tengo hecho juramento
á la Vírgen del Pilar,
de no abrazar otro hombre
nin otro hombre besar
si no fuera ese buen Conde
Don Cárlos de Montalvan.
—Pues mírale, Galancina,
que delante de tí está.—
Bien pronto lo conociera
desde aquella oscuridad;
y del placer que sentía,
mucho comenzó á llorar.
Tomóla el Conde en sus brazos,
terciola en el su ruan.
Siete guardias dejó muertos
por las puertas al pasar;
y en aquellos campos verdes
¡quién los vía galopar!!

«E si el omne libre lo fiziere al franqueado, peche la tercia parte de quanto es de suso dicho, que deve *pechare* el omne libre.»

(Ley III, tít. IV, lib. VI.)

En portugues aun se dice *vae* (por vá) *vontude*, y *saudade*; y en gallego *caire*, *voluntade*, *cadavere*, *soedade*.

Don José Arias Miranda, en los artículos que acerca del *bable* publicó en la «Revista Literaria de Asturias» (núm. 2), hace notar que en el *bable* son corrientes los finales en *e* de los infinitivos y nombres que lo tienen en *r*, al modo que en los romances del Cid:

En Búrgos está el buen Rey
asentado á su yantare,
cuando la Ximena Gomez
se le vino á querellare.

Efectivamente en Múrias, Santibañez de Múrias, y Nembra (todos del Concejo de Aller) se dice *mirare*, *cuchare zagale*, etc.

Y los *vaqueiros de alzada* cantan:

La braña de Candanosa-
ta metida entre dous rios;
¡Quién la pudiera sacare
á los campos más floridus.
Todos vienen á merare
como baichan las vaquieras;
son tan buenas pa baichare
como las perexileras.

VIII

TENDERINA.

Por los palacios del Rey
Duques-condes van entrando:
allí entrára un Conde viejo
con un hijo por la mano.
Detrás del altar mayor
Tenderina le ha llamado.
—¡Válgame Dios, muchachuelo!
Si fueras de veintiun años,
comieras conmigo en mesa
y durmieras á mi lado.
—Para eso, mi señora,
ya estoy bastante criado...
Calla, calla, muchachuelo,
que te has de alabar n' el campo.
—De mujer que me dió el cuerpo,
nunca d' eso yo me alabo.—
A otro dia de mañana
se fué á alabar en el campo.
—Esta noche dormí en cama
un sueño muy regalado,
que dormí con Tenderina
del Conde Zaragozano.
—Calla, calla, muchachuelo;
cállate, mal educado...
Si dormiste con mujer,
con ella serás casado.
—Con esta espada me maten,
con esta que al lado traigo,
si mujer que me dió el cuerpo
nunca con ella me caso.

IX

BERNALDO DEL CARPIO.

Ibase por un camino
el valiente Don Bernaldo;
todo vestido de luto,
negro tambien el caballo:
p or los cascos echa sangre,
y sangre por el bocado.
Con la prisa que traia,
atrás deja los criados.
Viéralo pasar su tio,
y á un meson fuera alcanzarlo.
– Don Bernaldo ¿donde vás,
que así vienes preparado
con una espada en la mano
y otra en el cinto colgando?
—Voy libertar á mi padre,
que dicen que van á ahorcarlo.
—Don Bernaldo, sube, sube;
tomaremos un bocado.
—Maldita la cosa quiero
hasta verlo libertado.—
Entre que ambos descansaban,
volvieron ya los criados.
Nadie les daba razon
de dónde estaba su amo,
sinon porque conocieron
el relincho del caballo.
—¿Don Bernaldo dónde está?
—Don Bernaldo está ocupado,
que está comiendo y bebiendo
y un momento descansando.
—Dígale que se dé prisa,
que á su padre van á ahorcarlo,
y en el medio de la plaza
hemos visto ya el tablado.—
Ciñó Bernaldo la espada
y montóse en su caballo:
por las plazas donde pasa,
las piedras quedan temblando.
Sus ojos echaban fuego,
y espuma echaban sus labios:
por donde quiera que pasa
todos se quedan mirando.

Llegóse al medio la plaza,
y apeóse del caballo;
diera un puntapié á la horca
y en el suelo la ha tirado;
y una de las dos espadas
dióla á su tío Don Basco:
—Tome esa espada, mi tío,
ríjala como hombre honrado;
qué ninguno de mi sangre
habrá de morir ahorcado!

X

BERNALDO DEL CARPIO.

Preso va el Conde preso,
preso y muy bien amarrado
por encintar una niña
n' el camino de Santiago.
Como era de buena gente,
gran castigo le habian dado;
por castigo le pusieron
que habrá de morir ahorcado.
Cerráronlo en una torre,
tiénenlo bien custodiado;
de dia le ponen cien hombres
y de noche ciento cuatro.
—Si estuviera aquí mi primo,
el mi primo D. Bernaldo,
no temiera los cien hombres
ni tampoco ciento cuatro.—
Inda no lo hubiera dicho,
cuando viene caminando;
en el medio del camino
el buen Rey le habia parado.
—Suba, suba Don Bernaldo,
vamos á jugar un rato.
—Voy ver á mi primo el Conde,
que está en la cárcel guardado.
—Si supiera que es tu primo
yo mandaria soltarlo.—
No se habia bien sentado,
á la puerta dió un muchacho.
—Baje, baje Don Bernaldo,
que van á ahorcar á su hermano,
y en el medio de la plaza
he visto el tablero armado.—
Tiró Don Bernaldo el naipe,
y al buen Rey se lo ha tirado.
—Don Bernaldo, poco á poco;
que en la corona me ha dado.
—No se me da por el Rey
si en la corona le he dado.—

Cien pasos hay de escalones,
de un salto los ha bajado:
sin poner pié en el estribo,
de un salto montó á caballo;
le dió un puntapié á la horca,
y la hizo mil pedazos;
dió una estocada al verdugo,
la cabeza le ha cortado.

XI

LA PEREGRINA.

En la ciudad de Leon,
(Dios m'asista y non me falte)
vive una fermosa niña,
fermosa de lindo talle. (*)
El Rey namoróse della
y de su belleza grande:
aun non tiene quince años;
casarla quieren sus padres.
El Rey le prende el marido;
que quiere della vengarse:
ella por furtarse (**) al Rey,
metióse monja del Cármen.
Allí estuvo siete años
á su placer y donaire:
desde los siete á los ocho
á Dios le plogo llevarle.
Por los palacios de Rey,
pelegrina va una tarde,
con su esclavina ahujerada,
sus blancos hombros al aire.
Lleva su pelo tendido:
parece el sol como sale.
—Dónde vienes, pelegrina,
por mis palacios reales?...
—Vengo de Santiago, el Rey,
de Santiago que vos guarde,
y muchas más romerías...
¡plantas de mis piés lo saben!

(*) En las Córtes de Leon,
donde está la xente grande,
vivía una hermosa niña
de condicion y linaje.
Aun non tiene quince años,
casarla quieren sus padres:
pídenla Duques y Condes
pa con ella maridare, etc.

Así comienza la version que de este romance hemos recogido en las montañas de Grado. Aunque poco distinto del que publicamos, cosechado por Amador de los Rios en Luarca por los años de 59 al 60, preferimos éste como texto, por estar íntegro, y aquel no; sin perjuicio de apuntar alguna variante que no debe ser relegada al olvido.

(**) *Furtate* de tus omnes, de toda tu mesnada.
(XXIV. Milagros de Nuestra Señora.)

Es tambien empleada esta palabra en el Poema del Cid.

Licencia traigo de Dios:
mi marido luego dadme.
—Pues si la raes de Dios,
excuso más preguntarte.
  Sube, sube, carcelero,
apriesa trae las llaves
y las hachas encendidas,
para alumbrar este ángel.

. . . .

—Dios vos guarde, Condesillo,
farto de prisiones tales.
—Dios vos guarde, la Condesa,
porque siempre me guardástes.
—Non pienses que vengo viva;
que vengo muerta á soltarte.
Tres horas tienes de vida;
una ya la escomenzastes.
  Tres sillas tengo en el cielo:
una es para tú sentarte, (*)
otra para el señor Rey,
por esta merced que face. (**)
A Dios, á Dios, que me voy;
ya non puedo más fablarte;
que las horas deste mundo
son como soplo de aire.

(*) Otra será para mí,
pues mi alma de penas sale.
(**) Estando 'n estas razones,
oyera el gallo cantare.

XII

EL AGUINALDO.

Mañanita de los Reyes,
la primer fiesta del año,
cuando damas y doncellas
al Rey piden aguinaldo; (*)
unas le pedian seda,
otras el fino brocado;
otras le piden mercedes
para sus enamorados.
Doña María, entre todas,
viene á pedirle llorando,
la cabeza del Maestre,
del Maestre de Santiago.
El Rey se la concediera;
y al buen Maestre han llamado.
Salen criados y pages,
cuando el Maestre es entrado.
—Bien venidos, caballeros.
—Maestre, mal soes llegado,
ca en tal día su cabeza
mandada está en aguinaldo.
—Quien mi cabeza mandara,
ponga la suya á recabdo;
que cabezas de maestres
non se mandan de aguinaldo.
Villas é cibdades tengo,
é freyres á mi mandado:
non me las dió Rey ni Reina;
ganélas yo por mi mano.—
Estas razones dixiera
el Maestre de Santiago,
cuando entre pages del Rey
entrara en el su palacio.
E más sin dubdar fablara,
como home bien razonado;

(*) Así comienza tambien uno de los romances más antiguos del Cid que se conservan; 732 del *Romancero* de Duran:

Dia era de los Reyes,
dia era señalado,
cuando dueñas y doncellas
al Rey piden aguinaldo,
si no es Jimena Gomez, etc.

mas al sobir la escalera,
la cabeza le han quitado.
Allí la entregan al Rey:
él, magüer era su hermano,
mandó echarla en una fuente
por facer el aguinaldo.
«Llevalda á Doña María,»
dixiera á los sus criados.
Doña María que la vido,
mucho se ha maravillado;
ca el Rey amaba al Maestre,
y era muy grande el regalo.
Prendióla de los cabellos,
de bofetadas le ha dado:
—Agora me pagas, perro,
lo de aguaño y lo de antaño
cuando me llamaste p...
del Rey don Pedro tu hermano.—
Prendióla de los cabellos,
y lanzóla allí al alano;
el alano es del Maestre,
é bien conoce al su amo.
Cogióla con los sus dientes,
é llevósela á sagrado:
faz con las patas la fuesa,
do la cabeza ha enterrado.
Bien lo viera el Rey Don Pedro
donde se está paseando;
bien lo viera ese buen Rey
que fizo atal aguinaldo.
Llega al balcon y pregunta:
—¿De quién era aquel alano?
—Ese alano es del Maestre,
del Maestre de Santiago;
que por facer la su obsequia,
está, cual vedes, llorando.
—¡Ay, triste de mí é mezquino,
ay triste de mí é cuitado:
si el alano face aquello,
qué ha de facer un hermano!—
Dormir non puede el buen Rey,
dormir non puede el cuitado;
porque en medio de la noche
el Maestre le ha llamado.
Viérale todo sangriento
sin cabeza, en su caballo;
viérale todo sangriento
el su pecho menazando. (*)

(*) ..... á los quales dirá el glorioso juez el bravo, el justo, *menazadolos:* Idvos, maldichos, etc.
Fuero Juzgo XV, tít III, lib. XII. Edicion de la Acad. Esp., 1815.

Dormir non puede el buen Rey,
que yaz todo desvelado,
porque en medio de la noche,
Doña María le ha llamado.
Viérala con la cabeza
que fué lanzar al alano.
Doña María de Padilla
por los aires va volando;
por sus buenas fechorías
non la quiere Dios ni el Diablo.

XIII

MAL DE AMORES.

—¿Duque de Alba, estás casado?...
Sinón, yo te casaría...
—Estoy casado, buen Rey,
casado por vida mia;
que tengo palabra dada
á una señora en Castilla.
Aunque viva cincuent' años,
yo jamás la olvidaría.— (*)
....
....
Entre estas palabras y otras,
el casamiento se hacía.
Toda la gente lo sabe;
Doña Ana non lo sabía,
sinó es por una doncella
que anda en su compañía:
—Novedad traigo, doña Ana,
non sé si le placería;
que el Duque de Alba se casa,
su palabra mal cumplía.
—Que se case, que se vele,
¿á mi que se me daría?
¡Caballeros tien la Corte
que conmigo casarían!—
Los anillos de la mano
por el medio los partia;
los pelos de la cabeza
por el uno los arrinca...
Subióse en una ventana
de una sala que tenia;
viólo que estaba xugandó
con otros en compañía:
—¡Duque de Alba de mis ojos!
¡Duque de Alba de mi vida!

(*) Aquí, como ella decia, debió *escaecersele* algo del romance á la anciana Teresa Fernandez (a) *La Cana*, que fué la recitadora del que precede á esta nota.

¿Cómo tan presto olvidaste
á quien tanto te queria?...—
Él, posó el naipe n'el suelo,
y corrió á ver á la niña.
¡En el medio de una sala
topárala flaquecida!
Llamára cuatro dotores
por ver de qué mal moría:
unos, dicen que de susto;
y otros, que de amor moría.

XIV.

EL MOZO ARRIERO.

Por los campos de Valverde
caminaba un mozo arriero:
buen zapato, buena media,
buen jubon y cinguidero; (*)
buena montera calada,
y espada de fino acero.
Lleva seis machos consigo:
siete con el delantero;
ocho se pueden contar
co 'l que vá de silla y freno.
En el medio del camino
le salieron al encuentro:
—¿Adónde caminas, mozo?
¿Adónde vás, mozo arriero?
—Camino para la Mancha
con un recado que llevo.
—Allá caminemos juntos,
como buenos compañeros.—
En el medio del camino,
sacaron vino y bebieron.
—El primer vaso que salga,
será para el mozo arriero.
—¡Venga, por el Rey de España;
porque es católico y bueno;
que no arma ninguna guerra,
si no se la dan primero;
no hace como el Rey de Francia,
que las dá á cada momento!
—Habla bien, mozo, si sabes;
y si no, te enseñaremos;
que somos siete franceses,
para tí bien poderhemos.
—Pues á mí me faltan seis,
y á España no voy por ellos.—
Desenvainan siete espadas,
todas contra el mozo arriero:
y él desenvaina la suya,
que corta como un acero.

(*) Garniel. Ley XXV, tít. XXI, Partida 2.ª: «E la manera de como el deuen toller la cauallería, es esta: que deue mandar el Rey, á vn escudero: que le calce las espuelas é le *cinga* el espada, etc.

De la primera estocada,
cinco rindiera en el suelo.
Los otros tambien rindiera,
sinó que á correr se dieron.
—Vide acá, perros traidores;
vide acá, traidores perros,
que no vos quiero matar,
para testigos vos quiero.—
Allí vino la Justicia
á prender al mozo arriero.
Embargáronle los machos,
juntamente su dinero.
El pide permiso al Rey
para formar su proceso.
Con el proceso en la mano,
el buen Rey se está riendo:
—Si mató siete franceses,
¡ojalá matara ciento!
Que le devuelvan los machos,
juntamente su dinero;
y para mientras que viva,
lleva seis reales de sueldo.

ROMANCES NOVELESCOS.

ROMANCES NOVELESCOS.

I.—DE MOROS Y CRISTIANOS.

XV

DON BUESO.

Camina Don Bueso
mañanita fria
á tierra de moros
á buscar amiga.
Fallóla lavando
en la fuente fria:
—Quita de ahí, mora,
perra judía;
dexa á mi caballo
beber agua fria.
—Reviente el caballo
y quien lo traía;
que yo non soy mora,
ni fia de judía:
soy una cristiana,
de nombre María,
en poder de moros
siet' años habia.
—Si fueras cristiana,
yo te llevaría;
y si fueras mora,
yo te dexaría. (*)
—Los paños del moro,
¿yo d' ellos qué haría?
—Los que son ruanos,
tráelos, María;
los que son de grana,
al mar los echarías.—
Montóla á caballo
por ver qué decía:

(*) *Te bautizaría*, dice una variante recogida en Navia.

en las siete leguas
no hablara la niña...
Al pasar un campo
de verdes olivas,
por aquellos prados
¡qué llantos hacía!
—¡Cuando el Rey mi padre
llantó (*) aquí esta oliva,
sentada al amparo
de su sombra fria,
la Reina mi madre
la seda torcía,
mi hermano Don Bueso
los perros corría;
yo, que era rapaza,
las flores cogía!..
—Pues por esas señas,
mi hermana serías!!
¡Abra, la mi madre,
puertas de alegría;
que por traer nuera
traigo la su fía.
—Si eres la mi nuera,
seas bien venida;
si mi fía no eres,
¡bien lo parecias!
¡Para ser mi fía,
color nón tenías?
—¿Cómo quiere, madre,
color todavía?
si fay siete años
que pan non comía,
sino amargas yerbas
que en los montes cogía!

(*) Por *chantó*. En *bable* se sustituye alguna vez la *ch* castellana por la *ll* y viceversa con más frecuencia, especialmente en el concejo de Lena y entre los *vaqueiros de alzada*, como *chorar* por llorar; *vache* por valle, hondonada, etc.

XVI

DON BÓYSO.

Camina Don Bóyso,
mañanita fria,
á tierra de Campos
á buscar la niña.
Hallóla lavando
en la fuente fria.
—¿Qué haces ahí, mora,
hija de judía?
Deja á mi caballo
beber agua fria.
—Reviente el caballo
y quien lo traia;
que yo no soy mora,
ni hija de judía.
Soy una cristiana,
que aquí estoy cativa (*)
lavando los paños
de la morería.
—Si fueras cristiana,
yo te llevaría,
y en paños de seda
yo te envolvería;
pero si eres mora,
yo te dejaría.—
Montóla á caballo,
por ver qué decia:
en las siete leguas
no hablara la niña.
Al pasar un campo
de verdes olivas,
por aquellos prados
¡qué llantos hacía!
—¡Ay, prados! ¡Ay, prados!
prados de mi vida!

(*) Nin *cativos* nin cativas non quiso tener en su compaña.
(Poema del Cid.)

Quando el *cativo*—de muerte ase asentie.
(Vid. de Sta. M.ª Egipciaca.)

Parientes del *cativo*—avien muy grant pesar.
(Berceo.—Vid. de Sto. Domingo.)

¡Cuando el Rey mi padre
plantó aquí esta oliva,
él se la plantara,
yo se la tenía:
la Reina mi madre
la seda torcía;
mi hermano Don Bóyso
los toros corría!..
—¿Y cómo te llamas?
—Yo soy Rosalinda;
que así me pusieron,
porque al ser nacida,
una linda rosa
n'el pecho tenía.
—Pues tú, por las señas,
mi hermana serías!!
¡Abra, la mi madre,
puertas de alegría:
por traerle nuera,
tráigole su hija!
—Para ser tu hermana,
¡qué descolorida!
—Madre, la mi madre,
mi madre querida;
que hace siete años
que yo no comía,
sino amargas yerbas
de una fuente fría,
dó culebras cantan,
caballos bebian...—
Metióla en un cuarto:
sentóla en la silla.
—¡Mi jubon de grana,
mi saya querida,
que te dejé nueva
y te hallo rompida!
—Calla, hija, calla,
hija de mi vida;
que quien te echó esa,
otra te echaría.
—¡Mi jubon de grana,
mi saya querida,
que te dejé nueva
y te hallo rompida.
—Calla, hija, calla,
hija de mi vida;
que aquí tienes madre,
que otra te echaría.—
Caminó Don Bóyso,
que partir quería,
á tierra de moros
á buscar la niña.

XVII

EL RENEGADO.

Mi padre era un pescador
año de mil y quinientos (*)
que andaba en el mar pescando
para darnos el sustento.
Vinieron barcos de turcos,
y en un barco le metieron:
cada dia que amanece,
le dicen: "¡Reniega, perro!
que si tu fé renegares,
buen tesoro te daremos;
el casar con una mora
la mejor de nuestro reino."
De cristiano renegara
por codicia del dinero.
Estando un dia en la plaza
con los demás caballeros,
vió venir dos pelegrinos,
dos pelegrinos romeros:
se aparta de los señores,
y váse derecho á ellos.
—¿De dónde sois, pelegrinos;
de qué pais ó qué reino?
—Señor, somos de Vizcaya;
de Vizcaya, caballero.
—Mozos, ¿teneis padre y madre?
—Padre, señor, non sabemos:
mi madre buena quedaba
cuando de casa saliemos. (**)
—¿Si vierais á vuestro padre,
conociéraisle, romeros?
—Conocerle, si señor,
por las señas que daremos:

(*) A juzgar por esta fecha, la accion del romance se desarrolla en la época en que los célebres piratas Barbarrojas y Dragut amenazaron, en tiempos del Emperador Cárlos V las posesiones españolas de África y las costas napolitanas, sembrando en ellas el terror con sus desafueros y atrocidades.

(**) Así eran las terminaciones del pretérito perfecto, como se ve en los versos del *Libre de Apollonio*:

Respondióles el Rey: amigos, bien *ficiestes*,
Que en esti conseio tan bien vos *abiniestes*
Pero por recabdarlo en mal tiempo *vinyestes*:
la duenya es enferma, entenderlo *pudiestes*.

en la su mano derecha,
tien un lunar 'n un dedo.— (*)
Saca de su mano el guante,
y arrójalo por el suelo.
—Guante qué lunar descubres,
quemado seas en fuego!—
Caminan para Santiago
á cumplir un jubileo;
caminan para Santiago
padre y fíos verdaderos:
en el medio del camino,
los tres mártires murieron.

(*) Las manchas en la piel, cicatrices y lunares; pero sobre todo, éstos son la seña inequívoca é indudable á que siempre recurren las leyendas populares para identificar un personaje ausente hace muchos años, y que con su retorno devuelve al hogar de la familia su acostumbrada paz y santa alegría.



XVIII.

LOS CAUTIVOS. (*)

Mañanita de San Juan
el sol al cielo se eleva;
por la marina caminan
muchas damas en conseja.
Iban delante las damas,
el buen Melchor y Laurenza;
que es propio de enamorados
adelantarse una legua.
Al par de una fuente roja
saltan los moros en tierra,
é á los dos les cautivaron,
al buen Melchor y Laurenza.
Desque ella se vió cativa,
cativa en tierra ajena;
no hay dolor que llegue al suyo,
pena que llegue á su pena.
—Adios Málaga, le dice,
patria regalada y bella;
madre de mi corazon,
¡ay! que los moros me llevan!—
En los mercados de Argel
luego los ponen en venta:

(*) Este romance ofrece en algunos accidentes semejanza con el inserto por el malogrado Almeida-Garrett en el tomo III, página 77 de su *Romanceiró*, bajo el título *O Çaptivo*. La tradicion portuguesa hace que el cautivo sea solo apresado en los Mares de Hamburgo y vendido á un *perro judío*. La hija de éste se enamora del cristiano, y rindiéndole la flor de *seu corpo* le facilita los medios del rescate.

Logrado éste, advierte al judío la tristeza de su hija; y conocida su situacion, la encierra en una torre, donde llora ella su ausente amor.

Es evidente que la tradicion toma en Portugal distinto colorido, y se desenvuelve en diversa forma que la asturiana. Sin embargo tiene trozos de una semejanza extraña, como éste:

Nao houve moiro nem moira
que per min nem branca dera:
só houve um perro judío
que allí comprar-me quisera.
Dava-me uma negra vida,
dava-me uma vida perra;
de dia pisar esparto,
de noite moer canella,
e uma mordaça na bocca
para lhe eu nao comer della.
Mas foi á minha fortuna, etc.

La tradicion asturiana se conforma más con el estado de irregularidad en que quedaron las costas del Mediterráneo despues de la conquista de Granada, y tiene fijo este aspecto un valor realmente histórico.......

(N. de A. de los R.)

non hubo moro nin mora
que por ellos dies moneda.
Solo viene un renegado
muy poderoso en facienda;
cinco mil doblones saca;
los dos mil por mí los diera.
  Facernos faz mala vida;
facernos faz mala é negra:
de noche moler esparto;
de dia moler cebera, (*)
é con un freno á la boca,
porque non comiese della.
  Quiso Dios y mi fortuna
que me diese una ama buena:
mientras el moro iba á caza
me quitaba la cadena:
  Dábame allí de comer
de lo que comia á su mesa;
dábame allí de beber
por una taza francesa.
  Echábame en su regazo;
catábame la cabeza
estándome un dia catando,
díxome desta manera:
—Cása conmigo, Melchor;
que tu amor me causa pena.
—Ah! non puede ser, señora,
aunque me trague la tierra.
—Tú amas á otra, Melchor:
por eso mi amor desprecias.
—Tengo, mi señora, amores;
pero non son en mi tierra.—
  Desde allí, irada la mora,
miró con ódio á Laurenza;
pensando que era la causa
que non casase con ella.
Tuve ventura una noche
de romper la mi cadena:
eché los remos al agua;
arriba la blanca vela.
Puse tambien en el banco
á mi querida Laurenza:
que ella á la Vírgen rogaba
para salir de esta tierra.
  Como un pájaro volaba
el barco con la su vela;
como un pájaro volaba
que de la jáula se aleja.

(*) Del latin *cibaria*. Aparece ya la palabra *cebera* ó *cibera* en las primeras donaciones, privilegios, cartas-pueblas y otros documentos en que se observa ya claramente el tránsito del latin al idioma vulgar ó romance. En *bable* se conserva aún este vocablo.

Ya vemos tierra de España...
¡bendita sea esa tierra!
Ya vemos las sus ciudades
con las sus torres soberbias.
Desque en salvo nos fallamos
fuimos besando la tierra:
Mil gracias á Jesús dimos
y á María, Madre nuestra,
que romper del cativerio
quisieron nuestras cadenas.
Ya á Málaga devisamos,
patria regalada y bella;
ya las sus calles corrimos
ya oramos en sus iglesias.
Llorando de nuestrós ojos,
falando de nuestras lenguas,
fuimos á pedir limosna
en casa de la Laurenza.
—Dad limosna á los cuitados!—
Salió una niña á la puerta;
y viéndonos d' atal modo,
exclama desta manera:
—Madre, venid, la mi madre,
venid, madre, á dicha buena:
que mi corazon me dice
que habemos folgadas nuevas.
Catad, madre la mi madre,
catad cual se representa
la mi hermana de mi vida
en la probe bordonera!
—Calla, fija., la mi fija;
que la tu hermana es ya muerta,
pues moros la cativaron
llévandola á tierra agena.—
Diz la niña:—Catad, madre,
qué ésta es mi hermana Laurenza.
—Fija de mi corazon,
¡ay, cómo la representa!
mas la cativaron moros;
jamás he sabido della!..
—Yo soy esa desdichada
de quien llorades la ausencia:
yo soy esa desdichada,
que torna de su cadena.
Catad que torna conmigo
quién me libró de las penas;
quién por ser mi namorado,
en el cativerio fuera.—
A otro dia de mañana,
ya los casan, ya los velan,
y acabaron las sus vidas
en nuestra fé verdadera.

XIX

EL CONDE FLOR.

El moro non fué á cazar,
non cazó como solía;
porque le encargó la Mora
que le traiga una cautiva
que non sea mujer casada,
tampoco mujer pedida;
que fuese una buena moza
para hacerle compañía.
Encuentran al Conde Flor,
que viene de romería
de San Salvador de Oviedo
y Santiago de Galicia,
de pedir á Dios del Cielo
que le diese un hijo ó hija;
y, por gracia de Dios Padre,
engendrado lo tenía.
Preguntáronle si deja
á la hermosa compañía.
—La compañía que traigo,
muy tarde la dejaría.—
Mataron al Conde Flor,
llevan la mujer cautiva.
la llevan al mar abajo
para llegar más aina. (*)
Echan cartas á la Mora
porque salga á recibirla;
y la Mora, muy contenta,
salió en su caballería.
—Bien venida, la mi esclava,
bien venida, esclava mia;
si eres buena, del palacio
yo las llaves te daría;
y si tú me eres buena,
las del Moro guardarías.
—Non me hacen falta las llaves
de sus salas y cocinas:
si non fuera mi desgracia,
para mi llaves tenia!..

(*) Que por yermo, que por senderos
Ayna tornó á sus compañeros.
(Vid. de Sta. M.ª Egipciaca.)

—Háblame poco, la esclava;
háblame poco, esclavina:
si tú me gurgutas (*) mucho,
tu vida poca sería.—
  Encinta estaba la Mora,
la esclava encinta venía;
y, por gracia de Dios Padre,
ambas parieron un dia,
  Un niño parió la esclava,
parió la Mora una niña:
la bruja de la partera
maltrocado los habia;
que el niño diólo á la Mora
y la niña á la cautiva.
—Diga, diga, la mi esclava,
¿cómo há llamarse la niña?
—Por la leche que mamaba,
llámase Doña María;
y así se llama una hermana
que yo traigo en morería;
y mi fio, Conde Flor,
que ansi le pertenecia...
—Diga, diga, ¿la su hermana,
diga qué señas tenia?
—En el costado derecho
una lunar le salia,
y con sus cabellos rubios
todo su cuerpo ceñia.
—Por las señas que me dabas,
eres tú la hermana mia!
¡Y si la mi hermana eres,
yo qué vida te hacer-hia!
—Mujer pobre y sin marido,
con quién se consolaria?
—Con tu fio Conde Flor,
que yo te lo volveria.
  Tú te levantas agora;
hoy fago yo ventiun dias:
cuatrocientos de á caballo
te pasarán á Castilla.—

....

....

  Por aquellos campos verdes
¡qué llantos hace la niña!
—Hijo mio, Conde Flor,
cuando yo te criaria,
que ya veo los palacios
donde tu padre vivia.

(*) Palabra que en *bable* significa replicar, argüir, refunfuñar. En latin *gargulio, -onis* es el exófago ó caña del cuello: de ahí que á ese ruido, de las palabras, apenas perceptible, por parecer que no sale de dientes á fuera, quedando como en la garganta, se le haya denominado en nuestro dialecto *gurgutar*.



XX

EL CONDE FLOR.

A cazar iba el Rey moro,
á cazar como solia;
porque le encargó la Mora
que le traiga una cautiva,
que fuera hija de Condes
ó de Reyes de Castilla.
Hallaron al Conde Flor,
que viene de romería
de San Salvador de Oviedo
y Santiago de Galicía;
y una hija hermosa que tiene,
la trae en su compañia.
Mataron al Conde Flor;
en un pozo le metían,
y con piedras del camino
todo su cuerpo cubrían,
y una grande á la cabeza
porque non saliera arriba.
Metieron la hija en un barco
para llevarla cautiva;
y al mar abajo la echaron,
porque fuese más aina. (*)
La Mora desque lo supo,
salió alegre á recibirla;
montada en caballo blanco,
con mucha caballería.
Metiéronla en el palacio,
llorando lágrima viva.
En cinta estaba la Mora:
la esclava en cinta venia:
y lo quiso Dios del Cielo
que ambas parieran un dia.
La bruja de la partera,
por pedir al Moro albricias,
usando de malas mañas,
cambióles lo que tenian;
y el niño dïólo á la Mora
y la niña á la cautiva.

(*) Saber que fué *ayna* andada á la carrera.
(Libre de Apollonio.)

La Reina mora, contenta,
levantóse al otro dia:
la cristiana congojada,
á los veinte non podia.
—Levántate, la cristiana;
vé bautizar esa niña.
—Con lágrimas de mis ojos
la bautizo cada dia!
Si yo estuviera en mi tierra,
presto la bautizaria;
y ponerle habia el nombre
de una hermana que tenia,
que se llama Blanca-Flor,
toda la flor de Castilla;
y me la llevaron moros
á tierra de morería.
—Diga, diga, ¿la su hermana,
diga, qué señas tenia?
—En el su hombro derecho
una lunar le salia,
y con sus cabellos rubios
todo su cuerpo cubria.
—Por esas señas, cristiana,
eres tú la hermana mia!!—
Con esto le echó los brazos,
llorando que transvertia:
—Vete ahí á la Casa Santa (*)
que está en medio de Turquía;
vete ahí á la Casa Santa,
á bautizar esa niña—
Respondióle la cristiana:
—¡Pa mí remedio no habia;
que ya renegar me hicieron
de mi madre y mi madrina,
de la leche que he mamado,
y la sagrada María!
—Yo te daré barco de oro,
trinquete de plata fina,
y siete moros mancebos
que te lleven á Castilla:

(*) Los Santos Lugares de Jerusalen. Depping inserta en el tomo II de su *Romancero Castellano* (Leipsique—1844) un romance de Reinaldos, entresacado de una comedia de Lope de Vega, en la cual se lee:

Reinaldos de Montalvan
venció cuarenta batallas,
ayudó al Conde Godofré (de Buillon)
á ganar la casa santa, etc.

Y en el del Conde Dirlos (N.º 164 en la *Primavera y flor de romances* de F. Wólf y C. Hofmann.—Berlin 1856).....

por que los reinos son léjos
del Rey moro Aliarde;
que son cerca la Casa Santa
allende de nuestro mar.

y si con esto no basta,
yo dir-he en tu compañía...
En tu compañía non puedo,
porque renegado habia;
y aunque renegué de boca,
de corazon non tovía. (*)

(*) En la variante de este romance que con el título *Las Hijas del Conde Flores* publicó Amador de los Rios en la *Ilustracion Española y Americana* (Setiembre de 1870) la accion es algo más extensa.

Nosotros no hemos podido encontrar ninguna variante distinta de las que incluimos en este *Romancero*, quizás porque el pueblo las ha olvidado.

He aquí el final de la variante á que nos referimos:

La Reina, de que esto oyera
fizo grandes alegrías;
é como lo vido el Rey.
deste modo la decía:
—¡Qué avedes, la mi mujer,
qué avedes, esposa mia!
—Que entendí tener esclava,
é tengo hermana querida.
—Casaremos la tu hermana:
que yo un hermano tenía.
—Non lo quiera Dios del cielo
nin la Virgen lo permita.
Grande vergoña é ludibrio
para mi sangre sería,
las hijas del Conde Flores
maridar en morería.
Dexad, rey, que 's torne luego
á su tierra la cativa:
non querades que vos mienta
como yo siempre os mentía,
ca en el ruedo de la saya
traigo á la Virgen María,
que me amprea é me defienda
contra las vuestras mentiras.
María á quien rezo el rosario
una vez en cada dia;
eso mesmo á media noche,
quando la gente dormia.—
El rey moro, que lo supo,
mudó el color de la ira;
las hijas del Conde Flores
en torre escura metia.
Siete años y las toviera,
siete años y las tenía;
al llegar la media noche,
amas hermanas morian.
Al pasar, que se pasaban,
llorando entrambas decian:
—«Virgen Madre, Virgen Madre,
que non oviste mancilla,
hed piedad de los corderos,
que entre fieros lobos fincan:
dad amparo á nuestros fijos
que salgan de morería.»

XXI

GAYFEROS.

Estando la Condesina
en su palacio real,
con peine de oro en la mano
para su hijo peinar:
—Dios te encreciente, mi niño;
Dios te deje encrecentar,
que la muerte de tu padre
tú la vayas á vengar;
porque á traicion le mataron,
para conmigo casar,
viniendo de romería
de San Juan el de Letran.—
Estando 'n estas razones,
vieno (*) el Moro de cazar.
—¿Qué dices tú, boca negra,
ó qué te pones á hablar?
que por eso que tú dices,
el niño ha de pasar mal.—
Ha llamado dos criados,
que al padre comian pan:
—Id á matar ese niño
á los montes de Aguilar;
y por señas hais traerme
el su corazon leal,
y de su mano derecha
tambien el dedo pulgar.—
Iba una perra con ellos,
cuidando diban cazar:
—Mataremos esta perra,
pues que Dios la truxo acá:
corazon de perra blanca
del niño parecerá.
Le cortaremos el dedo,
por eso non morirá:
le dexaremos aquí,
Cristo le consolará.—
Pasára por allí un tio
que venia de cazar:

(*) El Infante cierto *vieno* al dia sinnalado,
Recebió lo Nincholao non á guisa de couardo.
(Libro de Alexandre.)

—¿Quién te truxo aquí, sobrino,
á los montes de Aguilar?
—Criados del perro Moro,
que me venian matar.—
Ya le coge entre sus brazos
y le pone en su ruan;
siete años le ha tenido
comiéndole vino y pan.
Al cabo de los siet'años
el niño soltó á llorar.
—¿Tú qué tienes, mi sobrino;
tú qué tienes que estás mal?
¿Hízote mal el mi vino,
ó te hizo mal el mi pan;
ó te hacen mal mis criados?...
Mandarelos despachar.
¿O ves alguna doncella
que non puedas alcanzar?
—Non me hizo mal vuestro vino,
nin me hizo mal vuestro pan;
nin me hacen mal vuestros criados,
non los mande despachar:
nin veo doncella alguna,
que yo non pueda alcanzar:
es la muerte de mi padre
que la quiero dir vengar.
—Eres niño muy chiquito,
pa las armas menear.
—Aunque soy niño chiquito,
me sobra la habilidad.
Dadme el caballo y las armas.
que yo le diré á vengar.
—Tengo jurado, sobrino,
allá en San Juan de Letran,
mis armas y mi caballo
á nadie las emprestar.—
El niño desque esto oyó,
'n el suelo va desmayar.
—Arriba, garzon, arriba,
non te quieras desmayar;
mis armas y mi caballo
estarán á tu mandar;
mi cuerpecito aunque viejo,
para el tuyo acompañar.—
Quitaron ropas de seda,
vistiéronse de sayal:
de dia anduvieron monte,
de noche camino real.
A puertas de la Condesa
van á pedir caridad.
—Non lo quiera Dios del Cielo,
nin la santa Eternidad;

que el Moro me ha prohibido
esta vez y muchas más,
que á romeros de otras tierras
yo les diera caridad.
Váyanse los romericos
al hospital de San Juan.
—Non lo quiera Dios del Cielo,
nin la santa Eternidad,
caballeros de alta sangre
al meson vayan cenar.
—Dareles pan por dinero,
y vino de caridad...—
Cuando lo estaban comiendo,
vieno el Moro de cazar.
—¿Qué te he dicho, Condesina,
esta vez y muchas más?
Que á romeros de otras tierras
non les dieras caridad;
que yo á romeros maté,
romerillos me han matar.—
Los dientes de la Condesa,
por la sala van rodar.
El niño desque esto vió,
al pronto subióse allá.
De la primer puñalada,
mató el romero á Galvan.
—Vayan con Dios los romeros,
¡viuda me hicieron quedar!
—Si vos non fuérais mi madre,
con vos hiciera otro tal.
—Non tengo hijo nin hija:
sola en el mundo estoy ya;
porque un hijo que tenia
murió en montes de Aguilar,
y en mi cofrecito tengo
el su corazon leal,
y de su mano derecha
tambien el dedo pulgar.
—El corazon que teneis,
de la perra es de Galvan
y ese dedo que guardais
aqui le vereis faltar.—
Al verlo la Condesina,
comenzárale abrazar:
las lágrimas y suspiros,
en placer fuera tornar.

XXII

EL RAPTO.

Aquel Rey que Dios mantenga,
tiene una hija bastarda:
non la deja salir fuera,
ni arrimarse á la ventana;
y dejola solo un dia
dir á una misa cantada,
y enamorose en un moro
que por la calle pasaba.
—A eso de la media noche,
vendrá acá, bien de mi alma;
que está mi padre durmiendo,
toda la gente de casa.—
Aun no era la media noche,
cuando el Moro allí llegaba:
agarrola entre sus brazos,
y en un ruan la tirara.
Siete leguas anduvieron
sin hablar una palabra;
de las siete pa las ocho,
ya el Moro se las hablaba:
—Ten por el ruan, niñeta;
ten por él que non se vaya,
mientras yo descanso un poco
á la sombra desta mata.
—Ten tú por él, perro moro:
yo tambien vengo cansada.
—Tengo hacerte renegar
de toda tu fé cristiana;
madrina que te dió leche,
padrin que te banizára;
tambien del Cáliz bendito,
y la Hostia consagrada.
—Non reniego de mi Dios
aunque me cruces la cara!...—
Estando en estas razones,
la Vírgen allí llegara:
—¿Qué haces ahí, la niñeta,
tan sola, y tan de mañana?
—Toy con este perro moro,
que aquí me trujo engañada.
—¿Cuanto diera la niñeta,
si á su celda la llevara?...

—Non tengo qué dar, Señora,
Señora, non tengo nada:
todas mis prendas y joyas
el Moro me las quitára.
—Quitaselas tú, niñeta,
ahora que durmiendo estaba;
que por pronto que despierte,
antes tres dias pasaban.—

....
....

¡Cómo caminan las dos
por alta Sierra Nevada!...
La Virgen mojó el cabello
y la niñeta la saya.

XXIII

BLANCA-FLOR Y FILOMENA.

Por las orillas del rio
Doña Urraca se pasea (*)
con dos hijas por la mano,
Blanca-Flor y Filomena.
El Rey moro, que lo supo,
del camino se volviera:
de palabras se trabaron,
y de amores las requiebra.
Pidiérale la mayor
para casarse con ella:
si le pidió la mayor,
le diera la más pequeña;
y por no ser descortés,
tomára la que le dieran.
—Non sea cuento, rey Turquillo,
que mala vida le hicieras...
—Non tenga pena, señora;
por ella non tenga pena.
Del vino que yo bebiese,
tambien ha de beber ella;
y del pan que yo comiese,
tambien ha de comer ella.
Se casaron, se velaron,
se fueron para su tierra:
nueve meses estuvieron
sin venir á ver la suegra.
Al cabo de nueve meses,
Rey Turquillo vino á verla.
—Bien venido, Rey Turquillo.
—Bien hallada sea mi suegra.
—Lo que más quiero saber,
si Blanca-Flor queda buena.
—Blanca-Flor buena quedaba;
en dias de parir queda.
y vengo muy encargado
que vaya allá Filomena,
para gobernar la casa
mientras Blanca-Flor pariera.

(*) Segun otras variantes:

Por los jardines del Rey
se paseaba la Reina, etc.

—Filomena es muy chiquita
para salir de la tierra;
pero por ver á su hermana,
vaya, vaya en hora buena.
Llévala por siete dias;
que á los ocho acá me vuelva;
que una mujer en cabellos, (*)
no está bien en tierra agena.—
Montó en una yegua torda,
y ella en una yegua negra:
siete leguas anduvieron
sin palabra hablar en ellas.
De las siete pa las ocho,
Rey Turquillo se chancea;
y en el medio del camino,
de amores la requiriera.
—Mira qué haces, Rey Turquillo,
mira que el diablo te tienta;
que tú eres mi cuñado,
tu mujer hermana nuestra.
Sin escuchar más razones,
ya del caballo se apea:
atóla de piés y manos,
hizo lo que quiso della;
la cabeza le cortára,
y le arrancara la lengua,
y tiróla en un zarzal
donde cristiano non entra.
Pasó por allí un pastor;
de mano de Dios viniera.
Por la gracia de Dios Padre,
á hablar comenzó la lengua.
—Por Dios te pido, pastor,
que me escribas una letra:
una para la mi madre,
¡nunca ella me pariera!
y otra para la mi hermana,
¡nunca yo la conociera!
—Non tengo papel ni pluma,
aunque serviros quisiera...
—De pluma te servirá
un pelo de mis guedejas;
si tú non tuvieres tinta,
con la sangre de mis venas;
y si papel non trujeres,
un casco de mi cabeza.—

(*) Es decir: doncella en cabello; mujer virgen que aun no usaba toca, como las que habian contraido matrimonio.
Ley VIII, tit. XI, lib. IV del Fuero Real: «Padre, ni madre, ni otro ninguno no sea osado de casar su fija, ni otra mujer por fuerza, quier sea en cabellos, quier sea viuda, etc.



Si mucho corrió la carta,
mucho más corrió la nueva.
Blanca-Flor, desque lo supo,
con el dolor malpariera:
y el hijo que malparió,
guisólo en una cazuela
para dar al Rey Turquillo
á la noche cuando venga.
—¿Qué me diste, Blanca-Flor,
qué me diste para cena?
De lo que hay que estamos juntos,
nunca tan bien me supiera.
—Sangre fué de tus entrañas,
gusto de tu carne mesma...;
pero mejor te sabrian
besos de mi Filomena!!
—¡Quién te lo dijo, traidora;
quién te lo fué á decir, perra?
Con esta espada que traigo
te he de cortar la cabeza!—
Madres las que tienen hijas,
que las casen en su tierra;
que yo para dos que tuve,
la Fortuna lo quisiera,
una murió maneada,
y otra de amores muriera.

XXIV

BLANCA-FLOR Y FILOMENA.

Por esos campos arriba
se pasea una romera
con dos hijas de la mano,
Blanca-Flor y Filomena.
El traidor del Rey Tereno
al camino les saliera
pidiéndole la más grande
para casarse con ella:
si le pidió la mayor,
diérale la más pequeña.
El casóse y él velóse,
llevóla para su tierra.
Allá estuvo siete años
sin volver á ver la suegra;
de los siete pa los ocho
él vino, ¡que no viniera!
—Buenos dias, suegra mia.
—Tereno, bien venido sea.
Lo que más quiero saber
si Blanca-Flor queda buena.
—Blanca-Flor buena quedaba,
en plazos de parir queda.
—Si queda en esos temores,
nunca puede quedar buena.
—Encárgame que le lleve
á su hermana Filomena.
—Llevásela, sí por cierto;
pero ten cuidado della.
—Yo tendré el mismo cuidado
como si mi hermana fuera.—
La cogiera entre los brazos,
á caballo la pusiera.
Siete leguas anduvieron
sin hablar verbo con ella;
de las siete pa las ocho
de amores la pretendiera.
—Tate quieto, Rey Tereno,
mira que el diablo te ciega;
que mi hermana es tu mujer
y yo tu cuñada era.—
Abajóla del caballo,
hizo lo que quiso della:

desque fizo lo que quiso,
dejóla en monte señera (*)
atada de piés y manos
á sombra d'una olivera.
Vino por allí un pastor;
le pareció de su tierra.
—Por Dios le pido al pastor;
por Dios y la Madalena,
una carta pa mi madre,
la madre que me pariera.
—Yo escribir escribiría,
si tinta y papel tuviera.
—Buen papel sellado tienes
del paño de mi cabeza,
y buena tinta será
de la sangre de mis venas.
El primer renglon que pongas
pónelo de esta manera:
«La madre que tenga hijas
non la case en tierra agena;
que mi madre tuvo dos
¡mala suerte le tuvieran!
Casó una co 'l Rey Tereno,
y otra en el monte muriera
atada de piés y manos
á sombra de una olivera.»—
Blanca-Flor, desque lo supo,
de malos partos pariera:
los malos partos que fizo,
los guisó 'n una cazuela
para dár á su marido
á la noche cuando venga.
—¿Qué me diste, Blanca-Flor;
que tan dulce me supiera?
—¡Más dulces, traidor, serian
los besos de Filomena!
—¿Quién lo dijo, Blanca-Flor;
Blanca-Flor, quién lo dijera?
—Díjomelo un pajarito
que por el aire viniera.
—¡De malos fuegos quemara,
de malos fuegos ardiera,
de malos fuegos quemara
donde la traicion se hiciera.—
No acabara de decirlo,
cuando se le concediera.

(*) Avien los sos parientes esti fijo *sennero*.
(XV. Milagros de Ntra. S.ª—Berceo.)

Nin so negro, nin he color çertero.
nin lengua con que fable vn prouerbio *senyero*
(Libre de Apollonio.)

XXV

EL CONDE OLINOS.

¡Conde Olinos, Conde Olinos,
es niño y pasó la mar!
Levantóse Conde Olinos
mañanita de San Juan:
llevó su caballo al agua
á las orillas del mar.
Mientras el caballo bebe,
él se pusiera á cantar:
—«Bebe, bebe, mi caballo;
Dios te me libre de mal,
de los vientos rigurosos
y las arenas del mar.»—
Bien lo oyó la Reina mora,
de altas torres donde está:
—Escuchad, mis hijas todas;
las que dormís, recordad, (*)
y oiredes á la sirena
como canta por la mar.—
Respondió la más chiquita,
(¡más le valiera callar!)
—Aquello no es la sirena,
ni tampoco su cantar;
aquel era el Conde Olinos,
que á mis montes va á cazar.
—Mis morillos, mis morillos,
los que me comeis el pan, (**)
id buscar al Conde Olinos,
que á mis montes va á cazar.

(*) Dos ó más versos de un romance, servian á veces á los cantores del pueblo como de tema para una nueva composicion: en otras ocasiones, repetian con tanta frecuencia un mismo verso y hasta una misma estancia en canciones diferentes, que llegaron algunos de aquellos á constituir verdaderos lugares comunes, ó sea fórmulas sacramentales de la poesía vulgar. Así lo observará repetidamente el lector en la coleccion que hoy publicamos.

Los versos á que apuntamos esta nota son muy parecidos á los siguientes del romance de *La lindu Melisenda*, que es el 193 de la *Primavera y Rosa de Romances* de *Wolf*. (Leisique 1846.)

—Si dormís, las mis doncellas;
si dormides, recordad.

(**) *—Moricos, los mis moricos,*
los que ganais mi soldada,

(Tomo II, pág. 80 del *Romancero generul* de Durán.)

Al que me lo traiga vivo,
un reinado le he de dar;
el que me lo traiga muerto,
con la Infanta ha de casar:
al que traiga su cabeza,
á oro se la he de pesar.—
Po'l monte de los Acebos,
cien mil morillos se van
en busca del Conde Olinos;
non le pueden encontrar.
Encontráronlo durmiendo
debajo de un olivar.
—¿Qué haces ahí, Conde Olinos?
¿Qué vienes aquí á buscar?...
Si á buscar vienes la muerte,
te la venimos á dar;
si á buscar vienes la vida,
de aquí non la has de llevar.
—¡Oh, mi espada; oh, mi espada
de buen oro y buen metal;
que de muchas me libraste,
desta non me has de faltar:
y si desta me librases,
te vuelvo á sobredorar!—
Por la gracia de Dios Padre,
comenzó la espada á hablar:
«Si tú meneas los brazos
cual los sueles menear,
yo cortaré por los moros
como cuchillo por pan.»
—¡Oh, caballo, mi caballo;
oh, mi caballo ruan,
que de muchas me libraste,
desta non me has de faltar!—
Por la gracia de Dios Padre,
comenzó el caballo á hablar:
«Si me das la sopa en vino
y el agua por la canal,
las cuatro bandas de moros
las pasaré par y par.»
Cuando era medio dia,
no halló con quién pelear,
sinon era un perro moro
que non lo pudo matar.
Allí vino una paloma,
blanquita y de buen volar.
—¿Qué haces ahí, palomita;
qué vienes aquí á buscar?
—Soy la Infanta, Conde Olinos;
de aquí te vengo á sacar.
Ya que non queda más qu'ese,
vivo no habrá de marchar.—

Por el campo los dos juntos
se pasean par y par.
La Reina mora los vió,
y ambos los mandó matar:
del uno nació una oliva,
y del otro un olivar:
cuando hacia viento fuerte,
los dos se iban á juntar.
La Reina tambien los vió,
tambien los mandó cortar:
del uno nació una fuente,
del otro un rio caudal.
Los que tienen mal de amores
allí se van á lavar.
La Reina tambien los tiene,
y tambien se iba á lavar.
—Corre, fuente; corre fuente;
que en tí me voy á bañar.
—Cuando yo era Conde Olinos,
tú me mandaste matar;
cuando yo era olivar,
tú me mandaste cortar;
ahora que yo soy fuente,
de tí me quiero vengar: (*)
para todos correré,
para tí me he de secar.
¡Conde Olinos, Conde Olinos,
es niño y pasó la mar!

(*) Lo que á muchos parecerá falta ó descuido en la versificacion, no es sino una gracia muy digna de tener en cuenta.

El pueblo, inconscientemente, y como por intuicion, hace encarnar siempre sus pensamientos en la forma más adecuada y que mejor les cuadra.

¿Qué tan propio á la maldicion del Conde como esa monorrima pertinaz, que parece comunicar sus propiedades eufónicas al pensamiento, prestándole mayor energía, mayor duracion y más mal deseo?

XXVI

CONDE OLINOS.

¡Quén se dol del Conde Olinos,
que niño pasara el mar!
Lleva su caballo al agua
una noche de lunar;
mientras el caballo bebe,
él le canta este cantar:
«Bebe, bebe, mi caballo;
Dios te me libre de mal,
de los peligros del mundo
y de las ondas del mar;
de los castillos de Arriba,
que me quieren muncho mal.»
La Reina mora lo oyera
de altas torres donde está:
—Escuchade, mis doncellas,
las que dormís recordad,
y oirédes á la serena
cómo canta por la mar.—
Respondió la más chiquita,
(¡más le valiera callar!)
—Aquella no es la serena,
nin tampoco su cantar;
aquel es el Conde Olinos
que conmigo vá casar.—
La Reina, que aquello oyera,
ambos los mandó matar. (*)
Uno lo entierran 'n el coro,
y otro'n el pié del altar.
D'ella nació verde oliva,
d'él nació verde olivar.
Crece el uno, crece el otro,
ambos iban á la par;
cuando hacía aire d' arriba,

(*) —Si es el Conde Olinos, hija,
yo le mandaré matar.
—Non lo mande matar, madre,
non me lo mande matar:
si matan al Conde Olinos,
á mí me han de degollar.—
Uno muriera á las doce
y el otro el gallo al cantar;
uno fué enterrado en coro, etc.
(Así dice una variante de Boal.)

ambos se iban ábrazar;
cuando hacía aire d' abajo,
ambos se iban á besar.
La Reina que aquello vé,
ambos los manda cortar:
d' ella naciera una fuente,
d' él nació un rio caudal.
«Quien tuviera mal de amores,
aquí se venga á bañar.»
La Reina que aquello oyera,
tambien se fuera á lavar.
—Detente, Reina, detente,
non me vengas dexobar. (*)
Cuando yo era Blanca-Flor
tú me mandaste matar;
cuando yo era verde oliva
tú me mandaste cortar;
ahora soy fuente clara,
non me puedes facer mal;
para todos he de correr,
para tí me he de secar.

(*) Manchar con inmundicia.

XXVII

LA ESPOSA DE D. GARCÍA.

En poder de moros vá,
en poder de moros iba,
en poder de moros vá
la esposa de Don García.
....
....
—Dios la guarde, la mi madre;
Dios la guarde, madre mía.
¿Por aquí pasó mi esposa,
la mi esposa tan querida?
—Por aqui pasó esta noche
tres horas antes del dia;
vihuela de oro en las manos,
y muy bien que la tanguía.
—Andes, andes, mi caballo;
guárdete Santa María:
llevarasme á los palacios
donde mi suegra vivía;
que lo que mi madre ha dicho,
mi suegra revocaría.
....
—Dios la guarde, la mi suegra;
Dios guarde á la suegra mía.
¿Por aquí pasó mi esposa,
la mi esposa tan querida?
—Por aquí pasó esta noche
tres horas antes del dia;
vihuela de oro en sus manos,
de pesar no la tanguía:
toda vestida de luto,
por donde iba oscurecía!
—Andes, andes, mi caballo,
guárdete Santa María:
pasarasme aquella sierra,
aquella sierra bravía;
si á aquella sierra llegares,
nunca más aquí volvías.
....
—Dios los guarde á los moros

y á toda la morería,
grandes guerras les armásteis
al Infante Don García,
y le robásteis la esposa
de los palacios de usía.
—Tómela, el caballero;
por cien doblas la darían.
Si doncella la tragimos,
doncella le volvería.—
 Él la agarró por el brazo,
y á caballo la ponía.

XXVIII.

VENTURILLA.

En esta ciudad chiquita,
chiquitita y muy galana,
por gracia especial de Dios,
un moro se acristianaba.
El Cielo le dió una hija,
del corazon prenda amada.
El mayor pesar que tiene
dónde la irá hacer cristiana;
que no hay pila de bautismo
en toda la rodiada.
Bautizóla en una ermita
que está lejos de Granada:
San Pedro fué su padrino,
y su madrina Santa Ana;
y por nombre la pusieron
Venturilla de Granada.
Dierónle por penitencia
que á Roma fuese descalza,
y en el medio del camino
conteciόle una desgracia.
Moro viejo la vendía,
moro mozo la compraba;
comprarala moro rico,
de rico muy grande fama.
Con él comia y bebia,
con él jugaba á la tabla:
—Díme, Venturilla, díme:
¿Eres soltera ó casada?
—Eso que preguntas, Moro,
¿por qué me lo preguntabas?
—Lo pregunto, Venturilla;
que has de ser mi namorada...
Pero habrás de renegar
de toda tu fé cristiana;
de tu padrino y madrina;
del padre que te engendrara;
de tu Señor Jesucristo
que en el altar se consagra.
—No bastará, perro moro,

el tenerme cautivada,
para hacerme renegar
de toda mi fé cristiana;
de mi padrino y madrina;
del padre que me engendrara;
de mi Señor Jesucristo
que en el altar se consagra.—
El perro moró, con ira,
la cabeza le cortaba;
y por las salas de Cristo
Venturilla paseaba.

XXIX

VENTURINA.

En la ciudad de Jaén
un moro que en Cristo andaba,
llora por no tener fijos;
por los de Dios sospiraba.
Suplicaba al Rey del Cielo,
y á la Vírgen suplicaba
que le diesen fijo ó fija
de la Santa Fé cristiana.
Al cabo de nueve meses
su mujer en cinta estaba;
parió una niña muy linda,
como el lucero del alba.
La niña tiene siete años
y por bautizar estaba;
non hay pila de bautismo
en toda la riolada.
Pusiéronla por padrino
á mi Dios, que en Cielo estaba;
pusiéronle por madrina
á la Vírgen Soberana:
diéronle por penitencia
que á Roma fuese descalza.
A la vuelta del viaje
de Roma vino calzada;
en el medio del camino
le conteció una desgracia.
Moros perros la vendian,
moros perros la compraban,
moros perros la decian:
—Niña, tú has de ser cristiana...?
—Yo cristiana; sí, por cierto,
por la fé que me tocara.
—Pues para casar conmigo
has renegar de tu alma:
de padrino y de madrina,
de la Hostia consagrada.
—Eso non lo he de facer
por la mi vida y mi alma,
aunque me quemen en fuego
aunque me fiervan en agua.—
Perros moros, con gran ira,
la cabeza le cortaban,
y por las salas de Cristo
Venturina se paseaba.

XXX

EL GALAN D' ESTA VILLA.

¡Ay! un galan d' esta villa,
¡ay! un galan d' esta casa,
¡ay! él por aquí venía,
¡ay! él por aquí llegaba.
—¡Ay! diga lo qu' él quería,
¡ay! diga lo qu' él buscaba!
—¡Ay! busco la blanca niña,
¡ay! busco la niña blanca
que tiene voz delgadina,
que tiene la voz delgada;
la que el cabello tejía,
la que el cabello trenzaba.
—¡Ay! trenzadicos traía?
¡Ay! trenzadicos llevaba?
¡Ay que non l' hay n' esta villa,
¡Ay! que non l' hay n' esta casa.
sinon era una mi prima,
sinon era una mi hermana,
¡ay! de marido pedida,
¡ay! de marido velada...
¡Ay! bien qu' ora la castiga,
¡ay! bien que la castigaba
¡ay! con varas las d' oliva,
¡ay! con varas las de malva!
Es la causa otra su amiga,
es la causa otra su amada
que la tien allá en Sevilla,
que la tien allá en Granada...
—¡Ay! diga á la blanca niña,
¡ay! diga á la niña blanca
¡ay! que su amante la espera,
¡ay! que su amante la aguarda
al pié d' una fuente fria,
al pié de una fuente clara
que por el oro corría,
que por el oro manaba,
donde canta la culebra,
donde la culebra canta.—
Por arriba d' una peña
por arriba d' una mata,
donde canta la culebra,
donde la culebra canta,

vi venir una doncella:
es hija del Rey d' Arabia.
¡Ay! llegó á la fuente fria,
¡ay! llegó á la fuente clara.

. . . .

Ya su buen amor venia,
ya su buen amor llegaba
por sobre la verde oliva,
por sobre la verde rama;
por dond' ora el sol salia,
por dond' ora el sol rayaba,
¡ay! mañana la tan fría,
¡ay! mañana la tan clara.
¡Ay! Antonio se decía,
¡ay! Antonio se llamaba;
á su cuello una medida, (*)
á su cuello una esmeralda.
Perdiérala entre la yerba,
perdiérala entre la rama.
Hallárala una doncella,
hallárala una zagala,
la qu' el cabello tejía
la qu' el cabello trenzaba.
¡Ay! agua la depedía,
¡ay! agua la demandaba;
¡ay! agua de fuente fría,
¡ay! agua de fuente clara.
¡Ay! lo que allí le decía!
¡ay! lo que allí le falaba!
y celos la depedía,
y celos la demandaba:
—¡Ay! la vinaja dorida,
¡ay! la vinaja dorada?..
—¡Ay! trájola de Sevilla,
¡ay! trájola de Granada
¡ay! de mano de su amiga,
¡ay! de mano de su amada.
—¡Ay! yo te la mercaría,
¡ay! que yo te la mercaba:
¡ay! más galana y pulida,
¡ay! más pulida y galana,
¡ay! si quies mi compañía,
¡ay! si quies la mi compaña.

(*) La cinta que se corta igual á la altura de la imágen ó estátua de algun santo, en donde se suele estampar su figura y las letras de su nombre. Usanlas como adorno los mozos en Astúrias, y es el corriente obsequio que las enamoradas hacen á sus prometidos cuando van á la guerra.

¿Por quién pienses que yo pongo
la mió montera rizada,
y *medides* de Candás
cuelgo de la botonada..? etc.

(Coleccion de poesías en dialecto asturiano.—Oviedo, 1839.)

—¡Ay! si, por el alma mia,
¡ay! si, por la vuestra alma;
¡ay! qu' el que me dió la cinta,
¡ay! que el que me dió la saya,
¡ay! non quiere que o la vista,
¡ay! non quiere que o la traiga:
¡ay! quier que la ponga en rima,
¡ay! quier que la ponga en vara;
la quier para otra su amiga,
la quier para otra su amada
que la tien allá en Sevilla,
que la tien allá en Granada.—

....

¡Ay! cantaba la culebra,
¡ay! la culebra cantaba!
¡ay! voz tiene de doncella!
¡ay! voz tiene de galana!.. (*)
—¡Ay! padre, le tengo en vida,
¡ay! padre, le tengo en casa!
Unvieme á la romería,
únvieme á la Roma Santa
con el que yo más quería,
con el que yo más amaba.
¡Ay! Antonio se decia,
¡ay! Antonio se llamaba;
aquel qu' andaba en la guerra,
aquel qu' en la guerra andaba
con espada y con rodela,
con rodela y con espada!
El se fuera y non venia,
él se fuera y non tornaba;
muy tiernas cartas m'envía,
tiernas cartas m'enviaba:
«Non te me cases, mi vida,
non te me cases, mi alma;
presto será mi venida,
presto será mi tornada.»

....

....

¡Ay! fuese á la romería,
¡ay! fuese á la Roma Santa
con el qu'ella más quería,
con el qu'ella más amaba.

....

¡Ay! la niña estaba en cinta,
¡ay! la niña en cinta estaba.
¡Ay! llegáronse á la ermita,

(*) Preciosa metáfora en que se representa la seduccion en forma de culebra que, como la sirena de la fábula, tiene mágica voz que atrae á quien la escucha.

Muchas veces se repite esta imágen en los romances de Astúrias. Siempre en siniestras ocasiones, ó para anunciar males y desgracias, canta la culebra: el génio del mal adoptó la forma de este reptil para engañar al hombre en el Paraíso.

¡ay! llegáronse á la sala
¡ay! donde el abad diz misa,
¡ay! dond'el abad misaba;
¡ay! misa en n'la montiña,
¡ay! misa en n'la montaña:
¡ay! el molacin l'audiba,
¡ay! el molacin l'audaba. (*)
¡Ay! vueltas las que darían,
¡ay! vueltas las que le daban
á redores de la ermita,
á redores de la sala;
¡ay! que el parto le venía,
¡ay! que el parto le llegaba.
—¡Santa María es mi madrina!
¡Santa María es mi abogada!—
Un niño en brazos traía,
un niño en brazos llevaba;
Jesucristo le decía,
Jesucristo le llamaba.
El Niño rosas traía,
el Niño rosas llevaba,
cuatro ó cinco en una piña,
cuatro ó cinco en una caña.
—De la caña más florida,
de la caña más granada,
¡ay! dále á la blanca niña,
¡ay! dále á la niña blanca;
¡ay! pues ella estaba en cinta,
¡ay! pues ella en cinta estaba.—
¡Ay! parió una blanca niña,
!ay! parió una niña blanca;
bautizóla en agua fría,
bautizóla en agua clara;
púnsole en nombre Rosina,
púnsole en nombre Rosáura;
qu'el Niño rosas traía,
qu'el Niño rosas llevaba.
....
....
¡Ay! mandara el Rey prenderla,
¡ay! mandara el Rey prindarla;
en cadenillas meterla,
y en cadenillas echarla
¡ay! arriba en l'alta mena,
¡ay! arriba en la mena alta:
quier que le sirva á la mesa,
quier que le sirva á la tabla,
¡ay! con la taza francesa,

(*) Pero en cauo que mucho uos digamos,
Audol su ventura ó matólos ambos.

(Poema de Alexandre.)

¡ay! con la francesa taza: (*)
que file paños de seda,
que file paños d'Holanda,
con rueca la de madera,
con rueca la de su casa;
los que filaba la Reina,
los que filaba la Infanta
¡ay! con el tortoriu d'oro,
co'l tortoriu de esmeralda.
¡Ay! tortoriu trae de piedra,
¡ay, tortoriu, fusu y aspa!
Llabra en él la seda fina,
llabra en él la seda clara;
¡ay! al Rey le fay camisa,
¡ay! al Rey la fay delgada,
¡ay! del oro engordonida,
¡ay! del oro engordonada,

(*) No comprendemos el significado de esta alusion que se repite en el anterior romance *Los Cautivos* en la siguiente forma:

—Dábame allí de comer,
de lo que comia á su mesa;
dábame allí de beber
por una taza francesa.

Don Benito Canella, conocido en la literatura provincial por el sobrenombre de *El Ciego de Sobrescobio*, en unos inéditos *Apuntes* al romance *El galan d'esta Villa*, cree ver en la frase anotada señales del comercio caballeresco entre los Reyes moros de Granada y los Reyes de Astúrias y Leon juntamente con los Reyes de Navarra llamados franceses.

II.—CABALLERESCOS.

XXXI

LA AUSENCIA.

Estando yo ante mi puerta
labrando la fina seda,
vi venir un caballero
por alta Sierra Morena;
con las armas n'el caballo,
á mi marido semeja.
Atrevime á preguntarle
si venia de la guerra.
—De la guerra, no, señora;
pero vengo cerca della.
¿Por qué lo entruga, (*) señora?
¿Por qué lo entruga, doncella?
—Porque tengo á mi marido
há siete años en la guerra:
de los siete años que estuvo,
nunca me envió una letra.
—Diga, diga, la señora;
diga de qué señas era...
—Era alto como un pino
y galan como una estrella;
llevaba un caballo blanco
todo cubierto de seda...
—Por las señas que me dábais,
en la guerra muerto queda;
su cuerpo revuelto en sangre,
su boca llena de arena!
—¡Ay, triste de mí cuitada!
¡Ay, de mi suerte tan negra!
Siempre truje toca blanca,
ahora vestiréla prieta!
Tres hijos que me quedaron
los criaré en mi tristeza;
y, en cuanto manejen armas,
mandarélos á la guerra
para vengar á su padre
que le mataron en ella!...
—Non se aflija la señora;
non se acordoje, mi dueña,
nin vista los negros paños,
que yo su marido era.

(*) *Entrugar*, preguntar: de interrogo, *interrugo*, *intrugo*.

XXXII.

LA AUSENCIA.

Estando un dia á la puerta
labrando paños de seda,
ví venir un caballero
allá por Sierra Morena.
Atrevíme, y preguntéle
si venia de la guerra.
—De la guerra, sí, señora;
de la guerra, sí, doncella.
¿Tiene allá algun primo, hermano,
ó alguno que le dé pena?
—Yo tengo allá á mi marido;
más hermoso que una perla.
—Déme las señas, señora;
señora, déme las señas.
—Llevaba el caballo blanco,
la silla dorada y negra:
dos criados que llevaba,
iban vestidos de seda;
iban vestidos de luto
de los piés á la cabeza.
—Vuestro marido, señora,
en la guerra muerto queda.
¡Ay, pobre de mí, cuitada;
que estoy sola en tierra ajena!
¡Mis pobres hijos queridos
quién los mandará á la escuela;
y á mi hija Teresina
quién la casará en su tierra?
—Los sus hijos y los míos
xuntos irán á la escuela,
y á su hija Teresina
yo la casaré en mi tierra.—
A otro dia de mañana,
madrugó á misa primera;
iba vestida de luto
de los piés á la cabeza,
y al tomar agua bendita
co'l caballero se encuentra.
—¿Por quién trae luto, señora;
por quién trae luto, doncella?
—Tráigolo por mí marido,
que se me murió en la guerra.
—Non llore por él, señora;
señora, non tenga pena,
nin vista paños de luto,
que yo su marido era.

XXXIII.

LA ESPOSA INFIEL.

Estando una bella dama
arrimada á su balcon,
vió venir un caballero,
miróle con atencion;
de palabras se trabaron,
de amores la comprendió.
—Bella dama, bella dama,
con usted durmiera yo.
—Suba, suba, el caballero,
dormirá una noche ó dos.
—Lo que temo es su marido,
que tenga mala intencion.
—Mi marido es ido á caza
á los montes de Leon;
para que no vuelva nunca,
le echaré una maldicion:
«Cuervos le saquen los ojos
águilas el corazon,
los perros de mis rebaños
le arrastren en procesion.»—
Estando en estas palabras,
el marido que llegó.
—Abreme la puerta, luna;
ábreme la puerta, sol,
que te traigo un cervatillo
de los montes de Leon.—
Al bajar á la escalera,
la color se le mudó.
—Tú tuviste calentura,
ó dormiste con varon.
—Yo ni tuve calentura,
ni he dormido con varon;
solo que perdí las llaves
de tu puerta del salon.
—Si las perdiste de hierro,
de plata las haré yo.
—El herrero está en la fragua.
y el platero en el meson...
—¿De quién es aquel sombrero
que en mi cuarto veo yo?
—Es tuyo, marido mio;
mi padre te lo mandó.

—Dá las gracias á tu padre;
buen sombrero tengo yo.
¡Cuando yo no lo tenia,
no me lo mandaba, no!
¿De quién es aquella capa
que en mi percha se colgó?
—Es tuya, marido mio;
mi padre te la envió.
—Dá las gracias á tu padre;
buena capa tengo yo.
¡Cuando yo no la tenia,
no me la enviaba, no!
¿De quién es aquel caballo
que en la cuadra relinchó?
—Es tuyo, marido mio;
mi padre te lo endonó.
—Dá las gracias á tu padre;
buen caballo tengo yo.
¡Cuando yo no lo tenia,
no me lo endonaba, no!
¿De quién es aquella espada
que colgada veo yo?
—Clavadla, señor marido;
clavadla en mi corazon,
que bien la muerte merece
quien á un marido engañó!

XXXIV.

EL CABALLERO BURLADO. (*)

Allá arriba en aquel monte,
allá en aquella montiña,
dó cae la nieve á copos
y el agua muy menudina;
dónde canta la culebra,
responde la serpentina,
al pié del verdoso roble
se veye (**) la blanca niña,
con peines d' oro en la mano,
con que los cabellos guia:
cada vez que los guiaba
el monte resplandecía.
Allá arriba en aquel monte
un caballero venía
que las carreras perdiera,
que las carreras perdia.
Tuvo miedo el caballero,
tuvo miedo y pavoría
que se perdies' en el monte;
e que osos le comerían.

(*) *El Romancero General* dado á luz por nuestro docto y buen amigo el Sr. Durán (Tom. I, pág. 152, Madrid, 1851), tiene un romance al mismo asunto, el cual empieza:

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida, etc.

ofreciendo tambien al lado de esta version anónima otra de Rodrigo de Reinosa, colector ó versificador del siglo XVI. El Sr. Durán opinaba al dar á la estampa su *Romancero*, que este romance «es de orígen francés, ó imitacion de alguna trova caballeresca.»

En el mismo año que salia á luz el *Romancero* del Sr. Durán, publicaba el suyo en Lisboa el docto Almeyda Garrett, incluyendo en el tomo II otra version de este canto popular en Astúrias, y teniéndolo, de igual modo que el crítico español, como originario de Francia (pág. 30).

Fúndanse, sin duda, ambos escritores en los siguientes versos, conservados en una y otra version casi con las mismas palabras:

—Sou filha d' el rey de França
e da rainha Constantina.

En la version asturiana, que ofrece notables vestigios de antigüedad respetable, nada hay, sin embargo, que se refiera á Francia: el color local de todo el romance, y la descripcion con que empieza, sobre todo, huelen á montaña, dando á entender que si esta leyenda penetró en Astúrias, derivándose de la literatura caballeresca, se fundió allí en el molde comun de los cantos populares, antes de que tomase en Castilla y en Portugal carta de naturaleza. Las versiones recogidas por Durán y Garrett son, en efecto, más artísticas que la asturiana, por vez primera recogida y dada á luz por nosotros. Durán puso á este romance título de *La Infantina*; Garrett los imprimió con el de *A Infeitiçada*.

(N. de A. de los R.)

(**) ... non deve omne pesquerir otra razon, si non facer la huebra que *veye*, etc.

(Ley 1.ª, tít. 1.°, lib. 1.° del Fuero Juzgo.)

—Non hayades, señor, miedo,
nin miedo nin pavoría;
que yo cristianilla soy,
de las cristianas nacida.
—¿A cuál dello quiere ir,
á las ancas ó en la silla?...
—En la silla, el caballero;
que allí me pertenescía.—
Ya camina el caballero;
con la doncella camina:
en medio de las carreras
de amores la requería.
—Tate, tate, el caballero;
non toquedes ropa mía;
que fija soy de un malato
y de una malatofiña.
El home que me tocara,
malato se tornaría;
el campo que yo trillare,
nunca otra yerba daría;
caballo que yo montara,
muy xedo reventaría.
—Apeadvos, apeadvos;
apeadvos por mi vida,
e non culpeis á mi fé
si fago descortesía;
que si el caballo revienta,
mal ganancia yo tendría.—
Estas palabras diciendo
de la montaña salian,
dó las campanas se oyeran
que en la ciudad se tañian.
A la salida del monte,
á la entrada de la villa,
tornábase la doncella
con la su faz alegrina.
Tornárase la doncella
calcárase grande risa
y con falangueras chufas
al caballero decía:
—¡A fijas de rey en monte
creyestes lo que decian!
Fiz puesta con mis hermanos
cien vasos de plata fina,
de rondar con vos el monte,
volver con honra á la villa.
—Atrás, atrás, la señora;
atrás, atrás, vida mia,
que en la fuente dó bebimos
quedó mi espada perdida.
—Miente, miente el caballero;
ca la traedes ceñida.

XXXV

DOÑA ARBOLA.

Estándose Doña Arbola
sentadita en su portal,
guya d' oro, dedal d' oro,
cosía en un cabezal. (*)
Entre puntada y puntada,
dolor de parto le dá;
Sus manos blancas retuercen,
sus anillos quiéen quebrar:
—¡Oh, palacios los palacios,
palacios del Valledal;
el Rey mi padre vos fizo,
quién fuera parir allá!—
Allí llegara la suegra
(Más valiera non llegas);
—¿Tú qué tienes, Arbolita,
que así non solias estar?
Doña Arbola, ¿quies parir?
ve parir al Valledal;
allí tienes padre y madre
que de tí se dolerán,
allí tienes tus hermanos
que al niño bautizarán.
—¿Y si mi don Morcos viene,
quién le dará de cenar?
—Yo le daré del mi vino,
yo le daré del mi pan;
de la caza que él trujese
mandarete la mitad;
de la perdiz algo ménos,
de la palobma algo más.—
A eso de la media noche
da don Morcos en portal.
—¿Dónde está mi espejo, madre,
donde me suelo espejar?
—¿Qué espejo quieres, mi fijo,
el d' oro (**) ó el de cristal?

(*) Otros dicen:

«Con la su rueca en la cinta.
Pocas ganas de filar.»

(**) A quien crebantaren pierna ol facen de la serer coxo, reciba una libra *doro* por emienda.

(Ley III, tít. IV, lib. VI del Fuero Juzgo.)

si quieres el d' azabache
tambien lo dirhe á buscar.
—Non quiero, madre, el de oro
nin tampoco el de cristal,
nin tampoco el d' azabache,
non me lo vaya buscar.
¿Dónde está mi esposa Arbola,
que es mi espejo natural?
—La tu esposa doña Arbola
en fuego deben quemar;
dolor de parto sintiera,
fué parir al Valledal.
A mí tratome de p...
á tí d' hijo de rufian.
—Ensilla el caballo, mozo;
que la quiero dir buscar.—
Sin detenerse un momento,
fuese para el Valledal.
Siete vueltas dió al palacio
sin hallar por donde entrar:
el viejo padre de Arbola
asomóse á un ventanal:
—Albricias vos doy, don Morcos;
que un fijo varon tien ya.
—Tenga varon, tenga hembra,
que se baje para acá;
é si ha mandar se lo vuelvo,
ha de ser con mi puñal.
—Si muere por el camino,
tú ante Dios responderás.—
Arbola, desque lo oyera
de la celda donde está,
besando el recien nacido,
comenzara á suspirar.
Sin detenerse un momento,
bajóse luego al portal:
la cogiera entre sus brazos,
tiróla encima el ruan.
Siete leguas anduvieron
en sin (*) palabras hablar.
—¿Por qué no me hablas, Arbola,
como me solias hablar?
—¿Cómo quieres que yo t' hable
si non puedo respirar;
mujer parida d' un hora,
cómo podrá caminar?
Mira estos montes de Cristo
colorados como están;
las crines de tu caballo

(*) Dice la *Crónica General*: «el mio Cid señero, que non lo quiso rescebir por señor, nin besarle la mano fasta que le jurasse que era *ende sin culpa*, etc. En *bable* se diria: *en sin culpa*, ó *end sin culpa*.



bañadas en sangre van;
la silla de tu caballo
semeya (*) un fino coral. (**)
Entre estas palabras y otras,
á una ermita van llegar;
—Bájame aquí, Conde Morcos,
que me quiero encomendar.
Este niño que aquí llevo
me lo dareis á criar!
No lo deis á vuestra madre,
que ella me lo ha de matar:
á mi madre lo dareis;
ella bien lo criará.
Por Dios vos pido, ermitaño,
que me querais confesar.—
Desque la confesion dicha,
el alma quiso entregar.
Desprende el niño los labios,
Por gracia que Dios le dá:
mi madre va pa los cielos,
yo voy á la oscuridad;
á mi güela en los infiernos
los diablos la quemarán;
mi padre, si non se enmienda,
non se sabe dónde irá

(*) ... si es dada por escripto, non deve por enda ménos valer, que estons *semeia* la donacion perfecta.

(Ley VI, tít. II, lib. V del Fuero Juzgo.)

(**) Otros dicen:

Las ventanas de mi padre
cubiertas de luto están.

XXXVI

MARBELLA.

Paseábase Marbella
de la sala al ventanal,
con los dolores de parto
que la hacen arrodillar.
—Si yo estuviera allá arriba,
allá arriba en Valledal,
al lado del Rey mi padre,
alguno me habia aliviar!—
La pícara de la suegra
que siempre la quiso mal:
—Ve parir allá, le dijo,
nón te lo puedo quitar.
—¿Y si mi don Boyso viene,
quien le dará de cenar?
—Yo le daré del mi vino,
yo le daré del mi pan,
cebada para el caballo,
carne para el gavilan.—
Apenas salir Arbola,
don Boyso entró en el portal.
—Dónde está el espejo, madre,
en que me suelo mirar?
—¿Quieres el de plata fina,
ó quieres el de cristal;
ó lo quieres de marfil,
tambien te lo puedo dar.
—No quiero el de plata fina,
ni tampoco el de cristal,
ni tampoco el de marfil,
que bien me lo podeis dar;
quiero la mi esposa Arbola,
que ella es mi espejo real.
—La tu esposa fué á parir,
fué parir al Valledal,
como si yo non tuviera
pan y vino, que le dar:
fué preñada de un judío,
y á tí te quiere engañar.
Sino me la matas, hijo,
oh, que mal hijo serás;
ni conmigo has de vivir,
ni mis rentas has gozar.

—¿Cómo he de matarla, madre,
en sin saber la verdad?
—Es tanta verdád hijo mio,
como Cristo está en altar.
Posa la mula en que vienes;
monta en otra, y vete allá.—
Por donde le ve la gente,
poquito á poco se va;
por donde non le ve nadie,
corre como un gavilan.
Siete vueltas dió al palacio,
sin una puerta encontrar;
al cabo de las diez vueltas,
un portero vino á hallar.
—Albricias vos doy, don Boyso;
que ya tien un mayoral.
—Nunca el mayoral se crie,
ni la madre coma pan.—
Sube para el aposento
donde doña Arbola está;
—Levántate, doña Arbola,
levántate sin tardar;
y si no lo faces presto,
tus cabellos lo dirán.—
Doncellas que la vestian
no cesaban de llorar,
doncellas que la calzaban
no cesaban de rezar.
—¡Ay! pobre de mí cuitada,
vecina de tanto mal;
mujer parida de un hora
y la mandan caminar!—
Puso la madre á las ancas
y el niño puso al petral:
el camino por donde iban
todo ensangrentado está.
Siete leguas anduvieron
en sin palabras hablar:
de las siete pa las ocho,
Arbola comienza á hablar;
—Pídote por Dios, don Boyso,
que me dejes descansar;
mira este inocente niño
que finando se nos vá;
las patas de tu caballo
echan fuego de alquitran,
y el freno que las sujeta
revuelto con sangre vá.
No me mates en el monte,
que águilas me comerán;
matarásme en el camino,
que la gente me verá;

llamarásme un confesor,
que me quiero confesar.
—Allá arriba hay una ermita
que la llaman de San Juan,
y dentro hay un ermitaño
que al niño bautizará;
te bajaré del caballo,
dejaréte descansar.
Allegaron á la ermita
y él se comienza á apear;
y al posarla del caballo
ella principia á espirar.
Por la gracia de Dios Padre,
el niño se punso á hablar:
«Dichosina de mi madre,
que al cielo sin culpa vá:
desgraciada de mi abuela,
que en los infiernos está:
yo me voy al limbo oscuro,
mi padre lo pagará.»
Juramento hizo el Conde
sobre el vino y sobre el pan,
de no comer á manteles
sin á su madre matar:
dentro de un barril de pinchos
mandárala prisionar
y echarla po 'l monte abajo,
por peor muerte le dar.

XXXVII

EL CONVITE.

—Vengo brindado, Mariana,
para una boda el domingo...
—Esa boda, don Alonso,
debiera ser conmigo.
—Non es conmigo, Mariana;
es con un hermano mio.
—Siéntate aquí, don Alonso,
en este escaño florido;
que me lo dejó mi padre
para el que case conmigo.—
Se sentára don Alonso,
presto se quedó dormido;
Mariana, como discreta,
se fué á su jardin florido.
Tres onzas de soliman,
cuatro de acero molido,
la sangre de tres culebras,
la piel de un *largato* vivo,
y la espinilla del sapo,
todo se lo echó en el vino.
—Bebe vino, don Alonso;
don Alonso, bebe vino.
—Bebe primero, Mariana,
que así está puesto en estilo.—
Mariana, como discreta,
por el pecho lo ha vertido;
don Alonso como jóven,
todo el vino se ha bebido:
con la fuerza del veneno,
los dientes se le han caido.
—¿Qué es esto, Mariana;
qué es esto que tiene el vino?
—Tres onzas de soliman,
cuatro de acero molido,
la sangre de tres culebras,
la piel de un largato vivo,
y la espinilla del sapo,
para robarte el sentido.
—Sáname, buena Mariana,
que me casaré contigo.

—No puede ser, don Alonso,
que el corazon te ha partido.
—Adios esposa del alma,
presto quedas sin marido:
adios, padres de mi vida,
presto quedaron sin hijo.
Cuando salí de mi casa
salí en un caballo pio,
y ahora voy para la iglesia
en una caja de pino.

XXXVIII

VENGANZA DE HONOR.

Por aquellos campos verdes
¡qué galana iba la niña!
Llevaba saya de grana,
jubon broslado traia;
el zapato pica en verde,
las calzas de lana fina:
con los sus morenos ojos
amiraba á quien la mira.
Mirábala un caballero,
traidor, que la pretendía,
que diba, paso tras paso,
por ver si la alcanzaría.
Señera la fué alcanzar
al pié d' una fuente fría.
—¿Adónde por estos prados,
camina sola la niña?
—A bodas de una mi hermana,
d' una hermana que tenía.—
Los dos del agua bebieron,
y se van en compañía.
El trata quitarle el honra,
y la dice con falsía:
—Mas abajo do bebiemos, (*)
quedóme la espada mía.
—Mientes, mientes, caballero;
qu' ende la traes tendida.—
Dieron vuelta sobre vuelta;
derribarla non podía:
á la postrera que daban,
una espada le caía.
Trabola con la sus manos
temblando toda la niña;
metiósela por el pecho,
y á la espalda le salía.
Con las ansias de la muerte,
el caballero decía:
—Por donde quiera que vayas
Non t' alabes, prenda mía,

(*)..... et primeramientre nos todos *diemos* gracias al nuestro Salvador, etc.
(Ley I, tít. I, lib. I del Fuero Juzgo.)

que mataste un caballero
con las armas que traía.
—Con los mis ojos morenos
la tu muerte lloraría;
con la mi camisa blanca
la mortaja te faría;
á la iglesia de San Juan
yo á enterrar te llevaría;
con la tu espada dorada
la fosa te cavaría;
cada domingo del mes
un responso te echaría

XXXIX.

VENGANZA DE HONOR.

Por los campos de Malverde
una muchacha venía,
vestida de colorado,
¡mi Dios, que bien parecía!
Con el pié siega la yerba,
con el zapato la tria, (*)
con el vuelo de la saya,
acá y acuyá la tira.
Bien la viera un caballero,
traidor, que la pretendía;
que diba, paso tras paso,
por ver si la alcanzaría:
un correr y otro correr,
alcanzarla no podía.
Trató de quitarle el honra,
y ella le quitó la vida;
que á la salida de un monte,
y á la entrada de una villa,
cayó la espada al galan,
y se la cogió la niña:
se la metió por atrás
y adelante le salía.

(*) *Triyar:* trillar. En *bable* se sustituye en muchas ocasiones la *ll* con la *y*, que despues suelen suprimir en la pronunciacion, como en el presente caso.
Así continúan pronunciando los judíos españoles residentes en Viena. En

לד׳ „אילוסטרד׳ גואירטד׳ די ד׳יסטורייאד„

(Ilustra Güerta de Historia), se lee: *yabes* (llaves), *poliha* (polilla), etc.

XL

VENGANZA DE HONOR.

Por aquellos campos verdes,
por aquellas praderías,
una doncella pasaba;
hija es del Rey de Hungría.
Era hermosa como un sol;
llámase Doña Lucía.
Bien la viera un caballero,
traidor, que la pretendía;
diérase paso tras paso
por ver si la alcanzaría.
Ella que le vió venir,
más volaba que corría;
que por las cuestas abajo
quien la divisar no habia.
Metiéronse en unas peñas
donde la mar trasvertia.
—¿Cuánto me dá la doncella
por que la saque á la orilla?
—Yo non tengo que le dar,
yo que le dar non tenía
sino un triste cuerpecito
que yo conmigo traia.—
Descalzárase el galan
y sacárala á la orilla.
—Dame tu espada, galan,
ver cómo yo la ceñia.—
Metiósela por el pecho,
y á la espalda le salía.
Con las ansias de la muerte,
el caballero decia:
—Si te alabas en tu tierra,
non te alabes en la mia:
que mataste un caballero
con las armas que traia.
—Nin me alabaré en tu tierra,
nin me alabaré en la mia;
con los mis ojos menudos
la tu muerte lloraria;
con la mi camisa blanca
la mortaya te faria;
con la tu espada de oro
la fosa te cavaria.

XLI

VENGANZA DE HONOR.

Por aquellos campos verdes
una muchacha venía;
viste saya sobre saya
y jubon de cotonía; (*)
con el vuelo de la saya
todas las yerbas tendía.
Miraba á un lado y á otro,
por ver si álguien la veía.
Bien la viera un caballero,
traidor, que la pretendía;
jugando estaba á los dados
con el Príncipe de Hungría.
Dejó el juego de los dados
y fué alcanzar á la niña:
alcanzóla en unos montes
los más desiertos que había.
—¿Adónde vá la doncella;
adónde vá, vida mía?
—Voy á bodas d' un hermano
que casárseme quería.
—Pues casémonos los dos,
é iremos en compañía.
—Yo casarme, caballero,
yo casarme no quería.—
Diérale unas siete vueltas,
derribarla non podía;
de las siete pa las ocho,
de oro un puñal le caía:
fué á cogerle la doncella,
fingiéndole cortesía;
metióselo por el pecho
y á la espalda le salía.
Con el hervor de la sangre,
el caballero decía:
—Cuando vayas á tu pueblo
no te alabes, vida mía,
que mataste un caballero
con las armas que traía.
—Yo alabarme, caballero,—
yo alabarme bien sabría;
donde no encontrara gente,
yo á las aves lo diría.—

(*) Tela blanca de algo don labrada comunmente de cordoncillo.

Estando en estas palabras,
vieron venir la Justicia.
—¿Quién mató este caballero?
—Señor, yo le mataría:
él quiso quitarme la honra,
y yo le quité la vida.—
Todos dicen á una voz:
«¡Viva la gallarda niña;
que ha matado un caballero
con las armas que él traía!»

XLII

LA HIJA DE LA VIUDINA.

Paseábase la Viudina
con dos fijas que ende habia;
por la mano las llevaba
por la mano las traia.
Por la mano las llevaba
á la fuent del agua fria;
más relucientes que estrellas,
como las rosas garridas.
Viéronlas dos caballeros
é muy bien les parecían:
ya se acercan, ya se llegan
é por el camin decían.
—¿Cuál será la más fermosa?
¿Cuál ha de ser la más linda?
—La de lo morado es bella,
es bella por vida mía,
—La que viste colorado
mejor donaire tenía.
—Dexemos esta querella,
que ya se fenesce el día.
Venir, que vino, la noche
fueron en cas la Viudina:
rezando estaba el rosario,
como costumbre tenía.
—Viudina, ambos le dixeron,
¿dónde están las tus dos fijas?
—Mis fijas, los caballeros,
fueron en una visita.
A una voz ambos responden:
—Miente, miente la Viudina;
que sus fijas son en casa,
eso bien yo lo sabía.
Encendamos una luz;
que yo se las buscaría:
encendamos una luz;
veredes vuestra mentira.—
Con el ruido que ficieron,
despertara la más linda:
—Dexedesme, caballeros,
si lo sois en cortesía,

dexedesme vestir solo
la mi morada basquiña.
—Vestir podés, la señora,
esa, é cuantas más habria;
vestir podés fasta cuatro
é fasta las cinco ansina.—
Ya se viste, ya se viste,
ya sus sayas se vestia:
é al salir por la su puerta,
estas palabras decia:
—Adios quedad, la mi madre;
adios, hermana querida;
que ya non tornaré á veros
en los dias de mi vida.—
Fuéronse por unos montes
fueron por una montiña;
en un robledal fincaban
al pié de una fuente fria.
En un robledal fincaban,
é de amor la requerian;
é magüer que estaba sola,
su honor defiende la niña.
—Tate, tate, caballeros,
nos fagades bellaquía;
tate, tate, caballeros,
que mi honra en vos se fia.—
Allí su ruego no escuchan;
quieren facer villanía:
vuelta el uno, vuelta el otro;
un puñal de oro caia.
Vuelta el uno, vuelta el otro,
allí lo agarra la niña,
é metiélo por los pechos
del que más fuerza facia.
Metióselo por los pechos;
por la espalda le salia:
con las ánsias de la muerte,
estas palabras decia:
—Perdon á los cielos pido,
é á vos mi perdon pedia;
porque perdonarme quiera
la Virgen Santa María.—
Con el agua de la fuente
diérale perdon la niña;
con el agua de la fuente
sus pecados lavaría.
Catando está el caballero
que ménos fuerza facia;
é de su boca fablando,
estas palabras decia:
—Non te alabes en tu tierra;
nin te alabes en la mia

que mataste un caballero
porque fuerza te facía.
—Tengo alabarme en tu tierra,
tengo alabarme en la mía
que dí muerte á un caballero
porque me fiz bellaquía.
—Si él quiso facerte afrenta,
yo facerla non quería;
bien lo sabe Dios del cielo;
conmigo te casarías.—
Ya cabalgan, ya cabalgan,
ya salen de la montiña;
alegre vá el caballero,
é más alegre la niña.
Ya llegaban á palacio,
ya doblan las siete esquinas:
ya con el Conde se casa
la fija de la Viudína.

XLIII.

DOÑA URGÉLIA.

En mi huerto hay una yerba
blanca, rubia y colorada;
la dama que pisa en ella,
della queda embarazada.
Por Dios querer ó la suerte,
Doña Urgélia la pisara.
Un dia, yendo á misa,
su padre la reparara:
—¿Tú qué tienes, Doña Urgélia:
tú qué tienes que estás mala?
—Señor, tengo un mal del cuerpo,
que de niña me quedára.
—Si lo dijeras en tiempo,
cirujanos te catara.—
Cató siete cirujanos
de los mejores de España.
Unos dicen: «No lo entiendo:»
otros, dicen que no es nada:
el más chiquitillo dellos,
dice que está embarazada.
—Callen, callen, los señores;
callen y no digan nada:
si el Rey mi padre lo sabe,
mi vida será juzgada.—
Fuése luego hácia su cuarto,
donde cosía y bordaba;
y á una ventana arrimóse
por ver quien se paseaba. (*)
se paseaba un mancebo
embozado en la su capa.
—Suba, suba, el caballero;
que le quiero una palabra...
. . . .
La palabra que te quiero,

(*) Vió venir al Rey Cien-hilos
por la calle empedreada.
—Toma, llévame este niño
á criar á una buen' ama,
de la color morenita
y de la leche delgada;
non te vayas por la calle,
vete por la rodeada, etc.

(Variante del Espin, Navia.)

sácame el niño de casa.
Si encuentras al Rey mi padre,
dile que no llevas nada,
sino rosas y claveles
para hacer una guirnalda.—
Al bajar una escalera,
al Rey su padre encontrara.
—¿Qué llevais, el caballero,
n' el embozo de la capa?
—Llevo rosas y claveles
para hacer una guirnalda.
—De esas rosas y claveles,
dadme la más encarnada.
—La más encarnada de ellas
tiene una hoja quebrada.
—Téngala que no la tenga,
al Rey no se niega nada.—
Entre éstas palabras y otras,
el niño varon llorara.
—Lleva el niño, caballero,
que le den salud al alma.
¡Al árbol que dió ese fruto,
yo le cortaré la rama!—
La cogió por los cabellos,
la colgó de una ventana.
—Si Doña Urgélia se muere,
aquí queda Doña Juana.

XLIV

DOÑA ENXENDRA.

Hay una yerba en el campo
que le llaman la borraja;
la mujer que la pisare,
luego se siente preñada.
Esta pisó doña Enxendra,
por la su desdicha mala;
un dia yendo á la misa
su padre la reparara.
—¿Tú qué tienes, doña Enxendra;
tú qué tienes que estás mala?
—Señor tengo un mal del cuerpo
que de niña me quedara.
—Si lo dijeras en tiempo,
cirujanos te cataran.—
Llama siete cirujanos,
los mejores que encontrara.
Unos le toman el pulso,
otros le miran la cara;
todos dicen á una voz:
doña Enxendra está preñada.
—Callen, callen los señores,
callen y no digan nada;
si el Rey mi padre lo sabe,
mi vida será juzgada.—
Subióse para su celda,
donde cosia y bordaba:
cada dolor, un tormento,
un dolor cada puntada;
entre dolor y dolor,
un niño varon llorara.
Se coge bocina de oro
y se pone á la ventana,
en la vuelta de bocina
á su namorado llama.
—Toma este niño, Don Juan,
en el bozo de tu capa;
llevaráslo á una mujer
que le dé la leche clara.
Si encuentras al Rey mi padre,
dile que no llevas nada,
sino rosas y claveles
antojos de una preñada.

Al bajar de una escalera
al Rey su padre encontrara.
—¿Qué llevas ahí, Don Juan,
en el bozo de tu capa?
—Llevo rosas y claveles
antojos de una preñada.
—De esas rosas y claveles
daime la más encarnada.
—La más encarnada dellas,
tien una hoja quebrada.
—Téngala que no la tenga,
al Rey no se niega nada.—
Estando en estas razones,
el niño varon llorara.
—Anda, llévalo de priesa
que le dén salud al alma;
y el árbol que dió ese fruto,
yo le cortaré la rama.—
Cógela por los cabellos;
n' un aposiento la cierra,
donde no vé sol ni luna
sino por una ventana.
Ya se afilan los cuchillos,
ya se amuelan las navajas:
fuese para el cuarto della
donde cosía y bordaba;
doña Enxendra que lo vió,
muy presto se levantara.
—Tate quieta, doña Enxendra,
tate quieta en la tu cama;
mujer parida de há poco,
non puede ser levantada.—
Fízola cuatro pedazos,
púnxola n' una ventana;
cuando venía de misa
su madre, la reparara.
—¡Ay Enxendra de mi vida!
¡Ay Enxendra de mi alma!
¡Cuantas cosas yo tenía,
yo para tí las guardaba;
y ahora te veo aqui
colgada en una ventana!

XLV

EL CUETO LLORO.

¡Ay, niñas las tres garridas!
¡Ay, niñas, las de la Torre!
¡Ay! salen de madrugada;
¡ay! salen á coger flores.
¡Ay, que florido está el soto!
¡Ay, que relumbres, y olores!
¡Ay, como rien los prados!
¡Ay, que alboradas se oyen!
¡Ay, que linda mariposa
ante las niñas se pone!
El cuerpo tiene de espuma,
las alas de tres colores.
¡Ay, que inocentes la siguen!
¡Ay, que se van hácia el bosque!
¡Ay, que allí está el Cuéto Lloro!
¡Ay, que dó van no conocen!
¡Ay, que una xana hechicera
lavando está en *Fuente noble*,
lavando cadejos de oro,
vestida de mil primores.
¡Ay! que las vieron sus ojos,
sus dulces ojos traidores!
¡Ay, que riendo las llamá!
¡Ay, que quien es no conocen!
«*Al Cueto Lloro,*
niñas venid,
que un zurron de oro
tengo yo allí.»
¡Ay, con sus gracias les roba,
les roba los corazones:
¡Ay! fuera de sí la miran:
¡Ay! fuera de si la oyen!
¡Ay, que prendidas las lleva
con cadenitas de flores!
¡Ay, que inocentes la siguen!
¡Ay, que embelesadas corren!
¡Ay! que la cueva se abre!
¡Ay, qué sonidos acordes!
¡Ay, que se ve un paraiso!
¡Ay, que relucen tres soles!
¡Ay, que por ella la xana,
¡ay, que por ellas se esconde!
¡Ay, que las niñas la siguen,

¡ay, que do van no conocen:
¡Ay, que la cueva se cierra!
¡Ay, que en su seno las coge!
¡Ay, que allí quedan cautivas!
¡Ay, que han muerto los tres soles!
¡Ay, que dentro suenan llantos!
¡Ay, que la fuente no corre!
¡Ay, que la culebra canta!
¡¡Ay, niñas, las de la Torre!!

XLVI

DOÑA ALDA.

A cazar va el Rey don Pedro,
á cazar como solía;
le diera el mal de la muerte
para casa se volvía:
á la entrada de la puerta
vió un pastor que le decía:
—Albricias, señor don Pedro,
que dármelas bien podía;
que doña Alda ya parió,
y un hijo varon tenía.
—¡Pues si parió doña Alda,
hijo sin padre sería!..—
Con estas palabras y otras,
el Rey subió para arriba.
—Haga la cama, mi madre;
haga la cama de oliva:
aprisa, aprisa con ella,
que presto me moriría.
No diga nada á doña Alda
á doña Alda de mi vida,
que no sepa de mi muerte
hasta los cuarenta dias.—
Don Pedro que se murió,
doña Alda nada sabía.
Viniera Pascua de Flores,
doña Alda no ha oido misa.
—Diga, diga, la mi suegra,
¿qué vestido llevaría?
—Como eres alta y delgada,
lo negro bien te estaría.
—Yo non quiero llevar luto,
que voy de linda parida.—
A la entrada de la iglesia
toda la gente la mira.
—Diga, diga, don Melchor,
consejero de mi vida,
¿por qué me mira la gente,
por qué la gente me mira?

—Diréte una cosa, Alda,
que de saberse tenía:
Aquí se entierran los reyes
cuantos lo son de Castilla,
y aquí se enterró don Pedro
la prenda que más querías.
—¡Oh, mal haya la mi suegra,
qué engañada me traía,
que en vez de venir de luto,
vengo de linda parida.

XLVII

DOÑA ALDA.

A cazar iba don Pedro,
á cazar como solia;
los perros lleva cansados
y el halcon perdido habia. (*)
Diérale el mal de la muerte:
para casa se volvia.
—¡Non diga nada, mi madre,
á doña Alda de mi vida;
que como es niña pequeña,
de pena se moriria!
Que non sepa de mi muerte
hasta los cuarenta dias.—
Doña Alda estaba de parto,
y un niño varon paria.
—Diga, diga la mi suegra;
diga, diga, suegra mia:
¿Por quién tocarán á muerto;
que las campanas tañian?
—Son de la iglesia mayor
que están repicando á misa.
—Oyense cantar responsos,
¿á quién á enterrar irian?
—Es el santo del patrono,
y hay procesion en la villa.—
Viniera Pascua de Flores;
doña Alda á ofrecer iria.
—Diga, diga, la mi suegra:
¿qué vestido llevaria?
—Como eres blanca y delgada,
lo negro bien te estaria.
—¡Viva, viva mi don Pedro,
la prenda que más queria;
que para vestir de luto
bastante tiempo tendria!—
Las doncellas van de luto;
ella de *Pascua Florida*.
Encontraron un pastor
que tocaba la guacina:

(*) Estos cuatro primeros versos son iguales á los del comienzo del romance La Infantina, publicado por Durán:

A cazar va el caballero,
á cazar como solía, etc.

—¡Qué viudina tan hermosa;
qué viudina tan pulida!
—Diga, diga, la mi suegra,
ese pastor qué decía?
—Que caminemos doña Alda;
que perderemos la misa.—
A la entrada de la iglesia,
toda la gente la mira.
—¿Por qué me mira la gente,
por qué la gente me mira?
—Dirételo, doña Alda;
pues de saberlo tenías.
Aquí se entierran los reyes
caballeros de Castilla,
y aquí se enterró don Pedro,
la prenda que más querías...
—¡Ay, triste de mí, cuitada,
qué engañada yo vivía!
que en vez de venir de luto,
vengo de linda parida.
¡Desgraciado de mi hijo,
en mal hora lo paría!
que por la desgracia suya,
hijo sin padre sería.

XLVIII

LA INFANTINA.

La Infantina está muy mala,
llena de malenconía,
por no dexarla casar
con el Cond'de Mayorgnia. (*)
—Cuando yo te quis' casar
con el Cond' de Mayorguia,
fuísteme decir que aun eras
para maridar muy niñya.
Agora casarte quieres:
ningun de tu igual había.
—Cáseme padre, el mi padre,
pues que tengo mucha prisa;
que otras fembras de mi tiempo
mantienen casa é familia.
Mándele á llamar, mi padre,
á comer de mediodía:
á los manteles alzados
dirale de parte mía

(*) Otra version: de Lombardía.
La leyenda que dió orígen á este romance asturiano es muy celebrada en la literatura española, habiendo inspirado la musa dramática de Lope de Vega (*La fuerza lastimosa*) y de Guillen de Castro y el doctor Mira de Mesma (*El Conde Alarcos*). En Castilla, por los cantares populares, repitióse por los semi-eruditos en notables romances, muy especialmente el compuesto por Pedro de Riaño con el título ya indicado de *El Conde Alarcos* que empieza:

Retraida está la Infanta
bien así como solia.

El ya citado Almeida Garret, en el *Romancero*, antes de ahora tenido en cuenta por nosotros, insertó tambien una version portuguesa teniéndola por más antigua que la castellana, que en su sentir es una explanacion de aquella (página 40 y siguientes.) Si la observacion de este entendido crítico portugués tuviera toda la fuerza que él presupone, considerando nosotros que la version asturiana es más breve y enérgica que las dos referidas y que abunda en rasgos originales de notabilísimo efecto, podríamos deducir que es más antigua que ambas. Como quiera, pues, que estas probanzas serán siempre dificilísimas, parécenos bien notar que, aun conocidos de los hombres doctos el romance de Riaño y el recogido por A. Garret, todavía este que hoy publicamos por vez primera, ha de llamar la atencion, dándoles á conocer cómo penetra y se arraiga en las montañas asturianas esta singular leyenda, nacida indudablemente en el mundo de la caballería. El romance portugués lleva el nombre de el *Conde Janno*. Por último, el diligente profesor de Barcelona, Milá y Fontanals, en los romances que dió á luz en su *Poesía popular*, inserta con el título de *El Conde Flores* un romance catalan que empieza: *El Rey ha fet un convit—tols els comptes hi habia*, etc., el cual encierra la misma tradicion con algunas alteraciones.

(N. de A. de los R.)

que mate la su mujer
é case con la Infantina.—
Mandóle á llamar el Rey
con un page que ende abía.
—¿Qué me quería el buen Rey,
el buen Rey, qué me quería...?
—Que mates á tu mujer
é cases con la Infantina.
—¿Cómo he de matar yo, el Rey,
á quien tanto me quería...?
—Mata la tu mujer, Conde,
sino yo te mataría.—
Salió el Conde de palacio,
é para su casa iba;
salió el Conde de palacio
con más pesar que alegría.
Su mujer está á la puerta,
que una estrella parecía.
—¿Qué te quería el buen Rey,
el buen Rey, qué te quería?
—Lo que me quiere el buen Rey,
á tí non te placería:
mandame que te dé muerte
é case con la Infantina.
—¿Cómo has de matar tú, Conde,
á quien tanto te quería?
—Está la sentencia dada,
será la tuya ó la mía.
—Para ser la tuya, Conde,
mi muerte pertenescía.
Enviárasme á largas tierras,
que padre é madre tenía;
los camisones de Holanda
de allá te los mandaría,
yo te amára, Conde amigo,
como siempre te quería;
yo te amara, Conde amigo,
mejor que la vernía.
—Callades, mujer, callades,
callades por la mi vida;
que la sentencia está dada
é non me pertenescía.
—Dexedesme decir, Conde,
una oracion que sabía.
—Si la oracion es muy larga,
primero amanescería.
—La oracion non es muy larga,
que luego se acabaría.—
Fizo oracion la cuitada,
fizo su oracion bendita;
diciendo «¡Cielos, valedme!»
llegó á su postrimería.

El Conde le echó un pañuelo,
lo apretó cuanto podía;
con el fervor de la sangre
estas palabras decía:
«¡Válgame el Rey de los Cielos,
gloriosa Santa María!..»
Non dixera estas palabras,
el page del Rey venía:
«Non mates la mujer, Conde,
que ya murió la Intantina.»

XLIX

LA ALDEANA.

En la mañana de un lunes
madrugaba la aldeana
á lavar ricos pañales
al pié de una fuente clara.
Acabando de lavarlos,
tambien lavó la su cara.
Viéndola estaba el buen Rey
asomado á una ventana.
—Aldeana, aldeanita,
tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo,
ni su madre soberana;
que estimo yo á mi marido
en la vida y en el alma.—
La Reina que tal oyó;
por una falsa criada,
mandara llamar al Conde
para comer en su casa;
y acabando de comer,
desta manera le habla:
—La aldeana mata, Conde;
Conde, mata á la aldeana.
—¡No la mataré yo tal,
sin saber muy bien la causa!
—Toda mi vida por ella
vivo yo muy mal casada.—
Entre estas palabras y otras,
el Conde fuese á su casa.
—Ven acá, perra traidora,
hoy pagarás tu disfama;
y antes del amanecer
has de morir degollada;
que el Rey así lo mandó,
y hay que cumplir lo que manda.
—Si causa tuviere el Rey,
lo que mandó que se faga.—
De tres hijas que tenía,
llamara la más galana.
—¿Qué me quiere, madre mia;
qué me quiere, ó qué me manda?
—Quiérote, hija de mis penas,
que me fagas la mortaja;

que antes del amanecer,
he de morir degollada.
Quitarásme la cabeza,
presto tú irás á apañarla,
y entre dos fuentes de oro
al Rey habrás de entregarla.—
Estando el buen Rey comiendo,
la niña al palacio entraba.
—Buenos dias, el buen Rey.
—Bien venida, hija galana.
—Vengo á traer esta trucha
que mi madre le enviaba.
—¡La Reina hallarála dulce,
para mí es triste y amarga!—
La aldeana murió de noche;
la Reina por la mañana.

L

DON MARTINOS.

Estaba un dia un buen viejo
sentado en un campo al sol:
—Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragon...
¿Cómo las haré yo, triste
viejo, cano y pecador?—
De allí fué para su casa
echando una maldicion;
—¡Reventares tú, María,
por medio del corazon;
que pariste siete hijas
y entre ellas ningun varon!—
La más chiquita de ellas
salió con buena razon:
—No la maldigais, mi padre,
no la maldigais, non;
que yo iré á servir al Rey
en hábitos de varon.
Compraraísme vos, mi padre,
calcetas y buen jubon;
dareisme las vuestras armas,
vuestro caballo troton.
—Conocerante en los ojos,
hija, que muy bellos son.
—Yo los bajaré á la tierra
cuando pase algun varon.
—Conocerante en los pechos
que asoman por el jubon.
—Esconderelos, mi padre,
al par de mi corazon.
—Conocerante en los piés,
que muy menudinos son.
—Pondreme las vuestras botas
bien rellenas de algodon...
¿Cómo me he de llamar, padre,
como me he de llamar yo?
—Don Martinos, hija mia,
que así me llamaba yo.—
Yera en palacio del Rey;
y nadie la conoció,
sino es el hijo del Rey
que della se namoró.

—Tal caballero, mi madre,
doncella me pareció.
—¿En qué lo conoceis, hijo;
en qué lo conoceis vos?
—En poner el su sombrero
y en abrochar el jubon,
y en poner de las calcetas...
¡Mi Dios, como ella las pon!
—Brindaréisla vos, mi hijo,
para en las tiendas mercar;
si el caballero era hembra,
corales querrá llevar.—
El caballero es discreto,
y un puñal tomó en la man.
—Los ojos de Don Martinos
roban el alma al mirar.
—Brindaréisla vos, mi hijo,
al par de vos acostar;
si el caballero era hembra,
tal convite non quedrá.—
El caballero es discreto,
y echose sin desnudar.
—Los ojos de Don Martinos
roban el alma al mirar.
—Brindaréisla vos, mi hijo,
á dir con vos á la mar;
si el caballero era hembra,
él se habrá de acobardar.—
El caballero es discreto,
luego empezara á llorar.
—¿Tú que tienes, Don Martinos,
que te pones á llorar?
—Que se me ha muerto mi padre.
y mi madre en eso vá:
si me dieran la licencia,
fuérala yo á visitar.
—Esa licencia, Martinos,
de tuya la tienes ya.
Ensilla un caballo blanco,
y en él luego vé á montar.—
Por unas vegas arriba
corre como un gavilan,
por otras vegas abajo
corre sin le divisar.
—Adios, adios, el buen Rey,
y su palacito real;
que siete años le serví
doncella de Portugal,
y otros siete le sirviera
si non fuese el desnudar.—
Oyólo el hijo del Rey
de altas torres donde está:

reventó siete caballos,
para poderla alcanzar.
Allegando ella á su casa,
todos la van abrazar.
Pidió la rueca á su madre
á ver si sabia filar.
—Deja la rueca, Martinos,
non te pongas á filar;
que si de la guerra vienes,
á la guerra has de tornar.
Ya están aquí tus amores,
los que te quieren llevar.

LI

LA GAYARDA.

Estándose la Gayarda
en su ventana dorida
peinando su pelo negro,
que paéz seda torcida,
vió un bizarro caballero
venir por la plaza arriba.
—Venga, venga, el caballero,
venga á ver la mi montisa;
comerá pan de lo blanco,
vino tinto de Castilla.—
Al subir una escalera,
alzó los ojos y mira;
reparó cien cabecitas
colgadas en una viga.
—¿Qué es ésto, la Gayarda;
qué es ésto, vida mia?
—Son cabezas de lechones
que crió la mi montisa.
—Mientes, mientes, la Gayarda,
mientes, mientes, vida mía;
la cabeza de mi padre
yo aquí la conocería, (*)
y tambien la de un hermano,
de un hermano que tenía.—
La Gayarda pon la mesa,
caballero non comía;
la Gayarda escancia el vino,
caballero non bebía.
Coma, coma, caballero,
no coma con cortesía;
que el que viene de camino
gana de comer tendría.—
La Gayarda fay la cama,
caballero miraría:
en medio de dos colchones
un puñal de oro metía:

(*) —Miente, miente la Gallarda,
y toda su gallardía;
que una era de mi padre,
la barba le conocía;
y otra era de mi hermano,
la prenda que más quería.

(Variante de Llamas.—Aller.)

á las doce de la noche
Gayarda se revolvía.
—¿Qué buscabas, la Gayarda;
qué buscabas, vida mía?
—Busco mi rosario de oro,
que yo rezarlo quería.
—Mientes, mientes, la Gayarda,
mientes, mientes, vida mía;
que ese rosario de oro
en mis manos volaría.—
Metióselo por el pecho,
y á la espalda le salía.
¡Oh voces que al mundo daba;
voces que al mundo daría!
Allí vino una doncella
que en su servicio traía:
—¿De do viene el caballero
que en esta tierra venía?...
¡Cuántos hijos de buen-padre
aquí perdieron la vida!

LII

LA GAYARDA.

Estando un dia Gayarda
en su ventana florida,
vió venir un caballero
por debajo de la oliva.
—Sube arriba, caballero,
caballero sube arriba.
—No suba no, el caballero;
que le han de quitar la vida.—
Al subir el caballero
alzó los ojos arriba,
y vé siete calaveras
colgadas en una viga.
Gayarda pone la mesa,
caballero no comia;
Gayarda trae del buen pan,
del más fino que tenía;
Gayarda trae del buen vino,
que es el mejor que tenía;
Gayarda hace la cama,
caballero bien la vía:
entre sábana y colchon,
puñal de oro le metía.
Allá por la media noche
Gayarda se revolvia.
—¿Tú que buscas ahí, Gayarda,
que tanto te revolvias?
Si buscas el puñal de oro,
yo en mis manos lo tenía.—
Diérale tres puñaladas:
de la menor se moría.
—Abre las puertas, portero:
abrelas; que ya es de día.
—No las abro, el caballero;
Gayarda me mataría.
—Abre las puertas, portero;
que Gayarda ya esta fria.
—Oh, bien haya el caballero
y madre que le paría:
de cien hombres que aquí entraron,
ningun con vida salía.

LIII

LA GAYARDA.

Estábase la Gayarda
en su ventana florida;
vió venir un caballero,
venir por la calle arriba.
—Sube arriba, caballero;
sube, sube por tu vida.
—De subir tengo, señora,
aunque me cueste la vida.—
Al abrir la primer puerta,
le entrara gran pavorida:
viera cien cabezas de hombre
colgadas en una viga;
tambien vió la de su padre,
que muy bien la conocía!
—¿Qué es aquello, la Gayarda,
que tienes n' aquella viga?
—Son cabezas de lechones
criados en mi montisa.
—¡Voto al diantre la montina
que tales lechones cría!
—Habla bien, mozo, si sabes;
habla bien con cortesía,
que antes de la media noche
la tuya allí se pondría.—
Gayarda pone la mesa,
caballero no comía;
Gayarda escanciaba vino,
caballero no bebía.
Allá para media noche,
Gayarda se revolvía.
—¿Qué es lo que buscas, Gayarda,
que tanto te revolvías?
—Busco mi puñal dorado,
que á mi lado lo tenía.
—Tu puñal de oro, Gayarda,
la vida te costaría.—
Metióselo en el costado,
y al corazon le salía.
—Abre las puertas, portera;
ábrelas, portera mía.

**—No abriré no, caballero,
no abriré yo por mi vida;
que si lo sabe Gayarda,
Gayarda me mataría.
—No tengas miedo á Gayarda,
que ya muerta la tenías.
—¡Oh, bien haya el caballero,
la madre que lo paría!...
¡Cuantos de los caballeros
entraban y no salian!
Tengo de dirme con él,
servirle toda mi vida.**

LIV

EL PAJE DE DON FRANCISCO.

—Óyeme, mi paje Diego,
que de tí estoy namorada;
que me muero por tu amor,
y tu no me sabes nada.
—Sois muy niña todavía,
teneis la leche en los labios....
Hija de tan buenos padres,
y criada con regalo,
¿quereis ser enamorada
de quien es vuestro criado?
¿No sabeis, bien de mi vida,
que si os corto el mejor ramo
quedareis en árbol seco,
de vuestro amor renegando?...
La niña que tal oyó,
arrebatada llorando:
—Tengo de soltarte un toro,
que los traigo á mi mandado;
que te echen por esas peñas
y te hagan en mil pedazos.
—Callaos, bien de mi vida,
que Dios lo irá remediando;
decir helo á vuestro padre,
en chanza que non en claro;
y yo seré vuestro amante
si él non pusiese reparo.—
Otro dia de mañana,
con el padre habia encontrado:
—Ha de saber, don Francisco,
que en la villa donde me hallo
me ha sucedido un suceso
muy farmoso y muy extraño;
que me requiere d' amores
una dama de alto rango,
y yo quisiera saber
en este caso qué fago.

—Esa mujer, paje Diego,
te la está Dios enviando,
y con los brazos abiertos
admítela sin reparo.—
El paje de don Francisco
á la Infanta se ha llegado:
coge en sus brazos la niña,
y la monta en su caballo;
y mientras huye con ella,
su padre le está mirando,
y por quitarles la vida,
corren detrás sus hermanos.

LV

TOROS Y CAÑAS.

En la córte de Toledo,
junto á los Caños del Agua,
allí vive un caballero
que don Pedro se llamaba.
Noble es de la nobleza
más noblecida de España;
noble é par non reconoce
en los arreos é galas.
Era el tal, enamorado
de una doncellita hidalga:
siete años tuvo de amores
de servirla é regalarla.
Siete años la sirviera
mas con estrella menguada;
que non oye la doncella
sus amorosas palabras.
Quis' al cabo la Fortuna
que un domingo de mañana,
al tiempo de alborear,
se asomas' á la ventana.
Don Pedro allí la saluda,
cual ave saluda al alba;
y, con rendidas razones,
por su amor la suplicaba.
—Calledes, dice, calledes;
y tengan fin nuestras ansias,
imposible es ser de bronce
siendo yo cera templada.
Dia es hoy de San Pedro;
face el Rey toros y cañas:
yo vos prometo, bien mío,
en vuestro nombre quebrarlas.—
Con esto, fuese don Pedro
muy contento á la su casa;
cabalga un caballo blanco
que á la nieve se compara.
Lleva los clavos de oro,
las ferraduras de plata;
el freno que lleva es verde,
porque es verde su esperanza.
Lleva cuatro papagayos
metidos en cuatro mangas,

que parece que van muertos
y á los vivos amenazan.
¡Tan galan iba don Pedro,
que al verlo el sol se paraba!
Manda que saquen el toro,
aquel toro de Xarama:
la color como una endrina,
la cola remolinada.
El toro que vió se fuera,
á don Pedro enderezaba:
él con una espada de oro
de claro en claro lo pasa.
Asomárase el buen Rey,
de altas torres donde estaba.
—¿Quién es aquel caballero,
que bien juega y mejor fabla?
Pida, pida de su boca,
que non se le niega nada.
—Dadme, señor, en albricias
la cosa que más amaba.
—Pida, pida de su boca,
que non he negarle nada.
—Solo pido por esposa
á la fermosa doña Ana.
—Alta cosa me pedistes,
alta cosa y estimada:
más di palabra de Rey,
y non puede ser falsada.—
Ya se casan, ya se velan;
todo el reinado les manda.

LVI

AMOR Y REJAS.

N'esa villa de Madrid,
junto á los Caños del Agua
se criaba un muchachuelo:
Diego Leon se llamaba.
Enamoróse el mancebo
en una garrida dama.
Siete años llevó d'amores,
en servirla y regalarla,
sin poder alcanzar della
ni siquiera una palabra.
Quiso Dios, ó su fortuna,
que un domingo de mañana
cogióla durmiendo al fresco
arrimada á una ventana;
y, saludándola, dijo:
—Dios os guarde, doña Juana.
—Mucho me quieres, Don Diego;
mi querer al tuyo iguala.
Si hablas como caballero,
yo te empeño mi palabra.
—Tengo pedirte á tus padres,
que es lo que yo deseaba.
—No me pidas á mis padres,
que no alcanzarías nada;
y si queremos los dos,
con nuestro querer nos basta.—
Fuese don Diego contento,
fuese contento á su casa:
al bajar las escaleras,
con el buen Rey encontrara.
Para hablarle de secreto,
le ha tirado por la capa.
—Lo que le vengo á pedir,
á su hija doña Juana.
—La mi hija ha de ser monja,
no me conviene casarla;
y el que case con mi hija,
ha de menester que traiga
cien doblones en hacienda
y otros cien en oro y plata,
y otros cien que yo le dé
sin los que no se contaba.—

Mal contento con el Rey,
fuese don Diego á su casa,
y el Rey subióse á su silla
llamando á su hija Juana:
—Ven acá, Juana querida,
ven acá, Juana del alma;
hoy te me pidió, don Diego,
yo le mandé noramala.
—Cáseme con él, mi padre,
mas que nunca me dé nada.—
El Rey, de ver á su hija,
en un castillo la ciarra
donde no vé sol ni luna
sino es por una ventana.
Don Diego desde que supo
las prisiones de su dama,
siete vueltas dió al castillo
por una y por otra banda.
El buen Rey muy bien lo viera
de altas torres donde estaba;
mandó buscar siete hombres.
los más valientes de España,
que matasen á don Diego
sin que nada les costara.
De los siete mató tres,
los otros los dejó en raya.
Ya los casan, ya los velan:
el Obispo los casaba.

LVII

TOROS Y CAÑAS.

Doña Juana de los Rios,
siendo tan hermosa dama,
nunca nadie habló con ella
solamente una palabra,
sino fuera un tal don Pedro
por rejas de una ventana.
—Mucho me quieres, don Pedro;
mi querer al tuyo iguala:
si obras como caballero,
yo te empeño mi palabra.
El dia de San Juan viniente,
corre el Rey toros y cañas
y tú vendrás á la fiesta
como el que no sabe nada.—
Comprara un caballo blanco:
con la nieve se compara.
Las herraduras son de oro,
los clavos de fina plata;
la silla y el arzon verde;
porque verde es la esperanza.
Pregunta el Rey á los suyos:
—¿Dónde salió tanta fama?
—Es don Pedro de Alcalá,
que es la nobleza de España.—
Mandara echar cuatro toros,
los mejores de Jarama,
que tengan el ojo negro,
la cola remolinada,
el asta larga y aguda
para que más daño le hagan.
Don Pedro que tal oyó,
presto los despedazaba.
—Pídeme, pide don Pedro,
no sea corto por el habla.
No me pidas la Sevilla,
ni me pidas la Granada,
ni me pidas la corona;
que sin ella no soy nada.
—No te pido la Sevilla,
ni tampoco la Granada,
no te pido la corona....
¡Dios te deje bien lograrla!

Por esposa y por mujer
pido á tu hija doña Juana.
—Non me podias pedir cosa
que más me dies en el alma:
por ser palabra de Rey
no puede ser revocada.
Ves ahí libre á mi hija;
muy buen provecho te haga.
El dia de las tus bodas
cien mil ducados en arras,
y otros tantos da la Reina
para joyas de la dama.

III.—PURAMENTE NOVELESCOS.

LVIII

EL MAL DE AMOR.

Aquel monte arriba va
un pastorcillo llorando;
de tanto como lloraba
el gaban lleva mojado.
—Si me muero deste mal,
no me entierren en sagrado;
fáganlo en un praderío
donde non pase ganado;
dejen mi cabello fuera,
bien peinadò y bien rizado,
para que diga quien pase:
«Aquí murió el desgraciado.»—
Por allí pasan tres damas,
todas tres pasan llorando.
Una dijo:—¡Adios mi primo!
Otra dijo:—¡Adios mi hermano!
La más chiquita de todas
dijo:—¡Adios mi enamorado!

LIX

DON ALFEREZ.

Era un rico mercader (*)
que trata en paños de seda,
y por su mujer llevaba
una garrida morena.
Tiene un fijo de cuatro años,
á los cinco inda (**) no llega;
él le descarga sus machos
y le recoge su hacienda.
Un dia, estando cenando,
una pregunta le hiciera:
—¿Quién viene á casa, mi fijo,
despues que yo marcho della?
—A casa viene, mi padre,
don Alferez de la guerra;
con mi madre almuerza y come,
con mi madre come y cena;
como home y mujer s'abrazan;
como home y mujer se besan.
—Escucha, escucha, mujer,
oye lo que el niño cuenta.
—Calla, calla, mi marido,
non creas tan mala nueva;
que el niño es desentendido
y non sabe lo que cuenta:
por cosas que el niño diga,
non dexes d'ir á la féria.—
Otro dia por la mañana
el mercader va á la féria:
la perra de la mujer
de matar al fijo ordena.
Coge un cuchillo morado.
y le partió la cabeza. (***)

(*) *En la ciudá de Lisboa,*
en medio la Calle Nueva,
habitaba un mercader
tratante en paños de seda.
(Variante de Laviana.)

(**) Del adverbio latino *inde*; entonces, desde allí, despues, ademas, etc.

(***) *y le rallara los sesos,*
y los echara á la perra.
La perra daba ladridos
y comerlos non quisiera;
con una pata hace el pozo,
y con otra los entierra.
—¡Cuando la perra hace eso,
que haré yo que vos pariera!
(Variante de Laviana.)

—Anda parla, fijo, parlà;
que agora te doy licencia.
—Sí parlaré la mi madre,
como si vivo estuviera.—
La noche se va viniendo:
mercader llama á la puerta.
—Mujer ¿dónde está mí fijo
que á ayudarme non saliera?
—Allá abaxo entre los rios
dicen qu'hay una gran féria,
y me ha pedido por Dios
que le dejas dir à ella.
—Pues que venga, que no venga,
mujer, es tiempo de cena.
—Fui á la carnicería,
non hallé qué traer de ella
sinon fuera una cabeza
que te la guisé on cazuela.—
Cuando la estaba partiendo,
una voz del cielo suena:
«Non coma cabeza, padre,
nin tampoco desa cena;
que salió de sus entrañas,
non quiera Dios que á ellas vuelva.»
La perra de la mujer
en su aposento s'encierra;
llamaba cuatro demonios
que se bajasen por ella:
non bajaron cuatro solos,
que cuatrocientos vinieran.
Unos:—Llevarla partida.
Otros dicen:—Vaya entera.—
Los diablos para llevarla,
el hijo para defenderla:
llévanla vestida y calza
como si una reina fuera,
y por los aires remotos,
iban cantando con ella.

LX

DON PEDRO.

Un domingo por la tarde
sale don Pedro de ronda,
con un zapato ajustado,
con una media que adorna;
un jubon barcelonés
con broche d' oro á la encontra;
una montera italiana
que le está como una rosa:
tan galan iba don Pedro,
que á sí mismo se enamora;
tan galan iba don Pedro
á puertas de doña Antonia.
A la entrada de la puerta,
saca un violin de oro, y toca.
Ella responde de adentro:
—¿Quién es ese que me ronda?
Si ha de ser para la vida,
ó que vivamos con honra...—
Estuviéronse los dos
en conversacion gustosa,
hasta que tocan al alba
las campanas de Lisboa.
De allí, el falso caballero
fuese y namoróse d'otra.
Doña Antonia que lo supo,
púsose como una loca;
que con ella se compare
no hay desatada leona.
—¡Noche que tanto me tardas!
¿Cielo cómo non adornas
de tu manto celestial,
de tus estrellas preciosas?—
Iba el sol por unas cumbres,
por unas muy altas hojas,
cuando la hermosa madama,
dejando á un lado sus ropas,
puso calzon y ropilla,
espada al cinto y pistola,
y se fuera á pasear
hácia la calle Redonda:
encontrárale durmiendo
en brazos de su devota.

—Dama, que por tu hermosura
te hizo el cielo tan dichosa;
si te dió tan buen galan,
primero ha sido de otra.
—Hombre, mujer, ó lo que eres,
¿y eso á tí que se te importa?
—Pues yo tengo de matarle
si el cielo no me lo estorba.
—Doña Antonia, no me mate,
no me mate la señora;
yo me casaré con ella,
porque la razon le sobra.
—A eso de la media noche,
te aguardaré en la Victoria;
llevarás todas tus armas
para tu defensa propia.—
Fueron cambiar las espadas
midiéndolas por las hojas:
—Esa para tí es muy larga,
esta para mi es muy corta.
Mientras las están cambiando,
la cabeza ella le corta:
levantándola del suelo
la puso en una picota.
Cuando la estaba poniendo
por allí pasó la ronda.
«¿Quién vá?» Dice la justicia;
y ella respondió animosa:
—Yo le he quitado la vida,
pretendió quitarme el honra.—
Todos dicen á una voz:
«¡Viva, viva la señora!»

LXI

AMOR ETERNO.

Allá en tierras de Leon
una viudita vivía;
esta tal tenia una hija
más guapa que ser podia.
La niña ha dado palabra
á aquel don Juan de Castilla;
la madre la tien mandada
á un mercader que venia,
que es muy rico y poderoso...
y mal se la quitaria.
El don Juan desque lo supo,
para las Indias camina:
allá estuvo siete años,
siete años menos un dia,
para ver si la olvidaba
y olvidarla non podia.
Al cabo de los siete años,
para la España venia;
y fuese la calle abajo
donde la niña vivia:
encontró puertas cerradas,
balcones de plata fina;
y arrimárase á una reja
por ver si allí la veia.
Vió una señora de luto,
toda de luto vestida:
—¿Por quién trae luto, mi prenda,
por quién trae luto, mi vida?
—Tráigolo por doña Angéla,
que á doña Angéla servia:
con los paños de la boda
enterraron á la niña.—
Fuérase para la iglesia
más triste que non podia;
encontróse al ermitaño
que toca el Ave-María.
—Digame do está enterrada
Angéla la de mi vida.
—Doña Angéla está enterrada
frente á la Vírgen Maria.
—Ayúdeme á alzar la tumba,
que yo solo non podia.—
Quitaron los dos la tumba,
que es una gran maravilla,

y debajo della estaba
como el sol cuando salía;
los dientes de la su boca
cristal fino parecían. (*)
Tres veces la llamaba,
todas tres le respondía:
«Si es don Juan el que me llama,
presto me levantaría:
si es don Pedro el que me llama,
levantarme non podría.»
—Don Juan es el que te llama:
levántate, vida mía;
don Juan es el que te llama,
el que tanto te quería.—
Levantóse doña Angéla
....
y dió la mano á don Juan:
—Este há ser mi compañía,
que non me quiso olvidar
nin de muerta nin de viva.—
Tomóla don Juan en brazos,
más alegre que podía;
en un ruan la montara,
y echa andar la plaza arriba.
Encontró con el marido
galan que la pretendía:
—Deja esa rosa, don Juan;
que esa rosa era la mía.—
Armaron los dos un pleito,
un pleito de chancelía,
y echaron cartas á Roma;
non tardaron más que un día:
las cartas vienen diciendo
que don Juan lleve la niña,
que el matrimonio se acaba
echándole tierra encima.

(*) Dice una variante recogida en Goviendes (Colunga) por la Srta. Vicenta Caravia:

Metió la mano en el pecho,
sacó un puñal que traía,
para matarse con él
y echarse en su compañía.
Al tiempo de dar el golpe,
el brazo se detenía.
—¿Quién me detiene mi brazo;
quién á mí me detenía?
—Era la Virgen, don Juan,
era la Virgen María;
que le tienes ofrecido
un rosario cada dia.
—Ahora le ofrezco dos,
si resucita la niña.—
Oyera una voz del cielo,
que estas palabras decia:
«Logra la niña, don Juan,
que para tí fué nacida.»

LXII

LAS TRES AMANTES.

Allá en tierras de Madrid,
junto á los Caños del Agua,
habitan dos caballeros
de grande valor y fama:
uno se llama don Diego,
y otro don Jorge se llama.
Este tal se enamoró
de una muy hermosa dama;
ella es fija de un cerero
y tiene por nombre Juana.
No tiene padre ni madre,
solo un hermano la guarda:
juntos comen, juntos beben,
juntos se van á la playa.
Fué Juanita á la comedia,
y principió su desgracia:
sentóse junto á don Diego
sin saber dó se sentaba:
don Diego desque la vió,
bañóse en agua rosada.
—¿Quieres dineros, Juanita,
dineros, joyas ó galas?...
—Se las estimo, don Diego,
se las estimo en el alma;
mientras que mi hermano viva,
eso en mi casa sobraba.—
Ya se acabó la comedia
y se van para su casa:
don Jorge para la suya,
aunque en ella poco para.
El paje pone la mesa,
bocado non lo probara:
váse á casa de don Diego,
bien prevenido de armas.
—Muchacho, ¿está ahí tu amo?
—Sí señor, cenando estaba.
—Pues dile que cene luego,
que aquí un amigo le aguarda;
y por lo que sucediese,
que traiga su espada y lanza.—
La madre lo oyera todo:
—Hijo, no salgas de casa,

porque en noches como esta,
suelen suceder desgracias.
—Tengo de salir, mi madre,
aunque la vida importara.—
  Juntos caminan los dos
para la arena pisada:
ya se juegan los cuchillos,
ya se juegan las espadas;
de la estocada primera
don Diego en tierra quedara.
don Jorge en aquel momento
fuese á casa de su dama:
agarró tres piedrecicas
del tenor de una avellana;
la más chiquita de ellas
arrojóla á la ventana.
La dama, como no duerme
por los celos desvelada;
el zapato de chancleta,
y en zagalejo de grana,
con una antorcha encendida
á la escalera bajaba:
—Esa valona, don Jorge,
viene muy ensangrentada.
—Es sangre de a uel traidor
que en la comedia te hablara.
—¿Por qué mataste á don Diego,
si nunca me ha dicho nada?—
  Alzó la mano y le dió
una grande bofetada;
con el ruido de los dos
el hermano despertara.
—¿Qué tienes, Juana, querida,
qué tienes, Juana, del alma?
Eres tú la que decías
que eras tan buena cristiana,
y que habías entrar monja
en convento Santa Clara?
  Dí la confesion, Juanita;
dí la confesion, hermana:
y al decir «Señor pequé,»
cruzola pecho y espalda;
y en una noche murieron
los tres amantes del alma;
y en una noche murieron
don Diego, don Jorge y Juana.

LXIII

LA INCESTUOSA.

En Valladolid, señores,
junto á los Caños del Agua
habitaba una viudita
rica y bien acomodada.
Aunque es mora, no es morena;
aunque es morena, es bizarra.
Yendo un dia para misa
dijo la criada al ama:
—Con su licencia, señora,
quisiera dejar la casa.
—Díme, dime, mi doncella,
si en mi casa hay quien t' agravia:
si te agravian mis criados,
yo pondré la enmienda en casa.
—No me agravian sus criados,
que ellos son de buena fama;
el su hijo don Francisco
es el que más m' agraviaba.
....
—Detente un poco, detente;
detente un poco y aguarda:
tú pondrás mi gargantilla,
y yo tu camisa blanca;
tú te irás á la mi celda,
iréme yo á la tu cama.—
A las doce de la noche
fué el galan buscar la dama:
hizo de ella lo que quiso
hasta escupirla en la cara.
A la mañana otro dia,
la señora madrugara;
daba á la criada palos,
grandes voces habia en casa:
el don Pedro bien lo oía
de la cama donde estaba.
—¿Qué tienes, madre querida;
qué tienes con mis criadas?
—Tú las requiebras de amores;
anda, fuera de mi casa.—
Marchóse á servir al Rey
y en sus plazas sentó plaza;
al cabo de nueve meses

la viuda de parto estaba:
fuése para una capilla
que en un monte cerca estaba;
toda la gente llegó,
y tambien yo allí llegara.
—¿Adonde vá la viudita
por aquí tan de mañana?
—Voy criar un huerfanito,
por el amor de Dios vaya.—
Al cabo de los quince años,
viene el hijo para casa.
—¿De quién es, madre querida;
de quién es esta zagala?
—Es, hijo, una huerfanita
que yo he criado en mi casa.
—Si me otorgara licencia,
yo con ella me casara.
—Casarte con ella, no;
que en calidad non iguala.—
Pasó tiempo, vino tiempo,
y casó con la zagala.
La madre, desque lo supo,
cayó mortal en la cama;
pidió allí papel y pluma
para echar una plumada:
«Lo que te pido, don Pedro,
es que mires por tu alma;
esa tu mujer que tienes
es tu hija y es tu hermana.»
El se metió religioso,
y ella monja en Santa Clara:
con las rentas de los dos
muchos huérfanos criaban.

ROMANCES RELIGIOSOS.

ROMANCES RELIGIOSOS.

I.—MISTICOS.

LXIV

LA ROMERA.

Por los campos de Castilla
se pasea una romera;
era más alta que un pino,
más hermosa que una estrella:
el buen Rey, desque la vido,
se bajara á hablar con ella.
—¿Dónde vá la romerita
tan sola por esta tierra?
—A Santiago de Galicia
voy cumplir una promesa;
que me ofrecieron mis padres
siendo yo niña pequeña,
y ahora que soy mayor,
voy cumplir la cuarentena.
—Déxese d' eso, señora,
venga á comer á mi mesa.
—Yo se lo estimo, el buen Rey,
como si mi hermano fuera:
viene mi marido atrás,
más hermoso qu' una estrella,
cargadito de pistolas
como un soldado de guerra.—
Se subiera para arriba;
púnsole el paje la mesa:
se punso á partir el pan,
bendito bocao comiera;
se punso á escanciar el vino,
bendita gota bebiera.
—¿Qué tiene el buen Rey,
qué tiene que le da pena?

—Es por una romerita
que acabo d' hablar con ella.
—Yo iré á buscarla, buen Rey:
dígame qué señas lleva.
—Lleva zapato empicado
y arriba media de seda,
y una tole toledana
què tal non la trae la Reina;
encima de todo esto
lleva una capa aguadera,
que non l' entra sol ni luna
nin los aires de la tierra.—
Echárase el paje á andar
en busca de la romera:
la encontrara refrescando
debajo d' una olivera,
peinando su rubio pelo
que parecia una seda.
—Buenos dias, la señora,
buenos dias, la romera;
vengo de parte del Rey
vaya á comer á su mesa.
—Dígale, paje, al buen Rey,
dígale d' esta manera:
«Si él es rey de sus vasallos,
yo soy de cielos y tierra.—
Oyó una voz por el aire
que á los cielos se subiera:
«*Mal año para los hombres*
y el fado que Dios les diera,
que se quieren namorar
n'a bendita Madalena.»

LXV

LA ROMERA.

Por los senderos de un monte
se pasea una romera
blanca, rubia y colorada, (*)
relumbra como una estrella:
vióla el Rey desde sus torres,
y enamorárase délla.
—¿Donde vá la romerita
por estos montes señera?
—No vengo sola, buen Rey,
compañia traigo y buena:
atrás viene mi marido,
más hermoso que una estrella.
A Santiago de Galicia
voy cumplir mi cuarentena,
que me la ofreció mi madre
en la hora en que naciera.—
Manda el Rey poner la tabla,
manda el Rey poner la mesa;
al medio de su comida,
se acordó de la romera:
llamara un paje corriendo:
—Vé buscar esa romera:
nin por oro, nin por plata,
non tornes aqui sin ella.
—Romeras se encuentran muchas,
y no sabré yo cuál era.
—Como aquella romerita
non las hay por esta tierra;
blanca, rubia, colorada,
relumbra como una estrella;
zapato de cordoban,
una pulida gorguera,
y una toca toledana
que tal non la tien la Reina;
rosario, por que rezaba

(*) En el que titula «Romance de amores» D. Fernando Wolf (*Rosa de romances sacados de las «Rosas» de Juan Timoneda*, Leipsique 1846), y que es un fragmento del de Gayferos, se lee:

El es dispuesto de cuerpo
y de mucha gravedad,
blanco, rubio y colorado
mancebo, y de poca edad.

cinco extremos de oro lleva;
por el segundo decía:
«Muerto es quien vida espera.»—
Bajara el paje corriendo;
marchó tras de la romera.
¡Bien la viera relucir
en medio de la arboleda!
La encontrara sentadita
debajo de una alameda.
—Mándala llamar el Rey
para comer á su mesa.
—Anda, paje, dí á tu amo
y díle desta manera:
«Si él es rey de su reinado,
yo soy de cielos y tierra.»
—Si eres Reina de los cielos,
yo la gloria te pidiera.
—Pajecico, sí por cierto,
y á cuantos de tí vinieran.

LXVI

EL ALMA EN PENA.

En camino de Santiago
iba un alma peregrina,
una noche tan escura
que ni una estrella lucía:
por donde el alma pasaba,
la tierra se extremecía.
Arrimóse un caballero
á la ventana y decía:
—Si eres cosa del demorgo,
de aquí te esconxuraría;
si eres cosa deste mundo,
dirásme lo que querías.
—Non soy cosa del demorgo,
conxurarme non debías;
soy un alma pecadora
que para Santiago diba;
hallara un rio muy fondo
y pasarlo non podía.
—Arrímate á los rosarios
que rezaste en esta vida...
—¡Ay de mí, triste, cuitada,
que ninguno non tenía!
—Arrimate á los ayunos
que ficiste en esta vida...
¡Ay de mí, triste, cuitada.
que nunca ayunado había!
—Arrímate á las limosnas
que ficiste en esta vida...
¡Ay de mí, triste, cuitada,
que ninguna fecho había!
—Las velas de la Victoria
yo te las emprestaria;
las velas de la Victoria
que en mi casa las tenia.—
Púnsolas á la ventana,
tanto como el sol lucían;
púnsolas á la ventana
y el alma siguió su via.
Volviendo la misma noche
de la Santa Romería,
venía el alma cantando,
desta manera decía:

«Oh, dichoso el caballero,
más dichoso non podía;
que por salvar á mi alma,
salvó la suya y la mía.»
—Dirásme, alma pecadora,
lo que por Santiago había?
—Perdóneme el caballero,
decírselo non podía;
que tengo el cuerpo en las andas,
voy á la misa del día.

LXVII

LA PASTORCILLA.

Allá arriba en aquel monte
se pasea una zagala:
al pié de una mata oscura
rezando el rosario estaba.
Viera venir á lo lejos
tres fermosisimas damas:
la una vestia de azul;
las otras de verde estaban.
—Bien hayas, la zagaleja,
la zagaleja, bien hayas:
¿qué faces aquí la niñya?...
¿qué faces tan de mañana?
—Buenos dias, les responde:
rezando el rosario estaba.
—¿De quién son esas cabrillas,
esas cabras que tú guardas?
—Suyas é mias, Señora,
suyas é mias las cabras.
—¿Conócesme por ventura,
pues que ansy, niñya, me fablas?..
—Señora, yo vos conozco;
que sodes la Vírgen Santa.
—¿Quieres venirte conmigo
á la celestial morada?...
—Non pudiera ser, Señora;
¿dónde he de dexar mis cabras?...
—Pónlas en ese sendero,
que ellas te se irán á casa.—
Su padre al anochecer
triste y afligido estaba:
—¿Cómo es tan tarde, é non viene
la zagala con sus cabras?..
Triste el padre é afligido
de los sus güeyos lloraba,
é á los piés de un Crucifijo
con dolor s' arrodillaba.
Postrárase de rodillas;
estas palabras fablara:
—Dime Tú, manso Cordero,
Fijo de la Virgen Santa,
¿cómo es tan tarde é non viene
la fija de mis entrañas?

¿Cómo es tan tarde é non viene?...
Si se perdió en la montaña,
si los osos la comieron,
si algun culebro (*) la encanta?...
Dime Tú, manso Cordero,
¿qué se fizieron mis cabras?
Ellas eran con mi fija
todo el bien que me quedaba.
—Non llores por la tu fija,
non llores por tu zagala;
ca ya venturosa mora
en la celestial morada.
Las tus cabrillas non llores;
ca ya tu corral las guarda:
dióles seguro sendero
una divina zagala.
Non llores, é vey si quieres
ir do está tu fija amada;
vey si te plaz ir conmigo
á la celestial morada.
—Llevadme, Señor, llevadme
donde vive mi zagala.

(*) En Astúrias llámase indistintamente *cuélebre* y *culebro* al dragon.

Demandó de *culebro* commo fuera venido.

(Poema de F. Gonzales.)

LXVIII

LA DEVOTA.

En el palacio del Rey
una niña sola había,
que su padre la adoraba,
que su madre la vestía.
Pídenla Duques y Condes,
caballeros de Abadía;
pidióla un Marqués de Manso
para un nieto que tenía;
y el nieto dijo que sí
que para sí la quería;
y ella le dijo que non,
que casarse non quería,
que quería ser devota
del rosario de María.
Un rosarito que tiene
tres veces lo reza al día:
el uno por la mañana,
otro por el mediodía,
otro por la media noche,
cuando la gente dormía.
Estando una vez rezando,
llega la Virgen María:
—¿Qué faces aquí, devota,
devota del alma mía?...
—Estó rezando el rosario,
que de rezarlo tenía.
—Yo te vengo á ti á buscar
para dir en romería.
—El mi padre está durmiendo:
sin su amor yo non podía.
....
Despierte, padre, despierte;
despierte por cortesía, (*)
que dentro del aposento
está la Virgen María,
que á mí me viene á buscar
para dir en romería.

(*) Allí hablara una doncella
que Fortuna se decía:
—Si duermes, buen Rey Rodrigo,
despierta por cortesía.—
(Núm. 11 del Rom. Cast. de G. B. Depping.)

—Bien sabe Dios que lo siento,
que otra fija non tenía;
mas por mandar quien lo manda,
vete con Dios, la mi fija.—
  La Vírgen por la su mano
llevóla una sierra arriba:
ya la deja al pié d' un roble,
al pié d' una verde oliva.
—Aquí has de estar siete años,
siete años ménos un dia,
sin comer y sin beber
nin falar con cosa viva.
  Una palomita blanca
te verná á ver cada dia:
en pico de la paloma
una flor muy amarilla;
con el olor de la flor,
te quedarás mantenida,
y en el olor de la flor,
bien sabrás quién te la envia.—
  Cumplidos los siete años
bajó la Vírgen María.
—¿Cómo te va, la mi esclava;
cómo te va, esclava mia?
—A mí me vá bien, señora;
mas de sede me moría.
—Pues entre los tus piés sale
una fuente d' agua fria:
bebe, bebe, la mi esclava,
bebe, bebe, esclava mía.
  Tú si te quieres casar,
yo muy bien te casaría;
si te quieres meter monja,
yo monja te meteria.
—Monja quiero ser, Señora,
hasta que fine mi vida.

LXIX.

LA DEVOTA.

El buen Rey tenia una hija,
muncho la amaba y queria;
de la plata la calzaba
y del oro la vestia.
Quiérenla reyes y condes,
toda la flor de Castilla;
que rezaba tres rosarios,
todos tres los reza al dia:
uno reza á la mañana,
y otro reza al medio dia,
otro rezaba de noche
mientras su padre dormia.
Estando una vez rezando,
vino la Virgen Maria.
—¿Qué faces aquí, devota,
que faces, devota mia?
—Estoy rezando el rosario
á quien lo rezar solia.
—Pues ahora, mi devota,
trataremos de otra vida:
quiero llevarte conmigo
tres horas antes del dia.
—Voy decirlo al Rey mi padre
que está en la sala de arriba.....
....
Despiértese, el Rey mi padre,
despierte por vida mia,
que en nuestros poderes anda
la Soberana Maria,
que me quier llevar consigo
tres horas antes del dia.
—Si se va la mi riqueza,
lleve la bendicion mia.
¿Si vienen los caballeros,
triste, yo qué les diria?
—Que fuime á torcer la seda
como la torcer solia.—
Llevóla por unos montes,
los más desiertos que habia,
y llegaron á una sierra
donde una fuente corria.
—Aquí has de estar siete años,

siete años ménos un dia,
sin comer y sin beber
nin falar con cosa viva;
que aquí vendrá una paloma
que te ha de hacer compañía.—
Cumplidos los siete años,
llega la Virgen María.
—¿Qué haces aquí, devota,
qué faces, devota mía?
—Toy bajándome á beber
agua desta fuente fría.
—Pues ahora, mi devota,
trataremos de otra vida:
si tú te quieres casar,
tambien yo te casaría;
si te quieres meter monja,
tambien yo te meteria.
—Monja, monja, la Señora,
monja he de ser, por mi vida;
que el padre que me crió
para monja me quería.—
El jueves metióse monja
y el martes ya se moría:
ya se tocan las campanas
y nadie las atañía;
ya se encienden las candelas
y nadie las encendía,
por la hija de un buen Rey
que á los cielos se subía. (*)

(*) A las doce de la noche
las campanas se truquían,
por l' alma de là doncella
que muerta se aparecía.
(Variante de Santianes del Agua. —Ribadesella.)

LXX

MAÑANITAS DE SAN JUAN.

Mañanitas de San Juan,
cuando el árbol floreaba,
iba la Vírgen gloriosa
por una fuente sagrada;
más hermosa que una estrella,
más que una estrella galana,
lavando sus piés y manos
y su pulidita cara:
con un libro en las sus manos,
dió la bendicion al agua.
—Bien venida la doncella
que vinies aquí por agua;
que si del agua bebiese,
muy presto será casada.—
Oyólo la hija del Rey,
de la celda donde estaba;
muy de prisa se vestía,
más de prisa se calzaba:
bajóse de almena á almena,
bajóse de sala á sala;
cogió su jarrita de oro
y á la fuente va por agua.
En el medio del camino
con la Vírgen encontrára.
—Ha decirme la Señora
si tengo de ser casada?...
—Casadita, sí por cierto;
serás bien aventurada:
has de tener siete hijos,
todos ceñirán espada:
uno ha ser Rey en Sevilla,
otro serálo en Granada;
y has de tener una hija
para monja en Santa Clara.

LXXI

MAÑANITAS DE SAN JUAN.

Mañanita de San Juan,
cuando el sol alboreaba,
la Vírgen Santa María
de los cielos abajaba
con una candela encesa,
y un libro po'l que rezaba;
con un ramito en las manos
para bendecir el agua.
Despues que la bendició,
lavó su bendita cara;
y, despues que la lavó,
estas palabras hablara:
—Bendita sea la doncella
que aquí viniera por agua;
que la llevará bendita,
llevarála consagrada.—
La hija del Rey lo oyera
del su cuarto donde estaba; (*)
muy á prisa se vestía,
muy á prisa se calzaba,
y muy á prisa llegó
donde la Vírgen estaba.
—¿Quién eres, hija querida;
quién eres, hija galana?
—Soy hija del Rey, Señora;
vengo por la flor del agua. (**)
—Si fueras hija de rey
vinieras acompañada,
de condeses y condesas
anduvieras arrodeada.
—Non lo fice así, Señora,
por venir más de mañana.
¡Buena compaña encontré;
tan buena no la esperaba!
—¡Como la encontraste buena,
pudieras hallarla mala;

(*) Otros dicen:

... de altas torres donde estaba.

(**) En los reflejos que produce en el agua de las fuentes el primer rayo de luz de la mañana de San Juan cree ver la imaginacion del pueblo esa misteriosa *flor del agua*, flor de dichas y venturas que las *xanas* custodian con avaro afan. Esta supersticion nació, sin duda, como otras muchas, de la aplicacion literal de una metáfora.

que una mala compañía
hace á una mujer ser mala.
—Diga, diga la Señora,
¿dónde llevaré yo el agua?
—Llevaráslo tú, doncella,
'n el regazo de tu saya
y tambien la llevaras
en mangas de tu delgada.—(*)
La doncella como es noble
un jarro de oro llevaba;
cuando lo metió en la fuente
se volviera flor del agua.
La doncella, que tal vió,
cayó en tierra desmayada.
—Non te desmayes, doncella,
non te desmayes, galana;
que yo soy la Virgen pura,
soy la Virgen soberana.
—Diga, diga la Señora,
si tengo de ser casada...
—Casadita, sí por cierto,
pero bien aventurada.
Has de tener siete infantes,
los siete Infantes de Lara:
los ha de matar el Turco,
un lunes por la mañana.
Aunque te los mate todos,
non te llames desdichada;
que has de tener una hija
monjita de Santa Clara.
En teniendo aquella hija
te tengo arrancar el alma,
y te llevaré á los cielos
en silla de oro sentada.

(*) *...en mangas de tu delgada.*
La camisa cuando es fina, recibe este nombre en *bable*.

LXXII

MAÑANITAS DE SAN JUAN.

Mañanita de San Juan
anda el agua de alborada.
Estaba Nuestra Señora
en silla de oro sentada,
bendiciendo el pan y el vino,
bendiciendo el pan y el agua
cuanto en el mundo se halla.
—Dichoso varon ó hembra
que coja la flor d' esta agua.—
La hija del Rey lo oyera
de altas torres donde estaba;
si de prisa se vestía,
más de prisa se calzaba.
—Dios la guarde, la señora.
—Doncella, bien seas hallada.
¿De quién es esta doncella
bien vestida y bien portada?...
—Soy hija del Rey, señora;
mi madre reina se llama.
—Para ser hija de rey,
vienes mal acompañada.
—Yo me viniera así sola
por coger la flor del agua:
metiera jarra de vidrio
y de plata la sacara.
¿Quién he de decir, señora,
que me regaló esta jarra?
—Que te la dió una mujer
de las otras extremada;
y para mejor decir,
Nuestra Señora se llama.
—Pues ya que es Nuestra Señora,
diga si he de ser casada.
—Casadita, sí por cierto,
y muy bien aventurada;
tres hijos has de tener,
todos cinguirán espada:
uno ha ser Rey de Sevilla,
otro ha ser Rey de Granada,
y el más chiquito de todos

será Principe de España:
y una hija has de tener;
será Reina coronada.—
  La niña que tal oyera,
se cayera desmayada:
la coge Nuestra Señora
en regozos de su saya...
  Estando en estas razones,
allí su Hijo llegara.
—¿Qué tiene ahí la mi madre
en regozos de su saya?..
—Aquí tengo una doncella,
que en palacio está sentada:
anda, llévala, hijo mio,
al palacio donde estaba.

LXXIII

LA APARICION.

En palacio los soldados
se divierten y hacen fiesta;
uno solo non se ríe,
que está lleno de tristeza.
El Alferez le pregunta:
—¿Díme, por qué tienes pena?
¿Es por padre, ó es por madre,
ó es por gente de tu tierra?
—No es por padre, ni es por madre,
ni es por gente de mi tierra;
es por una penosita
que tengo ganas de verla.
—Coge un caballo ligero,
monta en él y vete á verla;
vete por camino real,
non te vayas por la senda.—
En la ermita de San Jorge
una sombra oscura ví:
el caballo se paraba,
ella se acercaba á mí...
—¿Adónde vá el soldadito
á estas horas por aquí?
—Voy á ver á la mi esposa,
que há tiempo que non la ví.
—La tu esposa ya se ha muerto;
su figura vesla aquí.
—Si ella fuera la mi esposa,
ella me abrazara á mí...
—¡Brazos con que te abrazaba
la desgraciada de mí,
ya me los comió la tierra:
la figura vesla aquí!
—Si vos fuérais la mi esposa,
non me miráraís ansí...
—¡Ojos con que te miraba
la desgraciada de mí,
ya me los comió la tierra,
su figura vesla aquí!
—Yo venderé mis caballos
y diré misas por tí...
—Non vendas los tus caballos,
nin digas misas por mí;

que por tus malos amores
agora peno por ti.
La mujer con quien casares,
non se llama Beatriz;
cuantas más veces la llames,
tantas me llamas á mí.
¡Si llegas á tener hijas,
tenlas siempre junto á ti;
non te las engañe nadie
como me engañaste á mí!

LXXIV

DELGADINA.

El buen Rey tenia tres hijas
muy hermosas y galanas,
la más chiquitina dellas,
Delgadina se llamaba.
—Delgadina de cintura,
tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo,
ni la Virgen soberana,
que yo enamorada fuera
del padre que me enjendrara.—
El padre que tal oyó,
la encerrara en una sala.
Non le daban de comer
más que de carne salada;
non le daban de beber,
sinó zumo de naranja.
A la mañana otro dia,
se asomara á la ventana,
y viera á su madre enbajo
en silla de oro sentada:
—¡Mi madre: por ser mi madre,
púrrame (*) una jarra d' agua;
porque me muero de sede,
y á Dios quiero dar el alma!
—Calla tú, perra maldita,
calla tú, perra malvada;
siete años que estoy contigo,
siete años soy mal casada.—
A la mañana otro dia,
se asomara á otra ventana:
vió á sus hermanas enbajo
filando seda labrada.
—¡Hermanas, las mis hermanas,
púrriime una jarra d' agua;
porque me muero de sede
y á Dios quiero dar el alma!
—Primero te meteriámos
esta encina por la cara.—
Se asomara al otro dia
á otra ventana más alta:

(*) Del latin *Porrigo, is, gere*, extender, alargar.

vió á sus hermanos que enbajo
taban tirando la barra.
—¡Hermanos, por ser hermanos,
púrriime una jarra d' agua,
que ya me muero de sede
y á Dios quiero dar mi alma!
—Non te la doy, Delgadina;
non te la damos, Delgada,
que si tu padre lo sabe
nuestra vida es ya juzgada.—
Se asomara al otro dia
á otra ventana más alta,
y vió á su padre que enbajo
paseaba en una sala.
—¡Mi padre; por ser mi padre,
púrrame una jarra d' agua;
porque me muero de sede
y á Dios quiero dar mi alma!
—Darétela, Delgadina,
si me cumples la palabra.
—La palabra cumpliréla,
aunque sea de mala gana.
—Acorred, (*) mis pajecicos,
á Delgadina con agua:
el primero que llegase,
con Delgadina se casa:
el que llegare postrero,
su vida será juzgada.—
Unos van con jarros de oro,
otros con jarros de plata...
Las campanas de la iglesia
por Delgadina tocaban.
El primero que llegó,
Delgadina era finada.
La cama de Delgadina,
de ángeles está cercada:
bajan á la de su padre;
de demonios coronada.

(*) Vo meter la nuestra senna en aquela maior az
los que el debdo auedes veremos commo la *acorredes*
(Poema del Cid.)

LXXV

DELGADINA.

El buen Rey tenia tres hijas
muy hermosas y galanas;
la más chiquita de todas
Delgadina se llamaba.
Un dia, sentado á la mesa
su padre, la arreparara.
—Delgadina, Delgadina,
tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo,
ni su Madre soberana,
que de amores me rindiera
al padre que me enjendrara.—
La madre qu'atal oyó,
n'un castillo la encerrara:
el pan le daban por onzas.
y la carne muy salada,
y el agua para beber
de los piés de una llamarga
donde canta la culebra,
donde la rana cantaba.
Delgadina, por la sed,
se arrimara á una ventana,
y á sus dos hermanas viera
labrando paños de grana.
—¡Por Dios vos pido, Infantinas,
que hermanas non vos llamaba,
por una de las doncellas
unviayme una jarra de agua;
que el corazon se me endulza
y el ánima se me aparta!
—Quítate allá, Delgadina,
quítate, perra malvada:
un cuchillo que tuviera
te tiraría á la cara,
Delgadina, por la sed,
se arrimara á otra ventana;
viera á los dos hermanos
jugando lanzas y espadas.
—Por Dios vos pido, Infantinos,
que hermanos non vos llamaba,
por uno de vuestros pajes
unviayme una jarra de agua,

que el corazon se me endulza
y el ánima se me aparta.
—Quítate allá, Delgadina,
quítate, perra malvada;
que una lanza que tuviera
yo contra ti la arrojara.—
Delgadina, por la sed,
se arrimara á otra ventana,
viera á su madre la Reina
en silla de oro sentada.
—Por Dios vos pido, la Reina,
que madre non vos llamaba;
por una de esas doncellas
unviayme una jarra de agua;
que el corazon se me endulza
y el ánima se me aparta.
—Quítate allá, Delgadina,
quítate, perra malvada,
que há siete años por tu culpa
que yo vivo mal casada.—
Delgadina, por la sed,
se arrimara á otra ventana,
y vió á su padre que enbajo
paseaba en una sala.
—Mi padre, por ser mi padre,
púrrame una jarra de agua,
porque me muero de sed,
y á Dios quiero dar mi alma.
—Darétela, Delgadina,
si me cumples la palabra.
—La palabra cumpliréla
aunque sea de mala gana.
—Acorred, mis pajecicos,
á Delgadina dad agua:
el primero que llegase
con Delgadina se casa;
el que llegare postrero
su vida será juzgada.—
Unos van con jarros de oro,
otros con jarros de plata:
las campanas de la iglesia
por Delgadina tocaban.
El primero que llegó
Delgadina era finada.
La Virgen la sostenia
ánxeles la amortayaban;
en la cama de su padre
los degorrios se asentaban,
y á los piés de Delgadina
una fuente fria estaba,
porque apagase la sede
que aquel cadáver pasaba.

LXXVI

DELGADINA.

El buen Rey tenia una hija, (*)
Delgadina se llamaba.
—Delgadina, Delgadina,
tú has de ser mi enamorada.
—No lo quiera Dios del cielo
ni la Virgen soberana;
que yo enamorada fuera
de un padre que me engendrara.—
El buen Rey, que aquello oyó,
'n un aposento la ciarra
donde no ve el sol ni luna
sino por una ventana;
cuando pide de comer,
le dan cecina salada;
cuando pide de beber,
le dan zumo de naranja;
tanta es la sede que tiene,
que se asomó á una ventana
y vió venir á su padre;
por la calle se paseaba.
—Mi padre, por ser mi padre,
apúrrame una sed d' agua.
—Yo dártela sí por cierto,
si haces lo que te mandaba.
—No lo quiera Dios del cielo
ni la Virgen soberana,
que yo namorada fuera
de un padre que me engendrara.—
Tanta es la sede que tiene,
que asómase á la ventana:
bien vira vir á su madre
de lavar la fina plata.
—Mi madre, por ser mi madre,
apurrame una sed d' agua.

(*) Una preciosa variante recogida á última hora en Ribadesella, comienza así:

En el jardin de Cupido
se paseaba Sildana:
su padre la envió á llamar
por un paje que tenía.
—¿Qué me quiere, mi buen padre;
mi padre qué me quería?
—Que te sientes á mi mesa
para hacerme compañía, etc.

—Quita d' ahí, perra traidora,
quita d' ahí, perra malvada,
que vá para siete años
que por tí soy mal casada.—
  Tanta es la sede que tiene,
que asomóse á la ventana:
vira vir á sus hermanas
de lavar la colada.
—Hermanas, por ser hermanas,
apurriime una sed d' agua.
—No te la podemos dar,
porque madre nos mataba.—
  Tanta es la sede que tiene,
se asomara á la ventana:
vira estar á sus hermanos
labrando trigo y cebada.
—Hermanos, por ser hermanos,
apurriime una sed d' agua.
—Arriba, pajes del Rey,
arriba con jarros de agua.—
Cuando col' agua llegaron
Delgadina ya finara.
  Las campanas del paraiso
ellas de son se tocaban
por l' alma de Delgadina
que á los cielos caminaba;
el alma del Rey su padre,
pa los infiernos bajara.

LXXVII

EL MARINERO.

Mañanitas de San Juan
cayó un marinero al agua.
—¿Qué me das, marinerito,
por que te saque del agua?
—Doyte todos mis navíos
cargados d' oro y de plata,
y además á mi mujer
para que sea tu esclava.
—Yo no quiero tus navíos,
nin tu oro nin tu plata,
ni á la tu mujer tampoco,
aunque la fagas mi esclava;
quiero que cuando te mueras,
á mí me entregues el alma.
—El alma la entrego á Dios,
y el cuerpo á la mar salada.
Válgame Nuestra Señora,
Nuestra Señora me valga.

LXXVIII

LA TENTACION.

—¡Ay, probe Xuana de cuerpo garrido!
¡Ay, probe Xuana de cuerpo galano!
¿Dónde le dexas al tu buen amigo?
¿Dónde le dexas al tu buen amado?
—Muerto le dexo á la orilla del rio,
muerto dexole á la orilla del vado!
—¿Cuánto me das volverételo vivo?
¿Cuánto me das volverételo sano?
—Doyte las armas y doyte el rocino,
doyte las armas y doyte el caballo.
—No he menester ni armas ni rocino,
no he menester ni armas ni caballo...
¿Cuánto me dás volverételo vivo,
cuánto me dás volverételo sano?

LXXIX

PALABRAS DE CASAMIENTO.

Palabra de amor se tratan
un galan y una doncella.
Él le promete, si vive,
que se ha de casar con ella;
desque la echara á perder,
por ese mundo se fuera.
La niña, de aborrecida,
de maldiciones le ruega.
Diérale una enfermedad
muy rigorosa y suprema,
que le duró nueve meses
y al cabo de ellos muriera.
Los demonios por llevarlo,
allí mismo lo atormentan:
allí llegó San Francisco,
porque el alma no se pierda
pidiera una gracia á Dios;
luego se la concediera,
que volviese el mozo al mundo
como si vivo estuviera
á ganar los cien ducados
al honra de una doncella.
Fórase él por allí alante
más contento que una estrella;
viera estar un labrador
beneficiando su hacienda.
Dizle si quiere servir
y le pagará moneda.
Por el dia trabajaba,
de noche hacia penitencia;
que se arrojaba á las llamas
y quemaba sus vergüenzas:
un criado le descubre
y á su amo se lo cuenta.
—Mozo que sirve en cocina,
mozo que sirve á la mesa,
mozo que sirve en cocina
todas sus vergüenzas quema.
—¿Por qué penas, alma mía;
por qué penas, alma buena?
—Peno por los cien ducados
al honra de una doncella.

—Si tú penáras por una,
penára yo por cincuenta.
Toma esos cien ducados
llevalos á la doncella.—
Fórase él por allí alante
más contento que una estrella,
viérala estar n'el balcon
peinando su cabellera.
Le dice si le conoce;
y ella respondió resuelta:
—Me parece que es un mozo
que se ausentó de esta tierra.
—Ese mozo se murió,
sélo yo por cosa cierta.
Bájate dese balcon,
yo subiré la escalera;
trae un pañuelo de manos
recibirás la moneda.
Poco te parecerá,
pero el cielo así gobierna:
cásate co'l primer mozo
que te salga con herencia;
que yo en el cielo no entro
hasta que estado no tengas.—
El dia de las sus bodas,
tando comiendo á la mesa,
una voz llegó del cielo,
una voz del cielo llega.
«Adios, querida del alma,
querida del alma prenda,
que yo me voy á sentar
co'l Rey del cielo á la mesa.»

LXXX

EL DIABLO EN ROPAS DE FRAILE.

Allá dentro de Leon,
donde está la gente buena,
habitaba un caballero
que trata en paños y telas.
Enamoróse el mancebo
de una tal Mari-Manuela:
se casaron, se velaron,
se marcharon á su tierra.
Al cabo de nueve meses
un viaje le saliera.
—Lo que te digo, galan,
es que dés presto la vuelta;
ya sabes que quedo en cinta
de nueve meses sin cuenta.—
Al medio de la jornada
co 'l mismo demonio encuentra,
vestido de peregrino
y descalzo de pié y pierna.
—¿Adónde bueno camina,
á qué país ó á qué tierra?
—Mi viaje no es muy largo,
treinta leguas d' aquí á fuera.
—Vuelva sus pasos atrás,
que así le tendrá más cuenta;
porque su mujer le engaña
y un galan durmió con ella.
—Tal non diga el peregrino;
mi mujer siempre fué buena.
—Si non lo quereis creer,
mirad una buena seña.—
Cuatro vueltas de corales
sacó de la faltriquera.
—Ves aquí los que le diste
cuando casaste con ella.—
Vuélvese el hombre á su casa
más triste que noche negra;
á la entrada del palacio
la criada le saliera.
—Albricias, mi señor amo,
que parió Mari-Manuela
un niño como una rosa,
hermoso como una estrella.

—Nin el niño mame leche,
nin la dé Mari-Manuela.
Dí la confesion, traidora,
que yo te ayudaré en ella.—
Al decir «Señor, pequé,»
el corazon le atraviesa;
dióle siete cuchilladas
y de la menor muriera.
Cogió el niño entre los brazos
diciendo d' esta manera:
—Es hijo de mala madre,
no puede ser cosa buena.—
Tirólo contra la tapia,
y mil pedazos le hiciera.
Volvió el hombre á dir al viaje,
viaje de non leja tierra;
yendo al medio del camino,
el mismo demonio encuentra.
—Agora te han de matar
los hermanos de Manuela,
porque tú le diste muerte
en sin tener culpa ellá.
Si te quisieres ahorcar,
mira aquí una buena cuerda.—
El cordon de San Francisco
sacó de la faltriquera:
bajó la Vírgen del cielo
muy alegre y muy resuelta.
—Vete al infierno, demonio,
qu' esa alma tuya no era;
ve á tu casa, caballero,
y allí farás penitencia.
—¡Cómo he de marchar, Señora,
si mi mujer quedó muerta
y un niño que Dios me ha dado
tambien se quedó con ella?
—Vaya el caballero á casa;
pues que yo se lo dijera.—
A la entrada del palacio
non oyó tan mala seña;
oyera llorar el niño,
y cantar Mari-Manuela.

LXXXI

EL ZAPATO DEL CRISTO.

Un soldado de á caballo
que anda en este Monasterio,
vendado de piés y manos,
peleando como un romero,
bajóse á pedir limosna
ante un Cristo verdadero.
—Dáme limosna, Señor,
mira que voy padeciendo.—
Descalzó al Cristo el zapato
que tiene en el pié derecho,
y dió la limosna al pobre
y el pobre fué muy contento.
Fuera á venderlo á la plaza;
reconociólo el platero.
—Ven acá, traidor, malvado,
¿cómo pudiste hacer esto,
el sacar del templo santo,
reliquia de tan gran precio?
—Quien me diera este zapato,
bien me puede dar el cielo.—
Dan parte á la Justicia
y dan con el pobre preso.
Pasó al dir para la cárcel
ante el Cristo verdadero.
—Quien me diera este zapato,
bien me puede dar el cielo.—
Cristo bajó la cabeza,
y dijo que sí por cierto:
reliquias hacen del pobre,
reliquias para ir al cielo.

LXXXII

LA TOCA DE LA VÍRGEN.

Una noche muy oscura
de tormentas y de viento,
murió una alma pecadora
sin recibir sacramentos:
llama del cielo á las puertas
que le abriesen presto, y luego
de adentro le respondieran:
—Más esperé yo primero;
enseñéte mis calvarios,
siempre pasabas corriendo;
enseñéte dir á misa,
siempre dibas el postrero,
y al salir que habias salir,
siempre saliste el primero;
enseñéte mis ayunos,
tú siempre estabas comiendo.
¿Dime, alma pecadora,
qué me respondes á esto?
—Que soy oveja perdida,
y á vuestro rebaño vuelvo.
—Si eres oveja perdida,
bajarás á los infiernos.
—Hijo mio de mi alma,
humilde y manso Cordero,
no abandones esta alma,
hazle lugar en el cielo.
—Pues si vos me lo mandais
obedeceré muy luego;
San Miguel pesa las almas,
dígale que traiga el peso.—
¡Eran tantos los pecados,
que el peso posó en el suelo!
Quita la Vírgen la toca
y, quedándose en cabello,
púsola del otro lado
y el peso quedó silencio.

LXXXIII

LA LIMOSNA.

Una tarde Mari-Antonia
tando sola junto al fuego,
llegó á pedírle posada
un pobrecito mancebo,
que si le daba posada
por Dios y por su dinero.
—Guarda tu dinero, pobre;
pobre, guarda tu dinero,
que en viniendo mi marido
por ser luto cenaremos.
—Yo cenar, ya habia cenado,
quisiera acostarme luego.—
Encendieron una luz
y fueron al aposento.
Estando 'n estas razones.
ha llegado Juan Moreno.
—Sabrás como hay en casa
un pobrecito mancebo,
que parece que en su cara
hay un rayo de sí mesmo.
—Ahora mismo sin cenar
voy á ver ese mancebo.—
Encendieron una luz
y fueron al aposento.
—Buenas noches tenga el pobre.
—Bien venido el caballero.
—Usted que anda por el mundo,
diráme qué habia de nuevo.
—Los panes están baratos,
el vino quedaba bueno.
—Eso no está para usted,
solo es para Dios saberlo.
—Es tanta verdad, señor,
como esta que le cuento:
que su esposa Mari-Antonia
está muerta junto al fuego;
siete hachas tiene encendidas,
cada una en su candelero;
ella está amortajadita
en un túnico de lienzo.

LXXXIV

LA MALA HERMANA.

En la ciudad de Madrid
una viudita vivia
con dos hijas muy galanas,
más que el sol las pintaria.
Casólas con dos hermanos
ricos y de gran valía:
el uno, echóse á jugar;
el otro, á labrar la viña.
Desque lo jugara todo,
el jugador se moria:
la pobre de su mujer
que de hambre fallecía,
fuése á casa de su hermana
la que en riqueza vivia;
pidióle un poco de pan
por Dios y Santa María;
respondióle cruelmente:
—Hermana pan non lo habia;
si tu marido jugó,
riñéraslo, hermana mia.
—Por mucho que le riñera,
de mí caso non lo hacia.
—Cuando nos dieron el dote
non nos dieron mejoría;
vuélvete á la rueca, hermana,
vuélvete á la rueca y fila.
—Volvióse para su casa
más triste que non podía;
salieron las siete infantas,
las siete hijas que tenía.
—¿Qué nos trae, señora madre,
de nuestra señora tia?
—Hijas non vos traigo nada,
non vos traigo nada, fijas;
porque fuí á ver á mi hermana
y dijo que pan no habia.—
Vino el marido de la otra
de trabajar de la viña.
—Dáme de comer, mujer,
que tiempo ya lo seria.—
Puso en la mesa dos panes
como ponerlos solia.

Al ir á partir un pan
la sangre viva vertía,
y al ir á partir el otro
lo mismo que aquel hacía.
—Ello que hay aquí, mujer;
aquí algun milagro habia.
El milagro que aquí hay,
presto te lo contaría:
vino por aquí mi hermana
la que en pobreza vivía;
pidióme un poco de pan
por Dios y Santa María;
respondíle con crudeza:
«Hermana, pan no lo habia.»
—Calla tú, perra traidora,
calla tú, perra maldita,
si non lo dás á tu hermana
mal lo dieras á la mia.—
Cogió dos panes so el brazo
de los mejores que había;
fué á casa de su cuñada
la que en pobreza vivía:
topó á su cuñada muerta
con las siete hijas que había;
se encendían las candelas
y nadie las encendía;
atañían las campanas
y nadie las atañía.
—Perdóname, mi cuñada;
perdona, cuñada mía;
porque yo de todo esto
la culpa non la tenía.
—Por l' alma de mi cuñada
que á los cielos se subía,
non por la de mi mujer
que non sé donde diría.—
Volvióse para su casa
más triste que non podía:
topó á su mujer ahorcada,
donde la mula comía.

LXXXV

LA MALDICION.

En la ciudad de Valencia
sucedió con Juana Dario,
mujer noble y entendida
de un hombre noble y honrado:
ésta tal quedóse viuda
á veinticinco de Mayo,
y le quedaron diez hijos,
el mayor de doce años.
Pidiérale de comer
el mayor de los muchachos
y le echó una maldicion
con rigor desfigurado.
—Non vinieran mil demontres
que te me hubieran llevado!
De buena gana te diera,
pues que me estás enfadando.—
Apenas lo pronunció,
cuando á la puerta ha llegado
uno vestido de negro
con diez mil pajes al lado.
La mujer desque los vió,
de lo dicho se ha acordado.
—¿Quién es usted, caballero?—
El respondió como falso:
—Yo soy don Rufo, señora,
de la corte más cercano.
¿Ese su hijo mayor
diéranoslo por criado?
Pida usted oro y hacienda,
pida y non le dé cuidado,
que tengo más plata y oro
que tiene el segundo Cárlos.—
La mujer interesóse,
y el muchacho le ha entregado.
—Y si nos lo dá, señora,
ha de dárnoslo firmado
con sangre de vuestras venas
y venas de vuestros brazos.
—Segun eso, el caballero,
necesito cirujano.
—Cirujano, no señora,
que está usted con él hablando.—

Sacó la caja del seno
y la lanceta en la mano.
Al primero que picó
fué al inocente muchacho.
En esto bajó el Señor
con la rodilla sangrando.
—¿Qué haceis ahí, los demontres,
que tanto estais trabajando?
—Esta mujer maldiciente
prometiónos el muchacho.
—Llevareis á la mujer
y dejareis al muchacho.—
Estando en estas razones
la Virgen habia llegado:
«Hijo de mi corazon,
por la leche que te he dado...
la mujer es mi devota
que me rezaba el rosario.»

LXXXVI

LA MALDICIENTE.

Hija y madre estan preñadas,
y las dos de un mismo tiempo;
parirán el mes de Mayo,
que es el más caluriento.
La madre parió dos hijas,
y la hija sin sosiego
parió una niña y murió;
fué grande su sentimiento:
levantárase la madre
á ver á la hija luego.
—Ana, murióse la niña,
la Vírgen te dé consuelo;
lo que te vengo á decir,
que si has de criar ageno,
cries á un hermano tuyo,
y á la cantidad me ofrezco.
—Primero que yo criara
hermano mio nin deudo,
primero habria de criar
un demontres del infierno.
—Hija, mira lo que dices;
perdiste el entendimiento.
—Si non lo quiere creer,
hasta lo dicho me ofrezco.—
Apenas lo pronunció,
cuando entra la sala adentro
un cuelebre venenoso
que á la gente mete miedo,
y dando vueltas y vueltas
fué á colgársele del pecho:
la madre ya daba voces,
la fija hacia lo mesmo.
Tanto dá echarle reliquias
como echar plumas al viento.
Llaman al padre guardian
del más cercano convento,
y el hermitaño les dijo
que la cortaran el pecho
echándole una zaraza
para que aliviase el peso.

LXXXVII

LA MUERTE DEL IMPIO.

—Muriendo está en el castillo,
muriendo el Marqués traidor
que amigo fué de los moros
y á los cristianos vendió.
Un mago le doctrinara;
¡bien sus lecciones tomó!
En pecado anduvo siempre,
ageno siempre de Dios.
Brotar vé de todas partes
fantasmas de maldicion:
que hambre, muertes y deshonra
por todas partes sembró.
Cien cuervos giran grayando
sobre el castillo, en monton:
el caporal que los guía
á la ventana se hincó.
Muriendo está allí el Marqués,
muriendo como vivió,
maldecido de los hombres,
y maldecido de Dios.
Llorar sus culpas no quiere,
no quiere el Pan del Señor:
un Crucifijo le muestran,
al Crucifijo escupió.
De espanto sus siervos huyen:
¡blasfemia infernal echó!
con ella fuésele el alma;
carbon el cuerpo quedó...
Sobre él cayó de improviso
de la ventana el cuervon;
tristes los canes ahullaban;
por el viento lo llevó.
Vá en medio de la bandada;
la cara anublan del sol:
volando vá con su presa,
vuela de Huergo á la hoz.
Siete vueltas dá en los aires,
siete graznidos lanzó:
como un rayo baja á l' Olla (**)
zumbando se calumbó (*)

(*) Pozo sombrío y hondo que forman las aguas de un rio al despeñarse.
(**) *Calumbarse*: zambullirse.

Del castillo huye la gente,
¡que está maldito de Dios!
Cardos y zarzas le cubren:
en escombros se tornó.
De lejos al caminante
lo señalan con pavor.
Olor de azufre despide...
¡Ay, del que allí se acercó!
Dragon bermejo lo guarda,
el cuélebre volador:
espadas tiene por alas,
á cuantos llegan mató.
Cada año vienen cien cuervos
con los huesos del traidor,
á festejar allí el dia,
el dia en que falleció.

II.—ROMANCES SAGRADOS.

LXXXVIII

EL NACIMIENTO.

Caminan para Belen
San José y Santa María;
la Vírgen andaba en parto
y caminar non podia:
sentáronse á descansar
al par de una fuente fría.
—Dáme la mano, José.
Arriba, Santa María,
que hemos llegar á Belen
entre la noche y el dia.—
Cuando á Belen allegaron
era noche atapecida:
hallaron las puertas cerradas,
portero non parecia,
sino era un muchachuelo
que de la fuente venía.
—Abre las puertas, portero,
por Dios y por vida mia.
—Yo no abro puertas á nadie
hasta que Dios trae el dia.—
Abrióse una puerta grande,
donde el ganado comia.
Allá por la media noche,
la Vírgen parir quería
y parió un hijo varon
que Jesucristo decia.
El ganado alienda alienda,
la mula se lo esparcia.
Maldicion te dejo, mula,
que non paras cosa viva.

LXXXIX

EL HOSPEDAJE.

San José y Santa María
llevan juntos la jornada;
San José camina mucho,
la Virgen va ya cansada.
Sentáronse junto á un roble
que tiene seca la rama,
que ni le calaba el sol
ni el agua le calaba.
Llegaron más adelante,
vieron una casa blanca;
San José llamó á la puerta,
presto salió la criada,
y el ama le preguntó:
—Moza, ¿quién es el que llama?
—Un hombre y una mujer
que quieren tomar posada;
y traen un niño en los brazos
que ha nacido esta mañana.
—Diles que entren para adentro,
y allí tomarán posada —
A San José dieron migas
y á la señora la cama,
y al niño unas naranjitas
para que se alimentara.
Levantárase la Virgen
á otro dia de mañana:
Levántate aquí José,
á pagar esta posada.—
Responde el Niño en los brazos:
—Esta tengo yo pagarla.
Para los amos de casa
tengo la gloria ganada;
para la criada tengo
la silla de oro guardada.

XC

LA FE DEL CIEGO.

Camina la Vírgen pura,
camina para Belen,
con un Niño entre los brazos
que es un cielo de lo ver:
en el medio del camino
pidió el Niño de beber.
—No pidas agua, mi niño,
no pidas agua, mi bien;
que los rios corren turbios
y los arroyos tambien,
y las fuentes manan sangre
que no se puede beber.
Allá arriba en aquel alto
hay un dulce naranjel,
cargadito de naranjas
que otra no puede tener.
Es un ciego el que las guarda,
ciego que no puede ver.
—Dáme, ciego, una naranja
para el Niño entretener.
—Cójalas usted, Señora,
las que faga menester;
coja d'aquellas más grandes,
deje las chicas crecer.—
Cogiéralas d'una en una,
salieran de cien en cien;
al bajar del naranjero
el ciego comenzó á ver.
—Quién seria esa Señora
que me fizo tanto bien?—
Erase la Vírgen Santa,
que camina para Belen.

XCI

LA ULTIMA CENA.

Jueves Santo, Jueves Santo,
tres dis antes de la Páscua,
cuando el Redentor del mundo
á sus discípulos llama.
Llámalos uno por uno,
de dós en dos le llegaban.
Desque les tenia juntos,
rica colacion les daba;
desque acaban de cenar,
triste conversacion saca.
—¿Cuál de los oyentes mios
morirá por mí mañana?—
Miran unos para otros
sin hablar una palabra,
sino fué San Juan Bautista
que pedrica en la montaña.
—Por vos moriré, Dios mio,
por vos moriré mañana.
—Juan Bautista, Juan Bautista,
Juan Bautista de mi alma,
la mi muerte por la tuya
no puede ser perdonada.—
A la mañana otro dia,
á otro dia de mañana,
aún no venia la aurora,
Jesucristo caminaba
con la Santa Cruz á cuestas
de madera tan pesada:
subiera tierra morena,
bajara tierra nevada,
y fuera por unos montes
donde Madalena estaba.
Desque le vió Madalena,
desmayada se quedára.

XCII

LA PASION.

Navegando va la Virgen,
navegando por la mar;
los remos trae de oro,
la barquilla de cristal:
el remador que remaba
va diciendo este cantar:
«Por aquella cuesta arriba
por aquel camino real,
por el rastro de la sangre
á Cristo hemos de encontrar.»
La Virgen que aquello oyó
desmayadita se cae;
San Juan y la Madalena
ambos cayeran al par,
y San Juan como era hombre
pronto volvió á recordar.
—Levántese la Señora,
que vamos á caminar
por aquella sierra arriba,
por aquel camino real,
por el rastro de la sangre,
á Cristo hemos de encontrar.—
Cuando llegamos al monte,
crucificándole están;
la Madre que aquello vió,
triste se puso á llorar.
Respondiérale su Hijo,
de la alta cruz donde está:
—Calle, calle, la mi Madre,
por qué es tanto llorar;
ansi vea que me matan,
sábado he resucitar;
el domingo nos veremos
en la gloria celestial.

XCIII

LA PASION.

Navegando va la Virgen,
navegando por la mar;
los remos que trae son d' oro,
la barquilla de cristal:
el remador que remaba,
va diciendo este cantar:
«Siete dias hay que remo
sin hallar puerto de mar,
y ahora lo tengo hallado
y me voy á reposar.»
—Qué nuevas San Juan me trae,
qué nuevas me trae San Juan.
—Nuevas le traigo, Señora,
nuevas de mucho pesar.—
La Virgen que aquello oyera
desmayadita se cae;
San Juan cayó cuando ella,
ambos cayeron al par:
San Juan como era hombre,
luego volvio á recordar.
—Levántese la Señora,
que es tiempo de caminar:
por aquella sierra arriba,
por aquel camino real,
por el rastro de la sangre
á Cristo hemos de encontrar.—
Al llegar al alto del monte,
crucificándole están:
tantos eran los azotes,
que la Virgen rompió á llorar.
Allí hablara Jesucristo
de la alta cruz donde está:
—¿Por qué llora la mi Madre,
por qué es tanto llorar:
aunque vea que me matan,
sábado he de resucitar,
y el domingo nos veremos
en la corte celestial.

XCIV

LA MAGDALENA.

En Belen parió María
la escogida del Señor,
parió un niño como el oro
resplandiente como el sol.
Tres madres le daban leche,
bienaventuradas son.
Mientras el Niño mamaba,
María llora la pasion.
—¿Por qué lloras, Madre mía,
Madre de mi corazon?
Si lloras porque he nacido,
Madre, no tienes razon.
—No lloro porque has nacido,
hijo de mi corazon,
lloro porque te hallarás
donde nunca fué varon;
y subirás á los cielos
el dia de la Ascencion:
allí verás cuatro sillas,
sentaráste en la mejor;
sentaráste en la del medio,
que es de Dios nuestro Señor.

....

....

—¿Qué haces ahí, María,
corazon desconsolado?
—Estoy peinando mi pelo
y á mi hijo estoy guardando...
—Por aquí pasó tu hijo
antes de cantar el gallo,
lleva una cruz en el hombro
y una cadena arrastrando;
una soga á la garganta,
su rostro en sangre bañado:
El me ha pedido un pañuelo,
yo muy presto se lo he dado;
El me lo ha hecho tres dobles
en los dos queda marcado.
Arriba, María, arriba,
para el monte del Calvario.—
Cuando la Virgen llegó,
ya le están crucificando,

ya tenia un clavo en sus piés,
otro poniendo en sus manos;
inclinada la cabeza...
Su Madre le está mirando:
¡Oh mi querido Jesus,
oh mi hijo tan amado!
Ya no pareces aquel
que mis pechos han criado:
bien hayan las golondrinas
que quitaron las espinas,
bien hayan las rosas blancas
que taparon las sus llagas.

XCV

SOLEDAD DE MARÍA.

Por los jardines del cielo
se pasea una doncella,
blanca, rubia y colorada,
relumbra como una estrella.
Por allí pasó José,
la dice desta manera:
—¿Por qué llora la Señora,
por qué llora la doncella?
—Cómo quieres que no llore,
mujer sola en tierra agena,
si aquel hijo que tenía,
que con dolor le pariera,
me lo están crucificando
en una cruz de madera.
Si me lo quereis bajar,
yo vos diré en qué manera:
San Juan os ayudará
y tambien la Madalena;
tambien yo os ayudaré,
si tan fuerte me sintiera.
En aquel monte Calvario
tengo puesta una escalera
para que la gente diga:
¡Bien el que aquí muriera!
Aquí murió Jesucristo
Redentor de cielo y tierra.

XCVI

LA SANTA CASA.

Allá arriba en esos montes
los más desiertos que había,
se fabricaba una casa,
Santa Casa se decía:
no la hicieron carpinteros
de obra de carpintería,
hízola el Rey de los Cielos
á la sagrada María.
Tiene balcones de oro,
ventanas de plata fina
y por una el sol entraba
y por otra el sol salía;
por la más hermosa dellas,
entra la Vírgen María,
con un niño en los sus brazos,
llorando lágrima viva.
—¿Por qué llora la mi madre,
por qué llora, madre mia?
Non llore porque nací
y riqueza non tenía.
—Lloro por una mujer
que de parto se moría.

APÓLOGOS.

APÓLOGOS.

XCVII

LA ZORRA Y EL GALLO.

Yo tenía trece gallinas,
y catorce con el gallo:
un domingo de mañana
del polleiro se bajaron;
y viniera la zorrita
por un valle acostumbrado.
—¿Dónde vienes hoy, zorrita,
donde vienes tan temprano?
—Vengo de comprar agujas
para dar punto en un paño.
—Tú para ser costurera
teis el sayo muy rasgado.
—Aunque che teño este así,
otro teño adoneirado;
y deste lado derecho
teñoche un dente aballando:
nunca dél me verás sana,
sino me lo picas, gallo.
—¿Cómo he de picarlo, zorra,
si los ojos no has cerrado?—
La zorra cerró los ojos,
el gallo subió al tejado.
—Gallo, mal año pra ti,
¡como estabas avisado!
—Mal año para tí, zorra,
que me teis escarmentado!
Donde la mano me has puesto
yo siempre estuve pelado,
y unde me puxiche el dente,
no quedó pluma ni rabo.

XCVIII

LA ZORRA Y EL GALLO.

Al salir de una calleja,
al entrar á un verde prado,
encontré siete gallinas;
eran ocho con el gallo.
Más atrás venía la zorra,
con el su rabo arrastrando.
—¿Adónde caminas, zorra,
con este tiempo tan malo?
—Voy enhebrando la aguja,
echando puntos al lado.
—Para ser tú sastre, zorra,
traes el sayo derrotado.
—Es del día de labor,
es traje para trabajo;
para los días de fiesta
otro tengo señalado.
Vengo de Santiago y Roma,
confesado y comulgado;
me dieron de penitencia
no comer pito ni gallo,
y cuando salí de Roma,
un diente se me ha dañado;
por favor, gallo, te pido
que me lo piques, y sano.
—Si quieres que te lo pique,
tendrás los ojos cerrados.—
La zorra cerró los ojos,
y el gallo saltó al tejado.
—Ven acá pitu y piton,
comerás trigo d' anguaño.
—A otro, que non á mí,
que yo vivo escarmentado;
de un garduño que me echaste
no me nació pluma en rabo.

ANOTACIONES.

Muchas son las afinidades que se observan entre las literaturas de los tiempos medios, así en la forma como en el fondo de sus invenciones: inagotable fuera, pues, la materia si por tal tomásemos para nuestro estudio comparar minuciosamente los romances que componen esta coleccion con los ya publicados en diferentes antologías de tradicionales canciones vulgares de otros países.

Pero si lo dicho es una verdad reconocida por tal, donde se echa de ver en grado superlativo esa hermandad literaria, como tendrá ocasion de observar repetidas veces el lector asíduo, es en la comparacion de los romanceros portugués y asturiano.

Pocos de nuestros cántos proverbiales dejan de tener correspondencia, más ó ménos fiel, en los del vecino pueblo lusitano; y bastantes veces ocurre que entre unos y otros no hay diferencias, aparte del lenguaje en que están escritos.

Romances de los contenidos en esta obra que no se hallan en las colecciones castellanas, tienen un eco en el romancero portugués, y quizá tambien lo tengan en el inédito de Galicia: porque estas tres regiones, unidas entre sí por la naturaleza, se asemejan grandemente por sus costumbres y manera de expresion.

El idioma portugués y los dialectos gallego y asturiano se aproximan muchísimo en sus orígenes. Así como el *bable* progresó hasta formar el castellano, así el portugués resultó del perfeccionamiento del gallego; y hé aquí la causa de las incertidumbres y vacilaciones por parte de los eru-

ditos, quienes legítimamente dudaron en cuál de estas dos lenguas estaban escritas la famosa cancion *do Figueiral* y las *cántigas* del Rey Sábio.

La lengua galaico-portuguesa fué la preferida en toda la Península durante los siglos XIII y XIV para manifestar los conceptos de la poesía, y esto contribuyó muy mucho al comercio de las literaturas, comercio que de las cultas pasó insensiblemente á las populares, llegando en aquella sazon la de Astúrias á Portugal por medio de Galicia.

Almeida-Garrett [1] confiesa sin empacho que en el reinado de don Juan III, tomaron carta de naturaleza en Portugal muchos romances castellanos, á los que se aficionó aquel pueblo, mal complacido con la escuela clásica dominante. Theophilo Braga, concediendo más todavía, cree que la mayor parte de los romances conservados en su país por tradicion fueron importados por las colecciones castellanas, excepto aquellos de asunto puramente nacional: y nosotros sospechamos, no sin fundamento, que aun antes de ser coleccionados ni siquiera impresos en *hojas volantes*, vulgarizáronse muchos de nuestros romances en Lusitania, ya merced á las expediciones militares, ya por la hermandad constante de las tres regiones susodichas.

ROMANCES HISTÓRICOS.

Incluimos en esta parte primera únicamente aquellos romances donde figura algun personaje realmente histórico ó que, sin serlo, merece pasar como tal porque caracteriza el tipo de una época, aunque no estarían mal al lado de esas canciones otras que, sin reunir la circunstancia expresada, como historiales pudieran haberse en atencion á que revelan el estado social de un siglo ó de una edad determinados.

Tambien damos cabida en esta clasificacion á los romances que bajo apariencia puramente novelesca y ocultando el nombre de los héroes históricos, confúndenlos con esotros creacion de la fantasía, y aun dan á las empresas

1 En la *segunda parte* de su *Romanceiro*. A ella aludimos siempre en esta obra; pues la *primera* tiene un carácter especial que nada importa á nuestro intento.



por ellos ejecutadas ó á ellos atribuidas en la popular tradicion, un carácter y un valor distintos del suyo peculiar.

La vida privada de los hombres celebrados por la fama dió pié á muchas canciones y romances novelescos. El de *Doña Enxendra*, v. gr., pudiera aludir á los secretos amores de Ximena, hermana del Rey Casto, con el Conde Sancho Diaz de Saldaña.

Tan desfigurados fueron algunos, que es de todo punto imposible concretar la significacion histórica que tener pudieran, aunque por algun extremo dejen lugar á sospechas que no pueden pasar de tales en razon al aislamiento en que aparece entre los demás de la narracion.

Con el título «*De la poesía tradicional en Portugal y Astúrias*», publicó la *Ilustracion Española* (25 de Setiembre de 1870) un artículo firmado por don José Amador de los Rios, quien se condolía de que fuera exíguo el número de cantos populares asturianos que recordaban la historia nacional española, y añadía: *Solo han dejado huellas en aquellas agruras las fratricidas luchas que, al mediar el siglo XIV, escandalizaron y llenaron al par de luto todas las regiones del Imperio castellano.*

Ya hemos tratado de investigar en lugar oportuno la causa de ese lastimoso olvido de las tradicionales glorias; y si es evidente la afirmacion del señor de los Rios en lo tocante á este punto, no lo es tanto la que se contiene en el párrafo transcrito, pues ni un solo romance hemos recogido que recuerde la época tormentosa á que alude, como no sea el que rotulado *El Aguinaldo* verán nuestros lectores.

Con el propósito de suplir, en cierta manera, la escasez de romances históricos, y aprovechándonos de una noticia para nosotros importante que dá el Sr. Gallardo en el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, editada por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayón, hemos buscado con tanto interés como poca fortuna un libro impreso en Alcalá (1607) por Juan Gracian, donde se contienen originales de Diego Suarez, asturiano, natural de Turon, soldado y vecino en la plaza de Orán, tres romances escritos en lenguaje antiguo imitando el estilo de los apócrifos del Cid Campeador, y dos de ellos referentes á la historia del Principado.

El muy docto Luis Alfonso de Carvallo, asturiano tam-

bien y aficionado como el que más á las cosas de la tierra, estampa á guisa de ejemplo en su *Cisne de Apolo* (Medina del Campo 1602) fragmentos de un romance á la *Cruz de los Angeles* y otro completo dedicado á don Pelayo, escrito con alardes de antigua forma y afectando, con escasa pericia ciertamente, arcaismo en el lenguaje.

Como no figuran en ninguna coleccion, y es más que probable sea autor de ellos el mismo P. Carballo, no resistimos la tentacion de copiarlos aquí.

I.

En la santa Cruz los ojos
tiene el Rey Alfonso el Casto,
vertiendo lágrimas dulces
en trueco de gozo tanto.
Dar gracias quiere y no acierta,
que en mirar está ocupado;
y á los ojos lo remite,
que están á ello obligados.
Y en tierra hincando las lanzas
y los hielmos encrestados,
en torno del Rey estaban
los valientes asturianos.
Y viéndoles junto á sí
con el pecho sossegado,
el grande Rey les decía
desta suerte á sus hidalgos, etc.

II.

Coronado con la hiedra,
cercado de peñas duras,
aunque de más duros pechos,
está Pelayo en Astúrias.
Viéndose Rey eligido,
y como por tal le juran,
tales razones dezía
aquella gente robusta.
—Al arma, al arma, guerra fiera y dura,
muera la Morería, y viua Astúrias.

Homes ricos, ricos homes,
fidalgos de sangre pura
aduechados á vengar
las Españolas enjurias.
Non cuydo ser menester
poneruos fuerças nengunas
pues que de vos las recibo,
en tanto afan y tal cuyta.
Mas solo quiero membraros
ca Dios por nosotros pugna
é que nos perder deuemos
la vida por su fé justa.
Catade ca sós pilares
que la sustendes vnda,
pues otro Español non finca
maguer fué la astrosa cuyta.

Al arma, etc.

Bien vedes que Octauio César
non domó las vuessas fúrias
ca paueses Asturianos
han las entradas muy duras.
Non vos acuytedes none,
porque á Leon ya sojuzgan,
que maguer vos le durardes
inda sus vñas le duran.
Sacudí de los pescueços
el servil yugo y coyunda
que saben los Sarracenos
cómo los Leones punan.

Al arma, etc.

Non cuydedes que esto amiento
porque de vos al presuma
que cuidar al de Asturianos
fuera grande desmesura.
Diziendo esto y viua España
Sanctiago y la Vírgen pura,
á la chusma de los Moros
arremeten los de Astûrias.

Al arma, al arma, guerra fiera y dura,
muera la Morería y viua Asturias.

I y II.—El Penitente.—Despues de analizado este romance, resulta que su argumento no es otro que la famosa penitencia de don Rodrigo, postrer monarca godo; de

quien dicen los historiadores, y entre ellos el P. Juan de Mariana, que en lo que más se señaló *fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, etc. etc.*

Y aunque las dos variantes que publicamos no hablan de Rey alguno, ni ménos hacen alusion directa á don Rodrigo, esta se ve indirectamente al comparar aquellas con la leccion de Wolf y Hofmann en su *Primavera y flor de Romances.* (Berlin, 1856.)

Aun ofreciendo nuestros romances ménos peripecias en el desarrollo de la accion, en todos se conserva la misma leyenda de un gran pecador á quien un santo eremita impone la dura penitencia de que se encierre con una culebra viva en un sepulcro, para lograr así purificarse de sus culpas, trasunto acaso de *Gunnar* en el *Edda*, que es arrojado á morir en un pozo lleno de serpientes, de cuyos ataques líbrase algun tiempo tañendo un arpa, que con sus sones las fascina; pero, al fin, una le roe el corazon.

Las dos variantes del texto están asonantadas de igual manera que el romance publicado por Wolf; y entre uno y otras hay versos comunes.

Hé aquí algunos del segundo, que coinciden con otros del nuestro:

...porque en todo aquel desierto
solo una ermita habia,
donde estaba un ermitaño
que hacia muy santa vida...
...no recibas pesadumbre,
por Dios y Santa María...
Fuéle luego revelado
de parte de Dios, un dia,
que le meta en una tumba
con una culebra viva...
...Aquí acabó don Rogrigo:
al Cielo derecho iba.

Dos pareceres son admisibles tratándose de calificar el romance que comentamos. O prevalece en él la primitiva forma, salvo el lenguaje, y el poeta anónimo no quiso declarar el nombre ni la condicion del penitente para aumentar así el interes de la novela y conformarse más con la leyenda tradicional que supone á don Rodrigo caminando incógnito por los montes lusitanos, despues de la derrota del Guadalete, hasta morir olvidado de todos: ó está el ro-

mance en ese periodo transitorio en que pierde el carácter histórico para adquirir el novelesco, y la accion se hace más indeterminada y general, sustituyendo los detalles que concretan el hecho á periodo fijo con tonos abstractos que satisfagan cumplidamente al gusto de épocas posteriores en que ha dejado de interesar vivamente el personaje ó personajes en cuyas acciones se inspiró el relato, aunque no éste en absoluto.

En todo caso, nuestros romances superan en espontaneidad y gallardía al contenido en el *Romancero general*, aunque Wolf y Hofmann lo califiquen de *primitivo*, pues al par de los otros parece éste uno de los largos y desmañados que arreglaban los juglares.

III, IV y V.—Gerineldo.—Corrió mucho este romance en *pliegos sueltos* desde el siglo XVI hasta nuestros dias, en que *Gerineldo* aparece trasformado en oficial ruso, capitan de guardia del Sultan de Constantinopla, y *Enildas* su enamorada en favorita del Sultan, segun se contiene en el *pliego suelto* que tenemos á la vista: *Cancion nueva del Gerineldo, en la que se expresan los amores y fuga de un oficial ruso con la bella Enilda, sultana favorita del Gran Señor.—Madrid despacho de Marés y compañía, Juanelo 19.*

Es uno de los más extendidos en la Península. Milá y Fontanals en su *Romancerillo Catalan* (Barcelona 1882) lo apunta entre las noticias de canciones romancescas.

En Andalucía debe estar muy vulgarizado, por lo que dicen don Agustin Durán comentando el que publica en su Romancero, y Estébanez Calderon, quien al pintar *Un baile en Triana* (*Escenas andaluzas.*—Tomo 6.° de la *Coleccion de Escritores Castellanos.*—Madrid 1883) copia una variante íntegra, cuya leccion no difiere mucho de las otras conocidas. Varias hemos visto portuguesas; y la recogida por Theophilo Braga en *Tras-os-Montes* (*Romanceiro geeral* Coimbra 1867), está muy de acuerdo con el romance número III de la presente coleccion; no así la que anteriormente dió á conocer Almeida (*Romanceiro.*—Lisboa 1851), quien califica esta tradicion de exclusivamente portuguesa, pues abunda en circunstancias y escenas diferentes y es mucho más extensa; cualidades que dicen poco en pró de su antigüedad.

La Infanta no está sola, sino con sus doncellas cuando *Reginaldo* va á visitarla. En el momento que el Rey descu-

bre la traicion de su camarero, acompáñanle algunos vasallos y le aconsejan perdone la vida al atrevido paje: éste es encerrado en una torre, adonde va su madre á verle y le ruega entone una cancion para escuchar su voz por vez postrera, pues al siguiente dia será degollado.

Oye el Rey los cantares y llama á la Infantina:

—Anda ouvir á minha filha,
este tam lindo cantar;
que ou são ós anjos no ceo,
ou as sereias no mar.
—Não são os anjos no ceo
nem as sereias no mar,
mas o triste sem ventura
á quen mandais degollar.

Al fin, el Rey absuelve á *Reginaldo* y le casa con su hija.

Depping cree que los romances de *El Conde Claros*, muy afines por su argumento con el que estudiamos, hacen referencia á los amores del historiador Eginardo con Emma, hija del Emperador Cárlos el Grande, que sirvieron de tema para algunos dramas y novelas, de los cuales resulta que habiendo recibido secretamente en su celda la Infanta al enamorado cierta noche, sorprendiólos una nevada, y para evitar que sobre la nieve se imprimiesen las huellas sospechosas de Eginardo, tomóle en brazos Emma y sacóle fuera del jardin, no sin que el Emperador se apercibiera de ello desde una galería del palacio.

Con este relato conviene el que del mismo asunto hace la Crónica del Monastario de Lorch, donde se lee que Eginardo, educado desde la niñez por Carlo-Magno y favorecido por éste con empleos de confianza, sintió amores por Emma, hija del Emperador, llegando á penetrar un dia en el camarin de su amada para manifestarle aquella pasion de que era esclavo. En esto, cayó de improviso una nevada, y recelando Eginardo salir, por miedo á que descubriesen su atrevimiento si dejaba impresa en el camino la huella de sus piés, tomóle á hombros Emma y sacóle fuera.

Mas aconteció que el Emperador nada habia podido dormir en toda la noche, y presenció la escena ocurrida entre los dos amantes. Para castigarlos, reunió Cárlos un Consejo (exactamente igual que como dice el romance de *El Con-*

de Claros), y unos áulicos opinaban matar al seductor y otros perdonarle y celebrar sus bodas, con objeto de evitar el consiguiente escándalo, consejo que pareció prudente al Rey, y por ello ordenó el matrimonio de su hija con Eginardo [1].

Como se ve, no puede haber más paridad entre las transcritas narraciones y las contenidas en los cantares del vulgo, razon de más para inducir que ese episodio de la vida de Egínardo diera ocasion al poeta anónimo para forjar el romance.

Pero el tipo del osado paje que á hurtadillas y mañosamente corteja á una dama principal, mereciendo sus favores, es un carácter muy corriente en todos los siglos y literaturas, y sobre todo en los de la Media Edad: es la expresion simbólica de que el amor no reconoce clases. Por tanto, nos inclinamos á creer que antes de cantar los amores de Eginardo, cantó el romance los de cualquier mancebo de humilde condicion que galanteaba á la castellana su señora, ó á una doncella de alto rango; haciendo por tal manera la apoteósis del amor que iguala linajes, idea acariciada con dulce halago por la mente de más de un trovador andariego.

Las especiales condiciones en que Eginardo se encontraba, las circunstancias de sus amores, y el ser éstos con la hija del hombre más importante de su época, hicieron que en la persona de Eginardo se concretara el tipo del atrevido paniaguado, aunque aparezca velado su verdadero nombre con los de *Gerineldo*, *Reginaldo* y *Eginaldo* (Almeida Garrett, II, 163), que no difieren tanto de aquel; y el de Emma con el de *Enildas*, tambien bastante parecido. Así llegó *Gerineldo* á ser la norma y el espejo de galanes, como se infiere del romance del siglo XVI, en que se describen primorosamente las bodas de Mio Cid; el cual así comienza:

A Jimena y á Rodrigo
prendió el Rey palabra y mano, etc.
. . . .
. . . .

1 En el *Romanceiro do Archipelago da Madeira* por Alvaro Rodrigues de Azevedo. Funchal, 1880, que contiene lindísimos romances, trasportados allí por los portugueses y conservados algunos con ménos alteraciones y aditamentos que los incluidos en las colecciones de Almeida y Braga, hay una variante de Gerineldo (quien adopta en ella el nombre de *Leonardo)* en la cual reune el Rey el Consejo de que habla la *Crónica* arriba dicha.

Téngase muy presente este detalle cuando más adelante, al comentar el romance de *Galancina*, en que tambien figura el mismo episodio, afirmemos que una y otra narracion pertenecen á un ciclo romancesco.



llevaba puesto un tudesco
en felpa todo aforrado;
la Tizona rabitiesa,
del mundo terror y espanto,
en tiros nuevos traía
que costaron cuatro cuartos.
Más galán que Gerineldos
baja el Cid famoso al patio, etc.

En opinion de don Agustin Durán, el de *Gerineldo «es uno de los mejores y más raros romances viejos, y al mismo tiempo en extremo popular en Astúrias, donde se canta todavía, pero muy modernizado.»* Estas consideraciones moviéronnos á publicar las tres variantes del texto, todas de interés innegable y no tan ataviadas á la moderna, ni mucho ménos, como gratuitamente supuso el sábio editor del *Romancero castellano.*

En ninguna variante de las muchas que hemos visto se olvida aquel célebre episodio en que el Rey, al sorprender en el lecho á los enamorados, mete su espada desnuda entre uno y otro como espontánea manifestacion del deseo de que no se hubiera consumado la deshonra de su hija, como testigo exculpador; por más que, tiempo despues el pueblo, ignorante ya del simbolismo germano, convirtiese la espada aquella en acusador de la flaqueza de *Enildas.*

Este paso original es, sin duda, resto de los usos germanos; y lo confirma el siguiente pasaje del Edda de Saemund: *Sigurd ocupa tres noches el lecho de Brynhilda, hija del Rey de España Atanagildo, cumpliendo el hado que le predice Griner;* y para expresar la castidad con que á su lado estuvo, dícese en el Brynhildar qvida *Il que puso su espada desnuda, su brillante espada, entre Brynhilda y él; no era lícito al Rey de los hunos abrazar á la jóven virgen, ni levantarla en sus brazos. El dió la floreciente doncella al hijo de Giuke (Gunar). Despechada Brynhilda, fué causa de graves discordias entre los borgoñones.*

El romance asturiano, como la version portuguesa de *Alemtejo*, termina con una idea epigramática: obliga el Rey á Gerineldo, en castigo de su culpa, á casar con la *Infantina*; y como el paje replique no poder sustentar su rango,

porque su padre no tiene
ni para echarla un vestido,

arguye el Monarca indignado, que la vista de sayal, pues así merece descender de alcurnia quien olvidándola dió á un plebeyo la flor de sus amores.

Pero no conforme la multitud con la aristocrática tendencia de este sarcasmo, protestó de ella como pudo, haciendo del humilde paje un tipo pundonoroso y noble en sentimientos, ya que no por la sangre; y modificó el concepto enunciado, animando á *Gerineldo* de generosa ambicion que le lleva al campo de combate á conquistar honores y riqueza para igualarse por esfuerzo propio con su elegida, y no forzarla á descender hasta su plebeya condicion.

Yo iré á la guerra, señor,
para echarselo más fino,

contesta *Gerineldo* al Rey, en la tercera variante que publicamos, cuando éste le dice con extremada dureza, que vista de sayal á la *Infantina*, ya que otra cosa no le permiten sus haberes. Y para hacer que se destaquen más los hidalgos sentimientos de nuestro héroe, extiende el pueblo la accion de su leyenda al momento de la vida de aquel en que, ya poderoso y bien quisto de las gentes, iba á casarse en tierras lejanas con una dama linajuda y pudiente y la abandona por la *Infanta*, que se aparece á puertas de su palacio pidiendo una limosna, en hábitos de romera, en los cuales habia corrido reinos y naciones buscando á Gerineldo, que por fin la llama su esposa.

Esta segunda parte de la novela es muy semejante al romance popularísimo de *El Conde Sol*; y aun podemos decir quo es el mismo, sin otra renovacion que el nombre del protagonista, por donde se adivina la tendencia del poeta anónimo que zurció este romance y el de *Gerineldo* con el solo designio de dejar á éste mejor parado que de otra manera quedaba.

Varias son las canciones que tienen igual asunto al de la que comentamos, y entre ellas la de *El Conde d' Irlos* (Durán 354) y *La boda interrumpida* (Milá 244) inspiradas todas acaso en la vida de Santo Tomás Cantuariense y alusivas al matrimonio de su padre, que hecho esclavo en 1114 casóse con una infiel (más tarde bautizada) única hija de su poderoso dueño.

Bien conforme con el argumento de estas narraciones

es una que pudiera titularse *Suzeta Pye* muy extendida en Inglaterra, la cual vamos á extractar, porque ofrece bastantes puntos de contacto con la parte segunda de nuestro romance V.

Beichan cayó prisionero de un moro que le trataba ferozmente. Tenia éste una sola hija llamada Suzeta Pye y llegó á enamorarse con vehemente pasion del cautivo de su padre, prometiendole la libertad si durante siete años no se casaba con otra que con ella. Juró el esclavo volver, pasado aquel plazo, á pedir en matrimonio á su bella libertadora; y marchó á su patria, llevando como señal del pacto celebrado la mitad de un anillo que Suzeta sacó del dedo y partió por mitad para donar á su prometido [1].

No cumplidos aun los siete años, temerosa Suzeta de que Beichan hubiese dado al olvido sus palabras, decidióse á ir en busca suya; abandonó su país, y se dirijió á Inglaterra, de donde Beichan era natural.

Llegada allí, encontró con un pastor que apacentaba rebaños. Pidióle nuevas de su amor; y señalando el rabadan á una casa, le dijo que allí Beichan vivia enamorado y que no queria á su novia por amor á otra mujer de lejanas tierras.

Colmada ella de contento, recompensó al pastor y se dirigió á la casa en que le habia dicho que Beichan moraba.

Preguntó por él al portero y éste le contestó que allí estaba, pues aquel era el dia de sus bodas.

Suceta Pye, antes alegre, y ahora triste y sollozando, entregó al criado la mitad de su anillo para que lo mostrara á su señor y le rogara bajase á hablar con ella; que únicamente le pedia un pedazo de pan blanco y una copa de vino tinto.

Bajó Beichan rebosando de alegría: ella le reconviene llorosa por su mala fé; y recordando su palabra el antiguo esclavo, promete de nuevo á su libertadora que ella será la esposa en el preparado festejo nupcial. Dota ampliamente á la burlada novia, y se casa con Suzeta, que en el bautismo recibe el nombre de Juana.

VI y VII.—Galanzuca.—Galancina.—Todo lo que hemos dicho de *Emma* y *Eginardo*, conviene á *Cárlos* y *Galancina*; cuyo romance, unido á los anteriores de *Gerineldo* y al que sigue de *Tenderina*, forman lo que se llama un ciclo.

---

[1] Este detalle del anillo se conserva en el romance catalan *La boda interrumpida*, mencionado anteriormente.



La cuasi total ausencia de galas poéticas en la leccion asturiana, la ingénua candidez en la exposicion del pensamiento y aún en este mismo, hacen presumir que fuera ella como el diamante nativo partido en mil pedazos por los juglares y engarzado despues en la prolongada cadena de romances que refieren los amores de *El Conde Claros*, á quien por una aliteracion muy frecuente en el uso vulgar se llama *Cárlos* en las canciones de *Galanzuca* y *Galancina*.

No hay en las colecciones españolas romance que pueda decirse parejo con el que damos á conocer, únicamente el portugués *Dom Cárlos de Montealbar* [1] (Theophilo Braga 31) que, como el nuestro, pertenece á los *viejos* ó tradicionales.

Todos los demás son contrahechos por los juglares y por los poetas eruditos; y en este número puede contarse el 258 de la coleccion catalana de Milá, *La Infanta seducida*.

De los de *El Conde Claros* insertos en el *Romancero general*, el que más se aproxima al nuestro es aquel:

A caza vá el Emperador
á San Juan de la Montiña...

pero tiene un corte más moderno que el de *Galancina*, á pesar de faltar en este el famoso detalle de los

...trescientos cascabeles
al rededor del pretal.

que Wolf dice ser costumbre del siglo XIII, atribuyendo la misma fecha al romance.

Ajústase en muchas de sus partes al argumento de los sobredichos, el que Timoneda incluye en su Rosa gentil «*De como el Conde don Ramon de Barcelona libró á la Emperatriz de Alemaña.*» Al trasladar á España el poeta los hechos contenidos en esta popularísima *fabla*, intentando hacerla pasar como histórica, inventa intrigas y pasos muy originales, que dan una considerable extension á la novela.

VIII.—Tenderina.—Venerable es por su antigüedad el romancillo de *Tenderina*; y más aun porque ha sido legado á nosotros cuasi en la integridad y pureza de su primitiva forma.

1 En una variante nueva recogida últimamente en Ribadesella, se llama al protagonista Don Cárlos de Montealbar.



No tiene correspondencia con ningun otro sino es con los de *Galiarda y Aliarda*, dados á conocer por el Sr. Wolf en su *Primavera y flor de romances* y al reimprimir la *Rosa de amores* de Timoneda; pero ambos terminan con la alabanza de Florencios en las Córtes, dejando así incompleta y aun algo insulsa la narracion que el nuestro hace con mayor sencillez y más cándida franqueza, y á que pone fin la ejemplar sátira que el lector apreciará en el texto.

IX y X.—Bernaldo del Carpio.—Como extraña y valiosa adquisicion contamos los romances de *Bernaldo*, el héroe más héroe y popular de todos.

Aun á pesar de las terminantes afirmaciones de Amador de los Rios, parecíanos imposible que allí donde la tradicion contaba haber sido criado el hijo de Ximena y el Conde Saldaña, se hubiesen extinguido de raíz las gestas de sus hechos y la historia rimada de su vida.

Los romances IX y X de la presente coleccion, acreditan que nuestra duda era legítima. Ellos, que no tienen de comun más que el asonante con la generalidad de los que se leen en las antologías y *pliegos sueltos*, sirvieron quizás de levadura para todos los otros, amanerados en su mayor parte, largos é indigestos.

Pocos, poquísimos hay que puedan calificarse de *viejos* entre los muchos que forman el ciclo consagrado á contar las desgracias y altiveces del señor del Carpio, y alguno que por tal pudiera ser habido, para darle la patente, hay que salvar en todo caso la mano de obra de algun erudito como Timoneda, Lúcas Rodriguez, Lorenzo de Sepúlveda y otros.

Nuestras dos varientes son de neta raza popular y se apartan de la tradicion corriente del Bernaldo legendario.

En ningun romance ni libro de caballerías se dice que el Conde de Saldaña fuese condenado á morir en la horca, de cuya afrenta líbrale su hijo con heróico esfuerzo, en la narracion asturiana.

Varias veces le vemos en los romances derribar *bofordando* cuantos tablados no podían abatir los más bizarros caballeros; pero en este bástale golpear con la punta del pié el artefacto construido en la plaza pública para dar con él en tierra.

Los romances de Bernaldo que hasta hoy se conocian, ajústanse perfectamente, y hasta á la letra, con el relato que

de su historia admite por verdadero la *Crónica general*; pero el que incluimos en el texto, cuyos versos iniciales son:

Preso vá [1] *el Conde, preso,*
preso y muy bien amarrado,

sepárase de esa tradicion generalmente seguida y la única conservada en las canciones vulgares, y parece referirse á otra más antigua, olvidada al presente, pero de lo que tambien resta memoria en la tantas veces citada CRÓNICA GENERAL: *Algunos dicen en sus cantares de gesta que fué este don Bernaldo fijo de doña Tíber, hermana de Cárlos el Grande de Francia; et que vino aquella doña Tíber en romería á Santiago, et de su tornada que la convidó el Conde don Sandías de Saldaña et que la llevó consigo para su logar y ovo allí con ella so fabla et ella otorgol quanto él quiso et ovo entónces este fijo della, et el Rey don Alonso que lo rescebió por fijo, porque non avie fijo ninguno que fincase por señor del reino despues de su muerte.*

Estos *cantares de gesta* de los que, á nuestro parecer es derivacion inmediata el romance provincial, fueron inspirados sin duda por la cancion francesa *Rollans* y las otras que despues del siglo XI dijeron las aventuras de *Rolando*. Excitada en los españoles la emulacion, quisieron tener en sus leyendas un héroe que compitiese con el de las de allende el Pirineo, y crearon el Bernaldo mítico; y llevados ciegamente del espíritu de imitacion y para que tuviese tan noble orígen como el celebrado paladin franco, hijo furtivo de Milón y Berta, hermana de Cárlos el Grande, le hicieron nacer tambien furtivamente de otra hermana del mismo Emperador (doña Tíber) dándole por padre al Conde Sandías de Saldaña, por que no dejase de correr en sus venas sangre española.

La equivalencia en los principales accidentes del nacimiento de ambos personajes, no puede ser más clara: hasta los padres de uno y otro sufren las iras del Monarca, las cuales en alguna ocasion descargan sobre el hijo de su hermana que por uno y otro Rey es adoptado y criado al lado suyo en los reales palacios.

Cuál fuera la causa que el Rey tuviese para aprisionar al

---

1 El *vá*, en el *bable* del Occidente equivale á decir:

Preso *está* el Conde, preso.

buen Sandías, no se dice en el romance que analizamos, aunque no parece otra que la cordial amistad del Casto Alfonso con el Emperador de Francia, y aun los pactos secretos y párias rendidas que mencionan á cada paso las Crónicas y leyendas de la Edad Media.

Pero andando el tiempo, va desligándose la tradicion de Bernaldo de la francesa, en cuyos relatos bebió su primera inspiracion; y pareciendo, amen de baladí y fútil, indecorosa y denigrante para los castellanos la causa ocasional de los rigores de Alfonso para con el Conde de Saldaña, dieron los pueblos otro giro á la leyenda, españolizándola por completo é interesando más íntimamente al Monarca de Astúrias al hacer que, á pesar suyo, naciera de su hermana Ximena el indomable señor del Cárpio.

Pues que las analogías revelan la existencia de la ley de unidad, no debe parecer impertinente á nuestro objeto que fijemos siempre la atencion allí donde las vemos marcadas con mayor ó menor exactitud, segun acontece en el romance en cuestion, notablemente parecido por su forma y aun en el fondo, en parte, al tan conocido de *El Conde Grifos Lombardo*, tradicion carolingia, segun se desprende de algunas alusiones, desfigurada y palidecida con el tiempo; pero que acaso narraba los amores de Milon y Berta, padres de *Rolando*, cambiados despues estos personajes en el Conde Grifos y la noble Romera, así como todo el romance fué trasformándose en otros con pretensiones de histórico alguno, como el de Bernaldo de esta Coleccion, y en puramente novelescos otros, por ejemplo los portugueses *O Conde preso*, *Dom Garfos* y *Justiça de Deos;* los cuales de no conocer su prototipo, harian olvidar su orígen extranjero por el colorido local que los embellece y los elementos maravillosos é interesantes aventuras que los evaloran.

Esta pudiera ser la filiacion del curiosísimo romance de *Bernaldo del Cárpio* que llegó á nuestros dias no poco bastardeado por la tradicion oral. De ahí la confusion que reina al hablar del parentesco entre el Conde y Bernaldo; pues tan pronto le llama primo suyo como hermano, aunque en realidad fuera su padre y así claramente aparece en la variante recitada por José García Mendez, natural de Figueiredo, variante que empezaba de igual modo que la otra segun el mencionado José nos indicó; más no le era fiel la memoria para coordinar los primeros versos, por cuyo mo-

tivo lo publicamos mutilado ateniéndonos á escribir con exactitud lo que el recitador sabia.

Por otro lado, no seria mero capricho suponer que esa vaguedad y aparente confusion fueran la expresion que el pueblo quiso dar á la incertidumbre en que vivía Bernaldo respecto de su orígen; pues al decir de las historias, el Rey Alfonso llamándose padre de aquél, ocultóle su nacimiento, hasta que su tio Vasco Melendez (que tambien figura en la leccion del texto) valiéndose confidencialmente de unas dueñas, hizo saber al mozo ya bizarro quién era el Conde de Saldaña y cómo estaba prisionero.

Ocúrrenos finalmente comentar de pasada un detalle que pudiera juzgarse de interés para apreciar la fecha del romance.

Dícese en él que estaban jugando á los naipes el Rey y Bernaldo, invitado este por aquel á tal divertimiento para impedirle fuese á visitar al Conde aprisionado. Y de seguida viene en mientes esta duda: ¿Usaban el juego de naipes en aquella época? ¿Cuándo fué conocido en España?

Aparte de que este detalle del episodio pudo haberse introducido en el romance muy posteriormente á su existencia, sustituyendo los dados ó las tablas por los naipes, sabemos que de Oriente pasó á Europa este juego hácia el año de 1379, pues de él se habla en la crónica inédita de Nicolás Covelluzzo, ocular testigo de su introduccion en su villa natal: *Fu recato in Viterbo il gioco delle carte che venne de Seracinia é chiamasi, fra loro, Naib* (que significa *capitan*) [1].

Despues, en 1387, aparecen los naipes con su nombre sarraceno en Búrgos; en París en 1392; y en 1393 en Florencia.

XI.—La Peregrina.—¡En qué atmósfera tan ideal y pura se desarrollan las escenas de esta cancion del pueblo! Adivínase en ella el carácter melancólico de la Edad Media, que todo lo perfuma con suave espiritualismo y todo lo endereza á un fin superior á que de continuo aspira.

Hemos dado cabida á este romance entre los históricos, aunque Amador de los Rios lo comprendia entre los religiosos, porque alude á la prision del Conde Fernan Gonza-

1 Tomámos estas noticias de *Le Moyen Age et la Renaissance.*—La croix Paris, 1849.



lez reinando en Leon Sancho I, tantas veces lamentada por el pueblo en tiernos cantares.

Hablan de ella los que llevan los números 705 y 706 en el Romancero de Durán, que así principian:

El Rey don Sancho Ordoñez,
que en Leon tiene el reinado
preso ha á Fernan Gonzalez
el buen Conde castellano, etc.

....

Preso está Fernan Gonzalez
el buen Conde castellano, etc.

Aunque conformes en la esencia de la narracion con la del texto, y conservando unos y otros romances el comun detalle de disculpar la Condesa su llegada diciendo que va en romería á Santiago, difieren primeramente en la forma, pues además de no estar envuelta en los efluvios místicos que tono tan marcado dan á *La Peregrina*, es ménos pura y tradicional: y sepáranse en algunos puntos accidentales del asunto, pues no achacan, como en nuestro romance sucede, la prision del Conde á los amores que por la Condesa el Rey sentia, ni este concede desde luego á aquella la libertad de su marido, sino que una vez libre de su mazmorra por la astucia de la Condesa, el Rey la perdona y la deja ir á su albedrío en busca de su bien amado.

XII.—El Aguinaldo.—El primer romance del Rey don Pedro de Castilla, que insertan Wolf y Hofmann en su *Primavera*, tiene el mismo argumento que éste, cuyo título es *El Aguinaldo*. Pero aquel carece de la natural frescura que distingue al nuestro, un tanto mermada ya por Amador de los Rios, llevado de su afan por anticuar artificiosamente el lenguaje; y nada nos dice del remordimiento que tortura al Monarca despues de haber muerto á su hermano, remordimiento que únicamente se presume al leer que doña María es encerrada en oscuras prisiones.

XIII.—Mal de amores.—Cuenta la historia que don Fadrique de Toledo, hijo del famoso Duque de Alba, era muy enamorado y galanteador; y trabó, en cierta ocasion, relaciones con una camarera de la Reina.

Ella le quiso con delirio: y dícese que, en fuerza de cariños y halagos, consiguió arrancarle palabra de casamien-

to. Mas don Fadrique, voluble é inconstante, se olvidó bien pronto de aquellas promesas y con ellas de su enamorada que lloró amargamente su desvío, hasta que viendo no conseguia nada de su infiel amante, se echó á los piés de la Reina pidiéndola interpusiera su valimiento en aquel negocio.

Como la Reina sentia especial afecto por la dama, y aun habia intervenido en el arreglo de tales amores, resolvió perder á don Fadrique si se apartaba de la fé prometida. Influyó tanto en el ánimo del Monarca, abultando los hechos, coyuntura que aprovecharon á maravilla los enemigos del Duque para humillarle, que llamó á su presencia al padre y al hijo, y los reprendió y amenazó extremadamente si don Fadrique no se casaba con aquella señora.

Los acusados no accedieron á la pretension real, negando lós reproches que se les dirigian como invenciones livianas de sus émulos; y por tal, fueron hechos prisioneros y desterrados, casándose por fin don Fadrique con su prima doña María de Toledo, en la villa de Alba. (*Joseph Vicente Bustamant.—Historia de don Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba*).

Este es el motivo en que se inspiró el romance bellísimo *Mal de amores*, que por desgracia, aparece incompleto en la presente coleccion.

XIV.—El mozo arriero.—A principios del presente siglo todavía guardaba el pueblo aquellos antiguos moldes en que habian sido hechos los viejos romances; así lo prueba este que no hemos vacilado en llamar histórico, pues en él se respira todo el valor, patriotismo é hidalguía con que el pueblo castellano rechazó la invasion francesa. ¡Cuántos combates singulares como el del *mozo arriero* sucedieron én aquella lucha de guerrillas, en que cada individuo era un héroe, que apenas hallaba ocasion, vengaba por sí, en el primer frances que hallaba á mano, las injurias sufridas por la patria! *El mozo arriero*, es el tipo del héroe desconocido y olvidado que ardiendo en amor pátrio, moria mártir y escarnecido por los enemigos de España, en las vertientes de un desfiladero, ó hacia su propia casa presa de las llamas para ahogar entre sus brazos de fuego al soldado frances que habia ido allí á profanar la santidad de la familia.

ROMANCES NOVELESCOS.

Tres maneras de romances hemos comprendido en esta clasificacion.

Incluimos entre los primeros los que revelan las relaciones habidas entre moros y cristianos, durante la dominacion de aquellos y aun despues; el antogonismo que las distintas creencias ocasionaron, y la influencia mútua que ambas civilizaciones ejercieron entre sí.

No se conoce en Astúrias ningun romance de los llamados *moriscos*, que datan todos de época posterior; pues, empezaron á escribirse en el siglo XVI, y son vivo reflejo de las costumbres y civilizacion arábiga.

Los *de moros y cristianos*, mucho más antiguos, muestran á veces algo del estilo oriental, que paso á paso iba infiltrándose en nuestra literatura; pero en ellos siempre resulta funesto el trato con los mahometanos. No hay allí zambras al són de la dulzaina y el tamboril, ni verbenas de San Juan, donde una vez en el año se mezclaban en comun regocijo los dos pueblos, ni rondas nocturnas, ni juegos de cañas, ni cabalgadas vistosas en que lucian abigarrados paramentos y guarniciones los caballos, y lujosos bordados almaizares, capellinas y albornoces los caballeros: solo hay esclavos y cautivos que lloran en servidumbre y cantan al són de su cadena para hacer más breves las horas del cautiverio; peregrinos y vírgenes que sufren cruel martirio por confesar su fé; jóvenes llevadas con engaño de casa de sus padres y forzadas villanamente en el camino público; y amantes perseguidos y asesinados despues, valiéndose sus matadores de cobarde amaño.

Son, en fin, estos romances la expresion amarga del sufrimiento en que un pueblo gime, víctima del poder tirano y feroz de sus bárbaros conquistadores; son los sollozos que exhala el pecho de los espíritus débiles, que alientan á los fuertes á continuar luchando por su independencia ultrajada.

Decimos *romances caballerescos*, aquellos que, basados muchos en crónicas extranjeras y en libros de caballerías, pero genuinamente nacionales otros, dan cuenta del estado social en los tiempos médios, dibujan sus costumbres, re-



flejan la parte de feudalismo que cupo á España, y están empapados en el espíritu generoso, leal y aventurero que animaba á nuestros padres.

Y denominamos *puramente novelescos* los romances que mereciendo por su índole ser admitidos en la clasificacion general, no tienen cabida en ninguna de las secundarias; y en su mayor número pertenecen á la época de perversion en el gusto en que el vulgo produjo solamente áridas é insípidas creaciones, bastantes á satisfacer los deseos de su ánimo abatido.

XV y XVI.—Don Bueso y don Boyso.—Las variantes del texto son de las más cabales y las más genuinamente populares que conocemos. En ellas aparece la accion perfectamente, hilada como no acontece en las publicadas por Amador de los Rios en la *Revista Berlinesa* y anteriormente por don Agustin Durán en el *Romancero general*, quien insertó á guisa de Apéndice de su *Discurso preliminar* algunos fragmentos que recordaba desde la niñez don Pedro José Pidal, unidos por este con bellísimas estrofas que, en cierto modo, completan el asunto.

Es uno de los viejos romances que hay en la presente coleccion. Aunque su lenguaje no tenga apenas nada de anticuado, abunda en la ternura y melancolía de las baladas septentrionales, y exhala un aroma oriental, cuya fragancia, á la par delicada y agreste, bien clara y distintamente se percibe.

Unicamente en Cataluña tiene correspondencia este romance: el número 250 de los coleccionados por Milá, á que titula *Los dos hermanos*, desarrolla igual fábula que el nuestro, y con algunos incidentes parecidos, así como tambien reminiscencias del de *La Infantina*.

En él la accion arranca desde más atrás; desde cuando la doncella cae la mañana de San Juan en poder de moros. Los protagonistas son innominados, y está escrito en verso octosílabo. Empieza así:

El dia de San Joan
es festa per tot lo dia,
fan festa los cristians
y 'ls moros de morería.

Recogiólo Milá en la parte de Francia confinante con

Cataluña, donde se habla el dialecto catalan; á pesar de eso, en todas las lecciones hay palabras y hasta versos completos en castellano, lo cual demuestra que el romance fué importado allí desde Castilla [1].

Este hecho singular en que nos fijamos ahora, repítese bastante en la literatura popular catalana y no tiene explicacion satisfactoria, sino la que hemos dado. Llegados allí nuestros romances, al reducirlos al dialecto del país tropezaron en ocasiones con sérias dificultades para sustituir una ó más palabras sin alterar el ritmo del verso, y dejaron prevalecer la expresion castellana. No se observa este híbrido lenguaje en las canciones genuinamente catalanas, como son *Compte l' Arnau*, *El Fill del Rey*, *El Rey marinero* y otras.

Pero volviendo á nuestro romancillo, creerá alguno que se compadecen mal la antigüedad que le atribuimos con la metrificacion sexasilábica en que aparece como *rara avis* entre todos los demás octosílabos.

Aunque es opinion general que los romances de seis sílabas nacieron en el siglo XVI, no podemos avenirnos al parecer comun, porque hallamos testimonios en contra, muy anteriores á la fecha mencionada.

Refranes versificados en aquel metro incluyen antiguas colecciones: ofrecen muestra de él los viejos cantares interpolados en la prosa de la *Crónica del Cid:*

Et dijo el Çid, si vos ende—
sopisteis parte ó mandado—
tal muerte murades—
como murió (mi señor) el Rey Don Sancho.—
Villano vos mate—
ca fidalgo non, —
de otra tierra venga—
que non de Leon, etc.—

Y en el *Poema* del mismo nombre, pueden escogerse algunos ejemplos, como entre otros los siguientes:

---

1 Bastante mutilado, cantan este romance tambien los niños en Madrid, en donde sin duda lo divulgaron las nodrizas y ayas montañesas y asturianas. Los Sres. Olavarría y Huarte y Giner Arivau, desconociendo las variantes publicadas por Amador de los Rios, dan como nuevas en distintos trabajos para el Folk-Lore, otras aun más imperfectas que aquellas.



Partios de la puerta,—por Búrgos aguijaua,
Legó á Sancta María:—luego descaualga.
Ffincó los ynoios,—de coraçon rogaua.
La oraçion fecha—luego caualgaua.
Yas tornan los del—que en buen hora násco:
Andaua Myo Çid—sobre so buen cauallo:
Ls cófia froncida,—Dios commo es barbado!
Almofar acuestas,—la espada en la mano, etc.

En la *Ensalada* de Praga (Coléccion de *pliegos sueltos* existente en la Biblioteca universitaria de Praga) hay un romance sexasilábico que dice así:

La mujer de Arnaldos
cuando en misa entró, etc.

Igual metro elige el Rabbí don Sem Tob para alguno de sus *proverbios*; y conocida es de todos la *Cántica serrana* del Archipreste de Fita:

—Çerca la tablada
la sierra pasada
falleme con Aldara
á la madrugada, etc.

No es exótico en la literatura caballeresca el nombre del protagonista de este romance [1]. Recuérdanos el francés á quien dió muerte Bernaldo el del Carpio, y del que se lee en la Crónica General: *«é algunos dicen que aquel don Bueso era primo cormano de Bernaldo...»*

En la *Ensalada de Praga* se menciona un romance hoy desconocido que principia:

A caza va el Rey don Bueso
por los montes á cazar.

El que lleva el núm. 1710 en el *Romancero* de Durán, habla tambien de un don Bueso descendiente de reyes. (El romance es jocoso y del siglo XVII.) Y Ambrosio de Morales (Lib. XIII, cap. XLVI,) refiere en su *Crónica* de un don Bueso ó Boyso, segun aparece latinizado en un documento de 1175, ilustre caballero de la córte de Sancho el Deseado, fundador del monasterio de Bueso cerca de la villa de Ureña, de quien cuenta la tradicion que allí se retiró en su vejez

1 En Návia recibe el nombre de *Don Búrgos.*

para hacer vida religiosa. Fué merino de Saldaña, y está su enterramiento en el monasterio que lleva su nombre.

XVII.—El Renegado.—No conocemos romance alguno que se parezca á esta característica y sentida narracion de un suceso que debió ser harto frecuente en la Edad Media. Tiene todo el corte popular que se puede apetecer, y presenta en admirable consorcio la sobriedad y el interés en el relato.

XVIII.—Los cautivos.—Está calcado en uno que incluye Timoneda en la *Rosa de Amores* (Valencia MDLXXII):

Mi padre era de Ronda
y mi madre de Antequera, etc.

en el cual el cautivo se concreta á referir parcamente los trabajos que pasó en la cautividad y cómo su señora le hizo libre.

En Portugal existen versiones del texto castellano; y Almeida Garrett, desconociendo el de Timoneda, patron por el que sin duda fué cortado el que en su *Romanceiro* figura con el título *O Captivo*, aseguró ser este de tradicion exclusivamente portuguesa.

El que nosotros damos á luz es indudablemente posterior á los mencionados; así lo indican su mayor extension y enredo, aunque estas circunstancias le presten en ocasiones alguna amenidad.

XIX y XX.—El Conde Flor.—Parece inspirado en uno de los libros de caballerías que penetraron en España alcanzando gran popularidad: aludimos á la Historia de Flores y Blanca-Flor, con la que nuestro romance tiene algunas semejanzas. La aficion con que el pueblo leyó sus páginas llegó á la época actual, en que aparece reimpresa en *pliego suelto* por F. Santaren, Valladolid, 1877. *Historia de Flores y Blanca-Flor, su descendencia, amores y peligros que pasaron, por ser Flores moro y Blanca-Flor cristiana.*

De este romance hay dos versiones catalanas y dos portuguesas. La primera de aquellas dióla á conocer el señor Milá y Fontanals en las *Observaciones sobre la poesía popular* (Barcelona 1853) con el título de *Las dos hermanas*. Es un romancillo corto, semejante al nuestro únicamente en el inesperado encuentro de las dos hermanas, una de las cuales llega cautiva al palacio de la otra, que envidiosa de su

belleza y recelosa de que agradase demasiado á su marido, intenta matarla.

Posteriormente, y con el mismo nombre, dió cabida el infatigable Milá en el *Romancerillo* á otra version más arreglada á la de Astúrias y en especial á la recogida por Amador de los Rios; pero la frecuencia con que están mezcladas las palabras castellanas y las del dialecto, indican ser el romance traduccion de otro castellano.

Los que Almeida Garrett y Theóphilo Braga titularon respectivamente *Rainha é captiva* y *Blancaflor* ajústanse perfectamente á nuestras variantes, si bien nótase en ellos una correccion ménos primitiva.

Tomó esta leyenda carta de naturaleza en toda Europa: sobre el mismo asunto versan lindísimas canciones francesas, escocesas é italianas.

XXI.—Gayferos.—Es una variante apreciable del conocido romance carolingio que forma parte del *Romancero general.*,

Conservóse bastante íntegro é incorrupto en la oral tradicion, y es más que probable que no quede memoria suya en ninguna otra region de la Península.

En muchos cuentos y consejas del pueblo se reproduce el episodio del padre que ordena la muerte de su hijo, pidiendo como prueba de que su voluntad ha sido acatada, le presenten un dedo y el corazon de la víctima; deseo que es burlado por los compasivos ejecutores del mandato, presentando al cruel padre el corazon de un gozquecillo. Algo así se lee en la *Historia de Maynete* cuando Pepino dispone matar á Berta por mano de dos escuderos, en la vida de Genoveva de Bravante, y en la narracion italiana de la *Cenerentola* [1].

XXII.—El Rapto.—Desconocido es en todas las colecciones este precioso romance, quizás porque, como la niebla, nació en el fondo de nuestros valles para disiparse allí mismo.

Cuando á la caida de la tarde ven los campesinos flotar entre las adustas montañas dos girones pálidos de niebla que fingen humanos contornos, aseguran que son los espíritus del moro y la cristiana. ¿Tendrá analogía esta vulgar

1 Archivio per lo studio delle tradizioni popolari.—Volume secondo.—Marzo 1883 (Palermo).



creencia con la cancion cuyo título encabeza estos renglones?

La musa popular cura con el bálsamo de la religion todas las heridas que el dolor abre en el alma. Ella dice á las jóvenes doncellas: «No lloreis aun vuestro deshonor, aunque cediendo débiles á los halagos del cariño, seais presa de quien además de vuestra mancilla os pide ultrajeis las creencias de vuestros padres; invocad el nombre santo de María, que ella descenderá y hará débil al tirano en brazos de la muerte, y así os librará á vosotras de brazos del tirano, como aconteció tambien al moro Abdalla por querer forzar la voluntad de doña Teresa, hermana de Alfonso el V de Leon.»

La conclusion de este romance es una descripcion concisa, pero brillante, de aquella aurora en que la Vírgen y su protegida ascendieron por las cumbres de Sierra Nevada.

¡Cómo caminan las dos
por alta Sierra Nevada...!
La Vírgen mojó el cabello,
y la niñeta la saya.

¿Puede expresarse de un modo más bello y sencillo el andar leve, sutil y aéreo del cuerpo glorioso y el pesado y rastrero de la carnal envoltura?

XXIII y XXIV.—Blanca-Flor y Filomena.—Notable es la semejanza que hay entre el romance asturiano y la fábula de *Progne y Filomena* referida por Ovidio en sus *Metarmorfóseos*. En uno y otra figuran los mismos incidentes; el sacar el Rey con engaño á la hermana de su mujer de casa de su madre; el gozarla en el camino y arrancarla la lengua; y la venganza de la Reina dando de comer á Tereo la cabeza de su propio hijo.

Pero discrepan en alguna parte; pues Filomena no muere y queda encerrada en una torre, de donde sale, merced á su hermana, que la ayuda á vindicar su honor.

Finalmente, burlan ambas la furia de Tereo trasformándose Progne en golondrina, y en ruiseñor Filomena.

Que el romance del texto es trasunto de la fábula pagana, no cabe duda alguna: hasta el Rey conserva, ligerísimamente alterado, el nombre de *Tereo* en la variante de Boal. Debió ser compuesto en la época del renacimiento

clásico, cuando se hicieron vulgares algunos mitos de la antigüedad.

XXV y XXVI.—Conde Olinos.—La eternidad del amor se halla simbolizada en la série de poéticas trasformaciones que sufren los dos amantes, perseguidos por la Reina mora; trasformaciones que entroncan con las de la mitología greco-romana y tienen su raiz en las creencias de las religiones naturalistas.

Los amantes Alfeo y Aretusa fueron mudados por Diana, él en rio y ella en fuente: Vénus hizo otro tanto con Selino y Argira, y los que bebian de sus aguas olvidaban los amores. Juvenza es convertida en fuente por Júpiter, que la tenia especial afecto. Filemon y Baucis se amaban hasta no querer sobrevivir uno al otro; y Júpiter, agradecido de ellos, colmó sus aspiraciones trasformándolos en tilo y encina respectivamente.

Inspirada en las leyendas del ciclo breton y concretamente en la de *Tristan é Yseo*, de cuyas tumbas, segun refiere algun libro de caballerías, brotaron dos árboles que se abrazaban movidos por el viento, nació la esquisita imágen de nuestro romance, que se repite en otros varios y distintos. Así el pueblo se apoderaba de una idea bella y la recordaba con delectacion en cuantas ocasiones propicias hallaba, como lo hizo en el *Don Luis de Montalban* (número 206 del *Romancerillo* de Milá) y en *A Peregrina* de la coleccion de Almeida-Garrett:

Na campa do cavalheiro
nasce um triste pinheiral,
é na campa da princeza
um saudoso canavial.
Manda á dona do castello
todas as canas cortar;
mas as canas das raizes
tornabam á reventar:
é á noite á castellana
as ouvia suspirar.

La admirable paridad que entre el árbol y el hombre existe y la consideracion de que las sustancias orgánicas componentes del cuerpo humano, una vez soterrado éste, dan vida á esas plantas solitarias y tristes que crecen en los cementerios, originaron esta metáfora, como en algunos pueblos el culto rendido á los árboles.



Todo el romance está impregnado de un fluido sobrenatural altamente poético.

La Infanta mudada en cándida paloma, símbolo de la pureza del alma; la espada que conversa con su dueño y le anima al combate; el alazan y la fuente que cambian, aquel su relincho y esta sus murmullos, en clara y dulce voz que armoniza palabras, todo lo pone el anónimo poeta á servicio del amor contrariado, que vence uno á uno los obstáculos que se le oponen y aun triunfa de la muerte, que todo lo avasalla, y resurge del polvo de la fosa, brillando en la eternidad como los fuegos fátuos en la oscuridad de la noche.

Este romance, con accidentales alteraciones, es tambien conocido en la tradicion portuguesa: de ella lo recogieron Almeida Garrett y Theophilo Braga, pretendiendo este último darle un valor histórico que no se deduce claramente de la composicion, y está fundado tan solo en caprichosas conjeturas.

XXVII.—La esposa de don García.—Difícil es presumir quién sea este caballero *don García*; así es llamado tambien en los romances el Conde Garcí-Fernandez y otros muchos. Este relato tiernísimo, en que aparecen expresados los sentimientos de dolor y tristeza de un modo tan delicado y bello, no tiene parecido ni en el *Romancero general*, ni en las colecciones regionales.

XXVIII y XXIX.—Venturilla y Venturina.—En tiempo de Alfonso el Casto fueron martirizadas las vírgenes Nunilo y Alódia, de que hablan las crónicas con referencia á santorales casi coetáneos al hecho. Huérfanas hijas de padre moro y madre cristiana, murieron confesando la religion verdadera, delatadas por un pariente suyo, mahometano, á cuyo cuidado estaban.

Habia mandado por ley Abderramén III, que, so pena de muerte, ningun hijo de padre ó madre mahometanos pudiese ser cristiano, aunque uno de sus padres profesara esta religion.

Tal fué la causa porque tantos padecieron el martirio en Córdoba reinando Abderramen y su hijo Mahomad. San Eulogio y Alvaro Cordubense nos dejaron escritas en detalle las vidas de aquellos santos: hijos unos de padres sarracenos que no les permitian las prácticas del cristianismo en que se habian iniciado; jóvenes que se oponian al matrimonio con mancebos moros; y, en una palabra, la lucha en

la familia y fuera de ella, de las creencias religiosas fué ocasion de que muriese en el tormento tan gran número de cristianos. Entonces padecieron por Cristo, los hermanos Adulfo, Juan y Aurea; el presbítero Perfecto, Isaac y Sancho; las vírgenes Flora y María; Sabiniano, Wistremundo, Jeremías, Habencio y San Eulogio, cuyo sepulcro fué trasladado despues á Oviedo.

XXX.—El Galan d' esta Villa.—Este es, entre todos los que conocemos, el romance de Astúrias más divulgado y de mayor extension. Tomando por base las últimas palabras del verso con que comienza, llamaron *estavillar* el acto de entonar el romance que comentamos; y por analogía, cuando una persona habla mucho y enlaza unas con otras las conversaciones, se dice vulgarmente en el país: *paez que tá estavillando.*

La circunstancia de ser tan largo este romance, contribuyó á que fuese olvidado, en gran parte, por el pueblo y á que éste lo viciase y alterase sobre manera; pues faltando tiempo á los cantadores para frasear íntegra la narracion en el espacio que ordinariamente dedican á sus danzas, eligieron los episodios que juzgaron mejores y los empalmaron unos á otros, vinieran ó no á cuento.

De ahí que en la tradicion oral aparezca dislocado el romance y muy incompleto; y que los fragmentos que se cantan en unos concejos de la provincia, sean distintos de los conservados en otros como escogidos por el gusto propio de cada uno, entre las múltiples estancias que constituyen la totalidad.

Todos los autores de viajes y cronistas de Astúrias quisieron dar idea de este popularísimo romance; pero copiando unos lo escrito por los otros y concretándose todos á transcribir la variante conocida en una determinada localidad, no hicieron sino dar á conocer pequeños trozos de aquel, inconexos y zurcidos inhábilmente por el vulgo.

No son otra cosa las variantes publicadas por Caunedo [1], Quadrado [2], Rada [3], Mellado [4] y Amador de los Rios [5], quien no hizo más que reproducir la leccion dada á luz en

1 *Album de un viaje por Astúrias.*
2 *Recuerdos y bellezas de España.*
3 *Viaje de S. M. la Reina doña Isabel II, por Asturias y Galicia.*
4 *Viaje por España.*
5 *Jahrbuch für Romanische und Englische Litteratur.*



una hoja suelta por el doctor don José Perez Ortiz, catedrático que fué de Derecho Romano en la Universidad Ovetense [1].

Diseminados así los diversos trozos del conjunto por todas las regiones de la Provincia, era indispensable recogerlos todos para reconstruirlo. Y esto hicimos nosotros: cosechamos cuantas variantes hemos podido haber en Lena, Aller, Mieres, Oviedo, Grado, Avilés, Luarca, Boal, Coaña, Laviana, Cangas de Onís, Ribadesella y Colunga; y posesionados ya de las partes del todo, las fuimos ordenando de manera que formasen sentido, sin desechar ninguna de ellas, ni inventar otras para que sirviesen de enlace á los cabos sueltos con que no pocas veces nos hallamos al ensayar las múltiples combinaciones que nos vimos precisados á hacer antes de conseguir el objeto apetecido. Seguido puntualmente este procedimiento, era seguro dar con la fábula del romance, oscurecida por la tradicion, como se construye la incógnita figura de un *rompe-cabezas* logrando ajustar perfectamente unas con otras las caprichosas piezas en que aparece dividido.

Pequeñas lagunas quedan, sin embargo, por llenar. He aquí el asunto:

Despues de larga ausensia, Antonio, el fiel y enamorado *galan*, vuelve á la villa preguntando por su antigua enamorada, la hija de un Rey moro. Una prima hermana de ella le dá al fin, noticias ciertas: vive allí, pero pedida y velada ya con un caballero que no la quiere bien y la maltrata por causa de otro amor que tiene en tierra de Andalucía. Desconsoladora es la nueva que acaba de recibir el recien llegado galan; mas ve un rayo de luz y de esperanza en el desvío que por su amartelada de otro tiempo siente el que hoy es dueño suyo, y da una cita á la hermosa malmaridada para hablar con ella durante las primeras horas del siguiente dia al pié de solitaria fuente.

Apenas raya el sol, cuando la *blanca niña* y Antonio acuden por distintos senderos al lugar convenido; ella el

---

1 EL GALAN DE ESTA VILLA. *Romance antiguo, natural compañero de la danza propia para ostentar el sexo femenino la alegre oficiosidad doméstica que le corresponde en la sociedad conyugal; y por cuyo olvido deja de practicarse aun por las honestas.—Oviedo: Imp. de don D. G. Solís, calle de San José, núm. 2.*

No ménos peregrino y desusado que este encabezamiento es el comentario que al texto pone el editor, bajo el título de PROCEDER.



cantarillo bajo el brazo para mejor celar sus intentos, y él colgadas al cuello ostentando así la consecuencia de su cariño, dos prendas de amor que ella le ofreciera al partir al combate, una *medida* y una *esmeralda*, las cuales pierde entre la yerba al cruzar la aspereza de los montes y el acaso hace que sean halladas por la mujer aquella á quien habian pertenecido.

Allí al par de la *fuente fria*, renace con más vigor su amortecido querer: llora ella sus desdichas y celos en cariñosa é íntima confidencia, y él promete cicatrizar las llagas que el desden ha abierto, con el suave bálsamo del afecto y la ternura. Entonces *canta la culebra*: habla la seduccion con dulce y armoniosa voz á oidos de la inocente mujer, y esta cede á sus halagos.

Pasó algun tiempo: no pueden permanecer más en el misterio sus amores; y la hija del Rey de Arabia se decide á confesar á su padre toda la verdad del caso, y á suplicar su permiso para ir á Roma á legitimar la union con Antonio. Con objeto de obtener el paterno consentimiento, aduce cuán poderosos motivos la fuerzan á tomar aquella resolucion; que el hombre á quien pretende unirse es el que quiere con toda su alma ya desde la niñez; que él guardó, aun en la ausencia, la prometida fé; que le tiene oculto en su propia celda. No dice el romance lo que replicó el Rey á las demandas de su hija; pero del contexto se deduce su negativa resolucion, fundada quizás en el fanatismo religioso: un mahometano no podia consentir que su hija se hiciera cristiana.

El tiempo corre: la deshonra de la hija del Rey va á hacerse manifiesta; y ella, tratando de ocultarla y purificarse, huye malgrado de su padre camino de Roma en compañía de Antonio. A poco de emprender su romería, sobrevienen á la Infanta los dolores de parto, y jadeando consiguen llegar los enamorados al pórtico de una ermita, donde la nueva creyente invoca el nombre santo de María, para que sea su protectora en aquel trance, del cual sale felizmente dando á luz una hermosa niña, á quien bautizan con el nombre de *Rosa*; porque la Vírgen, queriendo dar muestras visibles de que habia escuchado las súplicas de la conversa, habló por boca de una Imágen con la que simbolizaba á su hijo y ésta, obedeciendo sus mandatos, extendió los rígidos brazos de madera y entregó por su mano un

manojo de rosas que en ella traia á la angustiada parturiente.

El Rey que, enterado de la desobediencia é infidelidad de su hija, la perseguia quizás, mandó prenderla; y condenándola á servidumbre, la puso en cadenas, sujetándola á las inclemencias de la intemperie en las altas almenas del castillo; obligóla á servir sus yantares como los esclavos, y la forzó á ejecutar finas labores, con toscos menesteres. Aquí termina el romance diciendo cómo la blanca niña con los rústicos utensilios que le permitian emplear, labraba telas tan primorosas como otra hermana suya, valiéndose de rueca, huso y telares, hechos de *plata fina* y valiosas piedras. Y en este punto parece algo incompleta la relacion que debia concluir seguramente mentando algun sér benéfico é invisible que viniendo en auxilio de la infeliz esclava la ayudase en sus labores y la libertase, al cabo, de la opresion tíranica que sufria. Acaso fuera la Vírgen Santa quien de tal modo colmase la esperanza que en ella habia puesto la mora convertida.

Solucion análoga es muy comun en las narraciones de esta especie.

Fijaremos, por fin, la atencion de los lectores en la forma extraña de este popularísimo romance, que ofrece la doble asonancia combinada en monorrimas alternas, de igual manera que si enlazáramos los piés asonantados de dos distintos romances, colocando invariablemente uno de cada cual á continuacion del otro.

Ordinariamente un verso lleva en sí la palabra que ha de servir de asonante en el que sigue: de suerte que la mayor parte de las veces se repite el concepto enunciado anteriormente con la simple alteracion del órden en los vocablos.

Esta original estructura se adapta perfectamente á la forma dialogada que predomina en la composicion, y al procedimiento que empleaban en su recitado: divididos en dos coros hombres y mujeres, formando una especie de *danza hebrea*, entonaban unos un verso y replicaban otros con el siguiente.

XXXI y XXXII.—La ausencia.—A juzgar por las muchas composiciones vulgares que conocemos inspiradas en el mismo asunto, muy favorito debió ser de la musa popular el del romance que anotamos, quizás porque traza

escenas que se repetian á menudo en aquellos tiempos en que la ausencia casi continua del marido en las expediciones militares podia ser ocasion de que la mujer olvidara sus deberes de esposa.

Con igual motivo fueron compuestos los romances coleccionados en la tantas veces dicha obra de Durán, que comienzan de este modo:

Caballero de lejas tierras,
llegaos acá y pareis, etc.
Nuño Vero, Nuño Vero,
buen caballero probado.

Y tambien, diferenciándose, sin embargo, bastante en los accidentes, el hallado en Cataluña por D. M. Milá y publicado en su *Romancerillo* con el núm. 202:

Estaba la Blancaflor,
sota l'ombra de la menta,

así como los portugueses *Dona Infante* y *Dona Catherina*, dados á luz por Braga, y el análogo á estos que primero dió á conocer Almeida con el título de *Bella Infanta*.

El autor del *Romanceiro geeral* escribe, que se puede con certeza afirmar ser este uno de los principales romances comunes á los pueblos del Mediodía de Europa; y apoya su dictámen en citas de colectores extranjeros que evacuadas por nosotros resultan exactas.

No merece igual crédito su caprichosa opinion de que la leyenda es de orígen literario, y tiene su molde en *La esposa fiel* de Juan de Ribera recordada arriba:

Caballero de lejas tierras,
llegaos aquí y pareis;

pues la leccion asturiana presenta caractéres de primitiva, y rasgos que acusan mayor antigüedad. El comenzar relatando el hecho la protagonista; la sencillez de las contumbres y la parquedad de estilo, son, entre otros, testimonio irrecusable de que nuestro juicio no es aventurado.

Algunas veces se despegan del conjunto modernas adiciones:

xuntos irán á la escuela.

El pueblo va trasladando el asunto de los romances á la época en que vive. Respeta la idea general que pertenece á todas las edades y modifica lo accidental, que varía con el tiempo; pues como no conoce el de antaño, no puede trasportar su imaginacion á él ni comprender sus costumbres; y las sustituye por las actuales.

La forma de este romance, á pesar de ser fácil y espontánea, revela instinto artístico; mantiene el interés dramático hasta el desenlace, y ofrece en algunas escenas pinturas lacónicas, pero llenas de color y vida:

En la guerra muerto queda;
su cuerpo revuelto en sangre,
su boca llena de arena.

XXXIII.—La esposa infiel.—El alejamiento frecuente de los maridos que dejaban sus fortalezas para levantar el pendon señorial en seguimiento del Rey y en defensa de la Patria, ó para dar estruendosas batidas de caza en los montes, favorecia las libertinas empresas de las mujeres, quienes privadas de las caricias de su marido, aceptaban las de un amante.

Algunas damas, como la protagonista en el precedente romance, guardaban incólume su virtud; pero otras, como la *esposa infiel*, cediendo á los atractivos de la galantería y al aguijon del hastío, sacrificaban la honra del hogar en aras del deleite.

Mucho hay que decir de la moralidad en la Edad Media. Por un lado nos hallamos con la severidad en las costumbres, fomentada por el fervor religioso, y con el espiritualismo que convertia el amor en un puro éxtasis y adoracion ante la belleza de la mujer, engendrando esos amores ideales del trovador famoso Beltran de Born, el enamorado de Matilde de Montagnac, que desamado un dia y convencido de que no hallaria en el mundo mujer tan bella, forjóse imaginariamente una querida adornada con todas las gracias más esquisitas de cada una de las mujeres pregonadas hermosas por la fama, y á ella adoró con pasion algun tiempo y dirigió sus inspirados *serventesios* y sus *albadas* llenas de ternura.

Pero al par de estos hechos, de este amor poético que ni en el matrimonio hallaba excusa legítima para ese afec-

to puro, hallamos la depravacion más grande é inmorales escenas, como la que se refiere en el romance á que sirven de comentario estas líneas, y las desarrolladas en las célebres *Córtes de Amor* reunidas en los castillos de Romanín, Pierrefeu y Signe.

Establecióse en sus galantes códigos, que el amor verdadero no podia existir entre casados; y este precepto, inspirado en el más extremado idealismo y acatado por aquellas sociedades que daban ridículo culto á la galantería, fué paulatinamente laxando los vínculos matrimoniales y apretando aquellos lazos creados por el amor platónico de quienes haciendo una entidad del amor y de la poesía, contentábanse primero con pregonar por doquiera en delicadas *rimas* las bellezas de su enamorada ó contender con ella de amores en *tensiones* llenas de pasion; pero que despues, evaporada aquella nube de fantasía, dejóse ver la realidad amarga, presentándose impúdicamente el amante al lado del marido y aun disputando á éste sus legítimos derechos.

La esposa infiel es uno de los viejos romances: lo indican más que nada el asonante empleado en la composicion, la forma inculta y elegante al propio tiempo, la transicion rápida de la narracion al diálogo y la repeticion de estrofas.

La máldicion que la mala esposa dirige á su marido ausente, es gráfica, enérgica y de gusto oriental, Salomon dice: *El que á su padre escarnece ó á su marido ultraja, sáquenle cuervos los ojos y cómanle las águilas.*

El desenlace de la accion no es forzado; es dramático y altamente moral: la esposa, despues de mil disculpas y acosada por las disfrazadas recriminaciones del marido, confiesa la gravedad de su delito y arroja sobre sí misma la sentencia de muerte. El Fuero Juzgo dejaba en libertad al esposo para castigar á su arbitrio á la infiel y su cómplice: *Si el marido ó el esposo mata la muier hy el adulterador, non peche nada por el omecillo.*

Los dos romances de *El Adúltero castigado* incluidos por Durán en el *Romancero general*, y á los cuales corresponden los números 298 y 299, son especies de la variante asturiana que resume y compendia en sí todos los principales y distintos accidentes que aquellos bebieron en la fuente comun al nacer inspirados en el mismo asunto.

No es desconocido en la literatura popular catalana. *La adúltera castigada* (núm. 254 del *Romancerillo* de Milá) tie-

ne bastante afinidad con los romances susodichos. Sin embargo, en el final varía por completo: el marido descubre el amante oculto, y ambos se baten y mueren en el duelo, quedándose la dama

sens consuelo nin amor.

XXXIV.—El Caballero burlado.—Con este asunto hemos visto algunas canciones vulgares de diversas naciones.

Gerard Nerval, publicó una comun en el fondo con la nuestra, si bien bastante distinta en la forma y en los recursos y resortes que mueven la accion.

La misma idea ha producido en la Península ibérica dos romances muy análogos, aunque distintos.

Desenvuelven el pensamiento, de una ú otra manera, *La Infantina* y *la Infanta de Francia* (Duran, Romancero general); *Los dos hermanos* (Milá, Romancerillo); *O Caçador* y *la Infeitiçada* (Almeida-Garrett); y *A Infanta de França* y *A Encantada* (Th. Braga).

Seguramente no tuvieron orígen distinto estas dos canciones, sino que nacieron una de la otra; puede muy bien calificárselas de variantes.

Teniendo demasiado en cuenta las alusiones que en algunas de ellas se hace á los Reyes de Francia, y el carácter jovial y picaresco que á todas distingue, no vacilaron los colectores mencionados en juzgarlas versiones de algun *fabliau.* [1]

Sin embargo, Almeida-Garrett, con escasa pericia y bastante ligereza, no parando mientes en la comunidad que á primera vista se percibe entre ambas leyendas, asignó á cada una de ellas su procedencia probable; y discurriendo sobre cuál fuera la de *O Caçador* escribe: *...ou ó que parece mais provavel, foi composto na linguagen ainda commun é pouco discriminada que prevalecia, ao principio da reconquista, na povoaçao christan das Hespanhas.*

En nuestra humilde opinion, la variante asturiana que figura en el texto vino á confirmar la inspirada sospecha de Almeida Garrett y á revocar el respetable fallo que el

[1] Puymaigre (*Petit Romancero*, choix de vieux chants espagnols.—Paris, 1878), con el apasionamiento nacional que le distingue, abunda en esta opinion.

docto Wolf habia dictado, juzgando más antigua que ninguna la version publicada en el *Romanceiro*.

La atenta lectura de ambos textos, es suficiente para inclinar la balanza del juicio en favor nuestro. Con haber permanecido la version de Astúrias más tiempo que ninguna otra expuesta á las contingencias de la tradicion oral, conserva ménos borroso el sello y caractéres de su cuño; da idea más exacta de la época á que pertenece.

La sombría pintura del paisaje y de aquella tarde melancólica de neblina ú *orbayo*, con que el romance empieza, es incomparable, y prepara la imaginacion ménos exaltada para oir narraciones de hadas y de encantos. Las frases con que la Infanta finge su villana y malhadada condicion para caminar á seguro en compañia del caballero, son más enérgicas y terribles en el romance asturiano que en ningun otro; y hay en él detalles y episodios, como el de la apuesta que la doncella hizo con sus hermanos y el de la invitacion á cabalgar en la silla ó á la grupa, de que carecen los otros romances y que hacen merecer al nuestro.

A Infeitiçada de Garrett y *Los dos hermanos* de Milá terminan de un modo muy parecido al *Don Bueso* de esta coleccion: el caballero y la infantina resultan hermanos. Y es de advertir que el romance catalan mencionado abunda en palabras castellanas mecidas con las del dialecto, lo cual hace presumir que no es oriundo de la tradicion catalana, sino una version incompleta del que permaneció en Castilla.

XXXV y XXXVI.—Doña Arbola y Marbella.—Generalizado este romance en casi todas las regiones de la Península, en ninguna se conserva en la integridad del texto que anotamos y con la pulcritud y delicadeza de sus formas, las cuales sin gran menoscabo se perpetuaron en la tradicion.

Con nuestra version pueden compararse: *La mala suegra* (Núm. 243 del Rom. de Milá): llámanse sus protagonistas *Doña Arbona*, ó segun otras variantes, *Doña Arquela*, y *don Alonso* ó *don Francisco*. No hay en él tanta galanura como en el romance asturiano, ni las escenas terribles resultan tan enérgicas á pesar de prestarse á ello el dialecto catalan con la ruda sonoridad de sus vocablos; carece de los episodios más brillantes y característicos de la época en que se supone desarrollarse la accion.

La Helena de Almeida-Garrett, que éste creyó *portu-*

guez de nascença, es de aspecto bastante moderno y muy distinto de nuestra version en el final: el marido se arrepiente de su facilidad en dar oidos á las calumnias inventadas por su madre, y se retira á un monasterio, que funda, para hacer penitencia de la crueldad con que trató á su inocente esposa quien al morir perdona á su marido, y le deja en verbal testamento todas sus haciendas.

El *Don Pedro* de Theophilo Braga, que ofrece con el nuestro algunos puntos de contacto más. Y, por fin, los dados á luz recientemente en los números 1.° y 3.° de la revista *El Folk-Lore Andaluz*, derivados respectivamente de la tradicion de Alcalá del Rio y del Alto Aragon, ambos de escasa importancia y valor relativo. Pero en todos ellos faltan los esmaltes y matices que engalanan el nuestro; reduciéndose á sencillas narraciones. En ninguno se encuentra la escena milagrosa en que el recien nacido habla en pró de la honra de su madre, que recuerda la leyenda del ermitaño Garin del Monserrat y la hija del Conde Vifredo, donde un niño de tres meses, hijo del Conde, anuncia el perdon de Dios al penitente casi convertido en fiera á fuerza de privaciones y de vivir en el aislamiento: así como tampoco ninguno hace mencion del original castigo impuesto á la pérfida suegra en la variante recogida en Villaviciosa, pena igual á la que sufre la protagonista en la balada finlandesa *Karina* (copiada por César Cantú en el tomo IX de su *Historia Universal*), la cual fué encerrada en un tonel erizado en su interior de agudas hojas de espada que los pajes del Rey echaron á rodar de uno á otro.

XXXVII.—El Convite.—En la curiosísima *Ensalada de Praga* aparecen glosados, entre otros romances, dos versos de uno completamente desconocido en las colecciones españolas:

¿Qué me distes, Moriana,
qué me distes en el vino?

y el erudito Wolf [1] hacia votos por el hallazgo de esta que juzgaba cancion interesante. Pues bien; ¡qué satisfacion más legítima no habremos recibido al hallarla viviendo to-

1 Sammlung spanischer Romancen in fliegenden Blatern auf der Universitats, Bibliothek Prag.—Viena, 1850. Para cuantas traducciones del aleman me vi precisado á hacer, valíme de mi docto amigo don Antonio Balbin de Unquera.



davía en la tradicion de Astúrias y al enterarnos más tarde de que tampoco era desconocida al pueblo catalán leyendo en el *Romancerillo* de Milá y Fontanals, bajo el título de *La innoble venganza*, una variante de élla que si diversa por bastantes conceptos, coincide én algunos pasajes con la asturiana!

La pócima que *Mariana* suministra á *don Alonso* con el vil propósito de envenenarle, parécese por lo heterogénea y ridícula á las drogas aderezadas por los *ensalmadores*: recuerda los extraños brevajes que segun C. Plinio (Hist. Natural, Cap. *De los remedios contra las enfermedades de todo el cuerpo*) disponian los magos, y á los menjurges que Parmeno, en la célebre novela de R. Cota, dice componia la vieja Celestina su ama.

Al leer los versos del romance:

—Bebe primero, Mariana,
que así está puesto en estilo,

acude naturalmente á nuestra memoria aquel pasaje de la *Crónica general* donde se lee que doña Sancha, viuda del Conde Garci-Fernandez, trató de dar muerte con veneno á su hijo Sancho-García, quien avisado por una camarera obligó á su madre á que bebiese primero; y desde entonces, dicen, es costumbre en Castilla que beban primero las mujeres y despues los hombres.

XXXVIII, XXXIX, XL, XLI y XLII.—Venganza de honor y La hija de la Viudina.—Son estos lindos romances en extremo populares en Astúrias: puede asegurarse muy bien que cada localidad tiene su variante. No conocemos más versiones que las portuguesas de Almeida y Braga, nombradas respectivamente *A Romeira* y *A Romeirinha*, ambas muy aproximadas á la más corta y sencilla de las variantes del texto.

Con todo, no es raro en los romances castellanos la figura de esa mujer que se olvida de la debilidad de su sexo cuando está en peligro su honor. Una doncella mata á *Rico-Franco* con su propio puñal, pidiéndoselo á pretexto de cortar fitas al manto; *Blanca-Flor* dá la muerte al traidor *Marquillos*, que pretendia deshonrarla; y la *Infanta doña Sancha*, enamorada del Conde *Fernan-Gonzalez*, en el famoso encuentro que tuvo con el Arcipreste despues de haber liber-

tado á aquel de su prision, hunde un puñal en el pecho del depravado clérigo que atentaba contra su castidad.

LXIII y LXIV.—Doña Urgélia y Doña Enxendra.— Cuándo Almeida-Garret publicó su obra, comprendió en ella un romance á que llamó *Doña Ausenda*, en el que se narra igual asunto que en los dos que comentamos; romance del cual Theophilo Braga recogió despues otra variante (*Dona Areria*) cuya accion aparece confundida con la de las famosas canciones de Cláros de Montalvan, cosa que nada tiene de particular si se observa el notable acuerdo que hay entre ambas narraciones, sobre todo en Portugal; pues *Ausenda* es condenada á morir en las llamas como la enamorada de Cláros; y á la manera que este liberta á aquella, así el Conde don Ramiro, disfrazado tambien de *frade*, logra la absolucion de su amada.

Pero volviendo al asunto: Almeida-Garrett creyó que aquel romance era puramente portugues, sin fijarse en las analogías que por más de una parte habia entre él y otros dos publicados anteriormente por don Agustin Durán. Uno es aquel que lleva por epígrafe, *De cómo la Infanta, casada á hurto del Rey, etc.* [1] perteneciente á los *viejos juglarescos* y hecho quizá en vista de los populares que damos á conocer: y otro *Don Galvan* y la Infanta:

Subiérase la Infanta
á lo alto de una torre.
Si bien labraba la seda,
mejor labraba el oro:
vido venir á Galvan,
telas de su corazon.
Ellos en aquesto estando,
el parto que la tomó,
—¡Ay, por Dios! ¡ay, mi señor!
Allegueisvos á esa torre,
recogedme á ese mochacho
en çabo de vuestro manto.
Dedesmelo á criar
á la madre que os parió, etc.

Estos documentos, y en particular el primero, atestiguan que no fué ignorado por la tradicion castellana el

1 Rom. Gen., tom. II, pág. 664, Suplemento.



romance en cuestion; pero, si esto no ofrece dudas, algunas impiden formar juicio exacto de si esta tradicion es originaria de Portugal, ó fué llevada allí desde Castilla con tantas otras.

En el Breviario de Évora (20 de Octubre) se lee del siguiente modo el martirio de Santa Irene; y no es difícil que en su relato haya buscado el pueblo los trazos más salientes de la leyenda cuyo análisis hacemos:

En tiempos de Recesvinto, cerca de Navania, á orillas del rio Navanis, vivian casados Eugenia y Hermigio, señores de muchas tierras. Tenian una hija extremadamente hermosa llamada Irene, cuya educacion estaba á cargo de Remigio, monje de un monasterio cercano, quien la inspiró santidad y la vió crecer en virtudes cada dia. Enamoróse de ella Britaldo, hijo de un gran señor de la comarca; y no atreviéndose á comunicar su pasion á la jóven por consideracion á su santidad y otros respetos, llegó á enfermar de amor.

Por revelacion divina, supo ella la causa de los padecimientos que á Britaldo aquejaban; y fué á visitarle y disuadirle de que debia olvidar sus amores. Con su presencia el jóven convaleció, y quedó un tanto satisfecho con las razones en que Irene apoyaba su desvío; pero amenazándola de muerte si cualquier dia preferia á otro.

Dos años despues, el monje Remigio, tentado por el demonio y abusando de la confianza de maestro, manifestó á Irene sus deshonestos amores. Ella le rechazó ásperamente, reprediéndole con acritud. Contrariado Remigio y ayudado por Satanás en su venganza, tuvo ocasion de dar á Irene una bebida compuesta de yerbas, la cual abultó su vientre como si realmente estuviese preñada; con lo cual padeció bastante la fama de aquella virtuosa jóven. Britaldo, celoso, hizo que uno de sus soldados la cortase el cuello, y arrojo al rio Nabanis el cadáver de la que creia perjura. Pero un milagro descubrió al fin su inocencia: el rio dejó en seco el lugar donde estaba aquel cadáver que fué hallado, por medio sobrenatural, encerrado en precioso feretro. De Santa Irene tomó nombre la ciudad de Santaren.

Muchos escritores, entre ellos el sábio Menendez Pelayo en su monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, creyeron sorprender *in fraganti* una supersticion vulgar en esa yerba famosa en los romances de Portugal y Astúrias que

toda mujer que la pisa
luego se siente preñada.

Muy diversas virtudes se atribuyeron por el vulgo á las yerbas. Martin del Rio (Disquisiciones Mágicas—Lib. IV.) enumera entre los medios de adivinacion la *bolanomanteia*, que predice lo futuro valiéndose de ramos de bervena y salvia. En la *Egloga* VIII (Pharmaceutria) se dice, aludiendo á unas yerbas cogidas en el Ponto:

His ego saepe lupum fieri, et se condere silvis
Moerin; saepe ánimas imis excire sepulcris....

En la *Vision delectable* de Alfonso de la Torre se lee que á algunos espíritus del aire y del fuego les placía el humo de una yerba determinada; y ella encendida, luego venian, y otra les era desapacible y les causaba enojo.

Yerbas habia que pisándolas extraviaban en los senderos [1] y otras cualidades tenian que el lector curioso podrá vèr en *La Mitología de las plantas*, ó *Leyendas del reino vegetal* por Angelo Gubernantis.

Sabido esto, nada de inaudito tiene que el pueblo achacase á la borraja el sobrenatural poder de engendrar como lo tenia la azucena de que habla el romance de *Tristan de Leonís*:

Allí nace un arboledo
que azucena se llamaba;
cualquier mujer que la come
luego se siente preñada. [2]

Pero nosotros creemos, y manifestamos nuestra opinion con el temor natural al discrepar de la de hombres tan ilustres, que el recurso de la yerba encantada se usa en el romance que estudiamos, no en sério sino en tono jocoso y de burlas, pues no puede pasar desapercibida la figura del Caballero, incógnito en unas variantes y en otras llamado

1. Véase en la Revista francesa *Mélusine*, el artículo «L'herbe qui 'egare.»
2. El Sr. Rodriguez Marin, en sus *Cantos populares españoles*—Sevilla, 1882, inserta una adivinanza que tiene estrecha afinidad con nuestro romance:

Una mujer me pisó
y por mor de mi parió:
cayó enferma la mujer
y con mi flor la curé.
¿Que yerba yerbita es?
(La borraja.)



Conde, don Juan, don Galvan, etc., quien por encargo confidencial de la dama saca oculto *en el rebozo de su capa* el recien nacido. Robustece nuestro voto la version portuguesa de Rodrigues de Azevedo (*Romanceiro do Archipelago da Madeira*):

Oh, que noite de natal!
Oh, que herva incantada!
Incantos de Don' Ausenda....
eram lo Conde, mais nada.

De igual suerte, en el XXI de los *Milagros de Nuestra Señora* cuenta Berceo de una monja abadesa que cae en deshonestidad, quedando por ello preñada; y para expresar con mayor delicadeza el hecho, dice el autor:

De una abatissa vos quiero fer conseia,
que pecó en buen punto commo á mí semeia.
quissieronli sus duennas revolver mala çeia,
mas nol empedeçieron valient una erveia.
. . . .
Pero la abadessa cadió una vegada,
fizo una locura qué es mucho vedada,
PISÓ POR SU VENTURA YERBA FUERT ENCONADA,
QUANDO BIEN SE CATIDO, FALLOSE EMBARGADA.

XLV.—El Cueto Lloro.—Entre los romances recogidos en Astúrias por don José Amador de los Rios, inéditos hasta el presente y hoy publicados por mí con autorizacion del hijo de aquel, don Rodrigo, figuraban este y *La muerte del impio* segun ya dejamos apuntado en una nota. Al estudiarlos detenidamente observé en ellos algun corte erudito y *un no sé qué* por el cual se me antojaba no fuesen populares. Ciertas alusiones *locales* hechas en ellos y la semejanza de su estilo al de otro romance publicado, con la firma del autor al pié, en la *Revista de Asturias*, hiciéronme sospechar si serian debidos á la bien tajada pluma de mi cariñoso amigo y paisano el sábio profesor de la Universidad de Santiago don Gumersindo Laverde y Ruiz. Resolví manifestarle mis barruntos, y en carta, por mí muy apreciada, fecha en 2 de Diciembre de 1883, confiesa su paternidad, con esa modestia que le caracteriza. Perdóneme él si la ofendo, amen de esta libertad que me tomo al romper el secreto de su correspondencia.

Aunque los romances susodichos no son realmente populares, merecen serlo, tanto por estar inspirados en venerandas tradiciones del vulgo, como por haber sido trazados de mano maestra, imitando con singular bizarría los tonos bellos y característicos de la poesía del pueblo y evitando las escorias que en ella empañan á las veces el brillo de las preciosas piedras engarzadas en sus narraciones.

Ambos son modelo en este género de literatura, sobre todo aquel cuyo título encabeza estas líneas, donde resalta esa dulce tristeza y esa vaga melancolía en que flota casi siempre la inspiracion tradicional de los pueblos; por eso hemos creido que debian figurar en primera fila en esta coleccion.

Hay dos *cuetos* [1] de este nombre; uno cerca de Cangas de Onís, entre Narciandi y Soto; y otro en una cañada al Sud de *La casa de la Torre*, en Obio, parroquia de Nueva. Ambos tienen *encanto* y de ambos se refieren parecidas consejas que es posible corrieran en otro tiempo metrificadas.

Al segundo de estos *cuetos* se refiere el romance que comentamos. Del primero publicó *La Voz de Astúrias* (números 4 y 5, 1878) una tradicion anónima con el epígrafe *El Cueto Llório*, comun en la esencia con la que va como apéndice de este tomo, solo que en ella una *xana* es la que guarda el tesoro renombrado.

XLVI y XLVII.—Doña Alda.—Es una lindísima balada que nada tiene que envidiar á las del Norte. Su lectura conmueve, pero no con impresiones fuertes y violentas, sino suavemente y por la ternura de afectos expresados del modo más delicado y con la sencillez más candorosa: con su lectura, el alma se aduerme en brazos de dulce melancolía como ante la contemplacion de un crepúsculo; y crepúsculos de la poesía son estos en que tambien se confunden débilmente la sombra con la luz.

El motivo de la composicion ha sido simpático á todas las literaturas populares, y narrado más ó ménos felizmente por todas las lenguas del Mediodía de Europa. Hay en Francia una cancion al mismo asunto, titulada *Le Roi Renaud* [2], de la que vamos á transcribir una variante recogida por Gerard Nerval, pues está más de acuerdo con las del

1 *Cueto*: colina baja.
2 Puymaigre—Chantes populaires.—Paris, 1881.



texto y parece revelar mayor antigüedad que no la contenida en la obra mencionada abajo.

Quand Jean Renaud de la guerre revint,
il en revint triste et chagrin.
—Bon jour, ma mére,
—Bon jour, mon fils;
ta femme est accouchée d' un petit!
—Allez, ma mére, allez devant,
faites-moi dresser un beau lit blanc;
mais faites-le dresser si bas
que ma femme ne l' entende pas.
—Ah! dites, ma mére, m' amie,
¿Qu' est-ce que j' entends clouer ici?
—Ma fille, c'est le charpentier
qui raccommode le plancher.
—Ah! dites, ma mére, m' amie,
¿Qu' est-ce que j' entends pleurer ici?
—Ma fille, ce sont les enfans
qui se plaignent du mal de dents.
—Ah! dites, ma mére, m' amie,
¿Qu' est-ce que j' entends chanter ici?
—Ma fille, c'est la procession
qui fait la tour á la maison.
—Ma mére, dites au possoyeux
qu'il fasse la fosse pour deux;
et que l' espace y soit si grand,
qu' on y renferme aussi l' enfant.

En Italia el protagonista es *Il Re Carlino* y ofrece más semejanzas con nuestro romance en los últimos diálogos entre la suegra y la jóven viuda, cuando pregunta ésta qué vestido ha de llevar y aquella le contesta sagazmente que el negro dice mejor al color de su agraciado rostro; que le parece haber oido al paso llamarla viuda, etc., hasta que por fin obliga á la suegra á confesar la desgraciada muerte de Carlino.

Hasta ahora no figuró en ninguna de las colecciones españolas, y en Portugal es desconocido: conservanlo, sin embargo, la tradicion catalana y la extremeña.

Milá estampa uno análogo (núm. 204) que empieza:

Ya n' era una dama,
una dama linda
que té de parí
é non sàp lo dia.

Y el número 2 del *Folk-Lore Betico-Extremeño* dió á luz un romancillo sexasílabo colectado en Zafra, muy alterado y corrompido por la tradicion y más afín con la version catalana que con las de Astúrias. Así principia:

Ya viene don Pedro
de la guerra herido;
viene con el ánsia
de ver á su hijo.

XLVIII y XLIX.—La Infantina y la Aldeana.—Son estimables variantes del famosísimo romance *El Conde Alarcos*, cuyos personajes creen algunos realmente históricos.

En todos ellos supervive la creencia supersticiosa en la eficacia de los emplazamientos ante la justicia de Dios; creencia muy corriente en los siglos medios y de la que se conserva testimonio en la discutida *Crónica* del Arzobispo Turpin:

Un soldado de Cárlo-Magno, próximo á morir, encarga á un pariente que venda su caballo y el precio lo distribuya entre los sacerdotes y los pobres. Malgasta el fideicomisario en francachelas el precio de la venta, y á los treinta dias se le aparece el difunto diciéndole que por causa suya ha estado todo aquel tiempo retenido en el Purgatorio. Anuncia al fementido su condenacion, le *emplaza* para el siguiente dia; y cumplidas las veinticuatro horas, muere.

L.—Don Martinos.—En vano buscaremos este romance en las colecciones castellanas. En las de Portugal aparece con los nombres de *Doncella que vai á guerra* (Almeida-Garrett) *Dom Martinho de Avisado* y *Dom Barço* (Th. Braga) y *Dom Martinho* (Rodrigues de Azevedo). A pesar de todo, es casi seguro que de nuestra tradicion haya pasado este romance á la de la nacion hermana: el portugués Jorge Ferreira de Vasconcellos en su comedia *Aulegraphia* [1], pone en boca de uno de sus personajes, la introduccion de un romance castellano perfectamente igual á la del nuestro; pues entonces, dice, estaba muy en uso en los palacios decir coplas castellanas. En aquella época conocíasele por el nombre de *O Rapaz do Conde Daros*. Dice así:

1 Citada por Almeida-Garrett.

Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragone....
¿Cómo las haria, triste,
viejo, cano y pecador?...

En el *Romancerillo catalan* (núm. 245) hay tambien una version importante.

Ciertamente, no es en España raro el tipo de la mujer varonil y de corazon entero, que arriesga su vida en heróicas empresas; aparte de Agustina Zaragoza, María Pita y demás heroinas nacionales, consérvase memoria de otras que en hábitos de varon abandonaron su hogar en busca de romancescas aventuras, como la célebre Doña Catalina de Erauso, en el siglo XVII, llamada *La Monja Alferez* [1].

Acaso una de éstas sirvió de modelo á la que figura en el romance *Don Martinos*.

Nuestro buen amigo el ilustrado jóven don Laureano Diaz Canseco facilitonos copia de un curioso privilegio del lugar de Arintero, en la montaña de Leon, en el cual se hace mencion de una dama cuyos hechos, y aun los detalles de estos, tienen bastantes puntos de contacto con la leyenda de Don Martinos.

Real Privilexio, Armas y Blason de el Lugar de Arintero de los que allí descienden.

Este lugar há sido Poblado de Garcias y Gonzales Una noble Generazion de Hijos dalgos notorios y es llamado Solar Conoscido por ser Ganada esta merced, con otras muchas que abaxo seran referidas por una doncella que fué llamada Doña Juana de Arintero, la qual se hallo en la Guerra que fue dada en el mes de Mayo; Año de mil quatrocientos setenta y seis; quando fué zercada Zamora de los enemigos Reynando el REY Don Fernando el Quinto, de este nombre; el qual para la dicha Guerra mando hacer Jente en todo su Reyno; y siendo hecho repartimiento en este lugar de Arintero, cupo el ir ó unbiar á un vecino de el dicho lugar; el qual solo tenia una hixa que es la arriba referida, encomenzose á entristecerse y congoxarse por berse viexo, y sin hixos Barones para poder unbiar; lo qual entendido por la hixa le ani-

1 Véase la historia de esta mujer, natural de San Sebastian, escrita por ella misma é ilustrada con notas y documentos por don Joaquin María Ferrer.—París 1829.

mó y dixo que le diese Armas y Caballo, que ella iria á la Guerra; El padre biendo tan buen animo y boluntad en su hixa determino de la ymbiar, y ansi fue armada con su daga y Lanza en Puño en su caballo á modo de Caballero; y estando en la Guerra al tiempo de tirar la lanza, como iba con gran fuerza se le desbotonó y abrió su Jubon; y se le echó de ber el blanco Pecho por presto que acudió con su mano a apretar su Jubon; Y asi se comenzaron los Soldados á Alborotar diciendo, muger ay en la Guerra, muchas veces hasta que llegó a noticia de el REY el qual lo mandó llamar; la qual visto no poder ser encubierta ido delante de el REY. El le mandó pidiese mercedes, que el se las otorgaba. Entonces lo primero que pidió fue que el Lugar de Arintero fuese Solar conoscido de hixos dalgo notorios; y que todos los de su Apellido y Solar fuesen Presenteros de el Beneficio de este lugar y de otros ciertos Lugares; y ansi mismo que los tales Presenteros les fuesen dados por el rector en ciertos dias de el año sus Yantares y Comidas; Y que en resconocimiento de este Senorio, el presentero mas biejo que morase en este Lugar llebase la primera ofrenda de la Charidad los Domingos de el año; y muerto aquel presentero, subcediese el otro presentero que en el dicho Lugar hubiese más biexo habiendo sido ó siendo casado, y no de otra manera. Ansimismo pidió esta doncella que atento que este Lugar de Arintero habia de ser Solar conocido de hixos dalgo, que para conserbar y no perder este nombre y Apellido de Solar, y para que los que de el saliesen á morar á ciertas partes fuesen conoscidos por tales hixos dalgo de Solar que ninguno pudiese morar en el dicho lugar que fuese Pechero ó tubiese otra raya que dañase al tal Solar, y pidió otras muchas mercedes y libertades de las quales por haber mucho descuido en los Pasajes y baterias en todo lo qual dichas cosas le fueron concedidas segun y de la manera que arriba ban referidas; y quiere sean guardadas por los naturales y descendientes de dicho Lugar de Arintero le obserben en muchas cosas. Por las quales rasones los que son de este Apellido estas mercedes pongan en sus Armas esta doncella Pintada á modo de Caballero, puesta en Caballo Blanco con tres Pinos, los dos á los lados y el otro á la parte de Abaxo el Caballo tiene al redor dos retulos, el uno á mano derecha que dize: Si quereis saber quien es este Baliente Guerrero, quitad las Armas vereis ser la dama de Arintero. Y el otro á la izquierda que dize: Conoced los de

Arintero buestra dama tan hermosa, pues que como Caballero con su REY fue balerosa. La qual razon y relazion se hallara en los Libros de Linaxes que quedaron Sotomaior REY de Armas que fué de S. M. la qual saqué yo, Ortega Muñoz su yerno, de el original de los dichos Libros á pedimento de los descendientes de el Solar de Arintero que es en los Arguellos montañas de Leon de esta certificazion firmada de mi nombre.—Juan de Ortega Muñoz.

LI, LII y LIII.—La Gayarda.—El Diccionario de la Lengua define así esta palabra: *Gallarda*; bizarra, valiente: *Gaya*. Germ. Mujer pública. De una de ambas se deriva la que sirve de epígrafe á estas líneas, y los dos significados le convienen.

Es un romance viejo, desconocido hasta hoy á todos los colectores, y solamente conservado por la tradicion asturiana. Los romanceros portugueses no traen ninguno que se le parezca. Tiene trazas de respetable antigüedad, y no debe haberse alterado mucho su primitiva forma.

LIV.—El Paje de D. Francisco.—Sobresale en este romance, como en los de *Gerineldo* y *El Caballero burlado*, el tono festivo y un tanto epigramático que caracteriza al pueblo astur. Es muy original, pues no hemos visto otro semejante.

LV, LVI y LVII.—Amor y rejas y Toros y cañas.—Todos ellos se refieren, sin duda, á los mismos personajes, y narran episódios diversos de su leyenda.

En ellos se percibe marcado sabor de época y pintan galanamente las costumbres españolas. Su lectura hace recordar las famosas lidias de toros en la plaza pública; festejo que presenciaban el Rey desde su palacio, los nobles en tableros engalanados suntuosamente, y la plebe detras de empalizadas y vallados.

Ni en los romanceros castellanos, ni en los regionales, ni en los de Portugal, están comprendidos los romances arriba dichos.

LVIII.—El mal de amor.—Es un lindo romancillo de amores, cuyo estilo se acerca bastante al de Bartolomé Santiago, romancerista popular del siglo XVI. Ofrece versos comunes con alguno de este romance el de *O Conde Preso* (núm. 24 de la coleccion de Braga), circunstancia muy repetida en la poesía del pueblo, segun ya hemos observado en otro lugar.

LIX.—Don Alférez.—Algo modernizado, este romance nos pinta aquella sociedad bárbara cuyas costumbres no habia dulcificado por completo el espíritu cristiano.

Esta amarga verdad se aprende tambien en sus códigos. Dice la Ley VII del tít. III, lib. IV del Juero Juzgo: *Ninguna cosa non es peor de los padres que non an piedat é matan á sus fios. E porque el pecado destos atales es espendudo tanto por nuestro regno, que muchos varones é muchas muieres son culpados de tal fecho... etc.*

La repugnante escena en que la mujer infiel ofrece á su marido para cenar la cabeza de su propio hijo; escena que se repite en el romance de *Blanca-Flor*, recuerda cuando sirvieron en un festin en Córdoba á Gonzalo Gustios las cabezas de los siete *Infantes.*

Es un rasgo de ferocidad como los que pinta El Edda. *Atle, casado con Gudruna sin obtener el amor de ésta, sueña que matan á sus hijos y le invitan en la mesa á comer de ellos.* (Gudrunar-qvida II.)

Gudruna, para vengar la muerte de su hermano Gunnar, hace que coma su esposo Atle en el festin de los funerales, á sus hijos Erp y Eitil, aderezados por ella misma, diciéndole que es carne de ternera. (Gudrunar-qvida III.)

Atle pregunta á su esposa donde han ido á jugar sus hijos; y ella, al fin, para darle mayor tormento, le descubre que ha comido carne de las inocentes víctimas. (Atla-qvida in Graelenzka.)

Este romance pertenece exclusivamente á la tradicion oral de Astúrias.

LX.—Don Pedro.—Tiene valor escaso; debe clasificársele entre los romances vulgares, y es muy posible que haya sido impreso en *hoja suelta*, aunque ninguna hemos visto de esta traza. Parece escrito sobre el asunto de los romances *Venganza de honor.*

LXI.—Amor eterno.—Con ligeras variantes, es el mismo romance que publicaron Almeida con el título de Gunnar y Braga con el de *Doña Agueda de Mexía.* Desconociendo las versiones castellanas, que no está incluido en ninguna de nuestras colecciones, creyólo el primero de los autores citados propio de Portugal. En Cataluña es tambien conocido, pero en la version castellana; así lo publica Milá y Fontanals (Núm. 249.—*La amante resucitada.*) Su leccion difiere algo de la nuestra.

El asunto no puede ser más bello: una mujer que surge del sepulcro á la voz apasionada de su amante. El poeta se vale ingeniosamente de este recurso para unir en matrimonio dos enamorados, cuyo cariño habia sido pospuesto al vil interés, cediendo al cual los padres de Angéla habíanla casado con un mercader opulento. Hay en la leyenda situaciones por todo extremo hermosas y conceptos delicadísimos. Su forma actual es del siglo XVII; sin embargo, el romance debe ser de fecha anterior.

LXII.—Los tres amantes.—Es un romance vulgar de mal gusto, y pertenece á la época que hemos llamado *decadente.*

LXIII.—La Incestuosa.—Su argumento es dramático, pero el asunto está envuelto en una forma bastante desmañada, que ofrece pocos atractivos.

ROMANCES RELIGIOSOS.

Bajo esta denominacion hemos comprendido dos clases: una de *místicos* y otra de *sagrados*. Unos y otros adoptaron las más veces giros y formas de los romances caballerescos y de amores, llegando no pocos en esta imitacion hasta el ridículo de representar los principales personajes de la historia sagrada por nobles caballeros de la Edad Media, vestidos segun el uso de entonces, convirtiendo los hechos de su vida en acciones de las de lanza en ristre y escudo al brazo.

Hieronimo San Pedro en su *Libro de cavallería celestial del pié de Rosa fragante*, Anvers 1554, personifica al demonio tentador en *el Caballero de la serpiente* contra quien *el Principe Adan* sostiene singular combate, en el que es vencido.

En el romance de Alonso de Ledesma á la *Predicacion de San Juan Bautista y venida del Hijo de Dios al mundo*, es San Juan un caballero armado de todas armas que se dirige á batir las torres del corazon humano.

Ubeda, en el *Cancionero*, se vale de una alegoría por el estilo al narrar la venida de Jesucristo al mundo por salvarle del pecado: represéntale en un combatiente intrépido, único que se atreve á entrar en el torneo.

Trae divisa colorada
y un rico pendon alzado,
su marlota y su librea
es un jaez encarnado, etc.

Otras veces conténtanse con dar místico sentido á versos de los romances caballerescos más conocidos, haciendo imitaciones de ellos:

En el soberano alcázar,
dentro de Sacro Senado,
las tres divinas Personas
á Córtes habian llamado, etc.

(Cancionero de Ubeda.)

Muchos tomaron por norma aquel tan conocido:

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad, etc.

Sospiros que al Cielo ides,
por Dios hombre preguntad, etc.

(Padilla.—*Jardin espiritual.*)

Angeles, si vais al mundo
por mi esposa preguntad,
y diréisle que su esposo
se le envia á encomendar;
diréisle que se me acuerde
cuando me fuí á desposar, etc.

(Ubeda.)

Esta nueva tendencia literaria tuvo por fundamento los libros de caballerías de carácter exclusivamente religioso que empezaron á escribirse en el siglo XVI, obedeciendo al bienhechor influjo de la Iglesia y cuya série puede decirse que fué inaugurada con la traduccion de *La demanda del Santo Grial.*

No son pocas las canciones místicas que las devotas muchedumbres conservaron por tradicion, todas ellas con tendencias ejemplares y aspecto moral.

Hay una hermandad grande entre ellas y los asuntos religiosos que leemos en Gonzalo de Berceo y otros autores de aquella época.

En los *Milagros de Nuestra Señora* cuéntanse historias, que corren tambien en nuestros romances tradicionales, dichas con original sencillez y hasta copiando notables diá-

logos entre *Don Xpo*, su *Madre gloriosa* y algunos santos: almas condenadas que alcanzan su rescate por intercesion de la Vírgen, y mediante su vuelta al mundo para hacer penitencia, ni más ni ménos cómo acontece en el romance *Palabras de casamiento*; clérigos, ricos-homes y labradores perversos que mueren en pecado, pero habiendo practicado entre tanta mala obra una buena, tal cual rezar el Rosario ó una Ave Maria, son librados por la Madre de Dios dèl poder de los demonios que hacen esfuerzos grandes por conseguir su condenacion eterna; hombres que firman carta al diablo ofreciéndole entregar su alma si consiguen un objeto, como hace *Teófilo* en el milagro XXIV, suceso que escogió tambien el Rey Sabio para una de sus *cántigas*, y etc. etc.

En los *romances sagrados* se contienen leyendas piadosas, algunas de remoto orígen, adoptadas por los *Evangelios Apócrifos* y otras patrimonio de la tradicion popular.

Todo ese periodo de la vida de Jesus, desde su infancia hasta su vida pública, pasado poco ménos que en silencio por los Evangelistas, lo llenó la imaginacion popular de hermosas leyendas y canciones que narran hasta los más ligeros detalles de su vida íntima.

Avidos los primeros cristianos de conocer los pormenores de la vida de Jesus niño no consignados en la Escritura, así como la historia completa de las personas que figuran en compañía del Salvador, ya como principales ó secundarias, confiaron el fruto de sus investigaciones á la tradicion, desfigurada y bastardeada al transcurrir del tiempo, apagando así la natural sed de noticias que sentian los pueblos.

Algunas admitieron despues los Santos Padres en sus escritos, y otras hallaron lugar en los *Evangelios Apócrifos*, donde tambien las forjaron á su gusto los primeros heresiarcas.

Leyendas parásitas, llama con mucha propiedad á estos falsos evangelios Michel Nicolas [1], pues ellos siguen á los verdaderos paso á paso en algunas ocasiones, y en otras un pasaje de éstos les sirve de punto de partida para todo un ciclo de fábulas, las cuales, por ejemplo, en el *Evangelio de la Infancia*, tienen un sabor oriental muy marcado; con-

[1] Etudes sur les Évangiles apocryphes.—Parìs, 1866.



vierten á Jesus en un hechicero, y sus milagros, inútiles y pueriles casi siempre, no se distinguen de vulgares encantamientos.

Tales son las fuentes donde bebieron su inspiracion los *Noél* y los *romances sagrados*.

LXIV y LXV.—La Romera.—No conocemos fuera de la tradicion asuriana romance alguno que se parezca, ni remotamente, al que ponemos esta acotacion.

La dulce é imponente soledad de esos bosques donde el vago rumor de los árboles toma proporciones gigantescas, y donde la luz, que penetra débilmente entre el tupido ramaje, parece estar impregnada de un tinte fantástico, exalta la imaginacion del que los mira y le hace ver por donde quiera seres desconocidos y sobrenaturales: el mundo pagano los pobló de mitos; el pueblo cristiano vió en ellos angeles y santos. Y cuenta con que no negamos nósotros las apariciones celestes cuando la Iglesia despues de informacion severa, como ella hace en estos casos, consagra con su veredicto la verdad de tales hechos; porque no negamos ni la omnipotencia de Dios ni la autoridad concedida á la Iglesia por Jesucristo.

LXVI.—El alma en pena.—Es una preciosa leyenda nacida, sin duda, en tiempos en que la fé llevaba tantos peregrinos á Santiago de Galicia. Hay tal propiedad en el relato y tan bizarras descripciones, que su lectura hace entre ver los arcanos de la muerte y se percibe en el espíritu una impresion parecida al frio del sepulcro.

Algun punto de contacto con este romancillo tiene la leyenda de Santa Buena, vírgen de Pisa [1], que peregrinando á Santiago, acompañada por muchos fieles llegó al borde de un rio cuyo puente estaba arruinado. Aparecióse Cristo á la santa y le dijo: *Levanta los brazos al cielo y pasa.* Y como ella comenzara á marchar sobre los desvencijados pontones, gritaron los demás romeros: *Detente, porque te sumergirás.*

Al mismo tiempo, una pleyade de santos descendió entre ráfagas de luz; ellos abrieron como un camino por el torrente y la santa llegó por él á la opuesta márgen. Ya del otro lado, Cristo le dijo: *Llama á tus compañeros; que ninguno perecerá, si tienes las manos elevadas al cielo mientras pasan.*

---

[1] Ozanam, Ouvres completes, tom. VII, pag. 16—Paris 1855.



LXVII.—La pastorcilla.—Cuanto hemos dicho de *La Romera* es aplicable á este romance, interesante por otro concepto, pues hace referencia á uno de los mitos vulgares en Astúrias: el de los *cuélebres*.

LXVIII y LXIX.—La devota.—Leyenda mística admirable. Hay en ella toques delicadísimos y una série de alegorías del mejor gusto. La de la montaña árida en que pasa siete años la niña; la de la fuente pura que brota al pie de ella para apagarle la sed; y la de la flor que una paloma trae en su pico y con cuya esencia aromática se mantiene *la Devota*, simbolizan el anonadamiento de la carne y el engrandecimiento del espíritu, la purificacion lenta de un alma en los extasis de la vida contemplativa.

LXX, LXXI y LXXII.—Mañanitas de San Juan.—La noche y la mañana de San Juan son del reinado absoluto de la supersticion. Consumidos los últimos tizones de la tradicional hoguera, resto del culto celtibérico al sol, es la hora propicia para toda suerte de evocaciones y artes adivinatorias. Los espíritus del aire, del viento, del agua y del fuego, surgen y están prontos á los conjuros de sus clientes; los encantos cesan y ábrense de par en par las invisibles puertas de las grutas en que yacen recluidas jóvenes doncellas y atrevidos caballeros; el sol baila al brotar en el horizonte; y, en fin, todo lo extraño, todo lo sobrenatural ocurre en ese dia.

Los romances del texto nos traen á la mente el recuerdo de la costumbre, que aun hoy practican en las aldeas de Astúrias las jóvenes, de ir la mañana de San Juan á *enramar las fuentes* del lugar y á coger lo que llaman *flor del agua*; pues si tal consiguen, se casarán seguramente durante aquel año [1], amen de obtener otras mercedes de las *xanas* habitadoras de aquellos parajes.

La leyenda se ha cristianizado: el agua está bendita, y quien concede sus favores á los que beben de ella es la Vírgen; de igual modo que las hogueras del culto pagano festejan hoy la víspera del dia que la Iglesia dedica al Precursor de Jesus.

[1] Igual virtud conceden en todo tiempo al agua del torrente que brota á los piés de la Vírgen de Covadonga. Dice un cantar de la tierra:

¡Oh, Vírgen de Covadonga,
bien de veras os lo pido
que no vuelva más á veros
hasta que me deis marido!

No deja de llamar nuestra atencion la alusion histórica que en una de las variantes se hace á los siete Infantes de Lara, la cual no puede atribuirse sinó á mero capricho.

Los milagros que la Vírgen obra tienen encanto singular; el de llevar en la saya la hija del Rey el agua á su palacio, es un trasunto del que se lee en el *Evangelio de la Natividad de María* [1] (Cap. XXXIII) así como en el de *Tomas* y en el de la *Infancia*: *La bienaventurada María envió á su criada por un cántaro de agua á la fuente; y como allí hubiese multitud de mujeres, se le quebró el cántaro entre el bullicio y el movimiento de la concurrencia. Entonces el niño Jesus dirigió sus pasos á la fuente; extendió su manto, lo llenó de agua y la llevó á su madre.*

Conócese de este romance una variante gallega publicada por D. Marcial Valladares en la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, dirigida por D. Antonio Machado.—Madrid 1884.

LXXIII.—La aparicion.—Muy del agrado del pueblo debió ser esta cancion, pues ella es una de las que más trasformaciones han sufrido, perpetuándose hasta nuestros dias y engendrando en ellos, esotro romancillo que años atrás, cuando ocurió la prematura muerte de la inolvidable Reina Mercedes, cantaba el pueblo dia y noche con tono melancólico, y es el *Rey Alfonsito* que incluimos en uno de los apéndice á este libro.

La leccion de la *Floresta de Rimas antiguas castellanas*, ordenada por don Juan Nicolás Bohl de Faber, Hamburgo 1821, que así comienza:

En los tiempos que me ví
más alegre y placentero,

es la que puede decirse más antigua y de carácter primitivo.

Luis Velez de Guevara, en su *Reinar despues de la muerte*, hace que el príncipe don Pedro oiga cantar:

¿Dónde vás, el caballero,
dónde vas, triste de tí?
que la tu querida esposa
muerta es, que yo la ví, etc.

Una version catalana (Milá, 227) dice:

1 Migne.—Dictionnaire des Apocryphes—Paris 1856.

¿Ahont anén vos, el bon comte;
ahont anén tan dematí?, etc.

En Portugal aparece confundido con el *Bernal-Francez* tomado de la tradicion por Almeida. Viene á formar una segunda parte de este, unida á la otra por uno de esos antojos tán comunes en la poesía del pueblo. Theophilo Braga así lo cree: *Circunstancias do diálago, desfecho, é o carácter principal da açao, revelan—nos manifestamente á fuçao de dois romanzes, que pelo andar do tempo é pela desmemoria do vulgo se uniram.*

La variante de Astúrias es muy estimable y no moderna, como lo atestigua el cambio impensado de asonantes en la rima.

LXXIV, LXXV y LXXVI.—Delgadina.—Esta popular y sentimental historia echó raices en todas las regiones de la Península. En Portugal se titula Sylvana á la protagonista [1]; y Almeida-Garrett y demás comentaristas portugueses, creyeron que este romance era extraño á la tradicion castellana. Precisamente en las variantes de Astúrias es donde se descubren vestigios de antigüedad respetable.

El asunto, más que con la fábula de Mirra, como algunos pretenden, y en la que esta aparece culpable dando asilo en su corazon á los incestuosos amores, tiene afinidad con el Antioco del *Libre de Appollonio*, el cual se enamora perdidamente de su propia hija.

Con los nombres de Agadeta, Margarita, Bergardina, Galderina, etc., hemos visto variantes de Galicia, Cataluña, Aragon, Andalucía y Castilla.

La mayor parte de las variantes consiste en la especie de torturas que el despiadado padre ponia en juego para rendir la voluntad santa de su hija, y en los castigos que despues sufre el corruptor desalmado.

El pueblo apura incansable la enumeracion de esos tormentos, para que más resalte la pureza y rectitud intachables de Delgadina, y hace que sirvan á esta cada dia los alimentos y bebidas más amargos y repugnantes; así como tambien apura las penas más horrendas con que castigar al criminal y las más estimables recompensas para aquella que, con la muerte, vence las continuas asechanzas del vicio.

1 Sildana se llama en una variante de Ribadesella, que guardamos en carpeta para otra edicion de este Romancero.



LXXVII y LXXVIII.—El Marinero y La Tentacion.— Ambos romances son fragmentos de otros más completos, y los dos versan sobre igual tema: las astúcias de que se vale el demonio para conquistar las almas en las horas de abatimiento y amargura.

En la tradicion catalana corre íntegra la leyenda de que formó, sin duda, parte *El Marinero*; pero con apariencias bastante modernas y versificada casi toda en castellano, á excepcion de alguna que otra palabra del dialecto aislada en el conjunto:

De Barcelona partimos
en una noble fragata
que por nombre se decia
Santa Cantarina Marta, etc.

El fragmento de *El Marinero* concierta con el final del romance portugues *A Nau Catherineta*, en que se describe una escena de naufragio que Almeida opina sea histórica.

La Tentacion es un romance singular de Astúrias, y aun entre los de esta region, por la metrificacion desusada que en él se emplea.

LXXIX.—Palabras de casamiento.—Pertenece á la clase de los *vulgares*. El asunto es del género de los de Berceo en los *Milagros de Nuestra Señora*.

LXXX.—El diablo en ropas de fraile.—Bellísimo romance místico, en el que hay ese color tétrico que tan bien dice con la accion que se desenvuelve. Las situaciones son interesantes; y alguna de ellas, como la final, es altamente poética.

LXXXI.—El zapato del Cristo.—Esta tradicion religiosa está muy extendida por España; y en cada punto, al tomar carta de naturaleza, adopta formas distintas. En Madrid se cuenta algo así del *Cristo de Atocha*.

LXXXII.—La toca de la Vírgen.—Asunto favorito de la Edad Media ha sido el juicio singular de las almas, donde el demonio acusa y la Vírgen y los santos interceden, llegando á materializar y á dar realidad á las conocidas metáforas ó ideas simbólicas, de los libros en que están anotadas las obras buenas y malas de los hombres y de la balanza en que son puestas para dictar su fallo el Supremo Juez.

Igual tema reprodujeron las artes plásticas. En el claus-

tro de la catedral de Oviedo aparece esculpido del siguiente modo:

El Juez inexorable ocupa un trono; á la derecha está la Vírgen María en actitud suplicante, y á la izquierda un pecador humillado. En otra faceta del capitel hay dos ángeles; el uno trae el libro en que consta la vida de los hombres, y el otro sostiene una balanza en la cual se ven dos cabezas. A la espalda de éste aparece Lucifer, aprisionando por la melena un diablejo que á hurtadillas empuja la espada que el primer angel pone en el platillo de los malos hechos. Por último, en el costado opuesto se representa el demonio huyendo, lleno de coraje, por no haber conseguido la perdicion eterna del acusado.

Lo que se refiere al libro en que son escritos los pecados de cada mortal, es una tradicion rabínica y musulmana; «él se tendrá presente el Dia del Juicio y será consultado por el Angel Gabriel» dicen los comentaristas del Korán. Y en la *Historia de José el carpintero* (uno de los *Evangelios apócrifos*) se lee en el capítulo XXVI: *Cuando su alma abandone á su cuerpo, yo pasaré por alto el libro de sus pecados*, *etc.*

Los esfuerzos que hacen los demonios por arrebatar un alma en los últimos momentos de la vida, se describen con pormenores en varios pasajes de leyendas piadosas de los siglos Medios. Representaciones de esta lucha entre los espíritus de la tiniebla y la milicia celeste hay en obras de arte como las iglesias de Fribourg y Autun.

Dice el capítulo XXIV de la *Historia de José* mencionada: *Mas los ángeles defendieron su alma de los demonios de las tinieblas que estaban sobre el camino.*

Dos versiones de este romance hemos visto: una portuguesa *Oraçao do dia de Juicio* y otra catalana (Milá, número 20) *La intercesion de la Vírgen.*

Distínguense todas en un detalle final: la Vírgen, en la tradicion portuguesa, pone su manto en la balanza; y tres gotas de leche del virginal pecho bastan para dejarla en fiel, segun la tradicion de Cataluña:

Ab tres gotetas de llet
en fa caure la balansa.

LXXXIII.—La Limosna.—Incompleta debe estar esta

sencilla narracion. A buen seguro que el incógnito hospedado era alguna vision celeste.

LXXXIV.—La mala hermana.—El estilo rastrero y lánguido de este romance denuncian la fecha de su composicion. Es uno de tantos sucesos extraordinarios relatados sin atractivo, de que tanto gusta aún hoy el vulgo.

LXXXV.—La maldicion.—He aquí un pacto con el demonio celebrado en toda regla y del cual sale burlado el espíritu tentador, si no como otras veces por medio de la sutileza y el engaño, por el poder de Dios y los ruegos de su Madre Santísima.

En un M. S. que hace al caso, recogido en Astúrias por mi amigo don Bernardo Acevedo, se lee en la cubierta: *Segundo libro que contiene el verdadero* SANTO REINO *de la Clavícula* [1] *ó la verdadera manera de hacer los pactos con los nombres, poderes y talentos de los grandes espíritus superiores; y la manèra de hacerlos aparecer con la fuerza de la grande apelacion de la reunion de los pactos de la grande* CLAVICULA *que les fuerza á obedecer á la operacion que á uno agrade.*

Evocado el espíritu, y aparecido éste (Lucifuje Rofocale, primer lugarteniente de Lucifer y dominador de los tesoros), se entabla un diálogo entre el conjurador y el Espíritu; y dice el M. S. de esta suerte: *Entonces le presentareis vuestro pacto, que debe ser escrito de vuestro propio puño, en un pequeño pedazo de pergamino virgen, que consiste en estas pocas palabras, en donde incluireis vuestra firma escrita con vuestra propia sangre.*

LXXXVI.—La maldiciente.—Es un *ejemplo moral*, sin otro mérito que la sana intencion de su fábula, y el de servir de testimonio del afan por lo extraordinario que siente la multitud.

LXXXVII.—La muerte del Impío.—Hay varios parajes llamados *Huergos* (de *orcus*; *huerco* en el castellano de la Edad-Media), todos hondos y sombríos. En el romance se alude al que está á un cuarto de legua al Oriente de Nueva

1 Debe ser copia de la *Clavicula Salomonis*, libro muy conocido en la Edad-Media y que figura en el *Inventario de las escrituras y procesos pertenecientes al nombrado hechicero Pedro March*, y entregados por el M. Arnau Dervall al R. M. Guillem de Torres, lugar-teniente de inquisidor en la ciudad y obispado de Barcelona, y del cual da noticias Menendez Pelayo en la *Historia de los Heterodoxos Españoles*.



en el Valle de San Jorge, donde el rio de San Cecilio sale de entre las altas cuestas que forman la dilatada meseta de Los Llanos.

Este rio forma entre Peña Rubia y Peña Corvera, una pequeña catarata cuyas aguas al caer llenan el pozo, de siniestra fama, llamado de *l' Olla.*

A él se refiere la leyenda. (*N. de Laverde*).

LXXXVIII.—El Nacimiento.—Consta aquí la vulgar creencia de que la infecundidad de la mula procede de la maldicion que le dirigió el Niño Dios desde el pesebre, cuando vió que comia las pajas en que Él se reclinaba; así como bendijo al buey porque con su aliento mitigaba su desnudez.

LXXXIX.—El hospedaje.—Las escenas de esta narracion están tomadas de los *Evangelios Apócrifos*, como otras muchas de las canciones que por Navidad entona el pueblo; último resto de su participacion en el canto litúrgico de los templos.

XC.—La fé del Ciego.—Mucho partido tuvieron durante la Edad-Media, segun dejamos dicho, las apócrifas Escrituras condenadas por el Papa Gelasio, y otras leyendas piadosas; por ejemplo, la de *Asawero*, en que se atribuyen múltiples milagros, desconocidos por otra parte, á Jesucristo y á su Madre.

El del presente romance parece ser uno de ellos.

En el *Libro de los Reyes de Oriente* se reproduce el sabido episodio del *Evangelio de la Infancia*, en que se refiere el encuentro de la Sagrada Familia con unos foragidos, durante su viaje por Egipto.

XCI.—La Ultima Cena.—No hemos podido completar este sencillo romance, que quizás llegaba en su relato hasta la muerte de Jesús en el Calvario.

XCII y XCIII.—La Pasion.—En la ingenuidad y llaneza del pensamiento tiene todo su encanto esta cancion sagrada. La galanura de las primeras estrofas es admirable.

XCIV.—La Magdalena.—El gusto alegórico predomina en esta composicion popular, que no deja de ser interesante.

XCV.—La soledad de María.—El escritor montañés Don Amós de Escalante, en unos artículos que publicó en *La Tertulia*, revista santanderina, titulados *La Montañesa*,

copia un romance de la tradicion provincial, muy parecido al nuestro. Es como sigue:

La Vírgen se está peinando
debajo de una palmera;
los peines eran de plata,
la cinta de primaveras.
Por allí pasó José;
la dice de esta manera:
—¿Cómo no canta la Vírgen?
¿Cómo no canta la bella?
—¿Cómo quieres que yo cante
solita y en tierra agena,
si un hijo que yo tenia
más blanco que la azucena,
me lo están crucificando
en una cruz de madera?
Si me lo quereis bajar,
bajádmelo en hora buena;
os ayudará San Juan,
y tambien la Magdalena,
y tambien Santa Isabel
que es muy buena medianera.

XCVI.—La Santa Casa.—En *El Folk-Lore Andaluz* (número 9, correspondiente á Noviembre de 1882) se reproduce un artículo de J. Leite de Vasconcellos, *Costumes populares hispano portuguezes*, y en él trascribe el autor un romance á que apellida *del Natal*, que, segun confiesa, le recitó en Oporto un gallego de cerca de Santiago de Compostela. Termina así:

Le preguntó el Padre Eterno:
—¿Cómo quedó la parida?
—La parida quedó buena,
en su celda recogida:
no la hizo carpintero,
ni hombre de carpintería,
que la hizo Dios del Cielo
para la Vírgen María.

En la tradicion asturiana, como verá el lector, se conserva muy confusa y dislocada esta leyenda.

APÓLOGOS.

Con la traduccion del *Kalila é Dina* se introdujo en Europa el género de que tratamos.

En algunos libros de caballerías se leen apólogos muy interesantes. Los que damos á conocer, de orígen popular, no se sustrajeron á la influencia caballeresca; díganlo su aspecto general, y la artera zorra que hacia sus romerías á Santiago como cualquier piadoso caballero.

APÉNDICE NÚMERO 1.

Este apéndice y los otros que siguen, son comprobantes de teorías apuntadas en el prólogo del presente libro.

La mayor parte de los *cuentos* y narraciones populares son como el espíritu de antiguos romances, cuya esencia, una vez roto el molde rítmico que la contenia, aun subsiste en la tradicion oral.

Algunas consejas conservan todavía girones del vestido con que tanto tiempo ambularon.

¿Quién no tiene, siquiera, una reminiscencia vagá de varios de esos trozos metrificados que interrumpen la árida prosa de los *cuentos de vieja*, bien así como ruinosos mojones ó basas de columna que indican cual direccion seguia la construccion poética hoy desmoronada?

Por ejemplo:

—¿Citara, viene Polvora?
—¡Ni viene ni asoma!
—¡Ay, triste de mí, que me va llegando la hora!

(Cuento de *Barba Azul*.)

—¡Jardinerillo del Rey?
—Señora.
—Que hacen el Rey y la Reina mora?
—Comen y beben y están á la sombra.
—¿Y el niño?
—Unas veces canta y otras veces llora.
—¡Pobre de su madre por el monte sola!

(De *la Reina convertida en paloma*.)

Como prueba de la tésis enunciada, diremos que el mismo cuento recogido de la tradicion y transcrito por nosotros bajo el epígrafe *El pájaro que habla, el árbol que canta y la fuente amarilla*, lo hallamos, con sorpresa, rimado en todas sus partes y figurando al par de los demás romances de las islas de Madera, dados á luz por

el aprovechado discípulo de Theophilo Braga, Rodrigues de Acevedo, algunas veces mencionado ya en las páginas de este libro [1].

Asegura Wolf *(Uber die Romanzen-poesie der Spanier)* que España es el pueblo más escaso de cuentos populares.

La publicacion de los sabidos por el pueblo de Astúrias, demostraria lo contrario. Nosotros ponemos aquí tres, y nada más, porque los creemos suficientes á nuestro intento, que no es otro sino corroborar lo dicho arriba y lo expuesto en el estudio preliminar acerca del elemento maravilloso en la literatura romancesca española.

1 Véase el *Romanceiro do Archipelago da Madeira.*—Funchal, 1880, pág. 391.—*Los incantamentos da grande fada María.*

I

La pavera del Rey [1].

(Recitado por la niña María del Rosario Menendez Pidal.)

Una vez era un Rey que tenía una hija muy hermosa. Cierto dia que estaba á la mesa vestida con el traje verde bordado de perlas, su padre la dijo:

—¿Me quieres?

Ella le contestó.—Como la sal al pan.

El Rey, con estas palabras, se incomodó mucho; y mandó á sus criados que la arrojaran de casa.

Cogió ella sus mejores anillos, collares y arracadas; y, con su vestido verde bordado de perlas, salió llorando del palacio.

Despues que se vió fuera, púsose un traje pobre y roto; y guardando en un saco todas sus alhajas y atavíos, fuése andando, andando, andando... y se encontró la casa de un Rey, quien la tomó por criada para guardar sus pavos.

Todos miraban mal á la pavera; pues se hacia repugnante con sus vestidos andrajosos y sucios, su melena descuidada y su poco aseo: y, en la cocina, todos la dejaban sola en un rincon; pues ella, haciendo como que encontraba piojos en su camisa, arrojaba al fuego piedras de sal.

Cuando estaba sola, por el contrario, se lavaba y se peinaba con el peine de oro, se ponia su traje verde bordado de perlas, sus anillos, collares y arracadas; y, al son de una pandereta, bailaba y cantaba delante de los pavos, diciendo:

Paví, paví...
¿Si el Rey me viera, se enamoraría en mí?

Y ellos contestaban, bailando con una sola pata: Sí, sí, sí.

Sorprendiéronla un dia, y fueron á decírselo al Rey, quien despues que la vió, se enamoró de ella y prometió casarse con ella. A la boda vinieron todos los Reyes del mundo; y, entre ellos, vino el padre de la pavera, á quien él no reconoció por su hija. Cuando estaban á la mesa, mandó que pusieran á su padre pan sin sal; y como no lo comiera, le preguntó por qué: á lo que él respondió que no le gustaba el pan sin sal. Ella entonces echóle en cara la falta que habia cometido al despedir á su hija de casa; y él, muy triste, replicó:

—¡Ay, si yo la encontrara!!

—Pues, padre, aquí la teneis—dijo entonces ella sin poderse contener ya;—yo soy vuestra hija.

El padre se volvió loco de alegría, y el Rey y la Reina vivieron felices. Colorin *colorao* mi cuento *acabao*.

1 Este cuento parécese á la primera parte de la Cenerentola (Publicado por Caterina Pigorini—Beri en el «Archivio per lo studio delle tradizioni popolari.»—Palermo, 1883), cuyo cuento equivale á nuestra Puerca Cenicienta.

II

El pájaro que habla, el árbol que canta y la fuente amarilla.

(Recitado por Tomás Sanchez, Peon caminero de Pola de Laviana.

Erase que se era un Rey que tenia un hijo ya mozo; y viendo que no pensaba en casarse, le llamó un dia á su presencia y le dijo:

—Hijo mio, ya soy viejo y pronto me moriré; piensa, pues, en buscar mujer para procurarte sucesor.

—Está muy bien, padre; solo esperaba que usted me lo dijese.

Saliendo á otro dia de palacio, pasó por delante de la casa de un zapatero que tenia tres hijas á cuál más hermosa; y, pasando, se paró á escuchar esta conversacion:

—Yo quisiera casarme con el hijo del Rey, decia la primera, por mandar y tener muchos que me obedeciesen.

—Pues yo, replicaba la segunda, desearia casarme con el hijo del Rey por andar en coche y tener muchos vestidos.

—Y yo, dijo la tercera, me casaría con el hijo del Rey por tener un buen mozo á mi lado.

Agradóle este arranque al hijo del Rey, y al siguiente dia fué á pedir al zapatero la menor de sus tres hijas, que loco de contento le entregó para que con ella casase.

El Rey, cuando supo la determinacion de su hijo, se enojó mucho; pero, al oirle decir que si no con aquella, con ninguna otra se uniria en matrimonio, le concedió su permiso.

Celebráronse las bodas, á las que asistieron muchos convidados, con bailes y festines, en cuyo bullicio poco gozaban las otras dos hijas del zapatero; pues al ver á su hermana tan feliz, se morian de envidia.

A los doce meses, estaba la Reina de parto.

—¿A quién llamaremos, decia, para que me asista?

—A tus hermanas; nadie mejor que ellas, contestóle su marido.

Llamáronlas, en efecto; pero, las grandes brujas, en vez del hermoso niño que pariera su hermana, presentaron al hijo del Rey un perro muy feo que tenian; y cerrando al reciennacido en una caja, lo arrojaron al rio.

—Padre, padre: mire lo que parió mi esposa, decia el hijo del Rey cuando le presentaron el perrito negro.

—Hijo mio, paciencia: algun mal pecado tienes que pagar, cuanda así Dios te castiga.

Llevado por la corriente, fué á dar el niño á las huertas de un jardinero muy rico y sin hijos, el cual, viéndole detenido entre las raíces de un árbol, lo alcanzó, y muy contento, se lo llevó á su mujer, que lo crió y educó con todo esmero; pues el muchacho dió pronto pruebas de ser muy listo.

A los doce meses, estaba otra vez la Reina de parto; y otra vez

sus hermanas, arrojando el infante al rio, presentaron al hijo del Rey un gato sin pelo, que le horrorizó y puso triste, mientras el hortelano se reia de contento al encontrar entre unos juncos otro niño más hermoso que el primero.

La tercera vez que parió la Reina, enseñaron á su padre un santo de palo en lugar de la infantita bellísima que el jardinero recogia ébrio de placer. Entonces el hijo del Rey, creyendo indigna á su esposa de partir con él mesa y cama, la mandó emparedar en un sótano del castillo.

Así pasó mucho tiempo la infeliz hija del zapatero: y en tanto, el jardinero no sabia lo que le pasaba al verse rodeado de aquellos hermosos niños que el cielo le habia deparado por modo tan extraño.

Una tarde que el mayor de éstos paseaba, acercósele una bruja y le dijo que si queria alcanzar la felicidad completa, debia de ir en busca del pájaro que hablaba, el árbol que cantaba y la fuente amarilla que manaba oro.

Contento se fué á casa el rapaz; y despidiéndose de sus hermanos, les dejó un cuchillo, diciendo:

—Si se pone negro alguna vez, es señal de que algo malo me pasa y de que no volveré.—

Y fué andando, andando, andando hasta que se encontró con que el camino se partia en dos; y partiéndose en dos, no sabia por donde tirar. Tropezóse con un ermitaño, y le dijo:

—Sabe usted donde podré encontrar el pájaro que habla, el arbol que canta y la fuente amarilla?

—¡Ay! hijo mio, cuántos caballeros como tú perdieron en tal aventura la vida.

Toma esta bola: ya pocas me quedan, pues fueron muchos los que por aquí pasaron con el mismo objeto. Echarásla á rodar y la seguirás hasta que se detenga; pero en tu camino no has de mirar para atrás por más voces que oigas.—

Dejó rodar la bola; y, á poco de andar, oyó voces á su espalda que le llamaban traidor, perro, villano.

Incomodado por tales insultos, volvió atrás la vista y en aquel momento quedó encantado.

Entonces el segundo hermano, viendo negro el cuchillo, fué en busca del primero, y del mismo modo quedó encantado.

Viendo negro el cuchillo su hermana, dispúsose á ir en busca de los dos.

Al llegar al sitio donde estaba el ermitaño, recibió de este la bola que habia de guiarla hasta el pájaro que habla, el árbol que canta y la fuente amarilla. Dejola rodar, y la siguió por un gran rato sin volverse á mirar, por más voces é insultos que oia. Por fin llegó y se apoderó del pájaro que hablaba, haciéndole decir en qué lugar estaba el árbol que cantaba y la fuente que manaba oro. Cogió una rama de aquel y llenó un jarro en esta, con lo que desencantó

á sus hermanos y se fueron todos á casa llenos de alegría por llevar tan ricas alhajas.

Plantaron la rama en el patio, y creció un árbol que cuando el viento lo movia sonaba con música preciosa; echaron el agua en una fuente del jardin, y desde entonces corrió oro, y enjaularon el pájaro hablador.

Un dia, cazando los dos hermanos, encontraron al Rey que al ver lo bien que mataron un corzo, les convidó á comer en su palacio.

Fueron; y manifestaron al Rey deseos de que fuese otro dia á honrar su pobre mesa, y él se lo prometió.

Ellos se esmeraban en prepararle un buen festin: y preguntaron al pájaro que hablaba:

—¿Qué daremos al Rey para comer?

Les fué diciendo platos, y por fin de todo perlas, que él se encargó de proporcionar con el primer trino que echó al aire.

Maravillado estaba el Rey de lo bien que estaba puesto aquel patio, de la fuente que manaba oro y de la concertada música que oia sin saber de dónde. La comida fué espléndida; y lo que más le agradó de todo, fueron las perlas que, como eran blandas, no podia adivinar ló que eran.

—¿Qué fruta es esta? preguntó.

—Perlas.

—¿Cómo pueden ser perlas?

—Preguntadlo al pájaro que ahí está enjaulado.

—¿Dí, pájaro: es cierto que estas son perlas?

—Tan cierto es que esas son perlas, replicó el pájaro, como que esos son tus hijos.

Volvió el Rey á hacer la pregunta, y contestó lo mismo, contando cómo habia sucedido todo.

El jardinero dijo la manera que habia tenido de encontrar los tres niños, y entonces desemparedaron á la Reina y mataron á las hermanas.

Yo fuí al palacio aquel dia y me dieron dos madreñas: una de azúcar y otra de manteca. La de manteca se me derritió al venir, con el calor que habia; y como estaba sofocado, tomé la de azúcar con agua en una fuente que no era amarilla.

III

El Cuetu Lloru[1]

En el Cuetu Lloru
hay un zurron d'oru,
que vale más
que Llanes y Parres,
Onís y Cabrales,
y Peñamellera
con sus arrabales.
(*Copla popular.*)

En tiempos del Rey Perico, fué un tejero á Castilla. En Setiembre terminó su contrata, y preparó el *fatu* para venirse á su pueblo.

En el camino le tomó la parada una mujer, preguntándole que de dónde era.

—De Ovio en el concejo de Llanes, parroquia de Nueva.

—Pues bien: en ese pueblo hay un *Cuetu* que llaman *Lloru*, adonde tengo que mandar un presente, si usted me hace el favor.

—No tengo mayor inconveniente.

—Toma estos tres bollos de picos; vas al *Cuetu Lloru*; los echas por aquel boquete, uno por uno, y cada vez dices:

«¡Sale, Ana;
que tu madre te llama!»

Pero ¡qué lástima! llegó el pobre á su casa rendido; por supuesto, tan lejos y en aquellos tiempos tan malos caminos, nada tenia de particular. Despues de los cumplimientos de familia, se fué á la cama á descansar con el fin de madrugar á cumplir el encargo de la mujer aquella. Pero su mujer, como todas, curiosa y *caciplera*, se fué á registrar el *fatu*, encontró con los tres bollos y golosa, como todas sus iguales, quitó un cuerno á uno de ellos y se lo comió.

El marido, al dia siguiente, saca los bollos, vé la falta y regaña á su mujer por tan atroz delito como habia cometido. Empréndelas hácia el *Cuetu Lloru*, y echa uno de los *bolliquinos*, que estaba intacto, por el boquete, y dice:

«¡Sale, Ana;
que tu madre te llama!»

Y pasmó al ver salir un gran caballo blanco y en él montada una señorita muy guapa y reluciente que las emprendió á escape por la *granda*, y desapareció.

Arroja el segundo bollo que estaba entero; repite las mismas

1 Remitióme este cuento mi distinguido amigo el Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz; y á su vez á él, el Cura párroco de Nueva (Llanes), que lo recogió de la tradicion oral.

palabras, y sale zumbando otro caballo blanco con otra señorita que llevó el mismo camino.

Por último; se despronde del tercer bollo faltoso, y vuelve á decir:

«¡Sale, Ana;
que tu madre te llama!»

Y ¡oh, dolor! sale la pobre Ana en un caballo negro que le faltaba una pata, con lo cual no podia andar; y le dice:

—¡Ves, hombre, qué desgracia! De esto tiene la culpa tu mujer por golosa, y tú por no tener cuidado: pues bien sabes que todas las mujeres son curiosas. Yo lo pago, que tendré que estar aquí hasta la consumacion de los siglos; y tú, que serías riquísimo con los tesoros que aquí dentro tengo guardados

Chúpate el dedu,
y conténtate con ser siempre teyeru.

De este mismo *Cuetu Lloru* cuentan tambien que una vez otro hombre del mismo Ovio, llamado *Juan Roña*, fué á buscar el zurron de oro y se metió por el boquete de la cueva hasta muy adentro, donde oyó una voz temblorosa y descomunal que parecia salir de las cavernas del infierno, y decia:

—¡Mariquita, machaca el ajo que hay carne fresca!

Siente *Juan Roña* que el almirez anda en danza, y huye como alma que lleva el diablo, no sin dejar allí una oreja y un pedazo de nalga en la precipitada fuga.

APÉNDICE NÚMERO 2.

En los cantares con que los niños acompañan sus juegos se columbran á veces restos de canciones, historias, y de otras que sin serlo por el asunto que desenvuelven, merecen tal consideracion por la época remota de su orígen.

En ocasiones, esos mismos divertimientos no consisten sino en verdaderas representaciones de aquellos cantares.

La lectura de los que forman este Apéndice dará una idea exacta de lo dicho, que tambien es aplicable á las *Palabras de eliminacion* empleadas en tales casos, para saber, por fallo de la suerte, quién desempeñará el papel más enojoso en el infantil regocijo.

Véase cómo en estas *fórmulas* sin sentido ni trabazon, brillan entre la escoria de caprichosas frases, chispas del oro de viejos romances olvidados por el pueblo.

Belle pomme d' or á la révérence,
N' y á plus qu' un roi qui reste en France.
Adieu, mes amis,
la guerre est finie:
belle pomme d' or,
lors dehors.

(Paul Sebillot.—*Litterature orale de la Haute.* Bretagne.—París, 1881.)

Pichi, pichigaina,
los moros en campaina.
Dijo Mari-güela:
—¿Quies fregáme esta cazuela?
—Non tengo pies ni manos.
—¿Quién te los ha cortado?
—El Rey de Aragon.
Pichi, pichigon.

(Usual en Astúrias)

Otro tanto ocurre con las *Canciones de rueda* y de otros juegos, que á continuacion copiamos. *El Mambrú* recuerda algo de *La Ausencia*; *Las hijas del Rey moro* tiene tambien trozos semejantes á otros de *Blanca-Flor y Filomena*; el *Rey Alfonsito* es un trasunto de *La Aparicion*; y el que llamamos *La Princesa Isabel*, no puede negar su parentesco con el que lleva por título *Rico Franco* en el *Romancero general.*

I

LA MONJITA.

Yo me queria casar
con un hermoso mancebo;
pero mis padres querian
meterme en un monasterio.
Una tarde de verano
me sacaron á paseo:
al revolver una esquina,
allí estaba el monasterio.
Salieron cuatro monjitas,
todas vestidas de negro;
me cogieron por la mano
y me metieron adentro:
sentáronme en una silla,
y me quitaron el pelo,
pendientes de mis orejas
y anillicos de mis dedos.
Y para comer me ponen,
lo que yo dejé algun tiempo;
y para dormir me ponen,
una tarima en el suelo
y un canto por cabecera...
¡Ay de mí, qué desconsuelo!!

II

SANTA CATALINA.

En Cádiz hay una niña
que Catalina se llama;
su padre era un perro moro,
y su madre renegada.
Todos los dias de fiesta,
su padre la maltrataba,
porque no queria hacer
lo que su madre mandaba.
Mandan hacer una rueda
de cuchillos y navajas:
la rueda ya estaba hecha,
Catalina arrodillada.
Bajó un angelin del cielo,
con su corona y su palma.
—Levántate, Catalina,
que el Rey del Cielo te llama.
—¡Qué me quiere el Rey del Cielo
que tan deprisa me llama?
—Que por sufrir el martirio,
tienes la gloria ganada.

III

JUAN DE LA...

Una noche muy oscù—
que al mundo atemorizá—,
paseaba un caballe—
desde la corte á su ca—:
con sombrero de tres pi—,
y en medio tres plumas blan—,
y en medio de las tres plu—
el retrato de su amá—.
—Mi amada, si yo me mue—,
no me entierren en sagrá—;
entiérrenme en un rincó—
donde no me vea na—.
A mis piés pon un ladri—,
un ladrillo colora—
con un letrero que di—:
«Aquí murió Juan de La—:
»no murió de pulmoní—,
»ni tampoco de costá—,
»que murió de mal de amor—,
»el peor mal de los ma—.»

IV

LAS HIJAS DEL REY MORO [1].

—De Francia vengo, señora,
de buscar esposa al Rey;
y en el camino me han dicho
que lindas hijas teneis.
—Si las tengo ó no las tengo,
para mí las guardaré.
—Oh, qué alegre que me vine!
—¡Oh, qué triste que me voy!

1. Otras veces, suelen los niños empezar el canto de este romance con los siguientes versos:

¡Al ángel del oro
oh, niñitas de un marqués!

Que las hijas del Rey moro
no me las quieren dar; no.
—Vuelva, vuelva, caballero,
no sea tan descortés;
de las hijas que yo tengo,
escoja la que quisier.
—No quiero esta por tiñosa,
ni tampoco esta leprosa;
por pulida y por hermosa,
esta escojo por mujer,
que me parece una rosa
nacida al pié de un clavel.
—Por Dios pido, caballero,
que me la trate muy bien.
—Ella será bien tratada,
como la hija de un Rey;
en silla de oro sentada,
y en la de marfil tambien.
Del buen pan que el Rey comiese,
ella comerá tambien;
del vino que el Rey bebiese,
ella beberá tambien.

V

EL MAMBRÚ.

Este es el Mambrú, señores,
que se cantará al revés,
¿Ha visto usté á mi marido
en la guerra alguna vez?
—Acaso le hubiera visto;
déme Vd. las señas dél.
—Mi marido es un buen mozo,
gentil hombre aragonés.
En la punta de la lanza
lleva un pañuelo morlés
que le bordé cuando niña,
cuando niña le bordé.
Dos años há que le espero
y le esperaré hasta tres;
si á los tres años no vuelve,
monjita me he de meter,
y á la menor de mis niñas
conmigo me llevaré,
que me cosa y que me lave
y me guise de comer,
y me lleve de la mano
á casa del coronel.

VI

ME CASO MI MADRE.

Me casó mi madre,
chiquitita y bonita,
con un muchachito
que yo no quería.
A la media noche
el picarón se iba,
con capa terciada
y espada tendida.
Le seguí los pasos
por ver dónde iba,
y le veo entrar
en cá su querida.
Me puse á escuchar
por ver qué decian,
y oigo que le dice:
«Palomita mia;
á tí he de comprarte
sayas y mantillas,
y á la otra mujer
palo y mala vida.»
Me fui para casa
triste y afligida;
púseme á cenar,
cenar no podia;
me puse á coser,
coser no podía;
me puse á rezar,
rezar no podia.
Me puse al balcon
por ver si venía.
Ya escuché sus pasos
por la calle arriba.
Llegóse á la puerta,
llamando decia:
—Abreme la puerta;
abre, vida mia,
que vengo cansado
de ganar la vida.
—Tú vienes, traidor,
de ver la querida;
bien te oí decirle:
«Palomita mía,
á tí he de comprarte
sayas y mantillas,
y á la otra mujer
palo y mala vida.»

VII

REY ALFONSITO.

—¿Dónde vas, Rey Alfonsito?
¿Dónde vas, triste de tí?
—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la ví.
—Merceditas ya se ha muerto;
muerta está, que yo la ví.
Cuatro condes la llevaban
por las calles de Madrí.

Al Escorial la llevaban,
y la enterraron allí,
en una caja forrada
de cristal y de marfil.
El paño que la cubria
era azul y carmesí,
con borlones de oro y plata
y claveles más de mil.
—¡Ya murió la flor de Mayo!
¡Ya murió la flor de Abril!
¡Ya murió la que reinaba
en la Córte de Madrid!

VIII

LA VIUDITA.

Yo soy la viudita
del Conde de Oré,
que quiero casarme,
no encuentro con quién.
—¡Tan linda como eres
y no hallas con quién!
Escoge á tu gusto.
que aquí tienes diez.
—Contigo sí,
contigo no,
contigo sí
me casaré yo.

IX

ENRILLA, ENRILLA.

Enrilla, enrilla [1]
en Calabacilla,
que el Rey don Juan
casó en Castilla.
Todas las damas
convidó,
ménos una
que dejó:
aquella,
con gran pesar,
se marchó
á Portugal:
de Portugal á Belem,
donde comen pan y miel
y manteca
en la cuchar.
Zupe gatu,
vete á echar.

X

LA PRINCESA ISABEL.

En Madrid hay un palacio
que le llaman Urabé,
y en él vive una señora
que la llaman Isabel.
No la quieren dar sus padres
ni por Conde ni Marqués,
ni por dinero que valga
la corona de Isabel.
Un dia estando jugando
al juego del ajedrez,
la ha ganado un bello mozo,
bello mozo aragonés.
La cogiera por la mano
y la llevara al cuartel.
En el medio del camino
llora la tierna Isabel.
—¡Por qué lloras, hija mia,
por qué lloras, Isabel?
Si lloras por tus hermanos,
ya no los vuelves á ver,
y si lloras por tus padres
prisioneros han de ser.
—No lloro por nada de eso,
ni por ningun interés;
lloro por navaja de oro...
—Si me dices para qué...
—Para cortar una pera
que vengo muerta de sed.—
Se la diera el bello mozo,
bello mozo aragonés;
se la diera del derecho
y la tomó del revés.
....
....

---

[1] Debe ser «Ensilla, ensilla.»

APÉNDICE NÚMERO 3.

Gacetas ó Gacepas llama el pueblo en Astúrias á estas escrituras fingidas que contienen las noticias de tesoros ocultos. Ignoramos quién pueda ocuparse en hacer tales documentos, apreciadísimos por la gente crédula; que dice proceden del Archivo de Simancas, y suelen traerlas consigo los segadores cuando vuelven de su penosa excursion.

Es notable el conocimiento topográfico que tienen del país los que se dedican á escribir esas patrañas, y los rasgos de imaginacion brillante que en tales escritos se descubren.

Damos á conocer, en parte, una de esas *Gacetas* (que, no sin grandes dificultades, hemos podido arrancar á su poseedor), porque en ella se revelan el gusto oriental que tan hondas raíces ha echado entre el vulgo, y una de las leyendas por él más admitidas, cual es la de los moros encantados.

Fragmento de una «gaceta» ó clave para encontrar tesoros.

....

De *Peña Corbera* en la *Fuente de Espin*, sobre el ojo de la fuente verás una manjoya crecida con tres finsos, los dos blancos, y el uno negro, los dos son de piedra real, y el uno sobre la tierra y es negro. Cavarás al lomo y hallarás escoria; y á dos codos de hondo, carbon; y á codo y medio más abajo, una losa con cuatro finsos: levantarásla, y hallarás un juego de bolos de oro y diez barras de plata, y cinco de metal.

Fuimos á la *Fuente de los Romeros*; donde, á la parte de abajo, cosa de doce pasos, en un levantado de tierra cavarás y á seis codos de hondo hallarás una losa con cuatro cantos, y debajo de ella dos quintales de oro y plata labrada.

Desde allí dimos la vuelta á la *Sierra del Mayoral*, en el *Pico del Cuerno*, en la fuente de Maiceño; á tres pasos de la fuente verás un mesaco de piedra, y debajo de un finso que sale un poco de la tierra, cavarás debajo de él y hallarás una arca de oro.

....

Despues fuimos á *Dolia*: en el *Campo de la Herradura*, verás dos levantados de tierra, uno grande y otro pequeño, y hallarás un grande tesoro á dos codos de hondo; y hallarás por señal un finso negro cuadrado.

En la *Fuente de los Bueyes*, debajo de una peña negra, hay un tesoro:

A cuatro codos de hondo, entre una caja de piedra, dejamos dos quintales de oro y plata: en vista verás dos levantados de tierra algo crecidos; conforme se sigue, y en el primero, dejamos cuatro quintales de plata y otros metales; y, al mismo tiempo, llegaron otros compañeros: y, apartados veinte pasos, verás un levantado de tierra y á cuatro codos de hondo hallarás cuatro barras de oro que pesan cuatro quintales.

En la fuente de *Piedra Jueves*, á cinco pasos de la fuente, verás cuatro finsos de piedra de arena, y otro de piedra real, y otro de piedra toba; y, en el medio de ellos, cavarás y hallarás un leon de oro que tiene en la frente una corona de lo mismo con piedras preciosas de primorosa hechura.

Fuente Blanca, á cinco piés verás un megote grande de laguna, cavarás y en él hallarás toba; y despues, á nueve codos de hondo, hallarás un jarro de piedra con diferentes alhajas de oro y diamantes, entre las cuales una gargantilla toda rodeada de rubíes y esmeraldas que valen más que una ciudad.

En la *Fuente del Mouro* verás á tres pisadas un muraco de piedra, y debajo de él hallarás un arca de bronce, y debajo de ella una arca de piedra, y dentro de esta un largarto de oro, y dentro del mismo quinientas pelotillas de oro.

En la *Cueva de Doña Urraca*, que es donde dejamos nuestras riquezas, entrando por la cueva, no por la que sale el agua, sino por la otra, verás en un cielo de la peña una media luna pintada, y por derecho á ella, que aunque parece peña no lo es, sino la puerta donde entramos; cavando por derecho, á poco trabajo, hallarás un cofre de metal con unos polvos de Arabia, y arrojados á la media luna se abrirá la peña por donde está la puerta de la primera cueva. A mano derecha está un leon embetunado de ladrillo, levantado de los piés y entre las manos tiene una porra, y parece que está vivo; pero no te hará mal ninguno, aunque parece que se menea: caminando adelante hallarás dos serpientes, una á cada lado, no las temas; en la pieza hallarás cinco cofres llenos de oro y de plata, encima uno de otro, el primero todo de oro lleno; más alante está la estátua de Doña Urraca, toda llena de oro, y junto á la cama están las galas con que se adornaba, y en un.........................
....
....

(Recogida por D. Eduardo Cañedo y Valdés en las montañas de Grado.)

Nombres de las personas que han recitado los romances contenidos en la presente coleccion.

Auxiliáronme grandemente en la árdua tarea de recoger del pueblo estos romances, las señoritas Doña María Ciaño y Doña Vicenta Caravia, en Villaviciosa y Colunga respectivamente; la señora Doña Luisa Menendez Valdés, en Laviana; y los Sres. Don Bernardo Acevedo (Navia), D. Fermin Canella (Oviedo), D. Bráulio Vigon (Colunga), D. Eladio Jove (Laviana) y don Silvestre Frade (Ribadesella). Agradecido á sus atenciones y bondades, hago esta pública manifestacion de mi gratitud, nunca bastante para pagar tantos favores.

CONCEJO DE OVIEDO.

Sr. D. Fermin Canella y Secades.—I, XCVIII.

Teresa Alvarez, de 70 años, natural de San Julian de los Prados.—XXX—LXVI—LXXXVIII.

Paula Fernandez, costurera, de 58 años.—XVI.

Rosáura Tuñon, de 60 años, natural de la Manjoya.—VII.

MIERES.

Robustiano Palacio, de 35 años.—XXX.

ALLER.

Teresa Montes, de 56 años.—XXX.

LENA.

Manuel Alvarez, de 60 años, natural y vecino de Pajares.—XXX.

LAVIANA.

Señora Doña Inocencia García Ciaño de Menendez Valdés.—XXXIX.

Señora Doña Luisa Menendez Valdés de Zapico.—XLI.

María Cofiño, de 51 años, natural de la Pola de Laviana.—XL—LXV.

Teresa Hevia (a) La Merina, de 68 años, vecina de La Pola de Laviana.—XXXV—LXXIII—LXXVII.

Policarpa Carcedo, (a) La Carpia, de 60 años, vecina de La Pola.—XVII—XXIX—LXIII.

Manuel Sanchez, de 76 años, vecino de la Piniella.—LXXXII.

Ventura García, de 65 años, vecina de la Piniella.—XXXV—LX.

María García, de 44 años, vecina de la Sierra de Laviana.—XXIII—LXXXIX.

Sr. D. Eladio García Jove, médico.—XCV.

María García, de 28 años, vecina de La Pola.—LXIX.

VILLAVICIOSA.

Señora Doña Paula Canto de Ciaño.—XCIV.

Juana Campbert, (a) Xuanona del Aleman, de 66 años.—XXX—XXXVI—LXVIII.

Juana Sanchez, (a) Xuana la Molinera, de 70 años, natural de Villaviciosa.—XX—XXXVI—XLVI—XLIX—LXXV.

Doña Bárbara Valle, de 76 años, vecina de Tazones.—XXIII—XXXII.

COLUNGA.

Señora Doña Antonia Caveda, de 60 años, natural de Goviendes.—XXX—L.

RIBADESELLA.

Rosa de la Villa Diaz, de 43 años, natural de Pria.—XXX.

Doña Enriqueta Sierra, natural de Peme.—LXXI.

Josefa la Cañolera, de 64 años, vecina de Llovio.—LXXXIII.

CANGAS DE ONÍS.

**Joaquina Fernandez*, natural de Aballes.—XXXIV—XLII—LXVII.

**Carmen de Diego.*—XXIX.

**Teresa Alonso*, natural de Villaverde.—XII—XVIII.

**Emilia Tolibia.*—LVI.

**Cesárea García.*—XLVIII.

Rita Perez, de 58 años, vecina de Cangas.—XXX.

AVILÉS.

Sr. D. Diego Malgor y Bango.—XXX.

GRADO.

Juana Bernaldo, de 60 años, vecina de Santianes de Molenes. III—XXI—XLIV—LIV—LXXXIV.

María Alvarez, de 62 años, vecina de Santianes de Molenes.—IX—XXXIII—LXXXV.

Teresa Fernandez (a) La Cana, de 80 años, vecina de Santianes de Molenes.—VIII—XIII—XV—XIX—XXII—XXXVIII XLVII—LI—LIV—LXI—LXII—LXX—LXXIV—LXXVIII—LXXXVI.

Maximino Fojaco, de 11 años, natural de Santianes de Molenes.—LVIII.

Aurelia Alvarez, de 9 años, natural de Santianes.—XCVI.

Ramona Fojaco, de 46 años, natural de Llamas.—XXX—XLIII.

José Fernandez, de 40 años, vecino de Santianes de Molenes.—V.

LUARCA.

Encarnacion Suarez, de 24 años, natural de Montaña de Rio Negro.—VI—X—XXX—LXXX.

**María del Rosario Fernandez Gamoneda*.—XI.

NAVIA.

Joaquina Ochoa, de 61 años.—LXXXI.

COAÑA.

Señorita Doña Emilia Acevedo y Huèlves, natural de El Espin.—XIV—LXXIX—XCII.

Manuela Fernandez, de 65 años, natural de Villacondide.—II XXVI.—XXX—LXXII—LXXVI.

Dolores Gudin y Prada, de 9 años, natural de El Espin.—LII.

BOAL.

Juan B. Bausoño, de 16 años, natural de Armal.—XCI—XCIII.

Ceferino Alvarez, de 40 años, natural de Prelo.—XXIV—LIII.

José García Mendez, de 30 años, natural de Figueiredo.—IV—IX—XXX.

Cármen Arias, de 69 años, natural de Miñagon.—LIX—XCVII.

Josefa Rodriguez, de 68 años, natural de Miñagon.—XXV—XC.

Concepcion Bausoño, de 26 años, natural de Prelo.—LV.

Joventina García Méndez, de 17 años, natural de Figueiredo.—LVII.

Todos los romances señalados en esta nota final con asterisco, fueron recogidos en diferentes excursiones por D. José Amador de los Rios.

Cuando un mismo romance aparece recitado por dos ó más personas, es que con una de las variantes se han llenado los vacíos que en otra habia; pero sin hacer la más mínima alteracion sustancial.

FIN.

ÍNDICE.

II.—Caballerescos.

Páginas.

III.—Puramente novelescos.

ROMANCES RELIGIOSOS.

I.—Místicos.

II.—Romances sagrados.

APÓLOGOS.

ANOTACIONES.

APÉNDICE NÚMERO 1.

APÉNDICE NÚMERO 2.

APÉNDICE NÚMERO 3.

ERRATAS

que se han notado en el texto de los romances.

Páginas.	Linea.	Dice.	Léase.
97	13	Calla, calla, muchacuelo.	—Calla, calla, muchachuelo.
120	22	catábame la cabeza	catábame la cabeza:
158	30	palobma	palomba
159	27	e si ha mandar se lo vuelvo	e si a mandar se lo vuelvo
162	3	—Es tanta verdád, hijo mio,	—Es tanta verdá, hijo mio,
186	4	con un paje que ende abia.	con un paje que ende habia.
190	19	Compraráisme vos, mi padre	Compraréisme vos, mi padre,
193	29	Coma, coma, caballero	—Coma, coma, caballero,
209	30	¡Cielo cómo non adornas	¡Cielo cómo non t' adornas
237	4	non se llama Beatriz:	non se llame Beatriz:
245	6	muerto déxole	déxole muerto
260	29	Maldicion te dejo, mula.	—Maldicion te dejo, mula.

— No corregimos alguna falta más que se observa de guiones para indicar en los diálogos cuándo habla un personaje ó terminan aquellos, porque el buen criterio del lector puede suplir estos defectos de la imprenta, así como algun otro que pudiera haber pasado en los preámbulos y anotaciones.